

Selecta

UNA
IMPOSTORA
EN
MINSTREL VALLEY



MARIAM ORAZAL



MINSTREL VALLEY

Una impostora en Minstrel Valley

Minstrel Valley 3

Mariam Orazal

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en
minstrelvalley.com
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*“El decoro, así como la cortesía de una dama,
debe ser tanto real como aparente,
debe nacer de su interior y mostrarse en sus hábitos exteriores”.*

Reglas de etiqueta de la Señorita Sherman
Escuela de Señoritas de lady Acton

Prólogo

—¿Nada de filosofía?

—¿Acaso no acabo de explicarlo, lady Grace? —preguntó lady Mossling con sus brillantes ojos azules entrecerrados.

—Pero la base del pensamiento humano...

—Lady Grace —interrumpió su instructora con un gesto impaciente—, en Londres usted no gozará de la impunidad que se le ha permitido en el campo. Allí deberá comportarse conforme a la posición que va a ocupar. Va a convertirse en condesa, y le aseguro que a los caballeros que conocerá en la corte no les gustan las chiquillas parlanchinas que alardean de inteligencia. No tiene por qué gustarle y ni tan siquiera pretendo que su cabecita lo comprenda, solo tiene que aprenderlo y aplicarlo, como todo lo demás.

La joven miró a su institutriz con cierta inquina. Desde que había llegado — hacía tres meses— a Askett Abbey, sus encuentros habían supuesto tal sucesión de modificaciones de su conducta que ya apenas se acordaba de cómo tenía que levantarse de la cama o meterse en ella. Con lady Mossling todo eran órdenes y regaños. Apenas podía disfrutar del aire libre, porque sus pecas podrían sufrir una eclosión y su tez tomar un vulgar bronceado. Tampoco podía caminar rápido, ni podía inclinarse sobre el plato en la mesa, aunque con eso tuviera los vestidos llenos de lamparones. Nada de novelas góticas. Nada de montar a horcajadas. Nada de verse con Bobby, el mozo de establos, que era su mejor amigo. Nada de frecuentar la cocina.

«Escribe cartas. Sirve el té. Cultiva tu conversación, pero no parezcas lista. Siéntate recto. No te dejes tantos mechones sueltos. Jamás te levantes tanto las faldas. Ese no es un tema sobre el que conversar...».

Quería chillar. A cada momento del día. Pero todo lo aguantaba con paciencia y agradecimiento hacia Gerard. Debía convertirse en la condesa que él esperaba que llegara a ser algún día y tenía que honrar al que sería su esposo para que sintiera verdadero orgullo de ella.

Gerard era todo lo que tenía en el mundo.

Por eso se sometía con docilidad a los dictados de lady Mossling. Porque quería ser la perfecta aristócrata, como lo había sido su madre, si bien ella nunca le habría impuesto semejante retahíla de normas.

—¿Y si es el caballero quien me pregunta por ese asunto en concreto? — preguntó en un último reducto subversivo.

—¿Es que no acabo de decirle que esas no son las conversaciones que les interesa mantener a los caballeros con una debutante de diecisiete años? No es tan complicado, lady Grace —insistió su instructora—. Su papel debe restringirse a escucharles y mostrar interés por lo que le cuentan, pero ¡por Dios! no parezca tampoco una pueblerina extasiada. Eso es de muy mal gusto, y a los hombres les horroriza. Tendrá que mantener su lengua bien sujeta y controlar ese afán que tiene por conducir la conversación y mostrar sus conocimientos. No serán bien recibidos en la corte. Allí tiene que ser un modelo de rectitud y sobriedad.

—Pero ¿y después de la corte?

—¡Basta! —protestó lady Mossling, llevándose la yema de los dedos a la sien. Ya le he dicho que tenemos que centrarnos en su presentación a la reina y en la actitud que deberá mostrar allí. Al menos, he conseguido que haga una genuflexión decente.

Su mente recreó entonces aquel glorioso momento de satisfacción personal cuando consiguió hacer la reverencia perfecta que debería realizar ante la reina sin apenas explicación de lady Mossling. Ver la cara de aquella mujer —

que se había convertido en algo parecido a su carcelera— quedarse sorprendida sin poder poner una sola objeción a su ejercicio le dio alegría para casi una semana entera.

La presentación ante la reina era algo que había practicado con su madre, y nadie lo hacía mejor que ella.

Lady Haltonshire había deseado que sus hijas disfrutasen de la temporada social en Londres, no tanto por la esperanza de que hiciesen un buen matrimonio como por la oportunidad que suponía para disfrutar de las diversiones de la ciudad. Los condes habían preferido la vida retirada del campo y ese era el entorno en que ella y sus hermanos habían crecido. Algo que lady Mossling calificaba de vulgar y disipado; algo, insistía siempre, que la había convertido en una jovencita impetuosa e irresponsable. Pero lo cierto era que había sido una infancia feliz, tranquila, alejada de las estrictas normas que ahora se le imponían. Mas, por moderadas que hubieran sido las imposiciones en Askett Abbey, sus padres los habían dotado de una correcta educación y los habían preparado en gran medida para su presentación en la corte.

A fin de cuentas, Albern había estado predestinado a convertirse algún día en el conde de Haltonshire.

Solo lo fue por cuatro días.

Los recuerdos la asolaban una y otra vez; cada estancia de la casa le evocaba una escena vivida con ellos, cada plato que preparaba la cocinera y que había sido el favorito de padre o de madre, cada solitaria tarde sin la compañía de Astrid para comentar los cotilleos de las guías para señoritas que les hacían llegar desde Londres. Sí, habían gozado de una vida tranquila y retirada en el campo, pero lady Haltonshire nunca perdió de vista sus orígenes ni la importancia de instruir a sus hijas en los protocolos sociales que habrían de poner en práctica cuando fueran presentadas en sociedad.

Ahora ya no estaban. Ninguno de ellos la podía aconsejar. No sería el brazo de su padre el que la guiara hasta el trono en el día de su presentación. No

serían las manos de su madre las que darían el último retoque a su vestido blanco. Ni serían los ojos de Albern los que la contemplarían desde un rincón en cada baile o fiesta. Y, oh, Astrid, ella no volvería a ser tampoco su confidente acerca de los jóvenes apuestos y elegibles que encontraría en Londres.

Aquel sueño había terminado abruptamente un año atrás. Y en esos momentos solo le quedaba eso: la dura instrucción de lady Mossling, baronesa viuda venida a menos que había reconducido su vida a través de la instrucción de jovencitas.

Y Gerard; por suerte, le quedaba Gerard. Era primo lejano de su padre, tan lejano que nunca había oído hablar de él hasta que se quedó sola en el mundo. Cuando él se convirtió en el nuevo conde de Haltonshire, le prometió que cuidaría de ella. Y jamás había incumplido su palabra.

—¿Cree que podrá recordarlo, lady Grace? —insistió la institutriz, sacándola de las negras profundidades de su tristeza—. Me gustaría retirarme un rato antes del almuerzo. Toda esa terquedad suya tiene la facultad de provocarme jaquecas continuas.

—Nada de demostrar locuacidad ni el más mínimo atisbo de intelecto ante los caballeros, a quienes conviene mucho más pensar que, a todas luces, soy tonta.

—¡No es eso...! —Lady Mossling dio un paso adelante con tal exasperación dibujada en su cara que cualquier niña de menos edad habría echado a correr. Pero fuera lo que fuese que se había apoderado de su instructora, enseguida lo tuvo de nuevo bajo control—. Solo me queda rezar para que su comportamiento no deje en evidencia a lord Haltonshire. O que Dios obre un milagro en usted durante estas dos semanas. —Las opiniones de su institutriz nunca habían tenido la capacidad de ofender ni amilanar a la joven, por tanto, sus ojos no sintieron la necesidad de apartarse de los de ella, ni su boca tuvo la inclinación de proferir una disculpa. Solo se quedó mirando ese semblante avinagrado a pesar de su belleza. Aquel duelo de voluntades

siempre terminaba del mismo modo. Y aquella vez no fue diferente—. Ahora se quedará aquí otra hora estudiando el Debrett's hasta conocer todos los nombres que le he subrayado. Después podrá bajar a almorzar.

Cuando lady Mossling abandonó la sala de estudio donde siempre tenían lugar sus torturas, la joven se dejó caer en el sillón de brocado verde y plata con resignación. Cerró los ojos y recordó el tiempo en que aquella había sido la sala de costura de lady Haltonshire, su madre. Evocó las horas que habían compartido las tres bordando pañuelos para Albern, quien se horrorizaba cada vez que recibía un nuevo reemplazo de las mujeres de la casa. Las paredes paneladas en un tono verde agua aún eran testigos de las dotes con la aguja de las hermanas Clayden. Y sobre la repisa de la chimenea siempre reposaría la escena campestre que su madre, Astrid y ella bordaron en su último verano juntas.

La melancolía volvió a invadirla y meneó la cabeza para ahuyentar las lágrimas. No tenía caso volver a lamentarse por todo lo que había perdido. No veía que otros miembros de Halt Brooden Court se entregasen a la desolación y la pena, por más que hubieran tenido que enterrar a sus seres queridos. La epidemia de escarlatina se había cobrado tantas vidas en el condado, que ninguna familia había podido esquivar sus garras. La señora Kinsger había enterrado a cuatro hijos, y cada mañana se montaba en una carreta y se encargaba del reparto de la cerveza especiada que seguían elaborando su marido y el más pequeño de sus hijos, el único que sobrevivió. Y lo hacía con una sonrisa y con la más amable de las conversaciones.

Abrió un ojo y lo enfocó en la guía Debrett's que reposaba en la mesita auxiliar que servía de centro al conjunto de sofá y sillones de la estancia. ¡Por nada del mundo podría soportar una hora entera de lectura! Nadie, absolutamente nadie en toda Inglaterra, podría memorizar semejante cúmulo de nombres y títulos sin confundir los unos con los otros. Lo más lógico y caritativo sería que dejaran a la gente llevar la guía bajo el brazo para poder consultarla cuando se diese el caso de no lograr identificar a un par del reino

o a algún miembro de su familia; pero ¿memorizarla? No se le ocurría misión más desalentadora.

Por suerte, una muy deseada distracción vino a colarse en sus planes inmediatos.

No era frecuente que un carruaje, uno elegante y tirado por cuatro caballos, llegara hasta la puerta de Askett Abbey. Y eso fue lo que escucharon sus oídos.

Se levantó de un brinco y su corazón explotó de gozo al comprobar que era el escudo de Haltonshire el que ornamentaba la puerta. ¡Gerard! ¡Había vuelto!

Le había prometido que vendría unos días antes de su viaje a Londres para que pudiera templar sus nervios antes de la presentación en la corte. ¡Pero aún faltaban dos semanas!

Se paseó nerviosa por la habitación. Quería correr a sus brazos, pero lady Mossling le había ordenado quedarse estudiando el maldito Debrett's en la habitación. Y pensó, con fastidio, que a Gerard siempre le importaban mucho las opiniones de lady Mossling,

Bien, entonces no bajaría corriendo las escaleras, ni se lanzaría a los brazos de Gerard, sino que se tomaría su tiempo para caminar con toda la rectitud y elegancia posibles a través de los pasillos de Askett Abbey hasta bajar a la entrada y ofrecer a lord Haltonshire el recibimiento que merecía.

Al llegar al recibidor, comprobó que ni siquiera el mayordomo se hallaba presente y escuchó cómo se alejaba el carruaje en dirección al establo. Quizá se había demorado en demasía. Estiró el cuello en todas direcciones y se preguntó a dónde se habría dirigido su prometido, pero entonces escuchó voces en la biblioteca y pensó que ese habría sido el primer lugar al que se dirigiese al llegar a casa.

Según se aproximaba le pareció escuchar la voz de lady Mossling. ¡Buen Dios! ¿Ya se estaba quejando de ella? ¡Pero si apenas acababa de llegar!

No quería que esa mujer lo predispusiera en su contra. Ya la había regañado varias veces por enfrentarse a su institutriz y por no tomar en serio su

preparación. Llevaba dos semanas sin verlo, con la única compañía de aquella mujer imposible. Estaba segura de que ni siquiera un perro guardián ponía tanto celo como el que ella mostraba.

—Te aseguro, querida, que yo he sufrido mucho más sin poder verte.

Aquellas palabras la dejaron congelada a un paso de la puerta. ¿Con quién hablaba?

—No me estaba quejando, Gerard. Tu misión en Londres era importante. Es solo que me he sentido muy sola sin ti.

—Pero ya estoy aquí, mi amor.

«¿Querida?» «¿Gerard?» «¿Mi amor?».

«No. No puede ser. No puede ser Gerard».

Su cabeza negaba con un movimiento espasmódico mientras la sangre parecía ralentizarse por sus venas. ¿Qué estaba ocurriendo? Con paso vacilante, se acercó a la puerta y buscó con la mirada las dos figuras que se encontraban apoyadas contra la mesa de despacho.

Tuvo que llevarse una mano a la garganta para no gritar. Se estaban abrazando. ¡Ella iba a besarle!

—Gerti, cariño, ¿no será peligroso?

—La he castigado en el cuarto de estudio. No podrá bajar en una hora.

Él acarició la mejilla de la institutriz con dulzura.

—¿Otra vez se ha portado mal? Quizá eres demasiado dura. No es más que una niña.

—Gerard, eres tan indulgente con ella que a veces dudo de que seas capaz de hacer lo necesario cuando llegue el momento.

—Gerti...

—Sí, se ha portado mal —respondió ella airada, cortando lo que fuera a decir su interlocutor—. Es insolente y deslenguada. Te aseguro que no sería capaz de estar a la altura de ser la condesa que te mereces.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al fin cuando Gerard besó a la mujer que tenía entre los brazos para reconfortarla.

—Gerti, cariño, no te derrumbes ahora.

—Tienes que decirle quién manda aquí, Gerard, a ti te hará caso. Hoy he estado a punto de darle un bofetón.

—Ya sabes que no debes. Antes no estabas tan ofuscada con ella.

—¿Y de quién es la culpa? Aún no puedo creer que la besases. Desde ese día no soporto su presencia ni su visión.

Su beso. Las lágrimas rebasaron los límites de sus ojos cuando recordó el modo tan rotundo en que Gerard la había consolado después de una de sus pesadillas. Se había quedado dormida en el salón de lectura y había vuelto a soñar con ellos. Había visto los rostros de su padre y su madre, de Albern, de Astrid, pero estaban macilentos y moribundos, exangües, llenos de pústulas y con los ojos desorbitados por el dolor. Él la había despertado y abrazado y, tras dedicarle unas palabras de consuelo, había rozado brevemente sus labios. La había mirado de un modo extraño después, y el beso se había profundizado. Él la había acariciado también, de un modo que al principio la asustó, pero que después le resultó placentero, porque era Gerard, porque lo amaba con todo su corazón y se iba a casar con él.

El recuerdo hizo que se pusiera a temblar. Casi no era capaz de controlar los sollozos que querían escapar de su garganta. Tenía que irse de allí. No podía soportarlo. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué sus piernas no respondían?

—Querida —Él invirtió sus posiciones y la colocó contra la mesa. Contempló horrorizada cómo metía una mano por debajo de su falda y cómo ella le echaba los brazos al cuello—, sabes que yo solo te adoro a ti. Solo te deseo a ti. Tuve que esforzarme mucho por besarla, pero a fin de cuentas es mi prometida y tengo que mostrarle afecto. Te dije que estarías mejor en Londres, lejos de este sórdido asunto. Yo me hubiera ocupado de todo.

—¿Querías tenerme en Londres para poder flirtear con ella? —inquirió enfadada.

Entonces Gerard hizo algo que le resultó escandaloso y grotesco. Tomó la mano de ella y se la colocó entre sus piernas. Grace no pudo evitar un jadeo

de conmoción, pero nadie pareció oírla.

—Esto solo ocurre contigo. Mi cuerpo arde por ti de un modo que no puedo controlar. Siempre ha sido así y siempre lo será. Sabes lo que estoy dispuesto a hacer por ti. ¿Acaso este matrimonio no es suficiente prueba de lo que te amo?

—El matrimonio solo es el primer paso, Gerard. Me preocupa que...

—Lo haremos, Gerti. Te lo prometo. Ya debería estar surtiendo efecto la belladona y ella ha aceptado pasar la luna de miel en Cornwall. Yo he proclamado mi felicidad a los cuatro vientos por el futuro enlace y también he plantado la semilla de mis sospechas sobre su estado de salud. Te aseguro que, con la desgracia que golpeó a su familia, nadie dudará de que la melancolía fue la que la llevó a los acantilados. Nos libraremos de ella y podremos vivir con todo ese dinero, cielo. Piénsalo. Solo tienes que aguantar dos semanas más.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Perdóname por estos absurdos celos. Es que no veo la hora de librarme de ella. —Lady Mossling aprovechó la posición de su mano para manipular el pantalón de Gerard y él comenzó a trabajar bajo la falda de ella—. Pero tienes razón, mi amor. Tendré paciencia. Puedo soportarlo todo si estás conmigo. Es que a veces me hace perder la razón. La odio tanto...

—Y yo, Gerti, yo también.

Grace tuvo que buscar apoyo en el marco de la puerta. Sintió que sus rodillas no podrían sostenerla ni un segundo más. Se acercó y recostó la espalda contra la pared. El aire no llegaba a sus pulmones con suficiencia, le temblaban las manos, que sostenía contra su estómago. Sus piernas parecían de gelatina.

«¿Cómo has podido? Oh, Gerard, ¿por qué?».

Jamás la había querido. Todo el consuelo que le había brindado tras la muerte de su familia no había sido más que una mentira. Había fingido afecto por ella cuando en realidad tenía una amante. ¡Y la había traído allí! ¡A Askett

Abbey! ¡Para martirizarla!

Era su amante. Su amante, por Dios. Las náuseas amenazaron con descomponerla, pero tragó saliva muy fuerte y respiró hondo. ¿Por qué? ¿Por qué le hacían eso? ¿Cómo podían ser tan horribles, tan crueles?

Volvió a quedarse helada al recordar la última parte de la conversación.

«*Belladona*» «*Cornwall*» «*Acantilados*».

No. No podía ser cierto.

Querían deshacerse de ella. Querían quedarse su dinero.

Las lágrimas volvieron a derramarse de forma silenciosa por su rostro. Grace se quedó sin fuerza. Vacía.

Eso había sido todo desde el principio. Querían la herencia de su madre. Pasaría a su marido una vez se casase y Gerard lo sabía porque había recibido una copia del testamento exacta a la suya. Él había heredado Haltonshire, pero la fortuna del condado siempre había sido el dinero de su madre. Por eso Gerard se había enamorado tan fervientemente en solo unas semanas, la había cortejado de inmediato y había pedido su mano justo al terminar el año de luto. Tan solo les había frenado la necesidad de presentarla ante la reina. ¡Si hasta en eso habían pensado! Iban a envenenarla —habían empezado ya, según sus palabras—, a fingir su debilidad y llevarla a Cornwall para que todos creyesen que se había tirado por un acantilado. ¡Dios bendito! Lo habían previsto todo.

En fin. No. No lo habían previsto todo. No habían contado con la inmensidad de su amor ni con que se saltara el castigo para correr a sus brazos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, o si los sollozos que su pecho no dejaba de expulsar habrían sido sonoros o no, pero la actividad en la biblioteca le indicaba que tanto su tutor y prometido como su institutriz estaban demasiado ocupados para reparar en su presencia.

Era ignominioso que el que iba a ser su marido estuviera... fornicando a escasos pasos de ella. Sintió deseos de vomitar allí mismo, pero encontró la

fuerza necesaria para mover sus piernas, salir al patio y depositar su desayuno en una de las jardineras.

Media hora después, del modo más sigiloso y antes de que se cumpliera la hora estipulada de castigo, lady Grace Valery Clayden abandonaba para siempre Askett Abbey.

Capítulo 1

Mayo, 1837.

Minstrel Valley.

Condado de Hertfordshire.

Lady Grace Valery Clayden, conocida en Minstrel Valley como la señorita Valery Sherman, era una impostora.

No era su intención engañar a nadie ni obtener beneficios con subterfugios. No pretendía tampoco estafar a sus protectores y ni se le pasaba por la cabeza usar su anonimato para perjudicar a nadie.

La mentira había sido creada tiempo atrás, y ya no podía retractarse de su falso yo. Era una medida de precaución necesaria; lo único que había estado en su mano para salvaguardar su integridad. Pero le pesaba. Mentir a sus amigos y conocidos le pesaba. Fingir ser alguien que no era ante los vecinos de Minstrel Valley le provocaba mala conciencia.

Cuando podía eludir cualquier aspecto sobre su persona, casi lograba creer que esa había sido siempre la auténtica Valery —una doña nadie, la hija única de un panadero que había fallecido dos años atrás—, pero cuando alguien, una amiga, le preguntaba por su pasado como en ese momento, tener que recurrir a la invención y no al recuerdo, le parecía una gran traición.

—Me hubiera gustado tener hermanos, desde luego. Fue una infancia un tanto solitaria. —«Señor, perdóname»—. Pero, tras la muerte de mi madre, padre tenía mucha faena y apenas podía dedicarme tiempo.

Había entonado tantas veces esa historia que debería ser más sencillo contarla. Pero siempre sentía que enlodaba la memoria de todos sus seres amados.

—¡Te habría encantado! —exclamó Melinda—. Era como esta escuela, pero a pequeña escala. Dormíamos todos en la misma habitación, y no es que faltaran las peleas, sobre todo entre los chicos, pero siempre me encantaba la imagen que proyectábamos al caminar todos juntos al oficio dominical. Nunca había tiempo para sentirse sola.

Melinda Culier era la sexta hija de una prole de nueve ruidosas criaturas a quienes sus padres, unos humildes comerciantes, habían dado una vida plena y llena de aventuras. Se había convertido en su mejor amiga, pues le recordaba todo lo que ella había sido en otro tiempo. Era muy bonita. Con unos ojos vivaces y casi tan negros como su cabello, afrontaba la vida con entusiasmo y expectación. Siempre parecía a punto de explotar de felicidad; era su sangre italiana, decía ella siempre, la que la dotaba de ese desparpajo y optimismo. A pesar de toda esa efervescencia, era una persona en quien se podía confiar; que sabía ser discreta cuando la ocasión lo requería. Y, sin embargo, jamás se había confesado con ella. Ya era demasiado tarde.

—Oh, eso sí que me hubiera gustado. Una escuela como la de lady Acton habría sido un sueño para mí. —En eso no mentía—. Pero he de confesar que era bastante feliz a mi modo. Me pasaba el día devorando libros de filosofía y de historia. Oh, y manuales para señoritas, claro. Me los creía muy al pie de la letra y fingía ser una gran dama.

—Y, mira por dónde, eso te trajo a nuestras vidas —sonrió Melinda—. Creo que podemos decir, sin atisbo de duda, que fue una suerte que las cosas ocurrieran tal cual lo hicieron.

Bien, eso era decir demasiado, se lamentó.

Ambas jóvenes caminaban cogidas del brazo por Town Hall Street en dirección al centro del pueblo. Podrían haber tomado otro camino más directo para su viaje, pero les gustaba pasar por Legend Square y disfrutar del

ambiente que siempre reinaba en la plaza. Nadie podía pedir más a un día de primavera. El sol brillaba y daba calor a la tarde, que ya empezaba a descontar minutos. Era tan tibio el día que incluso les sobraba la esclavina de punto que habían tomado para dar su paseo. Al menos, su vestido verde de algodón era fino y muy vaporoso, por lo que se sentía bastante cómoda. Aunque de buena gana llevaría el bonete en la mano, en lugar de en la cabeza. Pero ¡ah!, las pecas.

Una suave brisa, de esas que aportaban frescura al rostro, empujaba los finos mechones de cabello oscuro hacia la boca de Melinda, mechones que ella volvía a colocar tras su oreja con tozudez. Si fuese mirando al frente no le ocurriría eso, pero su amiga era de las personas que no se conformaban con sostener una conversación animada, sino que además observaban el rostro de su interlocutor para compartir y revertir su alegría. Corría el peligro de tropezar con algún canto, pero Valery ya había renunciado a aleccionar a su amiga sobre los preceptos del decoro de una dama al caminar, ya fuera por apariencia o por seguridad. La señorita Culier era lo que venía a ser llamado *un caso perdido*.

Que, de todos los lugares del mundo y de todas las opciones posibles, Valery hubiera terminado en la Escuela de Señoritas de lady Acton como profesora de Etiqueta y Protocolo era algo que no dejaba de sorprenderla; un golpe de suerte en medio de todos los infortunios que le había tocado vivir.

Minstrel Valley se hallaba en Hertfordshire, a unas pocas horas de Londres en carruaje, una distancia más que segura. Las colinas de Scott Hill y Lake Hill lo delimitaban al noroeste y sudeste respectivamente, dotando al valle de unas sinuosas y verdes vistas. Tenía un tamaño mediano, aunque no carecía de edificios elegantes ni de mansiones fastuosas. Había una forja, un salón de fiestas, una posada, una escuela infantil y un colmado con todo lo que pudieran precisar; pero, además, el lugar estaba plagado de parajes naturales preciosos, como el lago y el bosquecillo que lo circundaba, o las ruinas del que fuera el castillo de la familia Scott.

Saludaron a la dueña del colmado, la señora Gibbs, quien estaba cambiando los carteles de la fachada de su tienda con alguna nueva adquisición que habría traído de Londres. Valery dejó que su sonrisa se ensanchara al hacerle una venia elegante a lady Cinthya de Clowes, baronesa Rowsley. Esa mujer era una de las más admirables personas que había conocido jamás. Había tenido una vida dura y, sin embargo, derrochaba amor por su sobrina Becca, alumna de la escuela, a quien Valery había tomado mucho cariño. Lo poco que sabía de su vida se lo había contado Bella Gibbs, que era una mujer amigable, pero también cotilla en extremo. Con todo, le parecía una persona maravillosa. Minstrel Valley estaba plagado de ellas.

A veces olvidaba, no durante demasiado tiempo ni a un nivel que se pudiera calificar de profundo, lo afortunada que había sido al encontrar aquel fantástico lugar. Aún le parecía mentira que hubiera terminado en aquel pueblo encantador y de buenas gentes, tan distinto de la ciudad, donde todo era oscuro, difícil y peligroso.

O quizá su visión estaba empañada por los recuerdos.

Los primeros años tras huir de Askett Abbey, no le había sonreído la suerte. Cometió la temeridad de intentar subsistir por sí misma en Londres y erró. A Valery le provocaba un gran malestar recordar los cuatro años que había pasado allí, y no por el insignificante hecho de haber tenido que ganarse la vida, sino por el constante miedo a ser encontrada. Bueno, y por aquella casa en Grange Road. Valery aún despertaba algunas noches con el tremendo horror de creerse en aquel fumadero de opio que había resultado ser la vivienda del señor Mansfield.

Pero en un día tan hermoso no quería traer a la memoria los aciagos años de Londres. Prefería, con mucho, evocar su llegada a Minstrel Valley. ¡Cuánto le había fascinado el lago! ¡Y las ruinas del castillo! ¡Cuán aterradora le había parecido Minstrel House el primer día! Y todo para encontrar que a las pocas horas había comenzado a sentirlo como un hogar.

No podía compararlo con lo que había conocido hasta la fecha, pues la

felicidad y candor que había vivido en Askett Abbey era el producto de una infancia protegida y amorosa. La satisfacción y orgullo que experimentaba ahora eran fruto del esfuerzo, la madurez y el bucólico encanto de ese lugar.

—Buenas tardes, profesoras —las saludó el señor O'Neill, el fortachón quesero del pueblo que venía acompañado de sus dos hijos, Kieran y Deirdre.

—Buenas tardes —repitieron sendas voces.

Ambos eran jóvenes encantadores y muy trabajadores. Kieran, además de un galán con las damas —con todas las damas—, se había convertido en el lechero de Minstrel Valley y había multiplicado los beneficios del negocio familiar. Deirdre, por su parte, era una jovencita amable y servicial que siempre andaba con un libro entre las manos, para tormento de su padre, quien temía que a la chica se le llenase la cabeza de pájaros y olvidase cuáles eran sus posibilidades reales en la vida.

En esa ocasión no les acompañaba Barbara, la sobrina del quesero, que también era una artista en potencia, con unas dotes espectaculares para la pintura.

—Buenas tardes, señor O'Neill. Qué gusto verles a los tres juntos —contestó Valery.

—Hola, señor O'Neill —saludó también Melinda—. Justo esta semana iba a pasar por su casa. Deirdre —añadió dirigiéndose a la hija—, acabamos de terminar de leer un libro de John Keats que creo que te va a encantar. Es una edición preciosa que nos ha mandado lord Northcott desde Londres.

—Oh, señor —protestó el padre de la muchacha—. Todos ustedes están empeñados en regalarle libros a mi Deirdre. La señora Crown y lord Mersett le han obsequiado los suficientes para poner una pequeña librería. Y ahora, usted también, señorita Culier. ¿Acaso creen que en mi casa hay muebles suficientes para albergar tanto libro?

Melinda gorjeó, despreocupada.

—Tranquilo, señor O'Neill. En esta ocasión, se trata solo de un préstamo.

—Además, padre, tengo muchas ganas de leer a ese autor. La señora Crown

me ha dicho que ha alcanzado gran popularidad, pero aún no he leído nada suyo —añadió la chiquilla, entusiasmada.

Daphne Crown era una joven y bonita viuda que vivía en Minstrel Valley mucho antes de que Valery llegase allí. Su historia era un completo misterio para ella, pero sus intentos por ponerle fin a todo, lamentablemente, sí que habían trascendido. De eso hacía mucho tiempo y, según la propia Deirdre, no había nada por lo que preocuparse, pues la mujer llevaba ahora una vida muy estable y equilibrada.

Valery se preguntaba qué tendría que ver en todo aquello el exótico primo de lady Acton, Derek Lee, conde de Mersett. Se había sumado a aquella costumbre de regalar todo tipo de materiales de papelería y libros a la hija del quesero, quien, por cierto, había salvado a Daphne Crown de uno de sus intentos de suicidio. Pero, además, su presencia constante en Minstrel Valley no se explicaba a no ser por aquella extraña relación que mantenía con la viuda Crown. Valery hubiera querido tener el arrojo de llamar un día a su puerta y sentarse a tomar un té con ella, pues presentía que era un alma atormentada, pero se limitaba a ser cordial y a tratarla con afecto cuando se encontraban.

—Padre no dice que no los puedas leer, Deirdre —terció Kieran, su hermano, con sorna—, pero es que te pasas el día con la nariz metida entre libros o en casa de la señora Crown. Al final, vas a creerte que eres una señoritinga de ciudad y tendremos que bajarte de las nubes con un lazo bien grande.

—Eres un botarate, Kieran —respondió esta.

—Ya está bien, muchachos. Las señoritas Sherman y Culier tendrán cosas que hacer y vosotros las estáis entreteniendo.

El buen carácter de Ronan O'Neill no le permitía ofuscarse con facilidad. Por ello, zanjó el pequeño debate con una inclinación de lo más caballerosa y una sonrisa de oreja a oreja dirigida a Melinda.

—Será un placer que le preste cuantos libros quiera a mi muchacha. No

vaya a creer que se lo estaba cuestionado, señorita Culier. Además, si viene esta semana, le dejaré que pruebe una nueva receta que estoy usando para los quesos. A nosotros nos gustan mucho, pero, como nos gusta siempre todo, no sé si somos muy de fiar.

Todos rieron ante el buen apetito del que hacía gala la familia de origen irlandés, y se despidieron de la forma más cordial.

—Es una chica prometedora. ¿Te imaginas lo que podría obtener con una beca en la escuela de lady Acton? —preguntó con cierta melancolía.

Muchas veces pensaba en lo distinta que podía llegar a ser la vida de una persona en función de la familia en que nacía. Aunque el nacimiento no era el único accidente que podía definir la vida de alguien, y ella era un claro ejemplo.

—No tiene caso que le des vueltas a eso, Valery. A fin de cuentas, Deirdre no ha tenido mala suerte en la vida. Cuenta con una familia amorosa y con el apoyo de la señora Crown, que puede proporcionarle comodidades si decide tomarla bajo su ala, cosa que creo que ya hace —alegó Melinda—. Además, todos contribuimos a su educación de un modo u otro. Hasta estoy convencida de que algún día formará una bonita familia. Eso si encuentra un hombre que no se sienta amenazado por su intelecto.

—Vaya, quizá no le estemos haciendo ningún favor al alentar su gusto por la lectura —dudó.

—El saber no puede ser nunca un freno en la vida de ninguna persona, Valery —protestó Melinda—. Y ya sé que me vas a salir con eso de que la realidad no tiene nada que ver con la justicia y que las mujeres instruidas no están bien vistas en ninguna clase social, pero nuestra Deirdre tendrá un final feliz y punto.

Valery soltó una carcajada ante la vehemente defensa de su amiga. De las dos, Valery era la más sesuda, la más realista. Melinda, por el contrario, era soñadora y romántica hasta la médula.

—Está bien, está bien. Creo que, en este caso, estoy de acuerdo contigo.

Minstrel Valley es un lugar especial. Si una jovencita puede encontrar la felicidad a pesar de nadar contracorriente, tiene que ser aquí.

Continuaron su camino por Old London Row en dirección a la posada, donde Melinda iba a depositar unas cartas para su familia. Siempre escribía a todos sus hermanos y hermanas una vez al mes. Podrían habérselas dado a Johnny, un joven que trabajaba en Minstrel House desde que se fundara la escuela, pero les gustaba dar ese largo paseo juntas.

—¿No te da pena que las clases estén tan próximas a su fin? —preguntó Melinda al cabo de unos minutos—. He pensado traer de Londres la *Miscellany* de Bentley para las niñas. Me ha dicho mi hermana Candance que Dickens ha empezado a publicar una novela en formato serial. Ella asegura que es fabulosa.

—Me gusta Charles Dickens. ¿Cómo se llama la novela?

—*Oliver Twist*.

—Bien. Podría ser un *twist*^[1] —añadió, con énfasis en la palabra— muy interesante para el final de las clases.

Melinda se le quedó mirando y empezó a desternillarse de risa. Volvió a engancharla por el brazo para continuar caminando de ese modo tan poco propio de una dama, pero que en el fondo le encantaba.

—Para que luego digan que no tienes sentido del humor —rio—. Ay, Valery. Vamos, démonos prisa. Si llegamos tarde al té, le dará una apoplejía a Eleanor.

El té se tomaba a las cinco, puntualmente, todas las tardes en el salón de las alumnas, una lujosa estancia decorada en tonos lavanda y bañada por la cálida luz del sol de aquel mes de mayo que ya tocaba a su fin. Cada día era responsabilidad de una de las alumnas celebrar la ceremonia bajo la atenta mirada de la profesora Valery Sherman.

La señorita Lorianne Bowler estaba haciendo un digno trabajo esa tarde. Su cuerpo menudo se movía con elegancia y eficiencia mientras sus ojos oscuros obsequiaban con miradas cordiales a cada una de las damas a las que servía.

—No olvides que mañana comienzan las clases de equitación —le recordó Eleanor Harper, directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, que contemplaba a su lado cómo interactuaban las jóvenes.

Valery se volvió hacia ella y le obsequió una sonrisa.

—Estaremos allí a las nueve en punto, Eleanor.

Podría decirse que se habían convertido en buenas amigas. Todas las profesoras de la escuela, ya fueran internas o vivieran en el pueblo, compartían muchos momentos de compañerismo y clases conjuntas, por lo que se había forjado una amistad entre ellas que podría calificarse de inquebrantable. Todas ellas eran bastante jóvenes, y de resultas, habían sabido congeniar y ayudarse las unas a las otras; siempre con el respaldo de lady Acton, la propietaria y fundadora de la institución.

Aunque su amistad era mucho más profunda con Melinda Culier, había llegado a desarrollar un gran aprecio por todas, en especial por Eleanor Harper. Presentía que, al igual que ella, soportaba una pesada carga sobre los hombros. No hablaba mucho de su pasado. Era reservada y estricta, aunque también veía un brillo de dulzura en sus ojos cada vez que miraba a las alumnas. Si algo tenía claro era que la directora de la escuela no era transparente, sino que se ocultaba detrás de muchas capas de cortesía y rectitud, tal y como hacía ella.

Desde el instante mismo en que puso un pie en Minstrel House fue consciente de la oportunidad que se le brindaba. Hizo todo lo posible por convertirse en la mejor profesora de Etiqueta y Protocolo que lady Acton pudiera soñar. Aplicó todos los conocimientos que le había inculcado su madre y desechó muchos de los que le había intentado transmitir aquella despiadada institutriz a la que ni siquiera nombraba en sus pensamientos. Leyó todos y cada uno de los manuales de comportamiento que pudo conseguir e

incluso —Dios era testigo de ello— estudió al detalle la guía Debrett's. En cada edición.

A sus alumnas intentaba proporcionarles todas las herramientas que necesitarían para el desempeño de su labor como esposas, madres y como mujeres en la sociedad inglesa. No todas ellas estaban destinadas a ser grandes anfitrionas, de modo que las clases eran muy individualizadas. Siempre intentaba que todas conocieran los pormenores de las reglas de etiqueta que las convertirían en damas respetables, fuera cual fuese su futuro, pero también intentaba que cada una de ellas aprendiera cosas prácticas que pudieran serles de ayuda en el papel que les tocaría desempeñar.

Así, a la señorita Jane Walpole, que estaba dotada de todas las capacidades y seguridad necesarias para afrontar el mercado matrimonial, intentaba armarla con todo el refinamiento y distinción que precisaría para conseguir su objetivo —un duque ni más ni menos—, mientras que con Tiberia Seymour sus esfuerzos siempre habían estado más encaminados a generar en ella la suficiente confianza e interés como para que mostrase la necesaria candidez femenina que le permitiese atraer a los caballeros, cosa que cada día veía menos probable.

Para ser honestos, algunas de sus alumnas podrían considerarse casos perdidos, y lamentaba de verdad el dinero que empleaban sus padres en la escuela, si bien no se podía estar segura de lo que esas jóvenes serían capaces de lograr. Solo había que fijarse en el caso de Romola Seymour; un *caso perdido* según toda la buena sociedad londinense. Esa jovencita torpe y sabionda había sido una apuesta personal de lady Acton, la primera de las alumnas de su flamante escuela, y un éxito absoluto, se mirase por dónde se mirase. Molly no solo había conseguido hacer un buen matrimonio, sino que se había casado por amor. Edward Hastings, el sobrino del profesor de Baile de Minstrel House, había pasado una breve temporada en Minstrel Valley como profesor sustituto y, a pesar de las pésimas dotes de Molly como bailarina, el afecto había surgido de forma espontánea durante las clases.

Las posibilidades de las alumnas de la Escuela de Señoritas de lady Acton eran infinitas.

La existencia de una escuela tan particular en un pueblo de apenas quinientos habitantes tenía una explicación muy sencilla. Minstrel House era una propiedad que Helena Kenley, lady Acton, había recibido de su hermano, marqués de Northcott, y que debido a una tragedia familiar había estado cerrada a cal y canto durante años. Cuando la anciana descubrió que Olivia Coombs, actualmente lady Olivia Hale, era la hija legítima de su fallecido sobrino, volvió a Minstrel Valley, decidida a restituir a su sobrina nieta los privilegios perdidos. Al mismo tiempo, ideó una escuela para «Damas Selectas» con un concepto muy innovador que había resultado todo un éxito, una vez llevado a la práctica.

—¿Es una cucharilla lo que veo dentro de esa taza? —preguntó a lady Margaret Ashbourn, que la miró con los ojos como platos.

—No comprendo cómo ha podido llegar hasta aquí —respondió la muchacha con una creíble expresión consternada—. ¡Qué cosas! Es bien sabido que una Dama Selecta jamás bebería de la taza con la cucharilla dentro. Hester, debemos tener más cuidado con lo que hacen nuestras cucharillas.

Valery resopló mentalmente. Lady Margaret, aunque jamás lo reconocería, era una de sus favoritas. Era respondona y cómica en exceso, pero tenía una viveza y un espíritu inquebrantable que ella admiraba.

—Recuerden, queridas, que por amena que sea la conversación, nunca deben perder de vista los preceptos más básicos que toda buena matrona notará cuando sea su invitada.

Por fin, la señorita Bowler terminó de servir a sus compañeras y se sentó con su propia taza.

—¿Qué tal lo he hecho, señorita Sherman?

—Buscar el reconocimiento de los demás solo demuestra nuestra propia inseguridad, señorita Bowler, no lo olvide. Pero he de decir que lo ha hecho

bastante bien. —Ante la sonrisilla cómplice de la joven tuvo que añadir—: Aunque nunca debe olvidar dejar media pulgada entre el líquido y el borde de la taza o, de lo contrario, alguno de sus invitados podría desbordar la taza al servirse azúcar, como le ha ocurrido a la señorita Grant.

Eso hizo que ambas jóvenes la mirasen con aire compungido, aunque solo les duró lo que tardó lady Margaret en tomar la palabra. Todas volvieron a centrarse en su conversación —que en los últimos días giraba siempre en torno al Baile de Primavera— e ignoraron a sus profesoras. El tiempo de clase había terminado. El disfrute del té era una costumbre sagrada en Minstrel House; ni siquiera las profesoras osaban privar de ese placer a las chicas.

Sonrió satisfecha y despidió con una inclinación de cabeza a Eleanor, que se marchaba a su despacho, en el que siempre tenía ingentes cantidades de papeleo que supervisar. Echó un vistazo a sus alumnas y suspiró con satisfacción. ¡Qué grupo de mujeres prometedoras! ¡Cuántas metas les quedaban por cumplir! Jamás llegó a imaginar que esta vida a la que se había visto abocada pudiera llenarla de tanta satisfacción. ¡Era feliz! Compartía su espacio y su tiempo con personas amables y bondadosas que la arropaban como una gran familia. Sus días estaban llenos de paz y tranquilidad, de amistad, de compañerismo. No podía pedirle nada más a la vida. Bueno, sí, todavía podía pedir una cosa: que nada cambiase.

Capítulo 2

El establo de Minstrel House siempre le traía recuerdos de otra vida. Había pasado muchas horas en el de Askett Abbey junto a Bobby; ella sentada sobre una bala de paja, mientras él cepillaba los caballos o rellenaba los abrevaderos sin dejar ambos de parlotear. Habían aprendido juntos a montar a caballo, pues el conde de Haltonshire no había tenido reparos en que el mozo de su establo, el hijo del herrero del pueblo —a quien su hija pequeña adoraba—, asistiera a las lecciones que él mismo les había impartido.

Solía evitar entrar en esas dependencias de la mansión; evitaba todo lo que pudiera recordarle al lugar del que venía y a donde no podría volver nunca. Los primeros días tras su llegada al pueblo, se había empeñado en construir sólidos muros en torno a su corazón para protegerlo de todo lo que le pudiera hacer daño.

La experiencia en Londres había sido devastadora para una niña protegida como lo era ella por aquel entonces. Si al menos se hubiera quedado en casa de los barones Krebler... pero los niños crecen, y llegó un momento en que su presencia dejó de ser necesaria. Entró a trabajar entonces en casa del señor Mansfield.

Su papel era el de niñera e institutriz de Jessica, una niña de ocho años muy fea y consentida. Desde el principio notó que no era el ambiente más familiar ni la casa más acogedora en la que había estado. Había normas muy estrictas y horarios muy extraños.

Aquella noche en que Jessica tuvo una rabieta porque había perdido su broche —la culpó a ella y la obligó a bajar a buscarlo— jamás imaginó lo que iba a encontrar. ¡Vivía en un fumadero de opio! Allí había hombres y mujeres de distintos estratos sociales, medio tirados por los sofás y sillones, sobándose con una mano mientras con la otra sostenían pipas de opio. La tomaron por una integrante de la fiesta y quisieron manosearla. Ella intentó explicarse, pero esos hombres solo reían y le decían que no fuera aguafiestas. Ni siquiera la entendían. Golpeó a uno de ellos en la cabeza tan fuerte que cayó redondo al suelo. Valery ni se le pasó por la cabeza volver al piso superior. Tomó la puerta principal y se lanzó a la calle. No era tan tarde. ¡Esa gente se estaba drogando a la hora de la cena!

Aquella noche, a pesar de todo, le sonrió la suerte, pues, en cuanto se adentró unas yardas en uno de los barrios más decentes junto a Grange Road se topó con una señora, a la que prácticamente arrolló. Era tan elegante y bonita que se detuvo a pedirle mil disculpas.

Se quedó helada cuando esa mujer la llamó por su nombre.

Lady Hannah Redcliff, había sido amiga de su madre e incluso había asistido a su funeral. La llevó a su casa y cuidó de ella durante unas semanas. Cuando le contó todo lo ocurrido, la condesa quiso aniquilar —esa fue la palabra que usó— a Gerard Clayden con todo el poder que le otorgaba su posición, pero Valery estaba muy dañada y rendida, y no quiso saber nada del asunto. Acordaron que se alejaría de aquello, que curaría sus heridas y que volvería para reclamar su herencia cuando cumpliera los veinticinco.

Fue así como terminó en Minstrel Valley. Lady Hannah había conocido en una ocasión a Helena Kenley, la condesa viuda de Acton, fundadora de la escuela. Solo hicieron falta dos cartas —una en dirección a Minstrel Valley y otra de respuesta a Londres—, y Valery, de pronto, tuvo un hogar.

En cuanto puso un pie en el pueblo, enterró con firmeza los recuerdos que la hacían vulnerable y se forjó una nueva vida, muy distinta a la que le correspondía por nacimiento. De hecho, lo hizo con tanta precisión que en ese

momento se arrepentía de algunas decisiones, como la de no volver a montar a caballo.

Se preguntó qué habría sido de Bobby y si estaría casado, quizá, con alguna de las chicas que ella había conocido en su infancia.

La imagen de Askett Abbey se desdibujó como una acuarela barrida por la lluvia en cuanto se puso frente a las alumnas, que ese día comenzaban sus clases de equitación.

A su espalda, en las cuadras laterales, piafaron algunas de las yeguas que habían llegado el día anterior por orden del nuevo instructor. El pasillo había sido barrido a conciencia, y el lugar desprendía un calor y un olor muy característicos. Al fondo se hallaba una zona de cobertizo donde el señor Jarvis guardaba los aperos, aunque muchos de ellos colgaban también de las vigas de las cuadras y de los paneles laterales que dividían los cubículos. El techo era un entramado de jácenas de madera que confluían en un tejado de dos vertientes con forma rectangular.

Habían quedado en la doble puerta principal con el profesor a las nueve en punto de la mañana y, a pesar de que las alumnas se habían retrasado un poquito, él aún no se había presentado, por lo que decidió ir preparando el terreno.

—Muy bien —comenzó—. Durante lo que queda de curso, aprenderán a montar o perfeccionarán esa habilidad, muy deseable en una joven dama que aspira a moverse en sociedad. A los hombres les fascinan los caballos y, si pueden compartir esa afición con ellos, estarán obteniendo un importante logro que, además, les permitirá practicar una actividad que muchos definen como placentera y motivadora. Es más, siempre ha sido una de las actividades favoritas de la gente de la alta sociedad salir a montar por Hyde Park a la hora del paseo de los elegantes. Ya saben que, durante la temporada, junto con los paseos a pie o en carruaje, muchos de sus pretendientes o amigos podrían sugerir este entretenimiento. Ahora bien —adoptó un tono más serio—, una dama no monta de cualquier modo. Huelga decir, y por tanto no voy a volver a

mencionarlo, que no se contempla la posibilidad de montar a horcajadas. La silla de amazona, por su parte, lleva consigo una serie de exigencias añadidas para el cuerpo humano. Todas ustedes, que deben ser un ejemplo de rectitud, tendrán que conseguir el equilibrio perfecto entre la postura erguida y elegante que se espera de una dama y la naturalidad que les dotará de un aspecto grácil y elástico.

—Y con suerte, no se romperán la crisma en el intento —interrumpió una voz masculina a su espalda.

¡Vaya por Dios! Los mozos de cuadra cada día se volvían más osados. Valery tomó aire y se giró con impaciencia para protestar por tan grosera interrupción.

No pudo articular palabra.

El caballero, porque no era un mozo el que había hablado, estaba a solo cinco palmos de ella.

Era alto, muy alto. Y fuerte, mucho.

Sus hombros eran tan anchos que sus ojos no parecían capaces de abarcar nada más en el establo. Sobre ellos, se erguía una cabeza coronada por una brillante mata de cabello castaño oscuro en la que brillaban algunas mechas de color más claro en tanto quedaban iluminadas por la luz del sol que se colaba entre los tablones. El rostro era anguloso, con el mentón cuadrado y una nariz patricia. Tanto sus ojos de color ámbar como su boca ancha de labios firmes, mostraban una expresión burlona de lo más arrogante... y atractiva. Con los brazos cruzados por encima del fuerte pecho, parecía un corintio de los que se relataban en las gestas épicas. Debía haber estado muy concentrada en sus explicaciones para haber confundido una voz tan claramente masculina con la de alguien más joven.

«Ay, señor. Me he quedado muda», se recriminó.

—¿Es usted el instructor de equitación? —preguntó disgustada. Se sentía bastante abochornada por el modo en que se había quedado mirándole como una boba, cuando además su intromisión había sido descortés como poco.

—Está en lo cierto, señorita. Dunhcan Bissop, para servirles —se presentó con una venia a todas las damas.

—Yo soy la señorita Sherman, la profesora de Etiqueta —explicó con tono irritado mientras presentaba a sus alumnas, quienes saludaron con sus correspondientes genuflexiones—, lady Margaret Ashbourn, lady Rose Mary Lowell, lady Noelle Montague, lady Amanda Etherington, lady Constance Catesby, la honorable Hester Kaye y las señoritas Rebecca Grant, Jane Walpole, Lorianne Bowler, Mariana Salisbury, Emily Barton y Tiberia Seymour. Ellas serán sus alumnas durante este mes y medio que duren las clases. Yo las acompañaré durante esas jornadas con el fin de asegurar que el estilo de cada una de las jóvenes sea el más elegante posible.

El señor Bissop dedicó una sonrisa ladeada a las jóvenes y centró toda su atención en ella. Por el modo en que entrecerró los ojos, Valery estuvo segura de que iba a causarle problemas, antes incluso de que pronunciase las palabras que se lo confirmaron:

—Señoritas, podrían dar un paseo y disfrutar de esta soleada mañana —sugirió con tono despreocupado—. Creo que la señorita Sherman y yo deberíamos acordar el procedimiento de las clases.

Se oyeron unas risitas a su espalda que contrastaban de modo disonante con la furia que estalló en los ojos de Valery, en sus mejillas y en sus puños.

¿Cómo se atrevía? Por supuesto que no había esperado que un instructor de equitación fuera el modelo más refinado y gentil de varón sobre la tierra, pero... pero ¡aquello era demasiado!

Se esforzó al máximo por no mostrar el desagrado que la invadía delante de sus alumnas. Jamás se dejaba llevar por su mal humor delante de ellas, aunque a veces pudieran sacarla de quicio. Cuidaba mucho las formas, que a fin de cuentas era lo que ella intentaba inculcarles todos y cada uno de los días.

—No vuelva a desautorizarme de ese modo —exigió en cuanto las chicas se alejaron con aire remolón. Le costó Dios y ayuda no levantar un dedo acusatorio y clavarlo en su ancho pecho. Le costó, incluso, dejar ahí la

advertencia, porque el modo en que la había despachado delante de sus pupilas le había parecido intolerable.

—Señorita Sherman —dijo el señor Bissop con una voz templada y calma que le hizo estremecer al pronunciar su nombre. De rabia, por supuesto. Un estremecimiento de rabia—, no era esa mi intención, se lo garantizo.

—Pues fuera cual fuese su intención, ese ha sido el resultado —bramó—. ¿Se da cuenta de lo condescendiente que ha sido eso? ¿Cree que puede hablarme así delante de mis alumnas?

Él la miró con una ceja enarcada, como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta del desaire que había cometido.

—Supongo que tiene razón. No se enfade. Quizá me ha faltado tacto a la hora de pedirle unos minutos de conversación en privado. —Se llevó una mano al pecho para reforzar sus palabras, aunque su expresión seguía siendo burlona—. No quiero que empecemos esta aventura con mal pie.

Valery no se creyó la disculpa, motivo por el cual ni siquiera se planteó rebajar el nivel de hostilidad. A decir verdad, no creía poder conseguirlo aunque quisiera. No le costaba mucho imaginar el tipo de hombre al que se enfrentaba: despreocupado, arrogante, jactancioso.

—¿Aventura, dice? —escupió—. ¿La educación de estas jóvenes le parece una aventura? Porque le aseguro que es algo que nos tomamos con mucha seriedad y rigor en la Escuela de Señoritas de lady Acton, señor Bissop.

Pero claro, no podía esperar semejante compromiso por parte de un tosco *hombre de los establos*, que probablemente trataba a las mujeres con menos tacto que a las yeguas. Tal vez no era educado levantar un dedo acusatorio contra un desconocido, pero ponerse en jarras... Eso estaba más que justificado. Ese hombre tenía que comprender que su comportamiento debía ser tan ejemplar como el de cualquiera de las profesoras. ¡No podía tolerar faltas de respeto! ¡Ni de profesionalidad! Bueno, ella no era la directora, por supuesto, pero estaba convencida de que tendría el acuerdo de Eleanor a ese respecto.

—Me refiero a las clases conjuntas —alegó él—. Yo no tenía conocimiento de que su presencia fuera a ser necesaria, y el método que me había figurado emplear no incluía clases de etiqueta dentro de la práctica de la equitación.

—Pues mi presencia será necesaria, señor Bissop. Y mucho más después de comprobar que para usted estas clases suponen un mero entretenimiento.

Quizá —y aquello entraba dentro de lo posible— estaba reaccionando de modo desproporcionado. Tuvo la ligera sospecha de que así era pero, por algún motivo, no podía evitar la animadversión que le había despertado ese hombre en cuanto lo había enfrentado. Era el tipo de hombre que la desquiciaba... era... era... como Gerard.

Valery sintió deseos en ese momento de darse de cabezazos contra un poste de madera. ¡Le recordaba a Gerard! Su pelo castaño, sus ojos claros, su postura, su seguridad. El recuerdo, aunque inconsciente, había sido instantáneo. O casi. A decir verdad, había tardado unos segundos en recuperarse de la impresión de su mera presencia. Oh, no era nada justo tratar así al hombre como consecuencia de un recuerdo. ¿Verdad que no lo era?

—Profesora Sherman —dijo en tono pacificador—, me tomo estas clases muy en serio. Y le aseguro que no tengo el más mínimo inconveniente en que usted asista a ellas. Solo estaba pensando en que la primera clase fuera a modo de introducción. No pensaba sacar siquiera los caballos del establo, porque primero quería... —levantó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de indefensión que a ella le hizo plantearse si era adecuada su hosquedad— conocerlas un poco. Sin interferencias. Si la tengo a usted pendiente de cada movimiento, eso me va a resultar muy complicado. Necesito que las alumnas se relajen, que confíen en mí.

—Quiere echarme de la clase, en resumidas cuentas —insistió, tozuda—. Aunque no entiendo cómo puede molestarle mi presencia, cuando mi objetivo no es otro que reforzar lo que usted va a enseñar a las alumnas; si es que consigue enseñarles algo. Por cierto, ¿es usted un instructor cualificado para dar clases de equitación a estas jóvenes? Porque algunas de ellas no han

montado en su vida e incluso sienten cierto respeto por el simple pensamiento de subirse a un caballo. De modo que lo menos que cabe esperar es que tenga una amplia experiencia en este tipo de enseñanzas, y... —Se detuvo, incapaz de soportarlo un segundo más—. ¿Por qué se ríe? ¿Acaso cree que esto es un asunto de broma?

—No, señorita —respondió sin ocultar su diversión—. Solo sonrío, no me río de usted, por supuesto. Jamás osaría permitirme algo tan desconsiderado. Es que no acabo de entender por qué discutimos, y su actitud belicosa me parece muy estimulante. —Valery lo miró entonces con los ojos desorbitados y con una respuesta punzante en la lengua, pero él le impidió protestar con un gesto de su mano—. Respondiendo a su anterior pregunta, soy criador de caballos, no profesor. Estoy construyendo unas caballerizas en Minstrel Valley y, dada mi amistad con la señorita Harper, ella pensó que sería una buena idea ofrecer unas clases de equitación a las alumnas.

Valery recordó al punto el lugar donde se estaban construyendo los establos Bissop, casi desde que ella llegó al pueblo. Eleanor le había comentado que el dueño era un buen amigo suyo que iba a instalarse en la zona, y que lo había contratado para lo que quedaba de curso. Incluso habían llegado hasta esa zona del pueblo en uno de sus paseos. Eran unas instalaciones muy amplias y pulcras, con una casita de dos plantas que le había parecido encantadora desde fuera. Curioso que un hombre tan insoportable fuera a vivir en ella.

—Pues espero que tenga el tacto y la cortesía necesaria para tratar con ellas, porque la formación de una jovencita es asunto de suma importancia —agregó en tono altivo—, y el modo en que lleguen a ellas los conocimientos ha de ser impecable.

—No le falta ni una pizca de razón. Me temo que hemos empezado con mal pie —continuó él con un inequívoco aire contrito que estuvo a punto de creerse—. Por supuesto, toda la responsabilidad es mía y me disculpo por ello. La invito a que se quede mientras charlo con las alumnas, así estará al tanto del método que quiero aplicar y comprobará que me tomo en serio este

trabajo. ¿Está de acuerdo?

—¿Está intentando apaciguarme como a una niña que sufre una rabieta? — preguntó con los ojos entrecerrados y sus manos apretadas en un puño.

—En absoluto. Estoy ofreciéndole un tratado de paz en toda regla. Solo ha sido una leve confusión, un malentendido. Yo desconocía que fuéramos a compartir las clases, pero no puedo más que alegrarme de tal circunstancia porque estoy convencido de que sabremos llegar a un entendimiento.

Valery lo miró con desconfianza. Estaba convencida de que se estaba burlando de ella, que intentaba aplacarla con lisonjas que no sentía en absoluto. Pero empezaba a sentirse ridícula y gazmoña. No era del tipo regañona, o, al menos, le gustaba creer que no lo era. El hecho de que ese hombre la hubiera desconcertado no justificaba su *belicosidad* hacia un completo desconocido —por mucho que le recordase a Gerard—. Se limitó a asentir por toda respuesta.

—¿Se quedará entonces durante la explicación?

—Tenga por seguro que lo haré —le soltó como quien lanza un guante de duelo.

Dos horas después, Valery se sentía abochornada por su comportamiento con el señor Bissop. Estaba resultando ser bastante encantador con las chicas. Les había preguntado una a una cuál había sido hasta el momento su contacto con caballos, si sentían algún temor respecto a las clases y cómo pensaban que podrían ser más entretenidas las lecciones. Había conseguido convencer a las menos dispuestas para afrontar el reto con alegría y les había prometido que ellas serían las que marcarían el ritmo en todo momento. Las jóvenes lo miraban fascinadas, y no solo por la admiración que un hombre atractivo podía despertar en las mujeres a esa edad, sino por la forma que tenía de hablar con ellas y mover sus manos y el resto de su cuerpo para sostener esas

palabras.

Incluso Valery se había quedado embobada por breves periodos de tiempo mientras le escuchaba.

Observarle era todo un espectáculo, tuvo que reconocer. Vestido con las sencillas calzas de piel, la camisa blanca impoluta y la chaqueta entallada de color granate, podría pasar por todo un caballero, a no ser que una reparase en la falta de chaleco y de corbatín. Aunque también podría añadir que ningún lord ni caballero criado en salones londinenses tendría esos muslos tan poderosos, ni esos brazos tan musculosos, ni tampoco el torso de un guerrero vikingo. ¡Vaya! ¿Cómo podía haberlo comparado ni por un segundo con Gerard? Este hombre no tenía un gramo de refinamiento en su cuerpo y, sin embargo, se movía con una elegancia y una seguridad que muchos pares del reino matarían por poseer. Su apostura estaba a camino entre lo civilizado y lo salvaje. No había conocido antes a un hombre así.

Se vio librada de esos pensamientos, por suerte, cuando el señor Bissop hizo sacar una yegua del establo con la montura de amazona y les fue señalando a las alumnas, sin grandes tecnicismos, cómo debían subirse a ella, mantenerse erguidas y bajarse del modo correcto. En ese punto hizo alusión a su presencia.

—La señorita Sherman se encargará de vigilar que su postura sea lo más correcta posible. Es decir, yo velaré por que sea segura y cómoda, y ella por que, además de todo eso, también sea elegante y bella —sentenció con una mirada que le hizo sentirse un poco culpable.

Era cierto que le había ofrecido una tregua y que no pensaba contender durante las clases. Le había pedido que trabajasen juntos, y en ese momento reforzaba esa idea en las alumnas al incluirla en las lecciones como si fuera una parte fundamental. Tenía que reconocer que lo había juzgado mal. Era un hombre quizá demasiado directo y espontáneo, pero agradable y simpático; al menos lo estaba siendo con las alumnas.

Valery se sorprendió de la pericia de algunas de sus pupilas cuando el

profesor de Equitación las animó a intentar subir a la silla y a recibir una instrucción básica. Lady Amanda y lady Noelle se mostraron como alumnas muy avezadas en la materia. Como era de esperar, Margaret no tardó mucho en ofrecerse para probar, y tampoco se arredraron ante el reto Jane y Lorianne, que hicieron un intento bastante digno de mantenerse erguidas sobre la silla de amazona. No era una postura muy pulida, pero para eso estaban allí.

Cuando el señor Bissop dio la clase por finalizada, todas las jóvenes se levantaron de las balas de paja que él había hecho colocar para que les sirvieran de asiento, y él se giró para llevar la yegua a la cuadra. Valery estuvo tentada de ir a disculparse por lo ocurrido antes de la lección, o quizá simplemente a despedirse para suavizar el mal comienzo que habían tenido, pero fue incapaz de pronunciar una palabra mientras las muchachas se alejaban en dirección a la casa y él se internaba en el establo.

—Hasta mañana, profesora Sherman —le escuchó murmurar con un tono grave y alegre, sin girarse a mirarla mientras avanzaba hacia el establo.

—Hasta mañana —respondió ella casi en un acto reflejo.

De pronto, se dio cuenta de que le ardían las mejillas. ¡Se había quedado mirándole mientras caminaba! No a él, sino su cuerpo, sus andares, su arrollador atractivo. ¡Y él se había dado cuenta!

O no. No, claro que no. Él no podía saber lo que se le pasaba por la cabeza, se dijo mientras avanzaba con paso vigoroso tras sus alumnas. No eran más que imaginaciones suyas. Mala conciencia, muy de seguro. El tono jactancioso que había creído escuchar se debería más bien a que el señor Bissop se sentía satisfecho por haber resuelto su rivalidad inicial al comprobar que ella no había vuelto a enfrentarle de ningún modo. Sí. Eso tenía mucho más sentido. Nadie puede leerle la mente a nadie y su mirada no podía haber sido tan obvia.

No obstante, debía recordar —y lo haría— que el señor Bissop era otro de los profesores de la escuela. Transitorio, sin experiencia, pero profesor, al fin y al cabo. Cualquier tipo de atracción hacia él era completamente inadecuada

y muy degradante, además. Daba igual si resultaba ser el cretino de la primera impresión o el hombre agradable que había mostrado ser después. Dejarle ver que podía afectarla sería la mayor estupidez que podría cometer. Ya debería haber aprendido la lección de lo que los hombres atractivos y embaucadores pueden hacerles a las mujeres incautas. Dunhcan Bissop parecía el tipo de hombre que puede causar problemas a un corazón tierno, uno que, por suerte, ella no tenía.

No, Valery Sherman no había olvidado esa lección.

Capítulo 3

Iban a necesitar otro cobertizo antes de otoño. La línea de cría para paseo estaba funcionando mucho mejor de lo que Dunhcan Bissop se había atrevido a esperar, tanto que tenía muchos encargos pendientes en ese momento.

Era esa línea de negocio la que, en realidad, estaba generando ganancias para las caballerizas, y necesitaba destinar la práctica totalidad de las instalaciones para sostener su crecimiento.

Si quería seguir explorando las posibilidades de sus potros de carrera, necesitaría otro cobertizo para aperos y más personal. Pronto.

Los dos establos ya estaban funcionando desde hacía meses, aunque faltaban muchos detalles por ajustar, y, a decir verdad, su segunda línea de cría estaba en pañales. Ciertamente contaba con dos sementales, Darcy y Marske, con los cuales se había asegurado de poder iniciar el año anterior su programa de cría, pero no le vendría mal otro ganador para garantizar el éxito de su proyecto y cuadrar plazos. Esperaba tener a sus chicos en las carreras para el invierno, pero de la primera monta solo les veía opciones a cuatro potrillos, a los que había estado entrenando toda la mañana. La segunda yeguada de sus purasangres ingleses estaba a punto de ser destetada, lo cual le había supuesto tener que contratar dos nuevos trabajadores esa semana. El trabajo se multiplicaba, y apenas encontraba tiempo para los detalles organizativos de la caballeriza con tantas líneas de cría abiertas al mismo tiempo.

Por eso se trasladó desde Cumbria. Expandir el negocio familiar con un

país entero de por medio no resultaba una tarea cómoda, y los viajes comenzaban a hacerse pesados y poco prácticos.

La noticia no cayó del todo bien en el seno de los Bissop, aunque había que considerar otros factores que también habían supuesto un serio disgusto para su familia y que le habían obligado a poner tierra de por medio. Recordar aquellos últimos días en casa le trajo un sabor amargo a la boca, pero se obligó a apartar los incómodos recuerdos de su mente. No había tenido la intención de huir después de romper su compromiso con Elspeth, pero debía reconocer que alejarse del entorno inmediato de los Jemerson había supuesto un alivio. La decisión de trasladarse, se recordó, estuvo motivada única y exclusivamente por un imperativo empresarial.

Sus monturas habían adquirido tal reputación en el sur que su presencia en la zona se había hecho imprescindible. Durante más de tres años estuvo viviendo tanto tiempo en los caminos del rey como en cualquiera de sus propias residencias. Al final, decidió establecerse de manera definitiva en Minstrel Valley. El hecho de que se sintiera culpable por sus decisiones recientes solo había afianzado su resolución de emprender una nueva vida lejos del seno familiar.

Wolden Bissop, su primo, también se había desplazado para ayudarlo en calidad de socio minoritario, pero se había negado en redondo a vivir en una aldea, como se empeñaba en llamarla. Wolden prefería los entretenimientos de la ciudad y había alquilado un apartamento de soltero cerca de los clubes de juego de Londres.

Era un tanto vividor, tenía que reconocerlo, pero también un trabajador incansable y un negociador excepcional. A fin de cuentas, las relaciones que había establecido en Londres —en dichos clubes, para ser exactos— eran las que estaban a punto de proporcionarles al semental ganador que necesitaban para completar una buena cuadra.

—Has hecho un buen trabajo aquí —comentó su socio.

Wolden era diez años mayor que él y, al igual que todos los Bissop de

Cumbria, había crecido rodeado por el aroma y el calor del heno. Eran criadores de caballos. Así de sencillo. No había un Bissop, ya fuera hombre o mujer, que no se hubiera dedicado en cuerpo y alma al negocio familiar.

—Excepto con la casa. —Dunhcan miró de soslayo el edificio de dos plantas que se había empeñado en ignorar desde el inicio de las obras. Ahora se veía obligado a vivir en él sin las más mínimas prestaciones necesarias para su comodidad. Tenía una cama, un sillón y una hamaca en el porche. Puesto que, en la práctica, la utilizaba solo para descansar, no estaba del todo insatisfecho, pero no era el lugar más presentable para recibir visitas. Y sus clientes empezaban a desplazarse desde Londres para probar sus caballos.

—Tendrás que hacer traer algunos muebles de Londres. No es tan complicado.

—Y servicio, Wolden. Necesitamos más personal para los establos, pero reconozco que también me vendrían bien un ama de llaves, una doncella... Ya sabes.

—Una cocinera —agregó su primo.

—Oh, sí, por Dios. Fundamental. No digo que la comida de la posada no deje un estómago agradecido, pero... Me gustaría no tener que perder el tiempo en acercarme allí tres veces al día.

—Iré a una agencia de colocación esta semana —anunció—. ¿Algún requisito en especial?

—No tengo ni la más remota idea. Pregúntame lo que quieras de caballos, pero ¿de servicio doméstico? —Levantó ambas manos en un gesto de indefensión—. Completamente perdido. Estaría bien que la cocinera supiera cocinar, supongo.

—También le puedes preguntar a esa cosa bonita de amiga que tienes —comentó con aire granuja.

—Deja en paz a Eleanor, Wolden —respondió sin acritud—. Tienes todas las diversiones que quieras en la ciudad, y, por muy bonita que te parezca, no es la clase de mujer que se mezcla con tipos como tú.

—¡Oye! —protestó con una sonrisa burlona y un fuerte empujón en el hombro de Dunhcan—. Soy todo un partido.

—Eres un carcamal —bromeó de nuevo—. Y te pido, no, te ruego, ¡te exijo! que dejes a Eleanor tranquila. Bastante tiene la pobre con dirigir esa escuela de señoritas respetables. No tiene tiempo para educar a un patán del norte como tú.

Wolden rompió a reír ante eso, le dio otra fuerte palmada en la espalda y se giró para mirar el cercado donde pastaban los potrillos que se estaban entrenando.

Eleanor Harper era la directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, en la que Dunhcan había comenzado a dar clases de equitación. Conoció a Ellie cuando trabajaba como institutriz para la hija de uno de los mejores clientes de su padre y justo en el momento en el que ella perdió a su madre. Le ofreció su ayuda si en algún momento le faltaba algo, pero resultó ser Eleanor quien le tendió una mano cuando Dunhcan le contó su intención de montar una caballeriza en Londres. Fue ella quien le habló de Minstrel Valley, que había resultado ser el lugar perfecto para iniciar su propio negocio.

—Quizá le interese el puesto a alguien del pueblo, Dunhcan. No pierdes nada con preguntar a tu directora —insistió—. ¿Quién es el chaval?

Dunhcan se puso la mano a modo de visera y localizó al chico que estaba apoyado contra la cerca, con los brazos sobre el travesaño superior y la barbilla reposando sobre las manos.

—Lo he visto algunas veces por aquí —comentó—. Trabaja en la escuela. Voy a charlar un rato con él. ¿Vendrás la semana que viene con las sillas nuevas?

—Tienen que llegar el lunes al almacén. Me pasaré a primera hora por lo de Kingsman y espero tenerlas aquí el miércoles, como muy tarde. También me encargaré de los muchos muebles que le faltan a tu casa —añadió con una risa socarrona.

Dunhcan había hecho traer de Francia nuevas sillas de amazona. Las había

visto por primera vez en las carreras de Ascot a una gran amante de la equitación, la duquesa de Duremberg. Eran una creación del francés Jules Pellier, quien había ideado una tercera corneta, o corneta de salto, que permitía una mayor estabilidad y fijación de la pierna izquierda de la amazona. Eran las sillas perfectas para que aprendieran las jóvenes de la escuela pero, además, esperaba poder convertirse en uno de los principales distribuidores en Inglaterra, si conseguía que se corriera la voz entre sus clientes.

Cuando llegó a la cerca, el chico se tensó y lo miró de reojo, con esa expresión de desconfianza absoluta que solo muestran aquellos jóvenes a quienes la vida no se lo ha puesto fácil.

—Johnny, ¿verdad?

Al instante, el chico se relajó.

—Para servirle. Espero que no le moleste que me haya acercado a ver a los potrillos, señor Bissop.

Dunhcan se apoyó también sobre la cerca y observó la belleza del ejemplar más joven de la yeguada. Era blanco como la nieve, con solo unas manchas pardas en la pata trasera izquierda. Una auténtica rareza de ejemplar que algún día valdría una cuantiosa suma de dinero. Si es que llegaba a venderlo. Los Bissop tenían el terrible defecto de enamorarse de sus animales y echar a perder buenos negocios.

—¿Por qué iba a molestarme? ¿Le molesta al arquitecto de un museo que las personas lo visiten? ¿O se quejaría un retratista de que uno de sus cuadros se expusiera colgado en un salón?

El chico lo miró con aire pensativo y después asintió con un gesto tan serio que más parecía un adulto.

—Buen punto —respondió Johnny.

—Te gustan los caballos, intuyo.

—Mucho. Nunca había visto ejemplares tan buenos como estos. Las yeguas que ha llevado a Minstrel House son fabulosas, pero estos... tienen madera de

campeones.

—¿También eres aficionado a las carreras? —preguntó con cierta sorpresa.

—Nunca he estado en ninguna —reconoció—, pero me parece que esos potrillos tienen demasiado brío para ser solo caballos de paseo.

—Tienes buen ojo, muchacho. Sí, su destino son las pistas y no los parques —reconoció con buen humor.

—En fin, señor, tengo que irme —comentó mientras se bajaba de la tabla a la que se había subido para poder apoyar los brazos sobre el borde de la cerca—. El viejo Jarvis esperará que le ayude a preparar el establo para la noche.

—¿Te gustaría venir a echar una mano de vez en cuando? —preguntó, antes de que se marchase. La expresión del muchacho era cauta, pero no podía esconder que también estaba rebosante de expectativas—. Por supuesto, te ofrecería una compensación por las horas que pases aquí, y siempre que eso no interfiera con tu trabajo en la escuela.

—Está bien, señor, acepto.

Lo primero que había notado en él, era que no le faltaban arrestos, ni decisión, ni valentía.

—¿No tienes que preguntarle a Jarvis? —sugirió.

—Él no manda en mí —respondió con mirada desafiante.

Orgullo también tenía. Sí, sin duda el chico reunía todos los componentes para convertirse en un gran hombre, y, como en aquel momento, luchaba por ganarse el respeto que creía merecer. Estaba seguro de que sería un buen fichaje para las caballerizas.

—Entonces te veré por aquí mañana cuando termines en la escuela —sentenció con un gesto de despedida de su cabeza.

—Hasta mañana, señor.

Dunhcan tomó una bocanada de aire y se repechó contra la cerca como unos minutos antes había encontrado al joven Johnny.

Cada decisión que había tomado desde que se instaló en Minstrel Valley —o desde que decidiera montar sus propias caballerizas en el sur, para ser

exactos—, lo acercaban un poco más al concepto de vida que se había marcado; un proyecto que también le había supuesto renunciaciones y la carga de haber decepcionado a gente a la que quería. Al menos, la puesta en marcha del negocio avanzaba a un ritmo alentador, y su reputación como criador de caballos ya había empezado a consolidarse.

Ser capaz de establecerse por su cuenta suponía un gran revulsivo para él. Forjar su vida sin la supervisión paterna lo llenaba de entusiasmo; y no es que Nicholas Bissop fuera un padre controlador ni déspota. Por el contrario, era protector y afable. Sin embargo, era tal el respeto que sentía por él y por todo lo que había logrado que, a menudo, se encontraba sin el valor para rebatir sus decisiones o sus estrategias.

Con el tiempo, se le hizo evidente que necesitaba volar del nido, montar su propio negocio, afincarse en un lugar. Y el sur del reino siempre había sido un objetivo ambicionado por los Bissop.

Su familia lo había entendido, a la postre; no se podía gestionar un negocio a miles de millas de distancia y bien que lo sabía el cabeza de familia.

El destino lo había llevado allí. A Minstrel Valley. Y se alegraba por ello.

Sentía, en algún lugar desconocido de su interior, que estaba en el lugar correcto, e incluso sentía una especie de euforia incomprensible por el futuro que se abría ante sus ojos.

Tenía un prometedor negocio por delante, que colmaría de orgullo a sus padres y aumentaría el prestigio de los Bissop en todo el territorio británico. Sabía que lo conseguiría.

Y, mientras tanto, se encargaría de labrarse una vida. Él no era como Wolden; no añoraba una vida bohemia y despreocupada en la ciudad. Quería asentarse allí, en aquel pueblo lleno de encanto, y, desde luego, no quería ir de cama en cama. Quería estabilidad con una mujer —una sola—, una lo bastante entretenida para que no tuviera la tentación de buscar distracciones en otros sitios.

Sí, ese era el mejor camino para un hombre. Solo tenía que encontrarla. ¿O

quizá la había hallado ya? Una risilla canalla se le escapó en voz alta al pensar en la estirada profesora de Etiqueta. Se había mostrado más que belicosa. Eso implicaba dos cosas, a su entender: una, que tenía una naturaleza fogosa; dos, que no le faltarían arrestos para ser la mujer de un criador de caballos.

Era bonita, la condenada, aunque no era en absoluto el modelo de mujer en el que Dunhcan creería haberse fijado con anterioridad. Tal vez ella pensase que conseguía esconder su atractivo en esos austeros vestidos, el moño cruelmente estirado o el rictus de superioridad que parecía una mueca perenne en su cara. Pero se equivocaba de cabo a rabo. Era hermosa. Alta, esbelta, flexible como un junco. Su cabello poseía un matiz cobrizo que le provocaba un intenso deseo de extenderlo sobre almohadones blancos; pensó que esa melena no había sido creada por Dios para que la encerrasen en aquel cruel moño. Sus ojos marrones estaban dotados de una profundidad asombrosa y coronados por unas cejas más oscuras y anchas de lo normal. Eso le aportaba aquel toque de severidad, estaba seguro. Ah, pero la boca... Esa boca no engañaba a nadie. Carnosa y jugosa, estaba hecha para reír y parlotear. Y para besar, buen Dios.

Incluso le parecía demasiado bonita y refinada para un hombre como él. Sus facciones eran exquisitas, delicadas. Su porte regio, elegante, aristocrático. Y sus modales, bueno, qué decir de eso. Excepto en lo concerniente a él, habían sido irreprochables. Sí, lo más probable era que fuera demasiado buena para él, pero también era tozuda y altiva. Una auténtica aventura para un hombre que tuviera el tiempo, el interés y la paciencia necesarias para desenvolver las múltiples capas que rodeaban a aquella mujer.

Él era un hombre paciente, se recordó con una última sonrisa.

Capítulo 4

El color miel oscuro, en el centro de las calas del arreglo floral que estaba preparando, le trajo a la memoria los ojos del instructor de equitación. Un rubor imperceptible para cualquiera, excepto para ella, acudió a sus mejillas al recordar la escena tan poco apropiada que había protagonizado en el establo. ¡Vaya forma de perder la compostura!

Ocultó una carcajada llena de bochorno que quiso brotar de su boca. En las horas transcurridas desde el sábado, había tenido ocasión de analizar la primera impresión que le había causado el nuevo profesor, si es que se le podía aplicar esa profesión. Le avergonzaba reconocer que se había excedido en la defensa de sus razonamientos, y que esa exaltación no estuvo motivada por otra cosa que el atractivo innato de aquel hombre. La había cogido por sorpresa, ¿qué se le iba a hacer? Ya no podía retroceder en el tiempo y comportarse como la dama comedida que debería haber representado ser.

Quedaba fuera de toda cuestión la posibilidad de disculparse, por mucho que hubiera llegado a comprender que su primera impresión había sido errónea. Tenía demasiado orgullo para eso. Se limitaría a ser cortés con Dunhcan Bissop, manteniendo, eso sí, todas las distancias posibles. No había olvidado la honda impresión que le había causado su apostura, y no estaba dispuesta a dejarse encandilar por esa sonrisa de chico afable del norte; pero se podía ser educada sin ser una tonta redomada, ¿verdad?

Las alumnas habían hecho un trabajo admirable en la preparación de los

arreglos florales y la decoración del jardín. Había que reconocer que todo el cuerpo de la casa de Minstrel House había hecho una labor magnífica en la puesta en escena que habría de tener lugar esa noche.

No en vano, hacía más veinticinco años que la mansión no acogía un Baile de Primavera.

Cuando el padre de lady Olivia Hale, el entonces heredero al marquesado de Northcott, falleció de forma trágica en un accidente de caballo, la familia Hale dejó de celebrarlo, del mismo modo que lady Acton se marchó de Minstrel Valley para lidiar con su duelo. Pero la aparición de lady Olivia en sus vidas había obrado el milagro: Minstrel House había vuelto a ser la gran mansión que otrora fue, se había convertido en un hogar para «Damas Selectas» y había vuelto a instaurar el Baile de Primavera.

Todos en el pueblo estaban emocionados. Por no hablar del distinguido grupo de patrocinadoras con las que lady Acton había puesto en marcha la escuela de señoritas. La flor y nata de la aristocracia londinense iba a presentarse esa noche para el gran baile e iba a mezclarse con la pequeña burguesía de un pueblo de apenas quinientos habitantes. Ahí radicaba la magia de aquel lugar. Todo era posible.

Valery suspiró y cerró los ojos con placer. ¡Iba a disfrutar de un baile oficial! Al fin iba a presenciar uno de esos espectáculos de los que había sido privada por su pérfido tutor. Ella estaba destinada a frecuentar aquellos círculos sociales que iban a darse cita en Minstrel House en apenas unas horas, pero al huir de su hogar había perdido aquel derecho. Y esa noche iba a vivirlo. Estaba emocionada, para qué negarlo.

Una vez colocada la última cala, se acercó hasta el gran ventanal que daba paso al jardín trasero, donde iba a celebrarse la velada. Si ya era el lugar más impresionante en el que Valery había estado alguna vez en su vida, con los farolillos dispuestos en mesas y árboles, las grandes mesas alargadas donde se serviría la cena y la profusión de flores que habían sido trasplantadas en esos días, daba el aspecto de ser una creación divina.

Sin embargo, había sido la mano del hombre la que había concebido aquella magnificencia. El carpintero del pueblo, Joseph Gambier, se había encargado de que no faltaran mesas y sillas para todos los distinguidos invitados. El guardés de la mansión, el señor Randall, había podado los árboles y setos, además de poner a punto cada parterre de cada variedad floral que habitaba en aquel jardín. El ama de llaves, la señora Burton, había seleccionado con esmero la vajilla, cristalería y cubertería que se serviría en cada momento de la velada. Lady Olivia había enviado finos manteles desde Londres para que todo luciese perfecto. Y sus chicas, las alumnas de Minstrel Valley, habían ejercido como auténticas anfitrionas: ayudando a elegir el programa musical de la orquesta, elaborando el menú de la cena, supervisando todos los víveres y material decorativo que era necesario adquirir o alquilar.

En fin, toda la mansión había operado con absoluta eficiencia en esos días, y cada alma de la casa había aportado su granito de arena para que, esa noche, lady Acton pudiera contemplar con orgullo y emoción cómo su hogar recuperaba una de las costumbres familiares más arraigadas de los Northcott.

Ella no llegaba. Mientras permanecía sentado en una de las mesas dispuestas sobre el verde césped no dejaba de vigilar la puerta del jardín, por si en algún momento aparecía.

El lugar ya estaba a rebosar de jovencitas. Todo el mundo se encontraba allí, o eso le parecía a él. Sin embargo, ella llegaba tarde.

Incluso para Dunhcan, que se había criado en una finca de Cumbria muy alejada de los núcleos urbanos donde se dejaba ver la buena sociedad, era evidente que aquello estaba plagado de aristócratas. Imaginaba que estaban gran parte de los familiares de sus alumnas, que, como muy bien él sabía, formaban parte de ese núcleo; pero también reconocía a muchos vecinos de Minstrel Valley a los que había conocido en sus viajes durante aquellos dos

años y con los que había intimado algo más en los pocos días que llevaba viviendo allí.

Aquel baile era, según le había explicado Eleanor, una vieja costumbre de los dueños de la mansión, que había caído en desuso cuando el joven heredero al marquesado había sufrido un accidente mortal. No tenía mucha idea de los detalles pero, al parecer, la pena que había llevado a los Northcott a suprimir dicho evento formaba ya parte del pasado, y lady Acton, que había sido una de las más afectadas por la pérdida, había decidido que era tiempo de volver a abrir las puertas de Minstrel House al esplendor del que había sido protagonista una vez.

Y allí estaban, en el Baile de Primavera.

Con motivo de tan insigne celebración se habían anulado las clases del día anterior, porque todo el personal estaba ocupado con los preparativos, motivo por el cual Dunhcan no había vuelto a Minstrel House desde el sábado. Una sonrisa resignada se dibujó en su rostro. Durante esos cuatro días, además de la ingente cantidad de trabajo que había tenido en las caballerizas, su cabeza había dedicado más minutos de los necesarios a pensar en la señorita Sherman. ¿Cómo se llamaba? Ah, cuánto deseaba ponerle un nombre a ese rostro austero y gazmoño. Nunca se había sentido atraído por ese tipo de mujeres. Le gustaban voluptuosas, morenas y alegres. La señorita Sherman era la antítesis de todo ello: espigada, casi rubia y más seria que un luto; pero lo atraía, de forma irremediable. Solo había pasado con ella unos cuantos minutos y, sin embargo, no podía sacársela de la cabeza, como esos olores que se quedan pegados a la nariz más tiempo del que se puede considerar lógico.

Tal vez, si volviese a verla, comprobaría que ese primer fognazo de interés no tenía razón de ser. A lo mejor lo que le ocurría era que le había gustado discutir con ella. Había porfiado con él, lo había mirado con aquellos furiosos ojos castaños y sus delicadas manos sobre las caderas, en una actitud tan belicosa que no había podido pensar en otra cosa que bajarle los humos con un buen beso.

Estaba francamente sorprendido, y divertido —a qué negarlo—, con aquella reacción propia que le resultaba tan desconocida.

Durante los días pasados, había reproducido en su mente, una y otra vez, la atención con que había observado la primera clase, lo estrecha que había lucido su cintura cuando ella la había rodeado con sus propias manos, el color de sus cejas o la forma más redonda de sus labios.

Había rememorado con cierto regocijo ese momento en que ella se había quedado parada tras la clase sin decidirse a marchar tras sus alumnas o tener unas palabras con él, como también su postura envarada ante las pupilas cuando les impartía la lección sin saber que él se encontraba a su espalda.

Y así, se había descubierto dibujando sonrisas imaginarias en ese rostro remilgado y serio, o liberando el cruel moño de los confines de las horquillas.

Curioso. Muy curioso. Nada parecido le había aquejado con anterioridad.

Podría haber esperado a la próxima clase para comprobar si su primera impresión había sido errada, pero la invitación de Eleanor al Baile de Primavera le había resultado irresistible.

El estómago le dio un vuelco cuando ella apareció por la puerta lateral que daba al jardín, con un vaporoso vestido de muselina de color verde mar que se ajustaba a su cuerpo de una forma deliciosa. Tenía un talle exquisito. Se imaginó cerrando sus manos en torno a él y sintió nacer un calor muy agradable en el abdomen. Era bonita, la condenada; a pesar de sus esfuerzos por no hacer ostentación alguna de esa belleza. Caminaba con un porte tan regio, tan seguro y controlado, que parecía una de esas damas de alcurnia de la gran ciudad.

«Y bien, Dunhcan, estás en un buen lío», se dijo para su colete.

La atracción, si cabía, había aumentado con el distanciamiento de esos días, y estaba muy seguro de que el desastre tenía que ver con la actitud de la mujer. Toda esa dignidad y rectitud eran una provocación para cualquier hombre con sangre en las venas.

Aunque, bien pensado, Eleanor Harper era un modelo bastante exacto del

mismo tipo de mujer. La buscó con la mirada. Era alta y esbelta, con aquel toque severo y metódico que desprendía en cada movimiento y en cada gesto. Sus ojos, de un tono gris azulado, eran bonitos, aunque estaban llenos de una tristeza que Dunhcan no había llegado nunca a comprender. La miró con mayor atención, con los ojos de un hombre.

Nada. Había afecto, desde luego. Le era una amiga muy querida. Pero no le provocaba ganas de cogerla del brazo y bailar con ella una giga hasta sacarle una sonrisa.

«¿Qué tipo de danzas se ofrecen en un baile de primavera de una recatada escuela de señoritas?», se preguntó.

Tendría que investigar y encontrar el más agitado para pedírselo a la señorita Sherman, si es que esa mujer bailaba, claro.

Media hora después decidió que sería una cuadrilla. Había hecho sus averiguaciones y, de todas las opciones, esa le parecía la más adecuada. No habría mucha cercanía corporal, pero podría estudiar una faceta distinta de la que, sospechaba, solía ofrecer la profesora de Protocolo.

Con esa idea en mente, se dirigió hacia el grupo de Eleanor, en el que se encontraba la señorita Sherman junto con otras maestras y alumnas.

—Buenas noches, señoritas. ¡Qué baile tan espléndido! He de decir que, de ser cierta su participación en la organización, serán unas maravillosas anfitrionas en sociedad —dijo pensando que aquello era el sueño de cualquier jovencita que se está formando para esos fines.

—Muchas gracias, señor Bissop

—Es muy amable por su parte.

—¿Verdad que el jardín se ve adorable?

Respondieron varias de las alumnas con distintos grados de entusiasmo.

—Señor Bissop, ha sido muy amable al asistir a nuestro baile —le agradeció Eleanor—. Estamos terriblemente necesitadas de bailarines para la velada.

—¿De bailarines? —preguntó con toda la intención de proseguir con su plan

de pedir una pieza a la profesora de Etiqueta—. Pues están de suerte, porque una de mis dotes más comentadas en Cumbria era mi pericia como bailarín.

—¿Y tendremos la suerte, además, de que conozca los pasos del vals? —preguntó otra de las profesoras cuyo nombre no recordaba.

—Por supuesto —dijo con orgullo.

—Es espléndido, señor Bissop —apuntó Eleanor con una sonrisilla maliciosa—. Esta es la ocasión más indicada para que nuestras jóvenes damas pongan en práctica los conocimientos adquiridos en las clases del profesor Hastings, y aún necesitamos pareja para lady Rose Mary y lady Christine.

«¿Alumnas? ¡Diantre!».

Dunhcan observó a ambas muchachas, y encontró un matiz desafiante en la mirada de la segunda que le indicó que no quería ser invitada a bailar el vals, ni con él ni, tal vez, con nadie. Lady Rose Mary, sin embargo, se había sonrojado incómoda ante la directa exposición de Eleanor. Tenía ese esplendor propio de la juventud, que se manifestaba en unos ojos chispeantes de color verdoso y una bonita melena de tono casi dorado, a pesar de que lucía una expresión nostálgica y reservada.

—¿Me hará el honor de reservarme el vals, lady Rose?

—Por supuesto, milord —respondió con una agradecida sonrisa.

Y así fue como la directora de la escuela, con decisión y poca delicadeza, le fue *ordenando* —porque cualquier otra forma de expresarlo hubiera sido un eufemismo— que bailara esa o aquella pieza con esa o aquella alumna. Antes de que pudiera tener la oportunidad de acercarse siquiera a la señorita Sherman, ya lo tenía enganchado por el brazo para el siguiente baile, y para el posterior.

En honor a la verdad, tuvo que reconocer que fue bastante divertido compartir pieza con algunas de ellas. Todas habían desarrollado una técnica magnífica en ese arte, pero había algunas que, además de hacer una buena representación, disfrutaban de ello. Noelle Montague, por ejemplo, pasó toda su cuadrilla riendo y charlando con cada pareja que le iba tocando, y Amanda

Etherington, a pesar de su timidez, demostró ser una bailarina avezada, aunque en su caso apenas consiguió sacarle un par de palabras. Era una chica muy callada, aunque había un brillo en sus enormes ojos castaños que hacían pensar en una joven cariñosa e inteligente.

La única ocasión en la que intentó adelantarse a Eleanor, fue a buscar a lady Margaret Ashbourn, quién le había parecido una joven muy agradable en su primera y única clase de equitación. Era una joven bonita, de rostro angelical, que se convertía en un auténtico torbellino en cuanto abría la boca. Se acercó hasta ella con una sonrisa y tendió la mano con una reverencia para solicitarle el baile pero, antes de que pudiera articular palabra, una figura masculina se interpuso entre ellos.

—Este es mi baile —dijo el recién llegado.

Era un hombre espigado, aunque atlético, que mostraba una actitud desafiante hacia él. Sin embargo, se convirtió en un bobo sonriente en cuanto se giró para hablarle a la joven.

—¿No recuerda que le pedí un vals, lady Margaret? —insistió.

—Yo... —dijo ella con aire dubitativo.

—Lord Andrew Kaye, vizconde Ditton. —Se presentó.

Kaye también era el apellido de una de sus alumnas, recordó Dunhcan. Una morena algo bajita que se había pasado la mañana de la clase agarrada del brazo de Margaret Ashbourn. Dunhcan dedujo que allí había, cuando menos, una amistad familiar, de modo que no quiso ser demasiado cortante.

—Dunhcan Bissop, profesor de Equitación y esta noche pareja de baile en funciones de todas las alumnas que precisen una.

Lord Ditton pareció relajarse al escuchar aquello, e incluso aventuró una mirada compasiva. Su situación como acompañante obligado pareció granjearle la simpatía de su interlocutor.

—Pues no ha de preocuparse por lady Margaret. O, al menos, no por este vals. Estaba deseando que llegase mi turno.

—No creo haberte prometido este baile, Andrew... —comentó ella, como

si estuviere intentado hacer memoria.

—Vaya, Margaret, esa cabeza tuya —se excusó el vizconde mientras la tomaba del codo y la llevaba a la pista al sonar los primeros acordes del vals.

Dunhcan los miró con una sonrisa en la cara y se giró en derredor para buscar algún punto de su interés, pero lo que encontró fue el rostro conocido de su amiga Eleanor Harper que, al parecer, tenía una nueva misión para él.

Había sido una auténtica encerrona, se dijo cuando la fiesta estaba a punto de finalizar y se estaban sirviendo los últimos refrigerios.

Por suerte, y era una apreciación tremendamente cruel, la señorita Bowler se torció un tobillo en la contradanza. A decir verdad, Dunhcan llegó a sospechar que muy bien podría haber estado fingiendo, pues se notaba a la legua que bailar no era lo suyo y que toda la imposición le resultaba de lo más incómoda.

¡Pobres jovencitas! Obligadas a bailar toda la noche con caballeros a cuyas atenciones ni siquiera podían aspirar.

Sea como fuere, el incidente con el tobillo de la señorita Bowler le permitió acercarse hasta la mesa donde se hallaba la profesora Sherman con otros invitados, tomando un refrigerio.

—Buenas noches —saludó—. He de decir que es una de las fiestas más fastuosas en las que he estado. Han hecho un gran trabajo aquí.

—Lady Acton está encantada —apuntó una dama que era una auténtica beldad—. Y este jardín... debe ser el paisaje natural más bello del mundo.

—Señor Bissop —intervino la señorita Sherman—, le presento a lady Cinthya de Clowes, baronesa viuda Rowsley. Ellos son el coronel Simon Grenfell y el doctor Wilson. Milady, caballeros, él es Dunhcan Bissop, el nuevo profesor de Equitación.

A Dunhcan le encantó comprobar que, tal y como se esperaba de ella, corría presta a cumplir con la protocolaria necesidad de presentarlo a aquellas personas a las que todavía no conocía. Le entraron unas ganas repentinas de solicitar su ayuda para ir conociendo a todos y cada uno de los invitados al

baile: con eso la tendría para él toda la noche.

El coronel Grenfell no tardó ni medio segundo en preguntarle por su trayectoria militar, que era nula, y en relatar la propia. Era todo lo que podía esperarse de un alto cargo del ejército retirado. Había combatido en el décimo regimiento de dragones ligeros, donde había protagonizado, según él, una fulgurante trayectoria. El doctor Wilson esbozó una sonrisa concedora durante toda la perorata del coronel, dirigiendo de vez en cuando miradas compasivas hacia él, aunque fue la baronesa quien tuvo el valor de interrumpirlo pasados unos minutos.

—Tengo entendido que proviene usted de una familia con gran reputación en la cría y doma de caballos, señor Bissop.

Dunhcan se giró para mirarla con un indudable gesto de agradecimiento y casi tuvo que parpadear para digerir tanta belleza. No debía tener mucho más de veinticinco años. El cabello castaño dorado enmarcaba un rostro de facciones suaves y elegantes; los pómulos altos y la nariz griega le aportaban un atractivo muy femenino, y los ojos de un tono miel oscuro estaban bordeados por unas pestañas exuberantes que les conferían un halo misterioso. Era encantadora, aunque cuando desvió sus ojos hacia la mujer que había a su lado, fue a ella a la que sonrió. ¿Acaso no era fascinante que notase un revoloteo en el estómago al contemplar aquel rostro más sencillo y corriente, teniendo al lado una auténtica beldad como lady Rowsley? Curioso. Muy curioso.

—Me siento muy halagado por semejante observación, milady —respondió con una sonrisa de agradecimiento—. Somos una estirpe de ganaderos, sin duda. Todos los Bissop nos dedicamos al negocio, desde el primero hasta el último.

—Y, además, es usted el instructor de equitación de las alumnas de la escuela —continuó con una voz melódica y alegre—. Mi sobrina Rebecca me ha contado que su primera clase fue de lo más tranquilizadora. Ella no sabe montar muy bien, ¿comprende?, y sintió cierto recelo cuando se anunció que

usted les daría lecciones para aprender. Pero ahora parece bastante encantada con la posibilidad de adquirir esa habilidad en concreto.

Dunhcan visualizó en su cabeza los ojos aguamarina de la señorita Grant y su cabello de color de la avena. Era una jovencita risueña, que se daba cierto aire a su tía.

—Me encargaré de que la señorita Rebecca no pierda ese entusiasmo inicial, lady Rowsley. —En cuanto sonaron los primeros acordes de la siguiente pieza, Dunhcan se puso en tensión y olvidó por completo lo que iba a decirle a continuación a la baronesa. Se giró hacia la señorita Sherman, quien había observado toda la conversación con reservada distancia y...

—Señor Bissop, no lograba dar con usted —dijo Eleanor Harper a su espalda.

Dunhcan se quedó con la mano suspendida en el aire y la boca en la extraña mueca previa a pedirle un baile a la mujer que le gustaba y a quien llevaba toda la noche intentando cazar.

—¿Sí, señorita Harper? —contestó con una ironía que no debió pasar desapercibida.

Tal vez no lo había encontrado porque la había estado evitando como a la tiña, pensó, pero si había una cualidad de Eleanor que destacaba sobre las demás, era su tenacidad.

—Nuestra querida señorita Seymour necesita una pareja para este último baile. No estaría bien que ninguna de nuestras jóvenes damas se quede sin bailar la pieza final —explicó con una mirada categórica de aquellos ojos grises que no admitía réplica—. ¿Sería tan amable de acercarse a ella y pedirselo? No quiero que piensen que les estoy mercadeando a sus parejas de baile.

Cosa que había estado haciendo toda la noche, para ser honestos. Dunhcan emitió un suspiro resignado y le devolvió una mirada cargada de afecto. Era encomiable el modo en que la directora protegía y cuidaba a las alumnas de la escuela. En el poco tiempo que llevaba en Minstrel Valley, había comprobado

que, ya fuera de modo directo o subliminal, la principal preocupación de Eleanor Harper era el bienestar de sus pupilas. Y lo que era más admirable aún: su felicidad. La señorita Harper no parecía conformarse con ofrecerles una educación del más alto nivel y una preparación exquisita para su objetivo de encontrar marido y formar una familia; ella se esforzaba por lograr que el mundo cruel no irrumpiese en las vidas de aquellas jovencitas.

¿Cómo iba él a enojarse con una mujer que enarbolaba aquellos principios?

Con una venia de despedida hacia todos los presentes y una mirada más prolongada de lo necesario a la señorita Sherman, se retiró en busca de su siguiente pareja de baile. La señorita Seymour resultó ser la alumna que más entusiasmada se había mostrado en la clase del día anterior. Era una belleza clásica, de ojos azules y cabello rubio, a quien le gustaba mandar en todo, por lo visto. Dunhcan tuvo que hacer un esfuerzo titánico para evitar que fuera ella quien dirigiese el baile, pues a cada intento suyo por guiarla a través de la zona de bailarines, la señorita Seymour lo sorprendía con un giro en otra dirección o una avanzada tan vigorosa que le costaba refrenarla. Sintió cierta compasión por ella y le dejó mandar los últimos cinco minutos que, tuvo que reconocer, fueron los más divertidos del baile.

Cuando terminaron, todos los presentes comenzaron a aplaudir y se giraron para observar a lady Acton, la propietaria de Minstrel House y fundadora de la Escuela de Señoritas. La habían subido al estrado de la orquesta, con la única ayuda de los fuertes brazos de uno de sus asistentes personales, Isaac Goddy, Goliath, quien poseía el físico propio de un forzudo de circo, profesión que, según le había contado Eleanor, había ejercido en realidad.

—Damas y caballeros, queridos vecinos de Minstrel Valley... —comenzó a decir la anciana con una mano en alto para pedir silencio en medio de la pequeña ovación—. No alcanzo a expresar la satisfacción y alegría que he experimentado esta noche al contemplar de nuevo estos jardines llenos de vida y esplendor. Mi vista no es lo que era, todos lo saben, pero he podido respirar, escuchar y percibir cada momento mágico vivido aquí esta noche. Este Baile

de Primavera era una hermosa tradición para los Hale, un momento inestimable para devolver a Minstrel Valley un poco del afecto y el respeto que siempre hemos hallado en los vecinos de este maravilloso lugar. He de confesar que estoy muy emocionada y que me siento muy orgullosa de lo que los habitantes de Minstrel House han conseguido hoy aquí. El día que la Escuela de Señoritas de lady Acton abrió sus puertas, lo hizo no solo con la intención de ofrecer a jóvenes prometedoras la posibilidad de convertirse en Damas Selectas —apuntó con una especial sonrisa de complacencia—, sino también para devolver a este lugar el esplendor que la tragedia nos arrebató. Les agradezco mucho a todos que nos hayan acompañado en esta noche única e inolvidable, en este primero de muchos bailes de primavera en Minstrel House. Ha sido una noche maravillosa en la que han hecho muy feliz a esta vieja anciana. Gracias a todos.

Calurosos aplausos siguieron a aquellas sentidas palabras que habían sacado lágrimas a algunas de las damas. Eleanor contemplaba el escenario con una solemne sonrisa acuosa, mientras que algunas de las alumnas se pasaban entre ellas pañuelos bordados para secar la humedad de sus mejillas. La señorita Sherman tenía una mirada soñadora y orgullosa, allá, junto a la mesa donde la había dejado minutos antes, mientras batía sus palmas con una elegancia exquisita.

Dunhcan apenas tuvo tiempo para nada más. La orquesta comenzó a desmontar su formación sobre el entarimado. Los criados habían iniciado ya la tarea de recoger las mesas y algunos de los invitados fueron acercándose hasta la zona donde varios lacayos esperaban para devolverles sus pertenencias personales.

El baile había terminado.

Cuando Dunhcan se retiró, tras despedirse de todos aquellos a quienes consideraba que debía informar de su marcha, se dio cuenta, irritado, de que ni siquiera había conseguido averiguar el nombre de la profesora de Etiqueta.

Esa noche, mientras apagaba la vela, Valery sonrió ante la imagen de lo hermoso que había lucido el jardín durante el baile. Las luces, la orquesta, la maravillosa gente de Minstrel Valley... Todo había sido perfecto. No le pesaba haber tenido que esperar hasta los veintitrés años si podía contar que su primer baile se había celebrado en una mansión tan fastuosa y elegante como Minstrel House y en una noche tan encantadora y perfecta como la que había tenido lugar.

El señor Bissop había querido bailar con ella. No con lady Cinthya, esa mujer encantadora y bellísima que debía ser la quintaesencia del buen gusto y con quien cualquier hombre de este mundo o del más allá soñaría con bailar, sino con ella. Lo había visto en sus ojos y en el gesto adelantado de su mano justo antes de que Eleanor les interrumpiera. Su corazón se había saltado un latido y se había mordido el labio inferior como lo haría una de sus pupilas.

Cerró los ojos y suspiró. Iba a resultar difícil ignorar a ese hombre, teniendo en cuenta que tendrían que verse a diario durante el mes y medio que durasen las clases. Además, él no parecía el tipo de persona que mantenía las distancias. Por el contrario, la miraba como si estuviera dispuesto a desentrañar todos sus misterios, cosa que Valery no se podía permitir.

¿Cómo se comporta una dama con un hombre que le atrae, pero cuyas atenciones no quiere alentar?

Era una cuestión que ni siquiera se había planteado nunca en sus clases.

Les hablaba a las alumnas de cómo rechazar a un hombre por el que no sentían ningún interés, tanto de un modo cortés y compasivo, como del modo más cortante y directo; habían hablado en ocasiones de cómo evitar la zafiedad de jugar con los sentimientos de sus pretendientes cuando no tenían una decisión clara sobre ellos; incluso habían planteado a veces la forma más elegante de rechazar a aquellos jóvenes que formaban parte del grupo de «granujas, calaveras y libertinos», por los cuales las chicas solían verse

irremediablemente atraídas.

Valery les había hablado con especial dedicación del modo de comportarse con aquellos hombres por los que sintieran algún tipo de afecto o admiración. Aunque las emociones eran algo muy particular para cada mujer, intentaba hacerles comprender la diferencia entre el simple interés y el verdadero amor. Era de esos candidatos de los que más hablaban, pues la mayoría de las jóvenes de la escuela tenían un ideal bastante romántico del matrimonio.

Pero en ningún momento se le había ocurrido pensar que las jóvenes tuvieran que enfrentarse a una atracción inadecuada por un hombre que no tenía nada de reprochable.

«Es que ellas aspiran a casarse, Valery. No tendrían por qué rechazar las atenciones de un hombre elegible», se recordó.

Y ahí radicaba el problema.

Según el testamento de su padre, Valery no podía casarse sin el consentimiento de su tutor hasta que cumpliera los veinticinco, del mismo modo que no podía tomar posesión de su herencia hasta esa edad.

Eso, unido a la desconfianza que había despertado Gerard en su interior, la habían mantenido alejada de cualquier posible pretendiente. No quería que volvieran a engañarla, y tampoco podía alentar las atenciones de ningún hombre, por muy honesto que fuese, ya que le era imposible aceptar un cortejo formal.

Su fin no era el matrimonio, al menos de momento, y cualquier presencia masculina en su vida estaba fuera de lugar, pues solo podía causarle problemas.

Un momento, ¿estaba teniendo planteamientos matrimoniales respecto a Dunhcan Bissop?

Se cubrió la cara con el almohadón para ahogar una serie de gritos frustrados. Acababa de conocerlo, por el amor de Dios. Eran reflexiones de lo más absurdas. ¿Para qué se fustigaba?

En los seis años que habían transcurrido desde que huyó de Askett Abbey,

muy pocas veces se había permitido lamentarse por las oportunidades perdidas, por la imposibilidad de vivir la temporada, los lujos, el reconocimiento social... Aunque claro, en todo ese tiempo su corazón tampoco había anhelado nunca que un hombre la sacase a bailar. Hasta esa noche.

Capítulo 5

La situación era de lo más insólita, pensó Dunhcan al día siguiente, sentado ante la gran mesa del comedor de Minstrel House, con inquietud.

Le habían invitado al almuerzo, el día posterior al Baile de Primavera. En esa jornada tampoco habría clases, porque dejaban a las alumnas descansar y recuperarse de un baile en el que no solo les había tocado bailar y disfrutar, sino también ser partícipes de todos los preparativos y el trabajo previo. Así, al menos, se lo explicó Eleanor, cuando le sugirió que se uniese a la mesa. A Dunhcan no le importó darse el viaje, pues hasta que llegase Wolden esa tarde con las nuevas monturas para las alumnas, que ya habían llegado desde Francia, no tenía nada que hacer.

También era cierto que la noche anterior no había hablado con sus compañeros profesores, algo en lo que ni siquiera había reparado hasta que su amiga se lo había señalado.

«¿Qué te han parecido los profesores de la escuela?», le había preguntado al despedirse. Dunhcan había parpadeado confuso y avergonzado: no había hecho el menor intento por conocer a ninguno. Con esa expresión de resignación que tanto le caracterizaba, Ellie le había propuesto que acudiera ese día al almuerzo y así tendría la posibilidad de ir conociendo a sus compañeros. Al resto, claro, pues a la señorita Sherman ya la conocía.

Ella era la culpable, en efecto, de que no hubiera reparado en la necesidad práctica de relacionarse con el resto de los adultos de la fiesta. Su mayor

empeño había sido pedirle un baile, observar su manera de moverse por el jardín, contemplar su exquisita figura envuelta en aquel hermoso traje de muselina verde... Su destino final había sido bailar todas y cada una de las piezas con las alumnas hacia quienes Eleanor lo iba lanzando. Y, antes de darse cuenta, todo había terminado.

Al menos, su falta de educación había quedado resuelta nada más llegar al comedor, pues Ellie le había presentado al resto del claustro y había comprobado que todos ellos le caían bastante bien, excepto quizá Johanna Hunt, la profesora de Francés que, además de poco comunicativa, parecía observar todo lo que ocurría a su alrededor con un rictus de desaprobación. Un instante antes, las puertas correderas que separaban ese espacio del comedor del de las alumnas habían estado abiertas pero, tras una breve inspección a la zona, Eleanor las había cerrado.

Y allí estaba en ese momento, departiendo con todos ellos y cayendo en la cuenta de que la señorita Sherman volvía a llegar tarde. Lo había hecho junto a las pupilas el día de la primera clase, y también había sido la última en llegar al baile el día anterior. Para ser una profesora de Etiqueta, tenía la desconcertante costumbre de ser impuntual.

Justo cuando conjuraba en su mente esa crítica hacia su persona, apareció ella en el quicio de la puerta con aire distraído y preocupado, mientras se acercaba a la mesa. Saludó y se disculpó por llegar tarde. Posó las manos sobre el respaldo de la silla libre en la que iba a sentarse, justo frente a él, y se quedó allí congelada cuando sus ojos se encontraron. Los de Dunhcan bien podrían estar gritando a los cuatro vientos lo atractiva que la encontraba y la satisfacción que sentía por verla. Los de ella se llenaron primero de asombro y después de una emoción que él no supo descifrar. No estaba contenta de verlo, eso sí pudo jurarlo. Creía haber suavizado su mal comienzo la noche anterior en el baile, pero quizá debería esforzarse un poco más.

—Bienvenido a nuestra mesa, señor Bissop —lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Se podía decir cualquier cosa de ella, excepto que no

observaba los modales en cada momento. Hasta su postura era una declaración viva del saber estar. Se había fijado en que, excepto por aquel breve lapsus que él había provocado en el establo al enfadarla, las manos de la señorita Sherman siempre se hallaban enlazadas sobre su regazo. Así habían permanecido durante toda la lección del sábado con las alumnas, así había entrado en el comedor y así permanecieron una vez que se sentó a la mesa. Era la perfecta dama, excepto en lo de llegar tarde.

—Buenas tardes, señorita Sherman. Le agradezco la bienvenida. La señorita Harper me ha invitado a almorzar con ustedes.

—El señor Bissop nos ha contado que está criando caballos de carrera —intervino con entusiasmo Annie Thompson, la profesora de Costura.

Era una chica afable y encantadora, muy jovencita. Debía rondar la veintena, por lo que le había sorprendido bastante descubrir que era una profesora y no una alumna. No acababa de entender muy bien el funcionamiento de la escuela. Todos los presentes le parecían demasiado jóvenes para ser profesores, incluyendo a la propia señorita Sherman.

Su nombre, quería saber su nombre. Seguro que alguien la nombraba en la comida. ¿Se tuteaban aquellas gentes?

—Imagino que entonces tendrá buenos sementales, ¿verdad? —preguntó entonces Michael Loother, el profesor de Historia, haciendo sonrojarse a la joven que acababa de hablar antes que él.

Era uno de los mayores. De mediana estatura y complexión robusta, parecía uno de esos hombres distraídos que vive más tiempo en su mundo interior que de cara a los demás. Aunque, a decir verdad, había preguntado en varias ocasiones sobre las caballerizas y había mostrado un moderado interés por la conversación, desde que se habían reunido en el comedor y se lo habían presentado.

—Tengo sementales, claro; tanto para la cría de caballos de monta y paseo como para la yeguada de carreras. Estos últimos son mi proyecto más ambicioso. Tengo dos purasangres que figuran en el Stud Book como

descendientes de Darley Arabian, y que consiguieron excelentes resultados en Ascot, aunque de eso ya hace algunos años.

—¡Vaya, Darley Arabian! Deben de haberle costado una fortuna.

No era muy frecuente encontrar auténticos aficionados a los caballos en el ámbito académico. Los intelectuales no sentían ese amor terrenal por los animales que sí manifestaban los hombres de campo. Le alegró comprobar que el profesor Loothe se contaba entre ellos.

—¿Qué es un Darley Arabian? —preguntó la señorita Culier, una jovencita muy atractiva con una despampanante cabellera negra y unos rasgos mediterráneos muy hermosos.

A decir verdad, el comedor estaba lleno de mujeres hermosas, cada una a su manera. La propia Eleanor tenía unos rasgos bonitos, que siempre le habían resultado agradables. Sin embargo, todas ellas quedaban relegadas a un lugar común y simplón cuando las comparaba con la mujer que tenía sentada enfrente.

Dunhcan observó que la señorita Sherman había comenzado a comer. Sus movimientos eran, como cabía esperar, refinados y eficientes; sus manos delicadas de dedos finos y elegantes sostenían los cubiertos con gracia. Tenía un comportamiento exquisito en la mesa. Con seguridad, ni siquiera la propia reina era tan digna de ser contemplada mientras comía.

Un carraspeo de su interlocutora le hizo volver a la realidad.

—Caballos árabes o provenientes de las costas berberiscas. El Darley Arabian fue uno de los caballos fundadores de la actual raza de purasangre británica —explicó con una pasión que no era capaz de evitar. Tal era el orgullo que sentía por su yeguada—, junto con Godolphin Arabian y Byerley Turk. Cualquiera descendiente de ellos es considerado un gran corredor y semental, además de ser animales increíblemente bellos. Tuve la suerte de poder adquirir dos en subasta. Uno de ellos, que se llama Darcy, es de un color negro brillante, impoluto, sin una sola mancha ni cana blanca. El otro se llama Marske, en honor a otro gran caballo que perteneció a mi familia. Es un

alazán con las patas y la cola blanca. Ambos han provisto ya su segunda potrada; los más mayores estarán corriendo en circuitos el próximo año.

—¿Ha dicho Darcy? —inquirió Loother con una ceja arqueada—. No parece un nombre muy apropiado para un caballo, a mi entender.

—Me temo que mi hermana fue la culpable del nombre de ese animal —explicó, de muy buen humor—. Es una seguidora de Austen.

—Suenas fascinante —murmuró la señorita Thompson con una expresión de auténtico interés—. No lo del nombre, quiero decir —aclaró con una risita nerviosa—, aunque debe de ser usted muy complaciente con su hermana para permitirle elegir a un personaje de Jane Austen para bautizar a su caballo. Me refería a que todo lo que cuenta nos transporta a un mundo desconocido y, como dije, fascinante.

—Es el único modo de vida que conozco —comentó—. Mi familia lleva generaciones dedicándose a la cría y venta de caballos. Pero sí, coincido con usted; es una vida que me fascina y me reporta muchas satisfacciones.

—A usted seguro que le gustará ese demonio negro que monta el tal lord Mersett. ¿No lo ha visto? —preguntó Loother.

—He visto pasar un jinete con un purasangre inglés de morfología envidiable, sí, pero no tengo el gusto de conocer a lord Mersett. Llevaba el sombrero tan calado que no pude ver su cara.

—Pues habría visto a un chino. Y uno bastante extravagante, si he de decirlo —añadió el profesor con cierto desdén—. Nadie sabe qué pinta en Minstrel Valley ni cuáles son sus negocios aquí, pero aparece y desaparece a su antojo, la mitad de las veces con signos visibles de haber recibido una paliza.

—Noto cierta desaprobación, señor Loother —comentó Dunhcan.

—No me fio, muy cierto. No creo que sea una persona honesta ni fiable...

—¡Pero si es familia de lady Acton! —protestó Melinda Culier—. Es un hombre un tanto reservado, pero de conducta intachable, señor Loother. No puede tener nada que alegar contra Derek Lee.

—No estoy acusándolo de nada, señorita Culier. Solo digo que sus idas y

venidas no tienen mucha explicación —se defendió el profesor.

—En ocasiones viene a visitar a lady Acton y la acompaña a dar paseos por la finca. Tal y como dice Melinda, es un hombre de lo más amable, aunque pueda resultar exótico —sentenció la directora con una mirada admonitoria que pretendía frenar la escalada de tensión—. Y sí, señor Loother, tiene razón en que posee un animal de extraordinaria belleza. Se llama Zhui, y estoy convencida de que lord Mersett estará encantado de mostrárselo, señor Bissop. Aunque puede irse olvidando de hacerle una oferta por él. Se lo advierto, se lo tomaría como un insulto.

Dunhcan rio con ganas. Entendía a la perfección ese sentimiento de posesión que se desarrollaba hacia los animales que uno aprecia.

—¿Está interesado en comprar nuevos ejemplares? —preguntó de nuevo el profesor de Historia, con el semblante aún ofendido por la reprimenda de la directora.

—Mi primo Wolden siempre está pendiente del mercado de Tattershall's por si encontramos algún espécimen digno de las caballerizas Bissop. —Se limitó a contestar.

—Los caballos de los Bissop son muy famosos en el norte —explicó Eleanor Harper—. Su familia goza de un gran prestigio, además. Solo trabajan con las mejores garantías, ¿verdad, señor Bissop?

—Eso intentamos.

—Debe sentir un gran orgullo de formar parte de una familia con una tradición tan arraigada y tan bien considerada —dijo entonces la profesora Sherman con una mirada llena de anhelo.

Para él desapareció el resto de la mesa. Había estado muy callada, observando las interacciones de los demás sin tomar parte activa de la conversación. Entendió que, en especial, le había estado juzgando a él, su comportamiento. A Dios gracias, algo debía de haber hecho bien.

—No cambiaría ni uno solo de los miembros de mi familia, si a eso se refiere. Hemos tomado decisiones más acertadas y otras más desafortunadas

en el plano de los negocios, pero siempre hemos permanecido unidos. Mi padre quiso dejar de hablarme cuando anuncié mi intención de instalarme en el sur —refirió. No era del todo mentira. Su marcha no había sido el único motivo por el que el viejo le había negado la palabra, pero también había influido—, pero solo fue capaz de aguantar tres días.

—¿Eso hizo? —preguntó la señorita Culier con verdadera diversión en su voz.

Él asintió, pero sus ojos seguían pendientes de la silla frente a él y del brillo extraño que había despertado en aquellos ojos castaños.

—Apuesto a que ahora está muy orgulloso de sus logros —le dijo ella con voz queda y firme, y con los ojos llenos de... ¿añoranza? Algo triste, en cualquier caso.

—Estoy esperando su visita en cualquier momento —prosiguió, encandilado por el sencillo hecho de ser el receptor de sus palabras—. La primavera es una época de mucho trabajo en este negocio, pero me han prometido venir lo antes posible.

Cuando escuchó el carraspeo de Eleanor, se percató de que estaba mirando a la profesora Sherman de un modo tan elocuente que la propia joven se había sonrojado.

—Ya he recibido las nuevas sillas de amazona, señorita Harper —le dijo a la directora para cambiar de tema.

Se habían iniciado otras conversaciones en la mesa, cosa que agradeció. Se estaba poniendo en evidencia.

—¿Esas de las que me habló? —quiso saber la directora.

—Creo que serán muy adecuadas para las alumnas —comentó—, ya que algunas de ellas son principiantes. Les ofrecerán mayor seguridad.

—¿No baja la señora Burton a comer? —preguntó alguien.

—La bulldog iba hoy a visitar a una hermana suya —apuntó la señorita Culier, con aire distraído.

—¡Melinda! —la regañaron a la vez la directora y la señorita Sherman.

—¿Lo he dicho en voz alta? —preguntó con los ojos como platos—. Vaya por Dios.

—Oh, sabes de sobra que sí.

Estaba claro que, como profesora de Etiqueta, vigilaba mucho las formas. No solo las suyas, sino las de todo el mundo.

A pesar de todo, Dunhcan no pudo evitar reírse en silencio por la franqueza de la maestra de Literatura. Él también consideraba que el ama de llaves era demasiado estricta. La señorita Sherman le dedicó una mirada de reproche y él se encogió de hombros.

—Venga, Valery —comentó la señorita Culier, con gesto contrito—. Ya sabes que lo he dicho sin querer. No te enfades. Además, de haber estado aquí, te habría reconvenido por llegar tarde.

Valery... Se llamaba Valery. Dunhcan la miró fijamente, aunque ella no le estaba prestando atención a él, sino a su lenguaraz compañera de mesa. Desde luego, se hubiera sentido defraudado si se hubiera llamado Linda o Daisy o alguna otra opción que no acompañase a aquel carácter recio. Valerosa. Eso, sin embargo, era un nombre hecho a medida. Valery... le dolía la boca por pronunciarlo.

—Ese no es el punto, y lo sabes —arremetió ella—. Te dejas llevar por las diabluras de las alumnas como si fueras una más. No me extraña que estén deseando salir corriendo a tus clases. Las consientes.

—Las adoro, que es bien distinto —protestó la otra.

—Señoritas, por favor —intervino Eleanor poniendo fin a la discusión.

—Señor Bissop, podríamos organizar una visita a las caballerizas con las alumnas —propuso la profesora de Costura—. Bueno, y con los profesores, si no le molesta.

—Sería un placer para mí —dijo con sinceridad—. Aunque tengo que advertirles que hay mucho por hacer aún. Llevamos unos dos años trabajando en ellas, pero las instalaciones todavía necesitan algunas inversiones.

—Es una gran idea, Annie —convino Eleanor—. Son unas instalaciones

excelentes, señor Bissop; no sea modesto. Además, estoy segura de que a todos nos encantará ver sus yegadas y esos ejemplares tan magníficos de los que nos ha hablado. Yo, particularmente, tengo debilidad por los caballos negros.

—Darcy es un animal soberbio, señorita Harper —coincidió mientras atacaba sus deliciosos filetes con cuchillo y tenedor—. Está decidido entonces. Lo organizaremos.

Capítulo 6

—Lady Rose, tiene la corneta debajo de la rodilla —gritó la señorita Sherman. ¡Va a conseguir que la tire!

Dunhcan miró a la susodicha y se dijo que parecía un esqueleto sobre la montura, sin músculos ni carne que dieran estabilidad a sus movimientos. La joven se limitaba a rebotar sobre la montura, sin la más mínima postura.

Lo sorprendente era que la profesora de Etiqueta tuviera alguna idea de lo que estaba haciendo mal su alumna, o de qué era la corneta, ya puestos. El primer día de clases les había dado unas nociones básicas de cómo montar, pero se había abstenido de nombrar las partes de la silla con frases del tipo «tenéis que colocar el gemelo aquí».

—Lady Margaret, por favor. ¡Va a clavarse la barbilla en el pecho!

Se acercó a la profesora con pasos lentos. Ella pareció tensarse apenas lo tuvo cerca. Había notado su presencia y había apretado sus preciosos labios en respuesta.

—Aún se sienten muy inseguras —las disculpó.

—Algunas no han montado un caballo en su vida, y otras lo han hecho, pero sin tomar lecciones —adujo ella—. Es normal. Al menos podemos presumir de algunas excelentes amazonas. Lady Noelle y lady Amanda son bastante admirables.

—Desde luego que no es fácil para algunas. Cuesta familiarizarse con un animal y, además, practicar con una montura intercambiable no es el mejor

modo.

—Pero usted ha elegido las sillas pensando en ellas, ¿no? —Se giró para mirarle. A Dunhcan le costó no sonreírle a esos ojos tan hermosos y grandes —. Creí que había dicho que eran las más seguras que se pueden conseguir.

—Sí, y todas las yeguas son dóciles y tranquilas además, pero aprenderían mucho antes si lo hicieran en su propia silla, porque se podrían adaptar las cornetas y los bastes a sus medidas y no tener que rectificarlas en cada clase. Además —añadió—, si montasen sobre una yegua de su propiedad, estarían más familiarizadas con ellas.

—Claro, entiendo. Se crea un vínculo entre el animal y su dueño —dijo pensativa y ¿soñadora?—. No solo las alumnas tienen que aprender a comprender los movimientos del animal. Si fueran sus yeguas, también ellas acabarían adaptándose al peso y al estilo de sus dueñas.

—Exacto —murmuró con una mirada cómplice que ella captó enseguida.

—Bueno, es bastante obvio —respondió a la defensiva.

—Sí. Lo es.

Pero no lo era. Esa mujer parecía entender a la perfección la relación que se establecía entre un caballo y su amo, incluso parecía hablar con un deje melancólico.

No podía ser más evidente que alguna vez en su vida había montado. ¿Por qué habría renunciado a ello? El primer día de clase, cuando le preguntó si ella también iba a participar, le dijo que no montaba, pero quizá había sido una excusa. No eran poco frecuentes las caídas, sobre todo para las mujeres que se veían obligadas a montar a mujeriegas. Aunque, no. No era miedo lo que ella desprendía.

—¿No le gustaría aprender? —la tanteó.

Aunque pareció dudarle un segundo, finalmente negó con la cabeza.

—No veo la necesidad.

—Ah, señorita Sherman, pero no sería una necesidad, sino un absoluto placer, créame. La sensación de libertad y de poder que se experimenta a

lomos de un caballo solo es comparable a... —Se detuvo de modo brusco antes de terminar, pero el sonrojo de ella le dijo a las claras que había entendido su comparación.

—¿Usted siempre ha practicado la equitación? ¿Desde pequeño? —preguntó en un hábil cambio de tema.

—A veces dudo si aprendí antes a andar o a montar —admitió—. Mi familia ha criado caballos desde siempre. Yo soy la tercera generación que se dedica a ello, junto con mis hermanos, aunque tanto Thomas como Kristen se han quedado en el norte con mi padre.

—¿Tiene dos hermanos? —preguntó con un tono que le resultó extraño.

—Sí, Thomas es mayor que yo, es el hombre más paciente que conozco. Kristen es más pequeña, tiene ahora veintiún años. Es una polvorilla —añadió mientras esbozaba una sonrisa de cariño.

—Habla de ellos con mucho afecto —comentó con los ojos fijos en él. Era evidente que a la profesora Sherman le gustaba lo que estaba escuchando.

—Somos una familia muy unida. —Dunhcan se percató en ese instante de que ella desprendía un ligero aroma a jabón y lavanda. Se había preguntado qué fragancia sería la suya, pero nunca se acercaba lo suficiente para descubrirlo. Le encantaba el olor a limpio de la lavanda, y le parecía muy apropiado para Valery Sherman.

—Excepto por aquellos tres días... —respondió ella con una sonrisa cómplice.

Dunhcan rompió a reír por esa apreciación.

—Mi madre estuvo poniéndole la comida quemada a mi padre durante esos tres días. —Habían sido muchos más los que su padre estuvo sin hablarle, y en realidad su madre también se disgustó al principio por la ruptura del compromiso con Elspeth Jemerson, pero terminó por perdonarle, y no pudo tolerar que su marido le llevara la contraria en eso. No obstante, airear sus errores amorosos anteriores no le ayudaría nada en ese momento—. Sacaba el plato de todos y después dejaba la ración de mi padre para que se pegase al

fondo de la cazuela. Nunca sabré si me perdonó de corazón o solo a causa de su estómago.

Entonces, la señorita Sherman, Valery, hizo la cosa más fascinante que le había visto hacer hasta el momento. Se rio, de un modo franco, completo y delicioso.

Al darse cuenta, intentó cubrir su boca y controlar la risa, pero no le funcionó.

—Rezongó tanto por el maltrato de su mujer —añadió— que llegó a la ignominia de pedir bocadillos a escondidas.

Dunhcan notó un revoloteo en el corazón cuando ella se volvió para mirarle, aún con los labios curvados, pero con un gesto escéptico de su cabeza.

—¿Eso ocurrió de verdad? —logró preguntar al cabo de unos segundos.

—Tan seguro como que estamos en medio de una clase de equitación en una escuela de señoritas, cosa de la que mi padre se mofaría durante semanas enteras.

Ella volvió a reír ante eso y Dunhcan tuvo la alocada idea de que podría hacer cualquier cosa en el mundo con tal de ser el responsable de todas sus sonrisas.

—¿Qué? —preguntó ella al cabo de un momento.

Ah, claro, le había estado mirando embobado.

—No se lo digo. —Meneó ligeramente la cabeza para acompañar sus palabras.

—Oh, ¡pero tiene que decírmelo! —protestó ella con expresión impaciente—. Lo contrario sería de muy mal gusto.

—No le gustará oírlo —insistió Dunhcan, haciéndose el interesante.

—Eso no puede saberlo.

Con aquella media sonrisa en la cara y los ojos llenos de expectación estaba preciosa.

—Uy, estoy convencido. Con todo lo que se esfuerza en parecer seria y disgustada, no creo que le haga feliz saber que tiene una sonrisa muy atractiva.

Su expresión se tornó seria al instante, pero no dejó de sostenerle la mirada.

—La he molestado —concluyó tras un breve silencio.

—No creo que sea un comentario adecuado, no —respondió con resignación y una ligera negación de su cabeza—. Usted es un profesor en esta escuela, igual que lo soy yo. Agradezco su halago, pero está fuera de lugar.

—Ya le dije que no le gustaría —opinó con un encogimiento de hombros—. Me ha obligado a decirlo. No tiene ningún derecho a enfadarse conmigo.

—¿No se toma nada en serio? —preguntó con el ceño fruncido; su mejor arma de precisión.

—¿Y usted intenta tomarse algo a broma?

—No soy un espino, si es de lo que me acusa.

Vaya. Al final conseguiría ofenderla.

—No la acuso de nada, pero se ve tan bonita cuando ríe que no puede reprocharle a un hombre que haga lo posible por contemplar ese fenómeno. Me eximo de toda culpa —dijo con las manos en alto al tiempo que se giraba para reconvenir a una de sus alumnas—. ¡Lady Christine, tiene que centrar la rodilla sobre la cruz del caballo!

—¿Dónde está eso? —preguntó la joven sin dejar de mirar su propia postura con expresión horrorizada.

—Lo crea o no, les di todas las indicaciones el primer día, pero los nervios les hacen olvidar las cuestiones básicas —le dijo a la profesora.

—Lo sé. Estaba allí —respondió ella con el semblante más calmado—. Les va a costar bastante hacerlo de un modo relajado y a la vez elegante. Algunas van encorvadas y con las caderas giradas sobre la silla.

Dunhcan respiró tranquilo cuando observó que la señorita Sherman había dejado pasar su comentario. Era una mujer muy difícil de complacer, o más bien era una mujer empeñada en marcar las distancias con él. Por suerte o por desgracia, Dunhcan era un reconocido cabezota.

—Me pregunto cómo habría sido para mí si me hubiera visto obligado a utilizar uno de esos instrumentos de tortura —añadió.

—¿Se refiere a la silla? —preguntó extrañada.

—Es mucho más sencillo, y más natural, montar un caballo a horcajadas, con una silla normal o incluso sin ella. Yo aprendí con una simple manta sobre el lomo de mi primera yegua. Se llamaba Crisanta. Los caballos entienden muy bien el lenguaje del jinete y sienten la confianza que este les transmite por medio de los muslos sobre sus flancos. El uso de la baqueta es un mero sustituto que no puede compararse con la sintonía que se establece del modo clásico.

—Pero ellas jamás podrán montar así en sociedad —refutó ella—. Y es evidente que las alumnas que han llegado a su edad sin saber montar a caballo quizás no tienen una finca donde desarrollar ese aprendizaje o una familia aficionada que les haya introducido antes en ese mundillo. Son absolutas neófitas, y solo están aprendiendo en tanto ese logro pueda ayudarles en su objetivo de hacer un buen matrimonio. Deben montar a mujeriegas.

—Triste, pero cierto. Y para eso estamos nosotros, profesora Sherman. Usted y yo. —Como ella había vuelto a sonrojarse, Dunhcan chasqueó la lengua para quitarle importancia al momento e insistió en su punto—. Estoy seguro de que ayudaría mucho si la vieran aprender a usted a su mismo ritmo. A veces creo que no entienden sus indicaciones, o incluso creen que están haciendo justo lo que les dice, aunque no es así en absoluto.

—¿Se refiere a cuando les digo que pongan la columna recta y lo que hacen es torcer la cabeza hacia un lado? —La señorita Sherman se esforzaba por no reírse de nuevo. Era evidente—. Sí, yo también lo he notado.

—La admiran. —Ella se giró y lo miró con los ojos muy abiertos. Dunhcan no creía estar diciendo ninguna mentira, aunque reconocía que sus palabras encerraban una estratagema—. Si la vieran intentarlo junto a ellas, estoy seguro de que eso reforzaría su resolución de aprender.

Valery —le encantaba pensar en ella por su nombre— se lo quedó mirando como si se lo estuviese planteando. La duda asomó a sus preciosos ojos durante un instante. Tenían matices verdes. Sus ojos. No se había fijado antes.

Tampoco había descubierto lo que provocaba esa intensidad en su mirada, pero lo hizo entonces. Eran sus pestañas, no muy largas ni muy rizadas, pero sí muy tupidas; tanto que dibujaban una línea negra en torno a su párpado superior.

—No. Me temo que no es una buena idea. —Acompañó la negativa con un gesto muy elocuente de su cabeza.

—Tengo el vago recuerdo de querer subirme a un caballo para poder parecerme a Thomas. Lo veía tan señorial y adulto subido a lomos de su Finette, que añoraba tener una montura propia y poder parecer tan varonil como él. Era una yegua italiana preciosa, ¿sabe?

La señorita Sherman, que había girado su cabeza para observar el entrenamiento de las chicas, volvió a mirarlo con los ojos entrecerrados. Un golpe de brisa le soltó un fino mechón del moño que cayó sobre su sien izquierda. Dunhcan sujetó fuerte el travesaño superior de la cerca en la que estaban apoyados para evitar la tentación de volver a colocarlo en su lugar.

—Intenta despertar en mí un sentimiento culpable para que me decida a hacerle caso —adivinó—, pero está errando el tiro. Las alumnas ya lo tienen a usted como modelo para aprender.

—Pero no puedo montar a mujeriegas. ¡Dios me libre! —añadió con una carcajada—. Sin embargo, usted podría explicarles con exactitud a qué se refiere cuando les dice que su espalda debe estar recta o que la punta del pie debe orientarse hacia el frente.

—Lady Amanda lo hace bastante bien —respondió, casi a la defensiva—. Puede pedirle que haga de modelo para las demás.

—Pero se lo estoy pidiendo a usted. ¿Qué clase de cobardía es la que le impide intentarlo?

Lamentó las palabras en cuanto salieron de su boca, pero había que reconocer que la terquedad de la señorita Sherman ponía a prueba al más paciente de los santos. Llevaban media hora dándole vueltas al asunto y no acababa de reconocer cuál era el problema con montar a caballo. Dunhcan

sabía que había algún tipo de emoción subyacente que ella no se atrevía a pronunciar en voz alta. No era miedo, estaba convencido. Si fuera miedo no la presionaría tanto. Si no estuviera convencido de que ella anhelaba montar a caballo no lo intentaría siquiera, pero solo había que contemplar su rostro durante la clase para saber que la equitación había formado parte de su vida.

Por lo poco que sabía leer de la expresión de las personas, pudo concluir que tampoco había acertado con su acusación de cobardía. Valery Sherman lo miraba más irritada que ofendida.

—He dejado muy claro que no deseo subirme a un caballo, señor Bissop. Considero su insistencia de muy mal gusto —respondió altanera al tiempo que se giraba para marcharse—. Diga a las jóvenes que vuelvan a Minstrel House cuanto antes para cambiarse. El té se sirve a las cinco.

Y con paso majestuoso se alejó, dejándolo allí plantado junto a la cerca. ¡Qué torpeza la suya! Apenas acababan de conocerse. No tenía la confianza necesaria para desafiarla de ese modo, y no era el tipo de mujer que sabía seguir una broma sin flaquear y sin llevarla al terreno de la seriedad. Solo cabía esperar que su metedura de pata no le costara otro distanciamiento.

Capítulo 7

Valery bajó las escaleras contrariada por una arruga bastante visible en la falda de su vestido. Lo habían planchado tan a conciencia que no entendía cómo podían haber pasado por alto ese horrible pliegue. Le cruzaba todo el ruedo de la falda a la altura de las rodillas, como si lo hubiera tendido por ahí y después no hubieran insistido lo suficiente en eliminar la prueba. Pero los vestidos no se colgaban por la mitad de la falda, pensó irritada mientras llegaba al rellano.

Ver el majestuoso retrato de una lady Acton, joven y netamente aristocrática, en el descansillo en el que se dividía la escalera principal no hizo mucho por mejorar su concepto de sí misma esa mañana. No se tenía por una mujer poco agraciada, en absoluto, no era ese el problema. La cuestión radicaba en que Valery no había tenido la juventud que siempre había esperado, que sus padres habían proyectado para ella. No había coqueteado, no había asistido a fiestas, no había lucido vestidos tan fastuosos como aquel que vestía la fundadora de la escuela para el inmenso retrato de dos metros de altura por uno de ancho. La prenda era de un delicado tejido blanco, con flores azules, cuya confección debía ser la moda imperante en la juventud de Helena Kenley. Era la viva imagen de una Dama Selecta; el ideal por antonomasia al que todas las alumnas de la escuela debían aspirar. A pesar de lo acostumbrada que estaba a ver ese cuadro cada día, le provocaba en ocasiones la desagradable sensación de que había dejado pasar sus mejores años, los de mayor belleza, los de

mayor ilusión y esplendor.

Se lamentó de nuevo por su juventud perdida y por el maldito pliegue de su falda, mientras avanzaba por el amplio pasillo del ala este que terminaba en el despacho de Eleanor.

La había mandado llamar con Ginnie media hora antes, y se había demorado un rato corrigiendo las invitaciones escritas por las alumnas. Era cierto que le había dicho que no era urgente, pero quizá había abusado de su paciencia, por lo que en ese momento se sentía culpable por el retraso e incómoda por la arruga. Solo esperaba que no tuviera que reprenderla por ninguna clase, o por el comportamiento de alguna alumna; el bochorno sería total.

Sin embargo, lo que encontró cuando tocó y después abrió la puerta del despacho, le provocó un pequeño vuelco en el estómago.

Allí, de pie, con las caderas apoyadas sobre el gran escritorio de madera de caoba y los brazos cruzados sobre el pecho —una actitud disoluta que no podía entender cómo Eleanor permitía—, se hallaba de nuevo el castigo de su tranquilidad: el señor Dunhcan Bissop en persona.

El día anterior le había causado un enojo muy incómodo, aunque era consciente de que no podía reprocharle ninguna falta de respeto. Se había comportado como el hombre despreocupado y espontáneo que era y la había presionado para que tomara clases de equitación.

Él no podía saberlo, pero aquel modo de instarla a subirse a un caballo le había ocasionado un nerviosismo y una tristeza de la que le había llevado toda la tarde recuperarse. Durante sus años en Londres no había tenido la más mínima posibilidad de practicar la equitación, pero después, cuando llegó a la escuela y entró en el establo por primera vez, los recuerdos la invadieron de forma tan rotunda que salió llorando de allí y tardó varias semanas en volver a entrar. La renuencia de los primeros días se había convertido con el paso de los meses en una traba insoslayable, y cuando alguien le preguntó si sabía montar a caballo, lo más seguro para preservar su paz mental y para apoyar su ficticia doble vida había sido responder con un rotundo «no». Así habían

quedado las cosas y nadie le había vuelto a dar importancia al tema. Hasta el día anterior.

Una vez más, el señor Bissop había demostrado poseer esa habilidad tan desconcertante para remover los cimientos de su seguridad y enfrentarla a sentimientos que le resultaban muy incómodos.

Valery paseó la mirada por las paredes, empapeladas de un verde musgo, y dio un paso adelante hasta descansar sus pies sobre la mullida alfombra de lana en tonos rosa, verde y ocre que siempre le había encantado.

El sol atravesaba las finas cortinas de batista verdosas y confería a la estancia un ambiente agradable y cálido. En general, el despacho de Eleanor, con su multitud de paisajes contenidos en los cuadros de marco dorado que colgaban de las paredes y aquel rincón de lectura tan coqueto que formaban una librería y dos pequeños sillones tapizados en rosa, le resultaba un lugar acogedor y agradable; aunque, en esa ocasión, le pareció sentir la caricia de unos dedos helados en la nuca. Nada bueno le aguardaba en esa conversación. La expresión en el rostro de Eleanor era muy elocuente al respecto; tenía la dosis justa de condena y de cautela.

Dirigió una mirada belicosa al señor Bissop, que tuvo el descaro de mirar fijamente el reloj de pared, y procedió a explicar su tardanza.

—Buenos días. Lamento haber tardado tanto, Eleanor. Estaba corrigiendo las invitaciones de las alumnas. Siempre divagan en los encabezamientos y despedidas, de modo que he tenido que anotarles algunas correcciones. Señor Bissop —lo saludó.

—Profesora Sherman —respondió él con un cortés asentimiento de cabeza.

—No es necesario que te disculpes —dijo Eleanor—, estaba charlando con el señor Bissop, y se nos ha pasado el tiempo volando.

Por un momento, Valery llegó a albergar el pensamiento más absurdo que se le había ocurrido hasta la fecha. ¿Tendrían algún tipo de relación el señor Bissop y la directora de la escuela? Eran amigos, cierto. Así era como lo había presentado Ellie en todo momento y se comportaban acorde a ese

estatus, pero... También compartían algunas afinidades que saltaban a la vista, y fluía una complicidad entre ellos que quizá no pudiera achacarse a la simple amistad. ¿Qué podía indicar si no aquella postura tan relajada del instructor, con su cadera apoyada sobre la mesa en la que Eleanor estaba trabajando? ¿Acaso no denotaba eso una intimidad suficiente como para abandonar los elementales cánones del decoro? Se convenció concienzudamente de que no le importaba de ser ese el caso y prosiguió con su disculpa.

—Puede que el señor Bissop tenga prisa —al menos su miradita al reloj parecía indicar eso mismo— y le haya provocado un retraso imperdonable. Mi deber es disculparme, aunque si hubiera sabido que ambos me esperaban habría abandonado las correcciones de inmediato.

Pero no lo sabía, porque nadie se lo había dicho.

—Disculpas aceptadas —respondió él con sorna.

¡Oh, claro! ¿Para qué le iba a restar importancia si podía ponerla en evidencia?

—Siéntate, Valery —la instó la directora. Ella lo hizo, en una silla bastante alejada del ámbito de influencia de aquel cuerpo robusto e intimidante que poseía el instructor—. Te he mandado llamar porque el señor Bissop me ha propuesto algo que no estoy muy segura de permitir, a no ser que tú accedas de buen grado.

La tensión se apoderó de ella con las simples elucubraciones que le despertó esa frase.

—Ustedes dirán —respondió con fingida avenencia.

Eleanor miró al señor Bissop con intención y fue él quien tomó la palabra. Los ojos de su directora decían con claridad: «Tuyo es el reino, lucha tú con el dragón».

—Le estaba explicando a la señorita Harper, y estoy seguro de que coincidirá conmigo en esto, que a algunas de las alumnas les está costando bastante conseguir cierto equilibrio sobre la montura. —Valery se limitó a asentir. No podía sino coincidir con ese punto—. Creo que el principal

problema al que se enfrentan es la coordinación. No pueden concentrarse en establecer cierta armonía con su montura porque están completamente volcadas en la simple tarea de no caerse de bruces. —Eso era tan cierto que Valery estuvo a punto de sonreír—. Por eso creo que deberíamos dar un paso atrás; que empiecen desde cero.

Valery reflexionó unos instantes y no encontró nada objetable en lo que había escuchado hasta el momento.

—Estoy bastante de acuerdo en que este método parece estar costándoles un poco a algunas de ellas, pero no hay que perder la esperanza. Solo hicimos unas pruebas el sábado pasado, y la clase de ayer fue un poco desastrosa, pero creo que su interés es genuino y ¿no es la intención acaso tan importante como el fin?

—Sí, Valery, pero tenemos solo un mes y medio por delante para que las alumnas pierdan el miedo y consigan un estilo elegante —apuntó Ellie.

—Es cierto que no disponemos de mucho tiempo, aunque hay algunas, como lady Noelle, sin ir más lejos, que no necesitan correcciones —coincidió—. Y bien, ¿en qué consiste ese paso atrás?

La mirada que cruzó entre la directora y el señor Bissop la puso en alerta de inmediato.

—Le he propuesto a la señorita Harper que durante un par de clases al menos, las jóvenes puedan probar montando a horcajadas.

Valery los miró a ambos de hito en hito y su lengua respondió antes siquiera de que su mente materializase las palabras.

—Absolutamente no.

Se hizo un silencio denso en el despacho mientras el señor Bissop se limitaba a entrecerrar los ojos en su dirección, y Ellie entonaba su mirada de «ya te lo dije yo».

—Mi negativa no se debe a que lo considere escandaloso —matizó con calma. No era tan gazmoña—, aunque así es como lo vería gran parte de la buena sociedad. ¿Han pensado en que las alumnas no disponen del vestuario

adecuado para ello? ¿Se han parado a analizar qué pasaría si alguien del pueblo las viera montando de ese modo? ¿Qué dirían de esta escuela? ¿Le han consultado esto mismo a lady Acton?

—Me parece una señora encantadora —adujo el señor Bissop.

—¿Al contrario que yo, quiere decir?

Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera refrenarlas y sufrió el oprobio de comprobar que el instructor se limitaba a encogerse de hombros. Ella, por su parte, se prometió ser comedida y no alterarse. El señor Bissop era muy dado a provocarla, y ella siempre respondía del modo menos adecuado. Esa vez sería diferente, se prometió.

Por suerte, intervino Eleanor.

—Por favor, señor Bissop, Valery. —Y aquel aviso fue entendido por ambos—. Esas mismas cuestiones han sido las que más me han frenado en cuanto he escuchado la idea, pero no dejo de entender la postura del profesor. Él sabe muy bien cuál es el mejor método para afianzar el aprendizaje de las alumnas y confío en su experiencia.

Valery estaba convencida de que montar a horcajadas era no solo el modo más sencillo sino el más divertido de aprender equitación. Era el método que había utilizado su padre con ella, con sus hermanos y con Bobby, por añadidura. Pero también era cierto que casi todas las damas inglesas aprendían a montar a mujeriegas y la mayor parte de ellas lo hacía con elegancia y excelencia.

—Dicen que me han citado aquí para que diera mi opinión —terció Valery con voz calma—, pues bien, eso es lo que opino sobre esta idea. Las mujeres siempre han aprendido a montar con silla de amazona y, hasta donde yo sé, el índice de mortalidad es lo bastante ínfimo para que no hayamos oído siquiera hablar de él.

Eleanor se volvió hacia el señor Bissop con resignación al tiempo que este ponía los ojos en blanco.

—Yo, desde luego, aprendí a mujeriegas, y todas las mujeres que conozco

también lo aprendieron del mismo modo.

La confesión de la directora la sorprendió un tanto. No era frecuente que una joven del estatus social de Eleanor Harper supiera montar. Nadie se había sorprendido, de hecho, cuando la propia Valery anunció que nunca se había subido a un caballo a su llegada la escuela. ¿Cuándo habría aprendido Eleanor? Nunca la había visto practicar, si se paraba a pensarlo. ¿Sería una habilidad reciente? ¿Le habría enseñado el propio Dunhcan Bissop? Tuvo que volver a convencerse de que, fuera o no cierto, a ella no le importaba lo más mínimo.

—Lo cual no deja de ser disparatado —protestó el profesor con tono desabrido. Estaba claro que había tenido esperanzas de conseguir el beneplácito de ambas— y poco justo. Les aseguro que no hay una sensación tan completa de disfrute de la equitación como cuando un jinete puede aferrar los flancos del caballo con ambas piernas. La seguridad, la comodidad y la simplicidad del acto garantizan en mayor medida el éxito. De hecho, cuando los estamos domando, al principio montamos sobre el lomo desnudo de los caballos, ya que los animales necesitan sentir esa conexión y aprender el poder que tienen las piernas que lo controlan y lo dirigen.

Por qué se estremeció al escuchar la vehemente defensa del señor Bissop era algo que se le escapaba. Aunque la imagen que se había formado en su mente de esos poderosos muslos aferrando los flancos del animal, como le había visto hacer en la clase, pudo tener algo que ver. El del instructor de equitación era un cuerpo modelado por la práctica deportiva, algo en lo que ella no debería haberse fijado, por supuesto.

—Sigo sin ver cómo va a solucionar el tema del vestuario y de la imagen de nuestras alumnas —añadió con la barbilla quizá un poco demasiado alzada.

—¡La imagen! —farfulló él, con resignación—. Ni que les fuéramos a enseñar a hacer el pino sobre el caballo.

—Jamás he visto semejante cosa —murmuró Eleanor, alzando las cejas sorprendida.

—Pues yo supe de tal habilidad gracias a un chiquillo gitano de un clan que pasó por los límites de Escocia hace unos años —respondió con total parsimonia, incluso con buen humor—. Tendrías que haberlo visto. Era un auténtico acróbata.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó, molesta por ese nuevo atisbo de complicidad entre ellos mientras estaban ponderando un tema tan importante.

—Por supuesto, Valery —contestó Eleanor al tiempo que ella se levantaba—. Me temo, señor Bissop, que tengo que seguir las recomendaciones de la señorita Sherman en este asunto. No tenemos la indumentaria adecuada para que las alumnas monten a horcajadas y, además, sería inadecuado.

—Ustedes ganan —contestó con aire jovial, como si tal cosa—. Es una pena que no puedan disfrutar de ello, pero confío en sus aptitudes para conseguir el reto durante el mes y medio del que disponemos. Si me disculpan, voy a preparar las yeguas para la clase de esta tarde.

El instructor abandonó el despacho de Ellie con una última mirada que Valery no supo interpretar. ¿Era inquina lo que habían manifestado sus ojos? ¿Quizá una promesa? Si no fuera una locura, juraría que le había parecido atisbar un matiz de diversión en aquellos óvalos dorados. ¿A cuántas personas conocía —por cierto— que tuvieran los ojos de ese color? No era exactamente el tono miel que lucen algunas personas y que se puede confundir con un castaño común. Era una tonalidad más luminosa y vibrante. Quizá por eso parecía siempre tan jovial y despreocupado, quizá era esa luz que proyectaba su mirada lo que lo transformaba en un hombre tan... ¿cuál era la palabra?

Suggerente. Hipnótico. Atrayente. No, ninguna de esas era exacta.

Exasperante, embaucador, descortés. Eso era irse por las ramas, además de insultar.

Cautivador, maldito fuera, era un hombre cautivador; como lo eran, por otro lado, algunos de los fenómenos más terribles de la naturaleza.

Un huracán, por ejemplo, o un incendio, o un terremoto. Eran eventos

cautivadores, una no podía dejar de mirar, horrorizada y fascinada a partes iguales, los terribles estragos que causaba. La psique podía catalogarlo de forma instantánea como un acontecimiento desgraciado y terrible, pero los ojos —y el resto del cuerpo— respondían con embeleso ante su brutal majestuosidad.

Como si ella hubiera visto muchos huracanes, se burló de sí misma.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Ellie, sacándola de sus divagaciones—. Ya sé que no os entendéis muy bien, y quizá tu primera impresión de él no haya sido la más amable, pero te prometo que es una persona de gran corazón. ¿No podrías hacer un intento por mantener una relación cordial con él?

—Por supuesto que sí, Eleanor —respondió con voz queda. Aún seguía perdida entre los incendios y los ojos ámbar del instructor—. Tenemos modos distintos de entender la enseñanza, eso es evidente, pero no puedo olvidar que él no es profesor, sino criador de caballos. No tiene por qué entender ciertos aspectos de la educación de nuestras pupilas, pero sí debe respetarlos. Al menos tengo que reconocer su deportividad. No ha convertido esta sugerencia en una contienda. Te prometo que lo tendré en cuenta e intentaré suavizar este mal comienzo que hemos tenido.

—¿Estás bien? —preguntó de repente su amiga y empleadora.

—Sí, claro que sí —respondió a la defensiva.

—Es que te noto un poco distraída estos días. Incluso ahora, tu atención no parece estar por entero en esta conversación.

—Lo siento, Eleanor —se disculpó con auténtica sinceridad—. Entre el Baile de Primavera y el fin de las clases he estado un poco desbordada. No dejo de darle vueltas a todos los detalles para que no se me olvide nada relevante.

—Valery, en el tiempo que llevas aquí, jamás te he visto descuidar ni uno solo de los preceptos que se deben aprender en la escuela —le recordó con cariño mientras la acompañaba a la puerta—. Relájate. Antes de que nos demos cuenta, habrán llegado las vacaciones de verano.

Y con ellas, llegaría el tiempo libre y el aburrimiento, y los minutos muertos en los que su mente podría regodearse en lo que pudo ser y no fue.

—Cierto, Ellie. Gracias por tu comprensión. Me voy corriendo a preparar la clase de esta tarde.

Había motivos para la esperanza con algunas de las alumnas, tuvo que reconocer. Lady Amanda o lady Noelle, por poner un ejemplo, montaban con seguridad y confianza sobre la silla de amazona y colocaban las piernas a la perfección. Solo había que recordarles de vez en cuando que enderezasen las caderas, cuestión de la que se encargaba la señorita Sherman porque —por acuerdo tácito— todas las partes del cuerpo que tuvieran que ser nombradas eran cosa suya.

Tal y como ya había sospechado la primera tarde, ella conocía con sorprendente claridad los tecnicismos asociados a la práctica. Quizá se tratase de que se había instruido en la materia a través de manuales específicos, pero Dunhcan lo dudaba.

También agradecía sobremanera la buena técnica que observaba en otras alumnas. Lady Constance Catesby, la señorita Walpole, así como las señoritas Bowler y Salisbury tenían un estilo si no majestuoso, al menos decente.

Lady Margaret Ashbourn hacía su mejor intento, pero estaba siempre tan exaltada que le costaba mantener la concentración.

Entre los casos preocupantes se hallaban lady Rose Mary Lowell y las señoritas Langston, Kaye, Grant y Seymour, aunque a esta última, lo que le faltaba de destreza le sobraba de entusiasmo.

Y luego estaba el caso de lady Christine Bradbury, que no solo carecía de gracia alguna, sino que, además, miraba a su yegua como si llevara una guadaña prendida de la crin. Ella no lo reconocía —en las ocasiones en que le había preguntado de forma indirecta, lo había ignorado—, pero le asustaban

los animales. Tendría que buscar un momento para hablar con ella, pensó.

Esa tarde estaban montando a cuerda, una técnica muy útil para domar a los potrillos, pero también para iniciar a jinetes inexpertos. Dunhcan se había colocado en el centro del grupo y, sujetando la cuerda que pendía del bocado de cada yegua, las hacía girar alrededor de él. Practicaba unos minutos con cada alumna y les daba la oportunidad de ganar algo más de velocidad sobre la montura. En especial, con las más rezagadas. Las otras, mientras tanto, no dejaban de cotorrear.

—Pues yo creo que en realidad la Dama no desapareció, sino que se encontró con el juglar —opinó Rebecca Grant.

—Podrían haber huido a caballo. ¿No habría sido romántico? —estaba diciendo la señorita Kaye.

—Para ti todo es romántico —protestó lady Rose Mary—, pero os recuerdo que él fue asesinado.

—No dejan de hablar todo el tiempo de esa leyenda —apuntó, metiéndose en la conversación de las jóvenes. Ya era la tercera ocasión en que las escuchaba hablar del juglar—. ¿Por qué no me la cuentan para que pueda formarme un juicio sobre ella?

—¿No conoce la leyenda? —inquirió lady Margaret sorprendida.

—Soy nuevo por aquí. Ya sé que es toda una institución en Minstrel Valley y he visto la estatua de la Dama Blanca y el juglar en la plaza, pero desconozco los detalles —explicó.

—Es una historia bastante trágica en realidad. —Quizá, de todas las alumnas, la que menos había esperado que se aventurase a narrar la historia era lady Noelle Montague, pero fue ella quien tomó la palabra—: La Dama fue obligada a casarse con un hombre mayor, además de cruel y despiadado. Cuando el señor de los Scott acudió a las cruzadas, la Dama se enamoró de un juglar y él de ella. Según se cuenta, vivieron un romance hasta que el señor volvió del campo de batalla y se enteró de la traición. Aquí es donde la historia adquiere tintes trágicos. Los amantes quedaron en el lago para fugarse

juntos, pero el juglar nunca llegó. Se dice que perdió la vida a manos del barón y nunca se supo dónde descansaba su cuerpo. La Dama, entendiendo que su amor no iba a volver, se lanzó a las aguas del lago.

Dunhcan parpadeó, un poco impresionado por el sentimiento con que había relatado lady Noelle la leyenda. Su explicación había conseguido transportarlo al papel de los amantes.

—Y aún hoy se la puede ver vagando por allí, como alma en pena —añadió lady Margaret con gesto dramático.

—Eso si no consiguieron escapar juntos y por eso nunca se supo nada de ellos —insistió la señorita Grant.

—¿Y entonces por qué se aparece la Dama Blanca? —inquirió lady Margaret con el ceño fruncido.

—¿No cree usted que debieron encontrar un feliz final, señor Bissop? Si hay justicia divina debería haber sido así —intervino la señorita Thompson, la profesora de Costura, que había acudido a ver las clases y estaba sentada en una bala de paja junto a la señorita Sherman, muy cerca de ellos.

—No sé si tengo una opinión tan positiva como la suya. ¿Qué opina usted, profesora Sherman? —La susodicha se lo quedó mirando sin proferir ninguna palabra. Dunhcan no estaba muy seguro de si había conseguido volver a enfadarla en el despacho de Eleanor, aunque sospechaba que sí. Por mucho que intentase congraciarse con ella siempre acababa molestándola. Claro, que había que reconocerle a la joven un punto bastante insufrible.

A pesar de eso, le parecía una mujer muy interesante y estaba deseando encontrar el modo de llegar a ella, de eliminar esa distancia que parecía insoslayable.

—La señorita Sherman no cree en la leyenda —soltó la señorita Kaye con naturalidad.

—¿No me diga? —preguntó con una ceja enarcada.

La respuesta de ella a ese gesto fue un resoplido que habría podido emitir cualquier niña tras un consejo de su institutriz.

—Es muy trágico —interrumpió la señorita Thompson con verdadera tristeza—. Yo guardo la esperanza de que ellos encontrasen la forma de estar juntos y ser felices.

—Es muy tarde, jovencitas —dijo la profesora de Etiqueta con aire resignado—. Vayan al establo a dejar sus monturas y suban a cambiarse para el té.

Diciendo eso, se levantó y se alisó la falda tanto por delante, costumbre muy arraigada en algunas mujeres, como por atrás, donde podrían haber quedado adheridas algunas briznas de heno.

Dunhcan observó el gesto con atención y después sacudió la cabeza. Tenía que dejar de contemplar como un bobo todo lo que hacía aquella mujer, al menos hasta que encontrase el modo de caerle bien. Se desentendió de ella y acompañó a las alumnas al establo. Con la ayuda de Johnny y del tocón, las ayudó a desmontar a todas.

—Ha sido una clase estupenda —comentó la señorita Seymour—. Gracias, señor Bissop.

—Están entusiasmadas —dijo la señorita Thompson cuando salió la última de las alumnas.

—Es natural. La práctica de ejercicio es muy beneficiosa para el cuerpo y para el alma, señorita Thompson.

—Eso imagino —respondió ella con una risita que se apagó un poco al añadir—: Me gustaría aprender.

—Vaya, ¿es que no sabe?

Ella negó con la cabeza y los bucles oscuros que enmarcaban su rostro se balancearon por el movimiento.

—De pequeña me daba miedo y después me sentía muy torpe para intentarlo. Siempre he pensado que haría un ridículo espantoso. Además, tampoco es una habilidad tan común en las jóvenes de mi clase —explicó con un mohín.

—Entonces yo diría que la pericia de las alumnas debería haberle

convencido de lo fútil de ese argumento. Algunas son terribles —confesó— y no las he visto amilanarse en ningún momento, excepto quizá lady Christine. Tampoco les está importando mucho su clase social. ¿No se anima al verlas a ellas?

—Me lo he llegado a plantear, sí —dijo, dando un paso hasta él al tiempo que mordía su labio inferior.

Era una joven muy tímida, que probablemente pedía pocas cosas para sí misma. Viendo que no se atrevía a pronunciar las palabras, la alentó.

—No tiene que pedirlo, en realidad, ¿sabe?

—Es que está usted tan ocupado, y yo no quiero ser una molestia... —balbuceó nerviosa.

—Señorita Thompson, será un placer darle unas clases de equitación.

La joven sonrió con auténtico deleite y dio un pequeño saltito sobre sus talones. No debía de ser mucho mayor que sus propias alumnas.

—Puede unirse al grupo con las damas —sugirió— o venir un rato antes de su clase y practicar a solas si le da pudor que la vean al principio.

—Oh, ¡gracias, señor Bissop! —Se precipitó hacia él y le tomó las manos con franca alegría—. Es usted muy amable ¡y muy gentil! No imagina la ilusión que me hace. Le prometo que no le causaré muchos trastornos. Soy muy buena pupila y aprendo muy rápido. Al principio, prefiero que nadie lo sepa, pero en cuanto tenga un poco de seguridad me uniré a las alumnas en sus clases.

Dunhcan no pudo evitar contagiarse de su felicidad. Le apretó las manos y le devolvió la sonrisa.

—Será nuestro secreto, señorita Thompson —sentenció.

Ella miró entonces sus manos unidas y la sonrisa se le debilitó. Elevó los ojos, primero hacia los suyos y después a un punto por detrás de su cabeza, en dirección a la puerta del establo. Se apartó con brusquedad y retiró las manos de las suyas. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo impropio que era ese gesto.

—Hasta mañana, señor Bissop.

La señorita Annie se despidió y salió veloz. Dunhcan no necesitó darse la vuelta para imaginar quién se hallaba a su espalda y había espantado a la profesora de Costura, pero como no era ningún cobarde, se giró para enfrentar la mirada condenatoria de Valery Sherman que, cómo no, había imaginado lo peor.

—Me estaba pidiendo que le diera unas lecciones de equitación —se justificó, aunque no tenía por qué hacerlo.

—Ya —respondió ella con una postura rayana en la crispación y un tono de reproche inconfundible.

Intentó tomarlo con humor, pero se dio cuenta de que aquella condena en sus ojos le quemaba como un hierro candente, tanto por injusta como por innecesaria.

—Algunas personas no se esconden de las adversidades ni de sus carencias. —Aprovechar la situación para reprocharle su propia negativa a montar era una bajeza, pero no pudo evitarlo—. Creo que la señorita Thompson es una de ellas.

—¿Cómo se atreve? —respondió con rencor—. Le recuerdo que está aquí para instruir a sus pupilas y no para confraternizar con el resto del profesorado. Deje de desperdiciar sus esfuerzos en buscar las compañías que no debe.

—Sí, claro, un esfuerzo agotador —murmuró él con sarcasmo mientras se volvía a cepillar al caballo.

—Conozco a los de su calaña —insistió ella—. Van por el mundo con esa despreocupación tan irresponsable, como si sus acciones no tuvieran consecuencias.

—¿Mis acciones? —se giró de nuevo hacia ella, cada vez más ofuscado.

¿Es que tenía que pensar lo peor de él? No era la primera vez que había tenido que luchar contra prejuicios de ese tipo. Muchas mujeres pensaban que un hombre no podía ser simpático y gentil con otras mujeres a no ser que tuviera alguna doble intención, y eso siempre le había crispado.

Tampoco ayudaba el hecho de que no estuviese muy orgulloso de la reciente ruptura de su compromiso y que él mismo hubiera llegado a pensar que se había convertido en un hombre inconstante en sus atenciones y afectos. Pero, maldición, ¡él no había querido nada con la profesora de Costura!

—Esa chica —dijo ella señalando la puerta por la que acababa de salir la señorita Thompson— está encandilada con usted. Viene a las clases sin ninguna necesidad y se muestra entusiasmada en su presencia. La tiene fascinada. Y esa atención a usted le produce diversión, por lo que seguirá cultivándola. Es despiadado y ruin, y le ordeno que deponga su actitud.

—Ahora es usted la atrevida —tronó con voz templada—. No tiene ningún derecho a entrometerse en mis asuntos, y mucho menos a imaginar actitudes mezquinas por mi parte. Además, no es más que una profesora y no puede ordenarme nada. Controle sus celos y no vuelva a proferir amenazas, señorita Sherman, o tendré que demostrarle lo equivocada que está respecto a mis preferencias en mujeres.

Había conseguido enfurecerlo y, aun así, no conseguía dejar de pensar que era a ella a la que deseaba con una fuerza abrumadora. Incluso con aquel rictus condenatorio en su rostro. ¡Con cuánto encono le escupía sus acusaciones! Como si fuera la peor clase de sinvergüenza sobre la tierra.

—¡Celos! —bufó ella en un susurro horrorizado —Eso es... eso... —Lo miró como si pudiera atravesarlo con mil espadas—. ¡Espero que arda en el infierno!

—Y yo le prometo que antes arderé con usted debajo.

El chillido femenino sonó tan escandalizado que, por un instante, se le pasó el enfado y le pareció estar siendo el intérprete de una comedia teatral. Ella estaba tan bonita con todo aquel genio que despedían sus ojos castaños y con sus manos tan tensas junto a sus caderas... Aquel ligero aroma a lavanda que se le subía a la cabeza como el más caro de los licores flotaba bajo su nariz y no hacía más que confundirle. Y, sin embargo, lo único que hacía era provocarla.

Quizá ella tenía razones para enfadarse, reconoció. Quizá era muy protectora con su compañera y podía haber confundido sus intenciones, pero ¿acaso no era consciente del interés que ella misma le despertaba? ¿O creía que él regalaba su adulación a cualquier mujer que se le ponía delante? Sí, por la fiereza de su mirada algo muy parecido debía estar pensando.

Iba a proferir una leve disculpa, o al menos a restar algo de violencia a su último comentario cuando ella le dio un ridículo empujón en el hombro, se dio media vuelta y salió con paso firme del establo. Era majestuosa en sus andares incluso cuando caminaba furiosa.

Dunhcan llenó sus pulmones de aire y lo dejó salir. ¡Menuda frase!

«*Le prometo que antes arderé con usted debajo*», recordó.

Iba a pagarla muy cara. No le cabía la menor duda.

—El diablo se la lleve —maldijo justo antes de volverse para continuar cepillando a los caballos.

Al cabo de un rato, su rostro dibujó una sonrisa ladeada al pensar en el pequeño empujón que ella le había dado con aquel rostro prendido de indignación. ¡Menudo genio! Iba a ser una tarea hercúlea ganarse su confianza y, con suerte, algo más que su afecto.

Valery temblaba con violencia cuando llegó a su dormitorio. Había tenido que esquivar a un par de alumnas, a Martha Burton, que quería comentarle algo del horario de clases, y también a una doncella que estaba buscando a Eleanor.

¿Cómo era posible que se hubiese atrevido a decirle algo así? Los ojos se le llenaron de lágrimas por la rabia y la desilusión. No era un hombre tan honesto, después de todo, si estaba dispuesto a coquetear con Annie y a sugerir después algo tan espantoso respecto a ella. Se tiró cuan larga era sobre la cama y enterró la cabeza entre los almohadones para que nadie la escuchase gruñir. ¡Qué hombre tan odioso!

Se negó tercamente a llorar, así que lo insultó con todos los epítetos que conocía, hasta que su pulso comenzó a ralentizarse y su mente se fue despejando de la neblina furiosa que la había poseído.

Se dio la vuelta sobre la colcha lila con motivos florales y se quedó mirando el techo de su coqueta habitación. Estaba decorada de un modo muy similar a como había sido su dormitorio de Askett Abbey, una pequeña concesión a la chica joven e ingenua que había sido una vez, siglos atrás. ¿Solo habían pasado seis años? Le parecía toda una vida.

Una muy pacífica en los últimos tiempos, a decir verdad, excepto por la última semana. Todo se había complicado desde que había llegado el maldito instructor de equitación.

Dunhcan Bissop le estaba poniendo la vida patas arriba. Se había convertido en una mujer inconstante y temperamental que nunca había sido.

«Controle sus celos y no vuelva a proferir amenazas, señorita Sherman, o tendré que demostrarle lo equivocada que está respecto a mis preferencias en mujeres».

¿Con eso había querido decir que sus gustos estaban mejor representados por ella?

Una imagen repentina de su propia piel desnuda ardiendo bajo la de Dunhcan Bissop se conjuró en su mente y le hizo incorporarse de golpe. Intentó alejar el pensamiento y solo consiguió dotarlo de movimiento. Los brazos del uno se apretaron alrededor del otro, las piernas se entrecruzaron y las bocas se besaron.

Valery se levantó corriendo de la cama y empapó una toalla de lino en la palangana para refrescarse la cara y el cuello. Inspiró hondo y cerró los ojos. No podía permitirse albergar ese tipo de pensamientos hacia el señor Bissop. ¿No se había prometido mantenerse alejada de él? ¿Cómo iba a lograrlo si dejaba que se le metiera en la cabeza?

La situación había sido más que violenta. Había dejado que su temperamento la dominase otra vez al ver cómo le hablaba a Annie Thompson

de secretos.

¿Y todo por qué?

Él tenía razón. Había estado celosa.

Ver sus manos unidas le había provocado un auténtico maremágnum de emociones en la boca del estómago. Del mismo modo que había sentido cierto resquemor por la mañana al ver la intimidad que parecía fluir entre él y la directora de la escuela.

Se dejó caer de nuevo sobre el borde de la cama con fastidio.

Ni siquiera estaba segura de que el señor Bissop pudiera ser tachado de coqueto. A pesar de lo que le había dicho, no podía acusarlo de flirtear con ninguna de ellas. Se dirigía a Eleanor con absoluto respeto y decoro, aunque con familiaridad. Y era imposible no tratar a Annie con dulzura. Si Dunhcan Bissop había coqueteado con alguien, había sido con Valery, a decir verdad.

El problema, se recordó, era que ella no quería volver a confiar en un hombre y que tampoco podía alentar el interés de ninguno hasta que cumpliera los veinticinco y fuera libre del dominio de su tutor.

Con resignación, Valery se sacudió el frente de su vestido, que seguía luciendo esa casi imperceptible arruga en el ruedo, se atusó el cabello y se dispuso a bajar a tomar el té. Ese día le correspondía a Tiberia Seymour dirigir la ceremonia, y Valery siempre temía que acabara rompiendo una de las finísimas tazas de la vajilla. No estaba hecha para la delicadeza y el refinamiento, como tampoco parecía estar predispuesta al matrimonio.

Suspiró con un sonoro gemido y se dispuso a bajar de nuevo. ¡Qué distinto era el mundo en el que se movían sus pupilas, y qué distintas sus aspiraciones! Ellas anhelaban casarse y formar un hogar por encima de todas las cosas, mientras que Valery luchaba por sacarse de la cabeza a un hombre con el que no podía plantearse ningún tipo de relación.

Capítulo 8

Era pronto para el almuerzo, pero la clase había terminado antes de lo previsto porque la señorita Bowler había solicitado tiempo para ir a recolectar algunas flores y renovar los arreglos de Minstrel House. Como la elaboración de estos era una de las disciplinas que Valery les había enseñado al comienzo de la primavera, estuvo más que de acuerdo en que las chicas preparasen cada una un centro. Para darle más interés a la actividad, les había propuesto que, esa misma tarde, todas expusieran sus creaciones en la mesa del salón de alumnas, y que las profesoras del claustro actuaran como jurado y eligiesen el más hermoso de los centros. Ni qué decir tenía que la idea les había entusiasmado. No le gustaba nada fomentar la rivalidad entre las alumnas, pero sabía que el primoroso mundo de Minstrel Valley pronto terminaría para muchas de ellas, y la sociedad a la que iban a enfrentarse era injusta y competitiva. Las jóvenes tendrían que luchar por ser las más educadas, las más llamativas, las más selectas. Incluso aunque lograsen su objetivo de conseguir un buen marido, seguirían compitiendo por ser las mejores anfitrionas, las mejores madres, las mejores suegras...

La vida de las mujeres parecía una continua prueba de habilidades. Si podía inculcar algo de honestidad y humildad entre los valores de la contienda, se daría por muy satisfecha. No quería que sus alumnas se conformasen con menos de lo que se merecían, pero odiaba la idea de que se pasasen la vida aspirando a un ideal que difícilmente podría hacerlas felices.

El comedor era un lugar tranquilo en esos momentos del día. En el piso de abajo se escuchaba el jaleo de las cacerolas, la vajilla y la cubertería, unidos a las órdenes de la señora Witt, que ya estaría ultimando el menú de ese día.

Se sentó en una de las sillas y se relajó. Tenía pocos momentos para reflexionar a solas. Y en esos días venía necesítándolo con más frecuencia de la habitual. ¡Todo se estaba complicando! Las mejillas le ardían cada vez que recordaba las crudas palabras del señor Bissop y las imágenes que su mente había dibujado a raíz de ello.

—Señorita Sherman.

Valery se puso en pie con un sobresalto y se llevó una mano al pecho. No había oído entrar al señor Bissop y se había llevado un buen susto. También era una casualidad terrible que justo estuviese pensando en él en ese preciso instante.

No se habían dirigido la palabra en toda la mañana. Valery le había pedido, con toda la intención, a Eleanor que les acompañase para comprobar los avances de las alumnas. También se había sumado, en efecto, la señorita Thompson a las clases. El señor Bissop lo había anunciado nada más iniciarse el turno de equitación, a las nueve de la mañana. Ella se había sentido muy cohibida, pero había resultado ser bastante ducha a la hora de desenvolverse y había confesado alegrarse de tomar las clases junto con el resto de las alumnas. Incluso había bromeado sobre el hecho de haber descendido de la categoría de profesora a la de pupila.

—Me ha asustado —lo acusó—. Es usted demasiado sigiloso.

—A los caballos no les gusta la gente ruidosa. Lo hago por ellos —le escuchó decir con buen humor.

—Pues queda dispensado de hacerlo en mi presencia —soltó con un tono más desabrido de lo que le hubiera gustado. No quería volver a discutir con él, a pesar de todo.

—Tomo buena nota. —El señor Bissop enderezó el ala de su sombrero, que no necesitaba de tal rectificación, y después se lo quitó—. Venía a hablar con

usted.

Había que reconocer que el rostro masculino mostraba auténtico arrepentimiento. Sujetaba el sombrero entre sus manos, como si el nerviosismo estuviera haciendo mella en él. Si Valery no se hubiera sentido ya culpable por su actitud del día anterior, lo habría estado al ver la expresión taciturna del instructor.

—Oh, bien. Pues, entonces, proceda.

—Siempre habla usted como un general de ejército, ¿lo sabía? —comentó con una media sonrisa.

—Dudo que esa comparación se ajuste a la realidad, señor Bissop —respondió, condescendiente—. Pero si se refiere a que no me ando por las ramas, entonces tiene razón.

—Yo tampoco lo haré, si eso le agrada —aclaró, con mucho convencimiento—. No tenía la más mínima intención de flirtear con la señorita Thompson. Solo estaba siendo amable con ella, como lo soy con el resto de las personas que trabajan y viven aquí.

—Entonces es a ella a quien debería aclarárselo, no a mí —replicó.

Valery no había esperado una explicación por su parte, motivo por el que se sintió francamente incómoda.

—Ya he hablado con ella.

—¿Lo ha hecho? —preguntó, sorprendida.

El señor Bissop asintió con una media sonrisa en la cara que le hacía parecer el más bueno y sensato de los hombres.

—Le he explicado, del modo más delicado posible, que siento gran aprecio por ella y por su compañía, pero que no tengo ningún interés más allá de una simple amistad. Creo que he herido sus sentimientos, sin embargo —reconoció con pesar—, pero al final me ha ofrecido una sonrisa y me ha prometido que seremos amigos si ese es mi deseo.

Ay, Dios, ¿acaso le había procurado a Annie una humillación innecesaria? Tuvo que añadir la culpabilidad de eso al oprobio que ya sentía por su

desproporcionada reacción del día anterior.

—Bien, eso está bien —dijo, preocupada—, creo. Es un gesto que le honra.

—Además, le he pedido que hiciera público su deseo de tomar clases de equitación y que las desarrollase con el resto de las alumnas para no dar lugar a malentendidos ni a comportamientos impropios que generen rumores indeseados.

—Sí, ya lo he oído de su propia boca durante la clase —comentó con aflicción. Todo aquello era producto de sus acusaciones. Se había extralimitado. Una vez más.

El señor Bissop suspiró de forma audible y dejó el sombrero sobre la mesa del comedor. Se mantuvo en silencio durante un largo instante y después se encogió de hombros.

—No sé quién le hizo perder su fe en la humanidad —comentó con naturalidad—, pero no soy el tipo de hombre que juega con los sentimientos de una joven buena y decente como la señorita Thompson. Ni tampoco con los de una mujer valerosa y malhumorada. por mucho que ella se empeñe en llevarse mal conmigo.

—¿Habla de mí? —preguntó con sorpresa—. Yo no intento llevarme con usted de ningún modo, señor Bissop, y desde luego no tienen que preocuparle mis sentimientos, pues no tengo ninguno hacia usted.

—Pero lo cierto es que me importa lo que piensa —dijo acortando la distancia entre ellos—. Me siento un gran miserable por lo que le dije ayer y el modo en que le hablé. No debí faltarle el respeto de esa manera por muy ofendido que me sintiese. Y estoy convencido de que algún sentimiento debe tener. Con respecto a mí, quiero decir —continuó él—. A veces pienso que no me soporta, pero luego me doy cuenta de que no he hecho nada para ocasionar esa antipatía. ¿Por qué entonces es tan hostil?

—Creo que se confunde —negó—. No siento tampoco ninguna hostilidad hacia usted.

Era más bien cautela. O, más exactamente, instinto de supervivencia.

—Mentirosa —le dijo ya muy cerca de ella, con voz muy baja.

Valery se pegó a la mesa y sintió que le daba un vuelco el estómago. No le había molestado el insulto, porque no podía pensar en otra cosa que en el hecho de que no dejaba de acercarse a ella. ¿Qué pretendía?

—Señor Bissop...

—Entonces, he pensado que quizá soy un chivo expiatorio —«¿Un qué? ¿De qué está hablando este hombre? Por favor, que no se acerque más»—. Alguien le hizo perder su fe, señorita Sherman, y yo represento de algún modo todo eso que le hizo envolverse en un duro cascarón y apretarse tanto el moño. En cuanto me vio lo supo, y por eso no me ha dado la más mínima oportunidad. Lo único con lo que no ha contado es con que, además de todos los epítetos que haya inventado para mí, soy un hombre tozudo que lucha por las cosas que quiere.

Ella tomó una respiración larga y profunda para protestar y gritarle que se alejara de inmediato, pero el aire no llegó hasta sus pulmones porque, antes de que pudiese evitarlo, los labios de él estaban sobre los suyos.

Primero fue el más leve de los toques, la más suave de las caricias, un beso tan ligero que no se planteó rechazarlo ni asustarse, porque la dejó paralizada. Después, aquella boca cálida y suave se arrastró sobre la suya con una dulzura inusitada y la exploró sin ninguna exigencia ni prisa. Una mano envolvió su rostro y notó cómo el pulgar le acariciaba la mejilla al tiempo que sus dientes y su lengua tomaban parte en la seducción. Valery tembló por dentro, a un nivel que le afectaba el equilibrio y la claridad mental. Soltó todo el aire y dejó que ocurriera. ¡Por Dios, ni siquiera se le pasó por la cabeza quejarse!

Cualquier posible resquicio de la conversación anterior se disolvió por completo. Todos los argumentos para rechazarlo y mantenerse alejada se desvanecieron como vapor de lluvia, junto con su animadversión y su cautela. Dejó de ver todo lo malo en él y solo pudo pensar en el hombre risueño y atractivo que tanto se esforzaba por ser amable con ella, y que en ese momento la besaba con una ternura que le hacía doler el pecho.

Se entregó a la dulce paz que la invadía y se sintió reconfortada cuando los brazos del señor Bissop la envolvieron y la acercaron a su cuerpo. Valery se apoyó en él y alzó las manos hasta tocar sus hombros, mientras aprendía a responder a las sensuales caricias de esa boca que no exigía, sino que persuadía. Sus dedos subieron y se enredaron entre las guedejas gruesas de cabello, lo que pareció inflamar el deseo masculino, pues la presión sobre su cintura creció y la lengua que la exploraba ganó atrevimiento. Una fuerte sensación de poder y hambre se apoderó de ella y se permitió explorarla a su vez. Jamás se había sentido así. Ella no había creído posible un beso como ese.

Llevaban minutos, u horas, envueltos en aquel abrazo cuando él se alejó con los ojos encendidos y llenos de promesas.

—Es usted una mujer muy dulce, Valery. No lo olvidaré.

Con el corazón latiendo de forma desaforada, Valery observó, perpleja, cómo el señor Bissop salía del comedor con sus andares tan masculinos, a camino entre lo rural y lo elegante.

Aquella dualidad era uno de los motivos por los que pensaba en él tantas y tantas veces. Con la ropa adecuada podría parecer un dandi de la gran ciudad, pero le faltaba artificio alguno. En él, la apostura era algo natural y sencillo.

Cautivador.

Así lo había definido aquella primera vez que lo vio. Debería haber imaginado entonces que la instantánea atracción que sintió por él le traería problemas.

Nunca le había ocurrido, ni siquiera con Gerard. Y mucho menos desde que huyó de casa. ¿Por qué no? Minstrel Valley estaba cuajado de hombres jóvenes y apuestos. El condestable, Nerian Worth, que siempre tenía una sonrisa amable y un trato exquisito con ella, sin ir más lejos, causaría desmayos en los salones de Londres. Si gustaba de un hombre más recio, estaba el herrero, Angus McDonald, cuyo encanto y desparpajo eran de sobra conocidos por las mujeres de la localidad; era un calavera de primer orden. Algunas mujeres,

como Melinda, suspiraban por Derek Lee, el primo de lady Acton, de origen chino; toda una extravagancia en Minstrel Valley, que también gozaba de la admiración femenina, aunque en Valery solo conseguía despertar una cautela inexplicable. Era un hombre peligroso, intuía, pero innegablemente guapo.

Así que... ¿por qué nunca se le había acelerado el pulso en presencia de esos hombres? ¿Por qué era Dunhcan Bissop el único que le hacía temer por su estabilidad emocional? Él le afectaba de un modo distinto; le hacía... anhelar.

Había querido más, maldita fuera su alma. Ni su razón ni su corazón habían tenido intención alguna de detener aquel abrazo tan dulce y apasionado al mismo tiempo, porque incluso habría pedido más si no la hubiera abandonado la voz.

«Ay, señor. ¿Qué cosas estás pensando, Valery?».

Se recompuso como pudo. ¿La había despeinado? ¿Su vestido estaba en orden? Porque sentía como si un huracán hubiera arrasado con ella. Un apasionado y fascinante huracán.

Cuando Lionel Hastings y Frederick Lewis entraron charlando en el comedor, Valery aún temblaba y sujetaba con fuerza el respaldo de una silla. Aún inspiraba aire por la boca, pues su nariz se demostraba insuficiente para calmar su corazón. Su mente aún navegaba por las imágenes de lo que acababa de ocurrir. Pero se enderezó y esbozó una sonrisa de lo más convincente.

—¿Acaso no hace un día esplendoroso? —preguntó, como la más boba del reino de las bobas.

—Me preocupa Deirdre.

Valery miró a Melinda procurando centrarse en lo que le acababa de decir. Iban caminando por el centro del pueblo, en dirección a la iglesia, para el oficio dominical.

—¿Ha ocurrido algo que yo no sepa?

—No es que haya tenido lugar ningún acontecimiento concreto. No es eso —explicó su amiga—. Fui a su casa ayer y me estuvo enseñando algunos de sus escritos para pedirme opinión en calidad de experta —añadió con una sonrisa compasiva—. Son... relatos un tanto románticos, en mi opinión.

—Eso no tiene nada de malo —opinó—. ¿O sí?

Melinda se hacía la remolona, y no era algo frecuente en ella. Apartó la vista y la fijó en la estatua de los amantes que se ubicaba en el centro de Legend Square, justo frente a la entrada a la iglesia de St. Mary.

—Me parece que tiene un prototipo muy definido de héroe. Es eso lo que me preocupa.

—¿El juglar? —preguntó Valery, confundida. No le extrañaría que la soñadora Deirdre se hubiera dejado llevar también por el embrujo de la leyenda.

—Uy, no —rio sin ganas—. Su amor platónico es mucho más real.

—Melinda, ¿quieres dejar de dar vueltas sobre el asunto y decirme de una vez qué es lo que sospechas?

—Por las palabras que usa para definirlo, creo que está enamorada de Angus McDonald.

Valery no pudo evitar el sonido de disgusto que brotó de su boca. El herrero del pueblo era un hombre noble y honrado, aunque tenía una tendencia escabrosa a meterse bajo las faldas de cualquier mujer que batiese las pestañas más de tres veces en su presencia. Con Valery lo había intentado cuando ella llegó a Minstrel Valley, en el mercadillo que se celebraba el segundo domingo de cada mes en la plaza. Le había comprado una manzana, una flor y una cinta para su bonete a juego con el vestido. La había invitado a tomar una jarra de la famosísima cerveza de Tom Smith en la posada — invitación que rechazó del modo más cortés—, y por último le había ofrecido probarla de sus propios labios pues, aseguraba, acababa de volver de allí.

El recuerdo la hizo sonreír. No podía tacharlo de tarambana ni de granuja,

pues el hombre lo hacía todo con una naturalidad y un buen humor que costaba tomarlo por un pretendiente molesto. Pero, para una joven como Deirdre O'Neill, Angus McDonald era una hecatombe de proporciones épicas.

—Entiendo tu preocupación, entonces —coincidió—. No imagino mayor desatino que enamorarse de ese grandullón pelirrojo. Lo único que conseguirá es que le destroce el corazón y la autoestima.

—No es un mal hombre. —Lo defendió Melinda con tono irritado—. Lo que ocurre es que no es la persona adecuada para una jovencita con unos ideales tan románticos.

—A eso me refería, Melinda —aclaró—. Quizá deberías hablar con ella y darle a entender que Angus McDonald no es un buen referente si lo que una quiere es formar una familia. Es un error muy común, además de una irresponsabilidad, dejarse llevar por la belleza y apostura de las personas sin analizar sus valores y principios, que habrían de ser nuestra mayor preocupación.

El sermón le quedó de lo más florido, pero no era más que un atajo de bobadas. ¡Como si se pudiese dominar lo que dicta el corazón! ¿Cómo se le ocurría razonar semejantes conclusiones? ¿Acaso no se había visto arrastrada a una situación muy similar?

—Tal vez deberías hablar con ella —sugirió Valery tras un prolongado silencio.

—No. A ella no le gusta hablar de sí misma. No creo que mi intromisión fuera bien recibida.

—En ese caso, mantente cerca. Si te necesita, ella misma te buscará.

—Como haces tú —sonrió su amiga al tiempo que le daba un cariñoso apretón en el brazo.

—Como hago yo —admitió.

Pensó entonces si no debería confesarle a Melinda lo que le estaba ocurriendo, pero todo se desvaneció de su mente en cuanto entró en St. Mary y distinguió a Dunhcan Bissop sentado en el segundo banco de la iglesia.

Caminó con la vista fija en el suelo hasta el tercer banco del lado contrario, en el que obligó a entrar a Melinda por si se le había ocurrido la disparatada idea de acompañar al profesor de Equitación. La muy coqueta lo saludó con la mano, mientras Valery miraba al frente tozudamente.

«Es usted una mujer muy dulce, Valery. No lo olvidaré».

El ardoroso beso que habían compartido se repetía en su mente una y otra vez.

Dunhcan Bissop le gustaba. Oh, por favor, ¡estaba medio enamorada de él!
No era justo.

Su vida estaba encarrilada. Solo restaba un año para poder reclamar su herencia que, más que riquezas —las cuales no eran desdeñables—, le proporcionaría la libertad absoluta respecto a la amenaza que suponían Gerard y Gertrude en su vida.

Solo un año, quince meses para ser exactos, y sería libre para vivir sin miedo.

En Minstrel Valley.

Había tomado esa decisión al poco tiempo de acomodarse en el pueblo. Ocurriera lo que ocurriese con la herencia, ella se dedicaría en cuerpo y alma a la enseñanza y a esa escuela que se había convertido en su hogar.

Ese había sido su sueño desde el tiempo que llevaba allí.

Se preguntó, con no poca aprensión, si no habría cambiado el rumbo de su vida y si el causante no estaría sentado en el extremo opuesto de la iglesia, un banco por delante de ella.

Se santiguó compungida y rezó entre que llegaba y no llegaba el cura, con la mente tan atiborrada de pensamientos que apenas era capaz de seguir la oración.

—Estás muy aplicada hoy —bisbiseó Melinda con sorna.

—Chsss, calla.

Capítulo 9

—**B**ien, caballeros. Recuerden que su papel en esta clase será el de servir los manjares dispuestos en la mesa a sus acompañantes y procurar una conversación amena.

Los caballeros eran en realidad las señoritas Tiberia Seymour, Hester Kaye, Emily Langston, lady Jane Walpole, lady Margaret Ashbourn y lady Christine Bradbury. La otra mitad de la clase, las señoritas Mariana Salisbury, Lorianne Bowler, Rebecca Grant, lady Constance Catesby, lady Noelle Montague, lady Rose Mary Lowell y lady Amanda Etherington actuaban como mujeres, aunque lady Noelle había protestado primero por no tener acompañante para luego concluir que se bastaba y se sobraba ella sola.

Esta última acababa de instalarse en Minstrel House, tras una situación incómoda de la que su familia había creído conveniente apartarla; al igual que Amanda Etherington, a quien sus padres habían enviado a la Escuela de Señoritas de lady Acton como último recurso tras un notorio fracaso en su anterior temporada.

Eran como la noche y el día, pues todo el arrojo que le sobraba a la primera le faltaba a la segunda, pero ambas habían demostrado ser buenas alumnas y compañeras en el poco tiempo que llevaban allí.

Ese día habían decidido analizar el comportamiento que habían de mostrar en una comida oficial. En ocasiones, el único modo de visualizar momentos concretos a los que tendrían que enfrentarse cuando se relacionasen con la

buena sociedad, era escenificarlos y teatralizarlos. A las alumnas les encantaba cuando la mitad de la clase cambiaba de género, y se producían situaciones muy cómicas entre ellas. También era cierto que costaba que se tomaran en serio las clases, pero merecía la pena ver sus interacciones y señalarles en el acto los principales errores que cometían en la mesa.

—Las manos en el regazo, señorita Bowler.

—Disculpe, señorita Sherman.

—Mientras su acompañante les sirve, y siempre que no las estén utilizando para los actos de comer o beber, lo más adecuado y elegante es que mantengan las manos sobre el regazo.

—Sí, señorita Sherman —respondió un coro de voces con retintín.

Eso mismo lo había dicho infinidad de veces, y las jóvenes tenían por costumbre contestar de ese modo tan impertinente cuando se repetía. Contuvo la sonrisa, pues no podía evitar adorarlas en momentos como aquellos —ellas jamás debían sospecharlo—, y continuó observando el comportamiento de cada una.

La conversación era de libre elección, y por eso, para variar, las encontró charlando acerca del fenómeno que estaba causándoles una indeseada curiosidad en las últimas semanas. Fue Emily Langston quien tomó la palabra.

—Y sepa, señor Frog —también las dejaba inventar los nombres de los ficticios caballeros—, que fue una mujer muy desgraciada. Tuvo que vagar durante años...

«¡Años! Por piedad, ¿cómo pueden ser tan exageradas?» caviló.

—¿Otra vez la leyenda? —preguntó, indecisa entre elevar las manos al cielo pidiendo clemencia o echarse a reír por la perseverancia que tenía esa nueva afición.

—Pero, señorita Sherman, ¡los separaron! —clamó Hester—. Aunque ya sabemos que no le caen bien la Dama y el juglar —añadió dolida.

—Yo jamás he dicho que sienta antipatía por esos personajes, señorita Kaye —interrumpió—, pero me preocupa mucho que se dejen llevar por un ideal

romántico que todo lo disculpa y todo lo justifica.

—Es que el amor todo lo puede, señorita Sherman —intervino de nuevo Emily Langston.

—Son imposibles —suspiró Valery, al tiempo que elevaba las manos en un gesto de frustración—. Jovencitas, de verdad que, si pudiera, les garantizaría a todas un matrimonio por amor. No aspiro a nada más grande para mis pupilas; lo pediría por contrato al rey si se me permitiese ese privilegio, pero tienen que ser realistas. Y, desde luego, no creo que una mujer adúltera deba ser el ejemplo en el que cimenten sus sueños.

—¡Adúltera! —se indignó Rebecca Grant—. Pero, señorita Sherman, ¡le habían obligado a casarse con un hombre mayor y malvado!

—Y, probablemente, si es que todo esto sucedió, fue la cosa más injusta que le tocó vivir a esa pobre muchacha. Y es una injusticia que sufren muchas mujeres de nuestro tiempo todavía; son casadas con señores muy mayores e incluso con hombres crueles y desaprensivos. No quiero que pierdan de vista esa realidad. Una vez contraído un matrimonio, el deber de ambas partes es cumplir con sus sagrados votos, y nada que se aparte de esa realidad será aceptado o perdonado por la buena sociedad, a la que ustedes aspiran a pertenecer. Para eso estamos aquí. De su ingenio y mano izquierda dependerá que el hombre que las reciba en el altar se aleje todo lo posible de esas terribles opciones.

—Tiene razón, chicas —intervino Rose Mary—. No podemos dar por cierto todo lo que cuenta la leyenda. Además, si fuera verdadera, tampoco es que sea un final apoteósico el que tuvieron los amantes... Yo no pondría mis expectativas románticas en ese nivel.

—Vaya, señorita Sherman, usted sí que sabe cómo aguarnos la diversión —opinó lady Margaret con un mohín.

—No era esa mi intención, señoritas —admitió con voz comprensiva—. Pero no me gustaría que las tomaran por incautas en los salones de baile. ¡Deben cultivar los temas de conversación!

—Entonces, ¿debemos limitarnos a hablar del tiempo? —preguntó Noelle—. ¿O de las aficiones de nuestro interlocutor? ¿O de su gran tour? ¿No podemos expresar nuestros intereses? ¿No podemos contar anécdotas como lo hacen ellos?

Valery suspiró y extendió su mirada a todas sus pupilas. ¿Cómo iba a consentir que se llevasen esa impresión de sus clases? ¿Era eso lo que esperaba de ellas?

Era, sin duda, lo que esperarían de ellas en la buena sociedad. Pero, en conciencia, no podía aleccionarlas para que hiciesen lo que los demás querrían.

Tenían todo el derecho a ser como quisieran ser, a expresarse con libertad, a no someterse a la opinión establecida de que una mujer es más atractiva para un hombre cuanto más insulsa es su conversación. ¿Cómo podría alentarlas a ser ese tipo de personas? En cuestiones relativas a las decisiones personales y criterios de cada una, solo podía darles un consejo. Procuraba evitar el dogmatismo en todas sus formas. Y, aunque eso contraviniese la opinión general, ella no valoraba la contención estricta de las emociones femeninas.

—No, queridas. En absoluto —concluyó—. Yo no quiero que se sientan obligadas a ser meros adornos sonrientes con la cabeza hueca. Intento que entiendan y manejen los engranajes de un estricto y complejo modelo de comportamiento, que es el que se esperará de las Damas Selectas que habrán de ser. Pero líbreme Dios de aconsejarles que cultiven los intereses de sus pretendientes en detrimento de los suyos propios. Tendrán que ser valientes y tomar la decisión por ustedes mismas.

—En mi opinión —dijo Jane mientras doblaba su servilleta con pulcritud y la instalaba en su regazo—, lo más inteligente es conocer y aprender todas las herramientas para hacernos valer y para poder competir en ese fiero mercado matrimonial de Londres. Si conocemos el protocolo, podremos usarlo para nuestro propio interés. Eso no quiere decir que, con las personas adecuadas, no podamos relajarnos y ser nosotras mismas.

—Y, con suerte, una de ellas será su futuro esposo —agregó Valery con un ligero picor de nariz que anunciaba la posibilidad de lágrimas.

El discurso de Jane Walpole la había emocionado, porque ese era justo el deseo que atesoraba para ellas. Si de alguien podía haber esperado semejante disertación era de aquella muchacha que ocultaba a menudo su inteligencia tras una máscara de belleza y coqueta exuberancia.

—Señorita Sherman, se nos hace tarde —la apremió Constance.

Oh, claro, las clases de equitación. Ahora los martes tenían doble clase de equitación en lugar de historia. Valery contuvo un suspiro resignado al pensar de nuevo en él.

—¿Y cómo sabremos quién es la persona adecuada? —preguntó Hester.

—Oh, querida, eso será lo más difícil de todo. —Se detuvo en su avance hacia la puerta. Sus pupilas seguían sentadas—. Y espero estar haciendo un buen trabajo a la hora de ayudarlas a diferenciar a esas personas.

—Yo me refiero a los caballeros —añadió su alumna—. ¿Cómo sabremos si ellos mismos están fingiendo ser dignos de confianza?

—Ya hemos hablado otras veces de la diferencia entre un adecuado cortejo y un inadecuado flirteo. Deben huir de lo segundo, por muy divertido que pueda parecer. Hay... cierto tipo de hombres que les resultarán aduladores e incluso cautivadores. —Se arrepintió en el acto de haber usado aquel adjetivo cuando evocó unos ojos dorados en su mente—. Es muy probable que los halagos sean una estrategia para la seducción, o que simplemente estén ante una persona a la que le gusta coquetear sin llegar a un verdadero compromiso. Estos últimos, en mi opinión, son más peligrosos, pues no alcanzamos a ver su iniquidad hasta que salen revoloteando en otra dirección y nos dejan con el corazón roto o con la reputación dañada.

—Parece tan difícil... —musitó la señorita Bowler.

—Pero hay gestos y comportamientos que nos pueden ayudar a diferenciar a unas personas de otras. Hemos hablado de algunos de ellos en las clases, señoritas. Hagan memoria. Por ejemplo, señorita Salisbury, ¿qué pensaría de

un hombre que la invita a salir al jardín, sin su carabina, durante un baile?

Mariana, que era una muchacha con un bellissimo rostro enmarcado por una lustrosa melena trigueña, respondió lo único que debería haber esperado de un ego tan pulido como el que tenía su alumna.

—Pues que se ha quedado prendado de mí y que quiere tener la oportunidad de conocerme mejor.

Valery resopló. Aquel concepto era tan difícil de explicar como de entender, sobre todo si se tenía en cuenta los egos de algunas de sus alumnas.

—Ese sería un seductor, pazguata —la reprendió lady Margaret.

—No seas obtusa —respondió casi al mismo tiempo lady Noelle.

—¡Ese lenguaje, miladies!

—Sí, señorita Sherman —repitieron al unísono varias voces.

Dunhcan llevaba quince minutos esperando que alguien apareciera por el establo. Volvió a consultar el reloj de bolsillo. ¿Sería la profesora Sherman la culpable del retraso? Se rio por lo bajo y le adjudicó todo el mérito. No podía negar que le encantaba aquel defectillo en la muy seria y formal maestra de protocolo. Lo más curioso, quizá, era que ella parecía ajena a su problema de puntualidad, o al menos se comportaba como si no existiera.

Al cabo de un rato, decidió ir a comprobarlo. Le abrió la puerta el señor Barry, que volvió a examinarlo de arriba abajo con esa desconfianza paternal que le resultaba tan entrañable. El hombre estaba empeñado en que era escocés y que, por tanto, no era muy de fiar. A pesar de eso, lo dirigió al salón de las alumnas, no sin antes presentarlo como era debido.

Las encontró aún sentadas a la mesa, con una contrita señorita Sherman —él tenía razón—, que enseguida le ofreció sus disculpas.

—Lo siento muchísimo, señor Bissop. La clase se nos ha ido de las manos.

—No importa —dijo, balanceándose sobre los talones y observando su

bonita figura envuelta en un sencillo vestido verde que resaltaba la curva de sus pechos, con un lazo de un tono más claro que remarcaba su cintura. El color de las guapas, según su madre.

«Quien de verde se viste, por guapa se tiene», solía decir.

—¿No sería maravilloso que nos ofrecieran una clase práctica? —gritó exaltada lady Margaret.

Dunhcan la miró sin comprender.

—No lo creo necesario —se apresuró a negar la profesora, medio espantada.

—¿De qué hablan? —Su curiosidad se había despertado con celeridad.

—La señorita Sherman nos estaba explicando las diferencias entre un inadecuado flirteo y un respetable cortejo. Podrían ejemplificarlo ustedes dos y así nos sería mucho más fácil entenderlo —aclaró la alumna con un mohín inocente que no debían creer ni sus padres a esas alturas.

—A mí me parece una gran idea —aventuró él con una ceja enarcada como claro reto para su contendiente.

Era mejor que grande. Era apoteósico. ¡Lo que iba a disfrutar!

—Ya vamos con mucho retraso para las clases de equitación —recordó ella.

—Pero esto es de suma importancia para nosotras, señorita Sherman —dijo otra de las alumnas. No sabía cuál porque sus ojos no se apartaban del turbado rictus de ella.

—No nos hará ningún daño —murmuró él acercándose con expresión cómplice.

Ella entrecerró los ojos y decidió afrontar el desafío. «¡Bravo, Valery!», clamó su mente.

—Está bien, señoritas. —Un revuelo de cuchicheos y algunas palmadas siguieron a sus palabras, y el espectáculo comenzó.

La profesora Sherman se aclaró la garganta para llamar la atención de sus alumnas, y se volvió hacia Dunhcan.

—Anoche tuvo lugar un baile. Usted me solicitó una de las piezas y mi compañía le resultó agradable. —Dunhcan observó que la expresión de ella era resignada, pero también un tanto divertida, cosa que lo tranquilizó. No quería ponerla en un brete tampoco—. ¿Qué haría al día siguiente?

—Le mandaría... bombones. Y una nota —respondió con un aire inocente que era un absoluto fingimiento. Lo que le mandaría a su casa al día siguiente sería la yegua más hermosa y dócil de que dispusiera a modo de declaración.

—Bien en cuanto a los bombones. Son aceptables. ¿Qué diría esa nota?

—Que me he prendado de su coraje y belleza —explicó con mortal seriedad—. Que he sufrido por los bailes que no pudimos bailar y que me gustaría proponerle un paseo, si a la señorita Sherman le place compartirlo conmigo. —Era justo lo que le habría dicho al día siguiente de aquel baile en el que ni siquiera llegaron a bailar.

Ella lo miró con fijeza y una expresión que parecía ausente. ¿Estaría analizando sus palabras? ¿Sabría lo ciertas que eran?

—Ese sería un abordaje muy directo, señoritas —opinó volviéndose hacia sus alumnas con la compostura intacta—. Los atributos que ha mencionado el señor Bissop son aceptables, pues no solo ha citado cuestiones banales como la belleza, sino que ha hecho alusión a una cualidad pocas veces esperada en las mujeres: el coraje. La segunda parte de su nota sería un tanto melodramática, y esto podría denotar bien una debilidad de carácter o bien una pomposidad artificial destinada a ablandar sus tiernos corazones. En cualquier caso, es un tanto desproporcionado tras un primer contacto. —Tras ese vapuleo público y notorio, se giró hacia él con absoluta parsimonia—. ¿En qué tipo de paseo estaba pensando, señor?

Si creía que lo podía descolocar con tanta facilidad, sin duda había equivocado el juego y al contrincante.

—Me gustaría ir a buscarla en un magnífico tálburi descubierto, en aras del decoro, porque eso me permitiría estar a solas con usted, aunque fuera a ojos de todo Londres; porque estaríamos en Londres, ¿verdad? —Ella asintió—. Le

preguntaría por sus intereses, sus preocupaciones. Le llevaría a ver esos lugares de la ciudad que todo el mundo parece olvidar siempre y que son tan hermosos y secretos.

—Un tálburi es una buena opción, señoritas —interrumpió la profesora. Parecía impertérrita, pero sus manos ya no reposaban pacientemente sobre su falda, sino que la tenían prendida entre los dedos—. Impide la presencia de una carabina, pero es irreprochable a ojos de la buena sociedad, siempre que el carruaje sea abierto.

—Pero eso son normas, señorita Sherman —se quejó Rebecca Grant—. Lo que queremos aprender es a diferenciar la actitud de un caballero de la de un truhan.

—Intentaría tomar su mano —arriesgó él con una mirada que ella no pudo sostener.

—Eso sería propio de un flirteo, señoritas —añadió después de un ligero carraspeo—. Si alguien les viera, sería como proclamar un compromiso que ese caballero podría no estar interesado en mantener.

—Le confesaría que la he observado durante largo tiempo —insistió— y que la noche anterior fue la primera en que me atreví a solicitarle un baile.

—Eso bien podría ser una exageración para impresionarlas. —¿Había notado algo de crispación en su voz? Oh, sí, estaba convencido: la señorita Sherman estaba nerviosa y no sabía cómo disimularlo. El sarcasmo en su voz no hizo más que confirmarlo—. ¿Me tenía miedo, señor Bissop?

—Terror, señorita Sherman —reconoció con los ojos clavados en los de ella, mientras inventaba un grandilocuente motivo—. Usted podría ser la mujer que diera al traste con la promesa hecha a mi anciano abuelo en su lecho de muerte.

—¿Qué promesa? —preguntaron a la vez las señoritas Walpole y Bowler, levantándose de su asiento y poniendo las manos sobre la mesa con gesto impaciente.

Dunhcan solo miraba a la señorita Sherman, porque ansiaba romper su

férreo autocontrol, pero también porque su rostro lo atraía como los rayos del sol a los girasoles.

—La de no desprenderme nunca de mi alma —recitó con una florida reverencia a su idolatrada pretendida.

Todas las alumnas prorrumpieron en suspiros y aplausos mientras ella se tornaba blanca como el papel para luego dar paso a una expresión condenatoria y sumarse un instante después a las risas.

—Como pueden ver, señoritas, hemos hecho una mala elección para nuestra demostración. El señor Bissop está atado por una promesa inquebrantable. Y, además, llega tarde a su clase. Pero, si lo desean, pueden escribir un listado con diez cosas que considerarían muestra de un flirteo y otras diez que entenderían como un cortejo serio y formal. Espero sus trabajos en nuestra cita de mañana. Y ahora, suban a cambiarse y nos vemos en diez minutos en las caballerizas.

Habría sido un tonto redomado si no se regodeara en su moderado éxito. La había desestabilizado. Estaba seguro. Pero... ¿cuánto tenían de verdad sus palabras? ¿Había tocado ella algo más que su interés? ¿Su alma? Le atraía. Nunca una mujer le había atraído en tantos aspectos. Pensaba en ella con mucha frecuencia y deseaba su compañía, incluso cuando se mostraba hosca y altanera.

Quería seguir explorando ese camino, pero al mismo tiempo le preocupaba estar dando rienda suelta a un encaprichamiento que luego pudiera dar lugar a un innecesario sufrimiento. Ella le había acusado de flirtear de forma despreocupada con la profesora de Costura, y eso lo había llevado a preguntarse si no estaba haciendo lo mismo con ella. ¿Flirteaba con Valery Sherman, o sentía por ella un verdadero interés? En caso de lo segundo, ¿sería suficiente serio como para mantener su cortejo?

Los recuerdos se agolparon tras sus párpados mientras se dirigía al patio lateral de Minstrel House. Ya en una ocasión había creído albergar sentimientos por una mujer, para comprender después que no eran tan

inquebrantables como para cumplir con su deber. La ignominia de aquello aún lo avergonzaba.

Pero ¿lo convertía eso es un hombre inconstante e inmaduro?

Le molestaba el simple concepto. No se tenía por una persona desaprensiva, que hace su voluntad sin preocuparse de cuánto dolor o humillación deje en su camino. A él le preocupaban las personas. Le preocupaba mucho Valery Sherman. No haría nada que la dañase. ¡No era un coqueto, por el amor de Dios!

Ese argumento se vio puesto a prueba en cuanto alcanzó la balaustrada de piedra del porche lateral de la mansión que daba a las caballerizas y a la cochera de Minstrel House. La señorita Thompson volvía de algún lugar y subió los escalones con una radiante sonrisa dirigida a él.

—Señor Bissop, ¡qué feliz estoy con las clases! La señorita Harper me ha felicitado por mi valentía y me ha alentado a que continúe ejercitándome. Yo le dije que no quería desatender mis responsabilidades, pero la verdad es que para la hora del almuerzo casi siempre estoy libre de toda tarea.

Era una joven tan encantadora y parlanchina, que costaba no sonreírle a cada momento, pero, puesto que Valery Sherman le había prevenido del carácter sensible de la muchacha, no quería que de ningún modo se pudiera malinterpretar su simpatía.

—Me alegro mucho, señorita Thompson.

—Fue una tontería guardar ese temor durante tantos años —reconoció pesarosa—. Ahora no dejo de pensar en que podría haber disfrutado de la equitación durante todo ese tiempo. Pero de nada sirven los reproches. Estoy muy satisfecha de haberme atrevido. Y creo que no lo hago tan mal, ¿verdad?

Dunhcan estaba sonriendo por su entusiasmo. ¿Cómo no iba a sumarse a su alegría si era bien cierto lo que decía?

—Está siendo una alumna ejemplar —reconoció—. Y, además, creo que ha espoleado a las alumnas para que se esfuercen más. Su presencia en la clase está resultando muy positiva.

—¡Oh! Qué agradable por su parte pensarlo así —respondió con entusiasmo—. Para mí está siendo una revelación. Me paso el día anhelando la siguiente clase.

—Eso es fantástico. Con ese tesón y entrega que demuestra no tardará en convertirse en una gran amazona, y yo me sentiré muy orgulloso de usted.

Por toda respuesta, la señorita Thompson soltó una risita nerviosa y, con un sonrojo virginal, le hizo una venia y entró en la casa.

¿Lo había vuelto a hacer? La jovencita se había azorado por algo que él había dicho, pero ¿qué? Intentó recordar sus palabras exactas y no supo encontrar nada inadecuado que ella pudiera haber malinterpretado. Por Dios, se estaba volviendo loco.

—No me gustaría que esa jovencita acabase con el corazón roto, Dunhcan.

La voz de Eleanor Harper flotó por detrás de su oreja y reafirmó su opinión sobre lo que acababa de ocurrir.

—Oh, vamos, no me digas que tú también crees que flirteo con ella —preguntó al tiempo que se giraba para mirarla.

—¿Alguien más te lo ha señalado? —Esas cejas oscuras estaban arqueadas en un gesto que debía formar parte del cargo de directora.

—Tu maestra del decoro ha tenido muy a bien echarme un soberano rapapolvo por darle alas a su incipiente amor —respondió molesto.

—Así que ¿está enamorada de ti?

—Espero y deseo que no, Eleanor, pero si ese fuera el caso, he intentado explicarle, con la mayor delicadeza, que no tengo ningún interés romántico en ella. ¿Es que todas vosotras creéis que habéis metido a un lobo en vuestro rebaño de ovejas? —preguntó. Se sentía herido en su honor.

—Dunhcan —continuó su amiga con tono calmo—, solo te pido que recuerdes que eres un invitado en la escuela, en esta institución honorable y respetable que tanto amo, y que obres en consecuencia.

—Me molesta bastante que penséis lo peor de mí, ¿sabes? —explicó, ofuscado—. No creo haber dado muestras de ninguna conducta indecente

desde que llegué. Me limito a ser amable, pero eso no significa que te vaya a dar problemas, y mucho menos con Annie Thompson...

—¿Significa eso que tus miras están en otro sitio?

—Eleanor... —la conminó con los ojos entrecerrados. Estaba muy cerca de agarrarla por los hombros y zarandearla.

Eleanor Harper se había convertido en una persona muy querida para él. Habían desarrollado una confianza que le resultaba muy cómoda, y también reconfortante, dado que casi toda su familia estaba a un país de distancia. No le gustaba discutir con ella, pero le estaba atacando justo en el lugar menos indicado.

—Está bien —admitió ella con un suspiro—. Siento hacerte pasar por este interrogatorio, pero desde que llegaste a la escuela tanto las alumnas como algunas profesoras andan algo revueltas y eso me preocupa.

—¿Qué profesoras? —preguntó de pronto, interesado. ¿Había alguien más que Annie Thompson?

—Dunhcan... Mis profesoras son tan intocables como mis alumnas y deberían preocuparte más las segundas que las primeras —añadió con un gesto correctivo de su dedo índice.

—De acuerdo —admitió, resignado—, ¿con quién se supone que debo estar prevenido en el segundo grupo?

—Tiberia Seymour se pasa el día hablando de tus clases —comentó.

—Sí, es la más entusiasta —admitió—. Tendré mucho cuidado, Eleanor. No pienso dar alas a ningún romance con las alumnas. No soy ningún depravado ¿sabes?

Ella se acercó hasta la balaustrada y posó sus blancas manos sobre la piedra de granito.

—Oh, Dunhcan —prosiguió en tono cariñoso—, jamás he insinuado algo así, pero eres encantador por naturaleza, y ellas podrían malinterpretar tu afabilidad con algún tipo de interés. Tú no eres consciente de ello, pero las cautivas con tu sonrisa franca de chico del norte y tu buen humor.

—Vaya, si vas a piropearme supongo que puedo pasar por alto el tono desconfiado de tu advertencia —farfulló medio enfadado, medio abochornado por la imagen que había dibujado de él.

En ese momento, el rebaño de ovejas, con su atractiva y majestuosa pastora, se dirigía por el jardín trasero hacia el establo. Habían salido por el ventanal posterior. Sin quererlo, sus ojos siguieron el movimiento de aquel cuerpo esbelto y flexible y le dedicó una sonrisa cuando ella se giró y los vio en la terraza lateral.

Los sagaces ojos de la directora, por supuesto, no se perdieron el detalle.

—Valery Sherman tampoco es la mujer adecuada para que la conviertas en objeto de un flirteo. Puede parecer resistente como la hiedra, Dunhcan, pero tiene un tierno corazón.

—¿Y si mis intenciones fueran mucho más honorables que eso? —soltó de repente, sin ninguna premeditación.

Eleanor lo miró de hito en hito.

—¿Tengo que deducir que tienes un interés real en Valery?

—Deduce lo que quieras, Eleanor —gruñó, molesto—. Yo tengo una clase que dar.

Pensó, mientras se alejaba, que no estaba preparado para responder una pregunta como esa. Ni siquiera sabía por qué había cometido la estupidez de hablar de «honorables intenciones», como si tuviera que rogar por algún tipo de bendición de parte de su amiga. Solo podía estar seguro de que se había sentido profundamente agraviado por el modo en que Eleanor lo había interrogado respecto a su trato con las profesoras ¡y con las alumnas! Por el amor de Dios, que no era ningún picaflor.

Marchó a las caballerizas apisonando el suelo en lugar de caminar por él y preguntándose quién le mandaba meterse en un avispero de mujeres.

Capítulo 10

—Vamos, lady Christine, solo tiene que colocarlo más inclinado.

Valery estaba a punto de perder la paciencia. Por más que le explicaba, e incluso le colocaba el pie en el estribo a su alumna, al segundo siguiente ella se inclinaba hacia delante y volvía a colocar el pie como si le colgara con una pesadez impropia. No corría ningún riesgo de caerse, desde luego, pero el aspecto que le otorgaba aquella postura era desaliñado y giboso.

—No es tan difícil, querida —dijo, exasperada—. Mire.

Se levantó la falda y posicionó el pie como debía colocarlo ella.

—¿Ve? Hay que colocar el pie en línea recta con el suelo. Ni inclinado hacia delante —e inclinó la punta de su propio pie— ni tampoco colgando del estribo.

—¡Así es como lo llevo! —protestó ella.

—Válgame Dios, en absoluto —clamó, un poco exasperada—. ¿Es que tendré que traer un espejo a las clases?

De repente, unas fuertes manos la giraron, la cogieron por la cintura y la alzaron en el aire. Valery cayó sobre una superficie dura que, comprobó horrorizada, era en realidad una silla de amazona.

—Predique con el ejemplo, señorita Sherman —gritó con alborozo el señor Bissop mientras todas las alumnas reían y aplaudían.

¡La había subido a un caballo! Valery lo miró con los ojos como platos sin dar crédito, pero la yegua torda sobre la que estaba sentada se removió, y sus

instintos se dispararon de inmediato. Sus manos volaron hacia las riendas, y su trasero buscó el equilibrio hasta encontrar una posición segura.

La falda no era adecuada para montar y no le daba holgura para colocarse sobre la corneta.

—Y ¿ahora qué hago? —preguntó enfadada. Y nerviosa. Hacía seis años que no se subía a un caballo.

El señor Bissop, que no se había alejado ni medio palmo, maniobró para ayudarla a colocar las piernas. Cuando envolvió su tobillo con una mano para ayudarla a introducir el pie en la estribera, Valery se tensó por dentro. Solo la fina media de verano separaba la mano de él de su piel. Cerró los ojos y tomó una honda inspiración. Cuando los abrió, él la estaba observando.

—Ahora vamos a intentar reproducir la postura exacta que una buena amazona debe mostrar —explicó en voz alta el señor Bissop sin dejar de mirarla. Valery sintió que le ardían las mejillas y le burbujeaba el estómago, del mismo modo que lo había hecho una hora antes en la clase de etiqueta que él había interrumpido—. Tengan en cuenta que su profesora no tiene tampoco experiencia en la equitación, por lo que ustedes podrán conseguir todo lo que consiga ella sin ninguna excepción. —¿Le había guiñado un ojo? ¡Qué descarado!—. Es cierto que cada persona tiene unas cualidades y destrezas, pero les prometo que una vez que dominen la postura, se sentirán más cómodas y empezarán a disfrutar de este deporte a plenitud.

Mientras les explicaba todo eso a las alumnas, las manos del señor Bissop se habían ocupado de ayudarla a poner una pierna sobre la corneta y la otra en el estribo. Aquellas palmas, que desprendían calidez, habían rodeado su gemelo derecho, donde se había detenido más tiempo del decoroso para asegurarse de que su rodilla estuviera en línea con la cruz del caballo. También había sacudido la falda de su vestido para que cayera con decencia sobre ella, aunque el tobillo izquierdo era más que visible. Valery estaba de espaldas a las jóvenes y era el único motivo por el que no le había increpado todavía. No quería ser ella quien hiciera notorio el modo tan inadecuado en

que la estaba tocando. Nada inmoral, desde luego, pero muy excitante, para su eterna vergüenza; gracias al cielo, por la posición que ocupaba el grupo, se trataba de algo completamente privado.

Lo hacía para irritarla. Estaba convencida. ¡La había manoseado, por el amor de Dios! ¡De una forma deliciosa y turbadora!

Se obligó a relegar de su mente el contacto físico y se centró en la zafiedad que acababa de cometer con ella. No aceptaba que se hubiera negado a montar y, como el déspota que era a veces, la había obligado a hacerlo en unas circunstancias en las que se pondría en evidencia si montaba un espectáculo. Cosa que merecía.

—Bien. Ahora vamos a girar a Viena —era el nombre de la yegua— para que puedan comprobar algunas de las recomendaciones que les hemos venido dando en estos días. ¿Se siente lo bastante afianzada en la silla, señorita Sherman?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Me las pagará —le susurró mientras asentía con la cabeza.

Él hizo girar la montura para que las alumnas pudieran ver su postura sobre la yegua, sin esconder del todo la sonrisa socarrona que le habían provocado sus palabras.

—¿Podría explicar usted algunas de las pautas que hemos repetido estos días, profesora?

Resignada con su suerte, se aclaró la garganta y se irguió sobre la silla. No estaba segura sobre el nivel de conocimiento que debía manifestar pero, a fin de cuentas, había recitado todo su repertorio de viva voz durante los últimos días.

—Empecemos por lo más sencillo —dijo con voz firme y clara—. Iremos desde abajo hacia arriba. —Así se lo había enseñado su hermana. Su nariz volvió a picar como si sus ojos se fueran a inundar de lágrimas, pero las contuvo con firmeza—. El pie sobre la estribera debe ir en esta posición, ¿lo ven? Ni inclino la punta hacia abajo, ni dejo colgando el talón. Recto. Firme.

Si la medida de la cincha es la adecuada, su pierna debe quedar flexionada... —Miró alrededor y se dio cuenta de que sería necesaria una pequeña infracción del decoro—. Señor Bissop, Johnny, cierren los ojos. —Comprobó que lo hacían y se levantó la falda—... de este modo. ¿Observan mi otro pie?

—Madre mía. ¡Por eso no me sale! —exclamó lady Christine.

—Debe colgar con laxitud, sin tensión. Y eso solo es posible si su muslo descansa sobre la corneta y su rodilla apunta hacia la cruz de su montura.

Todas las muchachas se removieron en sus sillas e intentaron emular la postura. Les echó una última ojeada y se bajó la falda.

—Bien, continuemos. Ya pueden abrir los ojos. —Dunhcan Bissop, además de abrirlos, le dedicó una sonrisa radiante. El muy bribón debía sentirse henchido de satisfacción por la encerrona, pero ya le tomaría las medidas—. Su torso debe mirar al frente, de este modo, ¿ven? Señor Bissop, gire a Viena.

Él entendió a la perfección lo que quería y la colocó de manera que las jóvenes pudieran ver su espalda y la rectitud de sus caderas respecto a la silla, así como la línea que marcaba su cintura en la que no había la más mínima torsión.

—Vuelva a girarla —ordenó. Él lo hizo con aquella impertérrita sonrisa. Ay, ¡lo que daría por darle una coz!—. Y, por último, intenten imaginar que alguien les está tirando de la coronilla y estirando su cuello como el de una bailarina. El rostro debe mirar al frente. De ese modo su columna se estirará hasta alcanzar una postura firme e impecable.

—¡Lo hace de maravilla, señorita Sherman!

—Gracias, señorita Walpole, pero aún hay un fallo en mi postura. ¿Quién me lo dice?

—Las manos —acertó Lorianne—. Deben recaer sobre el regazo, no contra el cuello del caballo.

—¡Brillante, señorita Bowler!

Valery respiró aliviada y contenta. Las chicas hacían lo posible por conseguir la postura y comentaban entre ellas lo que podían mejorar.

—Formidable, señorita Sherman —susurró el señor Bissop para que solo ella lo oyera, antes de anunciar—: Ahora vamos a intentar hacer un ejercicio a cuerda para que vean la cadencia de la postura en movimiento. ¿Lista, profesora?

Cuando lo miró, comprobó con pesar que ni siquiera estaba enfada con él. Estaba allí, junto a ella, mirándole con satisfacción y aquella sonrisa de medio lado tan hermosa que le quitaba el aliento. ¡Oh, había perdido la capacidad para batallar con él! Incluso sus baladronadas habían acabado por gustarle. La había montado en una yegua, sí; contra su voluntad, sí, pero ¡estaba disfrutando de lo lindo! Una sonrisa genuina se le escapó sin poder controlarla.

—Lista —respondió.

Sin embargo, lo que ocurrió después fue mucho más allá del mero disfrute. Al sentir los pasos de la yegua, al notar su poder bajo su cuerpo, al percibir cómo sus miembros la desplazaban en círculos, se reencontró con una parte de sí misma que había permanecido escondida durante tanto tiempo que creía haberla perdido. Las alumnas la observaban con admiración y unas sonrisas radiantes de dientes blancos que ella devolvió sin dudar. ¡Qué sensación tan maravillosa! ¡Qué experiencia inexplicable!

Se arrepintió al instante de la privación de tantos años. ¡Ah, qué estúpida! ¿Acaso había mitigado el dolor y la pena por su pérdida? La nariz volvió a picarle e imaginó que Astrid le retaba a una carrera y que Bobby las observaba desde la cerca. Escuchó la voz de su padre, ofreciendo unas correcciones de última hora y animando alternativamente a la una y a la otra. Parpadeó para ahuyentar los recuerdos y tomó conciencia de su montura, de la flexibilidad de su cuerpo, del rítmico golpetear de las patas grises que trotaban en círculos.

—¡Bravo, señorita Sherman! —le gritaban sus pupilas.

Les sonrió, inmensamente complacida.

Ella se había quedado junto a Viena en la caballeriza. Estaba en su cuadra, que era la última de la izquierda, junto al cobertizo. Dunhcan había cepillado a algunas de las yeguas y aún le faltaba trabajo por hacer. Quería hablar con ella, quería felicitarla. ¡Lo había hecho tan bien! No imaginó el orgullo que sentiría al ver cumplidas sus expectativas, no esperaba sentir su corazón tan henchido de admiración.

—Déjelo, señor Bonder —le dijo al jefe de caballerizas, que se veía algo cansado—. Vaya a tomar un tentempié a la cocina. Yo me encargo de preparar hoy las cuadras.

Pero, en realidad, no se puso a cepillar a las yeguas ni a rellenar los comederos ni a recebar el agua. Se acercó hasta la última cuadra.

Ella estaba acariciando a Viena, recorría su cuello con esas manos blancas y delicadas.

—Mentirosa —la acusó con una sonrisilla.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó ella, envarada, volviéndose para mirarlo.

—Digo que es una mentirosa —repitió con una sonrisa cómplice—. Usted ya sabía montar.

—¿De dónde saca esa conclusión? —preguntó con voz átona y expresión ausente.

—No puede engañar a un profesional, ni puede engañarse a sí misma. No solo sabe, creo que le encanta, o le encantaba en otro tiempo.

Ella solo se le quedó mirando con fijeza sin confirmar ni desmentir nada.

—¿Por qué ocultaría una información como esa?, me pregunto —insistió con tono reflexivo.

—No es algo que haya querido ocultar. Simplemente no quería montar. — No lo dijo con desdén ni con enfado; parecía muy pensativa también. Dunhcan no esperaba esa reacción después de haber puesto en evidencia su engaño. Quizá no había calibrado bien los posibles motivos.

—Tiene que haber una razón —opinó—. Tal vez, si lo supiera, podría ayudarla.

Había que reconocer que Valery Sherman sabía mantener una mirada y que no se amilanaba ante las acusaciones. O así al menos lo creyó hasta que sus enormes ojos marrones se llenaron de pena. La cuestión era más seria de lo que él había pensado.

—O tal vez me importe un comino —agregó, con cierto nerviosismo— siempre que no vuelva a ver esa expresión triste en su rostro. Sí, decidido. Retiro mi pregunta. No quiero saberlo.

La estratagema no le sirvió de nada. Un brillo hermoso anunció la llegada de lágrimas.

—Me enseñó mi padre —musitó—. Y mi hermana entonó una vez todas las indicaciones que les he dado hoy a las alumnas.

—Los perdió —adivinó, tras un largo silencio.

Ella se estremeció y él se acercó hasta sujetarla por los hombros y acercarla a él. La frente de la profesora quedó apoyada contra su pecho, sin ninguna resistencia. ¡Maldición! No quería evocar en ella recuerdos dolorosos. Pero ¿qué le pasaba?

—Lo ha hecho de un modo admirable, quiero que lo sepa —la alabó—. No sé cuánto tiempo ha transcurrido, pero montar es algo natural en usted. Me he sentido muy orgulloso.

Ella rio en silencio. O quizá sollozaba. Comprobó que se trataba de lo primero cuando elevó los ojos hacia él.

—¿Orgulloso? —preguntó con una triste sonrisa.

—Como nunca —admitió.

—Me ha tendido una trampa.

—Eso es justo lo que he hecho. Dejaré que se vengue como mejor le parezca.

Ella volvió a sonreír. Era tan bonita, la condenada. Claro que le dejaría que se vengase; le permitiría cualquier atrocidad con tal de compensar la pena que le había infligido. Apenas podía pensar cuando la tenía delante, y su aspecto en ese momento lo volvía loco de necesidad por ella; con aquellos preciosos

ojos tan embargados de emociones y el flexible cuerpo pegado al suyo.

—Valery... —murmuró mientras su mano viajaba por voluntad propia hacia su rostro para enmarcarlo y su nariz se colapsaba de aquella fragancia a jabón de lavanda que ella desprendía.

—No lo haga —suplicó ella.

—No creo que pueda evitarlo.

Su cuello era fresco allá donde sus dedos alcanzaron el nacimiento del cabello, suave y sedoso. Los pulgares le ayudaron a dirigir sus mejillas hacia arriba para poder encontrar sus labios.

Los halló ardientes y húmedos, esponjosos. Los besó con deleite y se maravilló de los estremecimientos que recorrieron sus brazos y sus piernas. Valery se sujetó con fuerza a sus antebrazos y gimió de un modo casi imperceptible en el momento en que se rindió al asalto. Entonces abrió su boca y le permitió explorarla con la lengua, como aquella otra vez. No había podido olvidar aquel dulce beso, que nada tenía que ver con este, pues en ese instante Dunhcan sentía una urgencia diferente.

Bajó las manos hasta rodearle la cintura y la apretó contra su cuerpo, al tiempo que ahondaba en su boca, más exigente, con más entusiasmo. Ella no solo no se asustó, sino que le sujetó la cara entre las manos y empleó su propia lengua para buscarle y acariciar las partes blandas de su boca. Dunhcan no podía dejar de sentir aquellos pechos firmes contra él, y si ella tenía alguna idea de la sexualidad masculina, no podía dejar de estar notando su erección contra el vientre.

La empujó hacia una de las cuadras vacías, hasta que su espalda tocó la pared. Abandonó su boca y recorrió con fervor su mandíbula y el inicio de su cuello. Comenzó a desabrochar botones, para poder seguir besando más piel. Ella enterró las manos en su cabello y dejó caer la cabeza contra los tablones de la cuadra. Con un breve vistazo comprobó que tenía los ojos cerrados y que estaba completamente entregada a la pasión, del mismo modo que lo estaba él. Cuando consiguió desprender de sus ojales los botones del escote, dejaron a

la vista el canesú de su ropa interior. Llevó hasta allí sus labios al mismo tiempo que una de sus manos envolvió uno de esos pechos mientras la otra la mantenía sujeta por la cintura.

—Oh, por favor... —musitó Valery cuando se sintió acariciada.

Dunhcan pensó que no había otro olor en el mundo tan natural y sensual como el que desprendía aquella mujer, el que nacía del canalillo de sus pechos, al cual sus labios inquisidores ya habían llegado. Bajó un poco más la camisola y logró apresar parte del rosado pezón.

Ella jadeó, con sorpresa, pero de nuevo dejó caer la cabeza sobre los tablones, sin oponer la menor resistencia.

Dunhcan la ayudó a tenderse sobre el heno y se colocó encima de ella. Se detuvo a mirarla y no pudo encontrar ni un solo gesto de arrepentimiento, de duda o de aprensión. Ella quería eso, del mismo modo que lo deseaba él. La besó con auténtica entrega y buscó la suavidad de la piel de sus piernas por debajo de la falda. ¡Ah!, era pura seda cuando la encontró. Llevaba unas medias finas hasta la altura de la rodilla, pero se detuvo allí poco tiempo, quería tocar sus muslos, que eran firmes y tersos. Los masajéó, sin dejar de besarla, y fue subiendo hasta llenarse la palma de la mano con su nalga. Ella se arqueó y gimió dentro del beso. Dunhcan abandonó su boca. La miró con toda intención y comenzó a bajar por su cuello de nuevo, hasta besar sus hombros, su esternón y de nuevo las cremosas colinas más abajo. Se ayudó con la mano para abrir por completo la parte delantera del vestido y se quedó pasmado ante la belleza de sus pechos. Los abordó antes de que ella pudiera asustarse y todo se volvió un poco desenfrenado por unos instantes. Ambos se abrazaron y se retorcieron entre jadeos de placer mientras Dunhcan pensaba en que no había gozado jamás de una seducción tan tierna y, al mismo tiempo, tan ardiente.

Pero, de pronto, se dio cuenta de que no podía tomarla en un establo, en medio del heno de los animales. Y eso era lo que estaba a punto de ocurrir. Su mano había iniciado el movimiento para abrirse los pantalones y su cuerpo

estaba más que dispuesto a tomarse todas las libertades posibles con el de ella. Lo sorprendente, lo realmente fascinante, era que estaba convencido de que ella se entregaría hasta el final, sin poner ni un solo pero, sin extrañarse por ofrecerle ese honor indebido. Y no porque fuera experta en las lides sexuales. Parecía tan fascinada como desbordada por sus caricias y por la intensidad del deseo que se había despertado en ambos. Era inocente. No le cabía la menor duda. Pero también era una mujer apasionada y fogosa que afrontaba con naturalidad ese instinto primario que tienen todos los animales y todos los seres humanos en menor o mayor medida. Después, claro, se habría horrorizado al comprender lo que le había permitido.

—¿Quién es la auténtica Valery? —preguntó dejando caer la cabeza entre sus pechos—. La que protesta y desaprueba todo lo que hacemos los simples mortales, o la que sabe montar a caballo y puede arder de pasión en mis brazos.

Se lo quedó mirando por un instante infinito y algo turbio cruzó por su mirada antes de que se revolviere bajo su cuerpo para escapar.

—Suélteme —gruño.

—Valery...

—No me llame así —respondió turbada—. Levántese, por favor.

Dunhcan lo hizo. Se levantó y la ayudó a levantarse. También hizo el amago de ayudarla a recomponer su ropa, pero ella se volvió y comenzó a abrocharse los botones del vestido con frenética prisa.

—No debería haber preguntado algo así. Lo he echado todo a perder —se lamentó—. Lo que ocurre, es que a veces creo que hay mucho más en usted de lo que deja ver a los demás y no puedo evitar querer descubrirlo.

—No lo haga, por favor. Déjeme en paz.

Valery le soltó eso sin siquiera girarse para mirarle. Una vez que se consideró lo bastante compuesta para salir, lo hizo, dándole la espalda y sin dignarse a echarle una sola mirada.

—¿Clases de flirteo? —preguntó Eleanor Harper en cuanto puso un pie en la salita de color lavanda donde se servía el té.

Algunas de las alumnas ya se habían cambiado de ropa y habían bajado, pero, dándose la circunstancia de que faltaba al menos la mitad de ellas, la ceremonia aún no había comenzado.

Valery no había tenido oportunidad de cambiarse de ropa porque había dedicado ese precioso tiempo a revolcarse por el heno con Dunhcan Bissop. Tan solo había tenido oportunidad de subir unos minutos a su habitación y adecentar su aspecto para eliminar cualquier rastro de su reciente encuentro.

Suspiró y dedicó una sonrisa resignada a la directora de la escuela. Hacía su mejor intento por aparentar normalidad, aunque jamás en su vida había estado tan alterada como en ese momento.

—Fue algo que surgió sin premeditación —alegó—. Ya sabes lo alteradas que están con la leyenda desde que Romola Seymour les habló de la canción del juglar. No dejaban de hablar de eso, y la comida se convirtió en un caluroso debate sobre la moralidad y el amor. —Fue consciente de cómo se le secaba la boca al mencionar la moral—. Me propuse recordarles las diferencias entre los candidatos honorables y los simples truhanes. Fue en ese momento cuando apareció el señor Bissop porque nos estábamos retrasando para la clase de equitación.

—Y les hicisteis una demostración práctica —concluyó Eleanor con una ceja enarcada.

Un delator sonrojo, que nada tenía que ver con la clase de etiqueta, cubrió sus mejillas.

—¿Qué es lo que te han contado las niñas con exactitud? —preguntó, un tanto nerviosa.

Eleanor hizo un intento bastante pobre de ocultar una sonrisa.

—Ya sabes la imaginación que tienen algunas de ellas. No me preocupa

tanto el hecho de que un hombre haya formado parte de la clase, y que hayáis fingido un inocente flirteo ante las alumnas, como el hecho de que ahora opinen que hay un romance entre vosotros.

A Valery se le atascó el aliento en la garganta y se quedó mirando a Eleanor con los ojos como platos. La culpabilidad tenía que ser tan palmaria en su rostro que la directora cerró los ojos y emitió un sonoro suspiro.

Las palabras no acudían en su auxilio; no sabía qué decirle ni cómo desmentirlo, puesto que la fértil imaginación de sus alumnas solo se había anticipado a lo que acababa de materializarse minutos antes en el establo. Como ella no hacía otra cosa que boquear, Ellie detuvo cualquier intento de contestación con un gesto de su mano.

—Solo te pido que seas discreta, Valery —le dijo con una expresión entre preocupada y decepcionada.

Aquello le dolió tanto como una puñalada, pero se armó de valor, enderezó la espalda, cerró la boca y asintió con total seriedad.

¿Qué podía decir?

Había vulnerado todos los preceptos del decoro que con tanto ahínco enseñaba a sus alumnas, había traicionado la confianza que habían depositado en ella dos años atrás para que fuera un perfecto modelo de comportamiento del que las jóvenes que allí estudiaban pudieran tomar ejemplo. A ojos de Eleanor, había faltado a su deber, porque no había sido capaz de negar que existiese algún tipo de romance entre Dunhcan Bissop y ella. Al parecer, no se le daba tan bien mentir después de todo.

—Lo lamento, Ellie —atinó a decir.

—Tal vez quieras que te sustituya hoy durante el té. Tienes aspecto de necesitar una pequeña siesta —propuso entonces con un semblante mucho más compasivo.

No debía olvidar que Eleanor era su amiga, que se había convertido en una persona muy importante en su vida y que sentían afecto la una por la otra. Las amigas no juzgaban, no condenaban.

—Creo que te lo agradecería mucho. Sí que me siento algo indispuesta.

Una vez en su habitación, se dejó caer sobre el pequeño sillón tapizado en verde lima.

¡Qué hipocresía la suya! Se había pasado los últimos años aleccionando a sus pupilas sobre el comportamiento adecuado de una dama con respecto a un caballero. Les decía cosas como que no podían quedarse a solas con un hombre, por muy casta que fuera la situación, o que no se tocasen sin guantes.

Ella había hecho mucho más que todo eso. Y ni siquiera podía culpar al señor Bissop de lo ocurrido, porque había dejado que pasase. Se había olvidado de todo, del mundo y de sí misma. Se había permitido sentir el contacto de ese hombre y había disfrutado de él.

Buscaba el arrepentimiento en su corazón, mas no lograba encontrarlo. Todo cuanto sabía del comportamiento humano y de la rectitud moral le decía que lo que había hecho era indecente y atrevido, pero no lo sentía así en su alma. No era capaz de sentir otra cosa que anhelo por él.

Cerró los ojos y gimió.

«Boba, más que boba. Te has enamorado», se recriminó.

Capítulo 11

Ya fuera por pudor, ya por mala conciencia, Valery Sherman no le había dirigido la palabra y apenas lo miraba desde hacía casi dos días. Dunhcan estaba bastante seguro de que, esa vez, no era el enfado ni la antipatía lo que la mantenía alejada de él. En las semanas transcurridas desde aquel primer día en el establo, había aprendido a leer sus expresiones, y la notaba tímida y reticente, pero no rencorosa.

Además, lo trataba con cortés deferencia delante de las alumnas, en el infinitésimo tiempo que pasaban juntos.

Era una urgencia muy curiosa esa de querer estar todo el tiempo con una persona, hasta el punto de que las horas parecían minutos y estos se antojaban segundos.

Se descubría por las mañanas aligerando sus tareas para poder llegar antes a la escuela, si bien ella padecía de aquella horrorosa falta de puntualidad. Al menos en tres ocasiones, había propiciado las circunstancias para que lo invitaran a almorzar en el comedor de profesores, en el que ella comía. Y en ese momento, pasada la hora del té, se encaminaba hacia la puerta principal para solicitarle un minuto de su tiempo. Varios, si la suerte le sonreía.

Darle tiempo para asumir lo ocurrido entre ellos le pareció una muestra de consideración el primer día, pues imaginó que, a una mujer inocente como ella lo era, le habría supuesto una gran impresión alcanzar semejante intimidad con un hombre. Pero también era muy consciente de que, si le permitía volver a

encerrarse en su caparazón, no lo tendría fácil para recuperar su confianza, en caso de que hubiera logrado alcanzarla en algún momento, cosa que dudaba.

El señor Barry, el portero de Minstrel House, no se lo puso fácil.

—Las profesoras y las alumnas no suelen recibir visitas a estas horas. La costumbre inglesa, como bien sabrá, es solicitar dichos encuentros en el horario matinal. —Por más que le había explicado que no era escocés, el hombre estaba empeñado en que era una especie de bárbaro del norte—. Y puede que la señorita Sherman esté ocupada.

—Si fuera tan amable de preguntárselo, señor Barry, le estaría muy agradecido.

El hombre lo hizo a regañadientes. Subió la escalera rezongando y desapareció al llegar al pasillo superior.

Si las seis de la tarde no era un momento indicado para hacer una visita en el cálido y soleado mes de junio, Dunhcan desde luego debía haberse criado en otro país, o en otro universo, aunque bien era cierto que Cumbria estaba muy alejada del meticuloso y encorsetado círculo londinense.

Se le hizo muy dilatada la espera hasta que apareció la señorita Sherman. Ella llevaba un coqueto vestido color rosa pastel con dibujos de florecillas en un tono amarillento. Como casi todos sus vestidos, se abrochaba con botones por el frente, lo cual le llevó de modo inevitable a recordar lo ocurrido dos tardes atrás en el establo, cuando los había desabrochado. Aquello hizo que su rostro se viese azorado cuando ella terminó de bajar la escalera.

—Buenas tardes, señorita Sherman.

—Buenas tardes, señor Bissop.

—Me gustaría invitarla a dar un paseo. Hace una tarde maravillosa y me resistía a retirarme a la tranquilidad de mi casa y mis caballerizas. Aún no he tenido tiempo de visitar el lago, y me gustaría que me acompañara, si no le supone un gran trastorno.

Ella lo estuvo pensando un instante bastante largo, e incluso echó atrás la mirada como si hubiera dejado algo pendiente en el piso de arriba y estuviera

barajando su libertad para abandonarlo.

—Iré con usted, señor Bissop —respondió a la postre, para su tranquilidad mental—. Déjeme ir a buscar un chal y mi bonete.

Reapareció cinco minutos más tarde —no es que los hubiera contado—, con una expresión resignada que le hizo fruncir el ceño. No era su intención ponerla en situaciones incómodas, pero existía la necesidad perentoria de aclarar lo sucedido. Aunque, para Dunhcan, no había nada de lo ocurrido en el establo que mereciese explicación o defensa, pues había sido la expresión de la atracción que ambos se profesaban. No obstante...

—Creo que le debo una disculpa —dijo en cuanto enfilaron el camino de King's Road hacia la plaza.

Podría haber decidido acortar por el bosque que bajaba desde la escuela, pero tendrían que atravesar la arboleda y podía ser incómodo. También tenían la opción de bajar por Forest Road, pero decidió continuar hacia Town Hall Street y luego bajar por Lake Road. Quizá en terreno público ella se sintiese más cómoda.

El día era bastante cálido y, puesto que aún faltaban un par de horas para que el sol tocase su ocaso, la luminosidad de la tarde era plena. Era, en su opinión, la hora perfecta para disfrutar de la tranquilidad de Minstrel Valley recorriendo sus calles, aunque a Dunhcan le gustaba mucho más hacerlo a caballo que a pie. O así había sido hasta la fecha. No le sorprendería que desde ese día prefiriese caminar en compañía de la señorita Sherman.

—No —respondió ella con el ceño fruncido—, no es así en absoluto.

—Pero está enojada conmigo —insistió.

—Eso tampoco es exacto.

Parecía más contrariada que molesta, en verdad.

Dunhcan la miró mientras caminaban uno al lado del otro. El bonete de paja con cintas amarillas le impedía ver su rostro pero, al final, a ella no le quedó más remedio que devolverle la mirada cuando el silencio se hizo demasiado prolongado. Respondió a su pregunta del modo franco y directo con que solía

tratarle.

—No hizo nada que yo no pudiera haber evitado, señor Bissop. Si me encuentro incómoda o confundida, no puedo, en conciencia, culparle a usted por ello.

—¿Se encuentra incómoda y confundida?

—Ajá.

La sucinta respuesta le provocó un amargo sabor en el fondo de la garganta. Había esperado, incluso anhelado, que la experiencia para ella hubiera resultado al menos agradable. No había sido torpe ni obsceno, de eso estaba seguro. Pero debía reconocer que la pasión se le había escapado un poco de las manos.

—En ese caso, ¿cómo puede no culparme? Fui yo quien la presionó —defendió con vehemencia—, quien la obligó a montar sobre una yegua y después le pidió explicaciones sobre aspectos de su vida que no tenía derecho a preguntar. Y, más tarde, me serví de un momento de debilidad para obtener lo que llevaba tiempo deseando. Me siento un poco despreciable, si le soy sincero.

No había sido consciente de sentirse de ese modo hasta que su mente lo había convertido en palabras para disculparse con ella. En verdad, se había aprovechado de las circunstancias, y de una joven inocente e inexperta.

—Insisto en que no me mortifica que intentase seducirme, señor Bissop. —Su tono calmo le parecía incomprensible—. Las circunstancias atenuantes tampoco son su responsabilidad.

—Pero ¿cómo pueden no serlo? —preguntó exasperado, sin entender cómo había pasado de su propósito inicial de redimirse ante ella a ese oprobio autoinfligido—. A no ser que considere que eso es a lo que me dedico. Oh, por supuesto —soltó, de pronto, convencido de que había descubierto el razonamiento de ella—. No me culpa del mismo modo que no culparía a un zorro por atacar un gallinero. Me considera un libertino y no espera nada mejor de mí.

—Me culpo por mi actitud, señor Bissop, no a usted por la suya —sentenció con aplomo.

—¿Cómo dice? —preguntó incrédulo.

Ella se limitó a seguir mirando al frente mientras caminaban. Parecía no tener nada más que decir, como si aquella revelación fuese explicación suficiente.

—Pero eso es absurdo —continuó—. Usted no hizo nada por propiciar nuestro... bueno, nuestro... No sé si hay una palabra para lo que hicimos. Una concreta, me refiero. Imagino que debe haberla y conozco términos que se aproximan, pero no puedo pronunciar ninguno sin caer en una bajeza.

Valery Sherman —¿quién lo hubiera adivinado?— dejó brotar una carcajada de su boca.

Dunhcan la miró, primero con sorpresa, y luego con una sonrisa pesarosa.

—Ahora se ríe de mí.

—Es que parece tan empeñado en conseguir mi condena —explicó ella con tranquilidad—. Y después se pone a divagar, y eso me hace reír.

Dunhcan se valió de aquella leve mejora de la situación para ofrecerle el brazo que, tras un breve titubeo, ella aceptó. Había estado deseando tocarla desde el momento en que la había visto bajar las escaleras con aquel favorecedor vestido. ¡Qué bonita era, la condenada!

Habían llegado a una bifurcación en el camino. Dunhcan decidió tomar hacia la derecha, pues el conjunto de árboles que rodeaban a una vivienda con un amplio jardín le parecieron muy bucólicos.

—¿De quién es esa casa? —preguntó con la intención de dilatar esa especie de paréntesis que se había abierto en las preocupaciones de ambos.

Se aproximaban a lo que parecía un vallado de piedra a media altura, que permitía contemplar un cuidado jardín, en el centro del cual se hallaba un pequeño estanque artificial rodeado de cantos blancos. La ornamentación vegetal era sencilla pero llamativa. Había conjuntos diseminados de pequeños árboles que Dunhcan no supo reconocer, y agrupaciones de peonías de varias

tonalidades distribuidas en parterres que ocupaban toda la fachada posterior de la vivienda. Dunhcan desvió entonces la vista a la estructura principal y descubrió una bella composición de mampostería de piedra grisácea con sillerías de zócalo y unas llamativas albardillas de color más claro que daban paso una sucesión de tejados de pizarra negra que coronaban cada uno de los edificios de la mansión. Era una de las casas más bonitas que había visto, y eso que Minstrel Valley no carecía de fastuosas residencias.

—Ahí vive Daphne Crown —apuntó Valery.

—Creo que no la conozco todavía.

—Oh, mire, ahí están sus gatitos —anunció con tono alegre. ¿Había dado un pequeño saltito?—. Se llaman Holly y Snow. Son adorables.

Dunhcan logró atisbar a los dos cachorros felinos. Uno blanco y otro pardo que, o bien jugaban entre ellos, o bien peleaban, porque parecían una bola multicolor dando vueltas sobre el precario alféizar de una ventana de fina palillería blanca. Por la ausencia de bufidos, supuso que era lo primero. Sin embargo, eso no evitó que uno de los gatos, el blanco, estuviera a punto de caer al suelo. Por fortuna, el otro minino —el pardo— le echó una garra al cuello y la otra al anca posterior para ayudarlo a subir. Dunhcan no pudo evitar reírse en voz alta, y ella lo hizo también de un modo más comedido.

—Daphne es una buena mujer, creo yo —añadió Valery cuando ambos mininos estuvieron a salvo en el interior de la casa—, aunque algunos la tildan de excéntrica, porque tiene algunas manías como la de no acudir a misa.

Dunhcan imaginó que si no acudía a misa dirían cosas más elocuentes sobre ella que el mero adjetivo de excéntrica, pero ya se había fijado antes en que a Valery Sherman no le gustaban los juicios de valor. Si los hacía, los mantenía muy callados, solo para sí misma.

—¿Vive sola? —No había escuchado la mención a ningún señor Crown.

—Es viuda, pero tiene una situación bastante holgada, como puede imaginarse. No se relaciona con mucha gente, a decir verdad. Es bastante reservada, aunque... bueno, por supuesto tiene amigos. —Hizo una pausa

pensativa—. Es una buena mujer —concluyó tajante, como si ella misma otorgase justificación a todas esas cuestiones que le rondaban por la cabeza, pero que jamás pronunciaba en voz alta.

Dunhcan tomó buena nota de no hablar mal de nadie delante de ella. Intuía que se pondría a defender a cualquiera con uñas y dientes.

—Casi todas las personas que he conocido desde que llegué aquí lo son — reflexionó él en voz alta—. ¿No le resulta eso curioso? En todos los lugares, ya sean núcleos grandes o pequeños, suele haber gente maliciosa, grosera; no sé, despreciable, a fin de cuentas. Sin embargo, este pequeño rincón apartado del mundo parece tener abundancia de buenas personas.

—Fue lo primero que me enamoró de Minstrel Valley cuando llegué.

—¿Lleva aquí mucho tiempo? —La pregunta, aunque coherente, no solo era fruto de la conversación, sino de un previo interés que Dunhcan nunca había encontrado oportunidad para satisfacer.

—Llegué el curso pasado, después de que la señorita Harper tuviera que despedir a la anterior profesora de Protocolo —contó con cierta melancolía—. Esa mujer sería un claro ejemplo de que en Minstrel Valley también pueden habitar malas almas, por cierto. Tengo entendido que su trato hacia las niñas era grosero y cruel en ocasiones.

—Y ¿antes de eso? ¿De qué parte de Inglaterra es usted?

Otra breve pausa delató su reticencia a hablar de sí misma. No era la primera vez que a Dunhcan se le ocurría pensar que Valery Sherman no era del todo sincera respecto a su pasado.

—No suelo hablar de ello —advirtió con un matiz de preocupación en su voz. Ambos se quedaron mirando un instante, hasta que ella exhaló un suspiro y decidió continuar—: Vivía muy cerca de Oxford, hasta que perdí a mi familia. Después estuve trabajando como institutriz en Londres durante unos años, y cuando me hablaron de la Escuela de Señoritas de lady Acton, solicité un puesto como profesora, con tal suerte que la señorita Harper necesitaba una.

—Me habló de un padre y una hermana. —La incitó a seguir, aunque no tenía muy claro que ella estuviera dispuesta a sincerarse con él.

—También había una madre y un hermano —dijo con pesar. Pareció que no iba a continuar, pero, como si fuera algo que necesitara contar, añadió—: Mi padre se llamaba Walter, fue él quien me enseñó a montar y también a cazar conejos. Mi madre... mi madre se llamaba Sophia y adoraba el té inglés por encima de todas las cosas. Albern era el mayor, y yo también quise subirme a un caballo por culpa de él. Astrid también era más mayor y... y éramos amigas.

De modo que ese era el motivo. Los caballos habían sido parte de su vida y ella los amaba, pero le recordaban una vida de la que la habían arrancado.

A Dunhcan le latía el corazón con lentitud. Había perdido a toda su familia... Qué doloroso. ¿Cuándo? ¿Cuántos años tenía? ¿Quién había cuidado de ella después de eso? Las preguntas le anudaban la garganta y un sentimiento emergente que no sabía cómo clasificar le presionaba las sienas.

Consciente de lo mucho que a ella le había costado pronunciar aquellas palabras y del movimiento espasmódico de su nariz, miró alrededor en busca de una distracción y se dio cuenta de que ya casi habían llegado al lago.

—Es, con toda probabilidad, el lago más hermoso de toda Inglaterra. Me alegro mucho de haber venido a conocerlo —soltó con demasiada vehemencia.

—Transmite mucha calma, la verdad —respondió ella al cabo de un minuto, aliviada al parecer por el giro de la conversación—. Cuando llegué aquí, pasaba varias horas al día sentada en la orilla. Hay otros lagos con un aspecto silvestre, apagado y yermo, a pesar de contar con tan inestimable fuente de vida. Pero Minstrel Lake siempre está radiante de colores.

En aquella época del año, el bosquecillo de abedules, fresnos y olmos ofrecía copas frondosas y de fuertes tonalidades de verdes que se fundían con el suelo. Por acá y por allá, destacaban algunos ejemplares de haya purpúrea cuyos matices rojizos contrastaban de un modo casi pictórico contra el resto

de la arboleda. Pero la magia de aquel lugar, sin duda, se hallaba en la extensión de agua cristalina que abarcaba por completo su visión en aquel momento, y que se perdía más allá de Lake Hill. Su inmutable presencia convertía el lugar en un pequeño pedazo de paraíso, bañado por el cerúleo tono del cielo que descendía hasta fundirse con el lago, formando un mismo horizonte.

Con la mano apoyada contra su brazo, la dirigió un poco hacia el sur, en dirección al embarcadero de Swan. Quizá podría convencerla para alquilar una de las barcas y navegar por el lago.

—Por la noche debe ser fascinante —concluyó.

—Como si alguien hubiera utilizado la paleta completa de azules para crearlo —musitó ella.

Bien, no podía seguir posponiendo el motivo por el que habían ido hasta allí:

—Antes ha dicho que se culpaba por su actitud. —Ambos se detuvieron, en un tácito acuerdo, aunque no se miraron. Sus rostros se volvieron para contemplar las aguas calmas—. Y por más que lo razono, no consigo entenderla. Usted no ha hecho nada reprochable.

—Lo que enseñé a mis alumnas —explicó un tanto nerviosa—, lo que... intento que comprendan, es que una mujer no debe creer que ha de hacer todo cuanto un hombre desee de ella. Las instruyo para que tengan pensamientos y voluntad propia, para que no crean que serán rechazadas si no cumplen las expectativas de un pretendiente o satisfacen sus peticiones y súplicas. Muchas jovencitas se dejan arrastrar por las pasiones masculinas con la firme creencia de que ese es su papel cuando aspiran al corazón o al compromiso con uno de sus pretendientes.

—No sé si la estoy comprendiendo —atinó a decir—. ¿Creyó que tenía que replegarse a mis deseos? ¿Fue ese el motivo por el que no protestó y por el que ahora se siente tan culpable? —A Dunhcan se le estaba abriendo un agujero en el pecho del tamaño de una bala de cañón—. Le juro por todo lo

que me es querido que con un solo gesto suyo me habría detenido.

—Pero no lo hice —contestó ella con un ligero meneo de su cabeza—. Y es esa doble moralidad la que me asusta. Ahora me doy cuenta de que me he obstinado en obviar otras posibilidades igual de ciertas. No sé si puedo prevenirlas contra sus propias debilidades.

—Valery, contésteme algo —le pidió con una sensación de contrariedad casi corrosiva—. ¿La violenté? ¿Se sintió obligada a...

—¡No! —respondió ella espantada— ¡Buen Dios! Estoy permitiendo que usted se sienta como un canalla por no hablar con franqueza. —Se cubrió la boca y parte de la nariz con sus delicados y largos dedos. Después los retiró y le dedicó una mirada valiente—. Me sentí absolutamente fascinada y... y... extasiada con todo lo que ocurrió. Fue mucho después cuando me cuestioné mi propia moralidad.

Sus mejillas se habían ido tiñendo de un rubor rosado al tiempo que confesaba su oscuro secreto. Dunhcan habría reído por aquella horrorizada mojigatería si no supiera con toda su alma que esos sentimientos le provocaban un gran daño a aquella mujer tan preciosa y valiente. Escuchar esas palabras había sido como un bálsamo para su conciencia.

—Todas esas normas, todo ese aprendizaje, todo ese esfuerzo por alcanzar los cánones sociales —advirtió con tono afectuoso— le han desconectado de su verdadera naturaleza, Valery, que es tan innata y noble, tan hermosa y honesta como los actos cotidianos de reír y llorar. Dios nos dotó de emociones, de pasión, y el ser humano las convirtió en convenciones y tabúes. No pretendo subestimar sus sentimientos, que han de ser muy contradictorios, no lo dudo, pero me gustaría que viese lo ocurrido entre nosotros como lo veo yo.

Le tomó la mano y la acercó hasta su boca. Ella no llevaba guantes —algo de lo que probablemente no fue consciente hasta que notó el tacto de los labios sobre sus dedos—. Besó las yemas con delicadeza y ella volvió a fruncir la nariz en aquel gesto tan suyo que ya había reconocido como un síntoma de

ulterior lagrimeo.

—Usted se ha convertido en algo muypreciado para mí —confesó, con mucha emoción—. Valoro su compañía, y admiro el modo en que dirige su vida y se entrega a su trabajo. También siento una atracción física que ha quedado bastante patente, pero que controlaré con férrea voluntad si eso la incómoda. Por encima de todo, Valery, no quiero que mi actitud la aleje, como ha ocurrido en estos días.

—Señor Bissop, yo...

—No le pido nada —interrumpió, temiendo que su intención fuera la de pedirle mayor distanciamiento—. Entiendo que necesita recomponerse, y por eso estoy decidido a no hacer nada que vuelva a colocarla en esa situación. Seré el más casto de los amigos.

Ella le aferró la mano con fuerza y cerró los ojos aliviada. Cuando los abrió de nuevo estaban llenos de honesta gratitud.

—Es usted más de lo que merezco como amigo, señor Bissop —declaró con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba.

—Eso, sin duda, es irrelevante —dijo con un tono animado y jocoso mientras la invitaba a reanudar el paseo de vuelta—, y una apreciación muy inexacta de sus encantos propios. Pero lo dejaré pasar, señorita Sherman, porque vuelve a sonreírme.

Ella ensanchó la sonrisa como para refrendar ese nuevo pacto entre ellos. Si Dunhcan sentía una punzada de desilusión o una repentina e inexplicable tristeza, no era relevante en ese momento. Lo esencial era que había conseguido redimirse ante Valery y que tendría la oportunidad de ser su amigo. Si de esa amistad podía derivarse un formal cortejo y un tórrido romance, solo el tiempo y Dios lo podrían decir.

Capítulo 12

Las alumnas estaban bastante sorprendidas con su rápido progreso en la práctica de la equitación. Aunque Valery se sentía en parte culpable por saberse una mentirosa, también era cierto que las menos avezadas habían puesto un mayor empeño por emularla, y tanto su postura como su destreza habían mejorado de modo notable en esos últimos días.

Por suerte para ella, entre las muchas prendas que le había regalado lady Redcliff antes de enviarla a la escuela de lady Acton, había un precioso traje de montar de color borgoña que nunca había tenido la necesidad de usar, pero que le quedaba como un guante incluso dos años después de haberle tomado medidas. Con ese vestido y una falda que iba a adaptarse con la ayuda de Annie Thompson, estaba más que preparada para afrontar las clases de equitación. Las del sábado eran bastante extensas, por lo que habían decidido dar un amplio paseo por Minstrel Valley.

El mero ejercicio en el entorno de la escuela no servía para que las alumnas se atrevieran a poner sus monturas al trote, pero recorriendo los alrededores del pueblo lograrían mayor agilidad y confianza. Algunas más arrojadas, como Jane o Margaret, incluso habían propuesto una pequeña carrera al galope por el camino de West Road, pero Valery las había fulminado con la mirada y eso había sido todo lo que había durado su intento de apostar a ver quién ganaba.

«Las damas no apuestan», les había recordado justo después de recitarles los muchos motivos por los que no era adecuado que pusieran sus yeguas al

galope.

El señor Bissop no había intervenido de ningún modo, aunque no había logrado disimular del todo la risa que le producía la regañina. No tenía por costumbre llevarle la contraria ni ponerla en evidencia —no después de aquel primer encuentro nefasto en el establo—, pero Valery sabía, sin atisbo de duda, que todas las normas y reglas que ella se empeñaba en inculcar a sus alumnas le parecían ridículas y gazmoñas. Siempre tenía esa sonrisilla de medio lado cuando sus ojos se cruzaban.

Decidió acercarse su montura a la de él y preguntarle. Azuzó un poco a Viena y se puso a su lado. La yegua era una auténtica belleza y había resultado ser de lo más dócil. Era una yegua torda, con un brillante pelaje gris oscuro moteado de blanco. La crin y la cola eran de un negro casi puro, y de una suavidad que a Valery le fascinaba. Consideró que debía empezar por darle las gracias.

—Viena es una yegua fantástica, señor Bissop. Me parece que he tenido mucha suerte en el reparto.

Él la miró con una mezcla de simpatía y orgullo. Se había establecido una relación muy cordial entre ellos desde que fueron a pasear por el lago. No era tan obtusa como para no saber interpretar las miradas que él le dedicaba en ocasiones, pero al menos habían conseguido tener conversaciones más afables. Parecían un par de amigos, que era todo a lo que podían aspirar.

Aunque no era eso lo que había sentido días atrás en el lago.

«Usted se ha convertido en algo muy preciado para mí».

Su corazón emitía un fuerte latido cada vez que recordaba la expresión apenada del rostro del Señor Bissop en aquel momento. Ojalá pudiera confesar lo mucho que él le importaba también, pero ¿qué conseguiría? Darle esperanzas y alentar los sentimientos románticos de él sería una crueldad para ambos, pues no existía la posibilidad de un compromiso entre ellos. No hasta que ella pudiera ser libre de la tutoría de Gerard Clayden. Quince largos meses faltaban para eso.

¿Podían tener otro tipo de relación? ¿Estaría ella dispuesta a obviar los

cánones sociales hasta ese punto? ¿Lo aceptaría él?

Apenas se materializó la pregunta en su mente, le llegó también la respuesta. No. Dunhcan Bissop no era el tipo de hombre que mantenía una relación licenciosa con una dama respetable. Era honesto, dulce y respetuoso, tal y como había demostrado en muchas ocasiones.

También era un demonio atractivo y apasionado, se recordó. Era esa dualidad la que lo hacía irresistible para cualquier mujer. Y ella no solo no era inmune a los encantos de Dunhcan Bissop, sino que tenía que hacer un gran esfuerzo para no dejarse llevar por las profundas emociones que la embargaban cuando estaba con él.

—La elegí para usted en cuanto me di cuenta de que sabía montar —confesó al cabo de un momento, sacándola de sus pensamientos—. Tiene una morfología perfecta y procede de una yeguada muy valiosa. Es dócil, pero también comprobará, o al menos así lo espero, que es briosa y veloz cuando se la incita a ello.

—¿Cuándo se dio cuenta? —preguntó con curiosidad, obviando el revuelo en su estómago por saber que él había elegido su montura con total premeditación.

—El primer día de clases —respondió con arrogancia masculina—. Solo había que escuchar algunas de las indicaciones que daba a las alumnas para darse cuenta de que conocía aspectos de los animales, y de las sillas, que no suelen estar al alcance de alguien que no ha tenido trato con caballos.

—Podía haberme informado muy bien antes de las clases, ¿no cree? —De hecho, había tenido que revisar algunos manuales para recordar las indicaciones más específicas para montar a mujeriegas, puesto que había pasado media vida montando a horcajadas.

—Ah, pues entonces debió de ser su mirada lo que la delató —dijo él con una expresión de complicidad que se le antojó de lo más atractiva.

—¿Mi mirada? —inquirió con el pulso un poco acelerado.

Aquel hombre le provocaba reacciones que no sabía cómo anular. Era

imposible estar cerca de él y no notar una opresión en la boca del estómago, como también parecía inevitable observar con fijeza aquellos labios firmes y anchos mientras hablaba. Su boca le resultaba especialmente perturbadora.

—Melancólica. Miraba los caballos y el establo como si los echase de menos. —Se encogió de hombros y le dedicó una de esas sonrisas francas que le hacían pensar en el joven y despreocupado chico de campo que debió haber sido—. Hay personas que tienen esa unión con los animales, con la tierra, que saben juzgar el regalo que supone la libertad que confiere galopar a lomos de un caballo, y sentir el poder y la fuerza que emanan de ellos. Usted es ese tipo de persona. Lo reconocí al instante.

Por el motivo que fuese, quizá por la pasión que había en sus palabras, Valery sintió subir un rubor a sus mejillas. Él era en verdad irresistible cuando hablaba de aquello que más le gustaba: los caballos. Le había pasado aquella primera vez que él visitó el comedor de Minstrel House, y también durante las clases, cuando él se esforzaba por transmitir a sus alumnas el respeto que sentía por los animales.

—Y eligió a Viena para mí —le dijo. Él se limitó a asentir—. Gracias por eso. Es una yegua preciosa.

—Forman un gran equipo y, tal y como imaginé, su ejemplo está siendo de gran utilidad para las alumnas.

Eso le recordó a Valery el motivo por el que se había acercado a hablar con él. Observó a sus jóvenes pupilas, que llevaban sus monturas al paso en pequeños grupos, unos por delante y otros por detrás. Como era lógico, no habían dejado de parlotear durante todo el camino.

—Aunque a veces le causan hilaridad mis indicaciones, ¿no es cierto? —inquirió con una ceja enarcada.

—¿Por qué piensa eso? —El tono de él era burlón en ese momento.

—No es tan ducho disimulando su humor como usted cree, señor Bissop.

—Bueno —rio sin disimulo—, tiene que saber que, si pudiera, quemaría algunos de esos manuales de conducta que usted ha leído y que transmite con

tanto fervor a sus alumnas. Vengo de un lugar donde las cosas son más sencillas y a menudo... sí, me parecen ridículas algunas de esas normas.

—Eso es porque no comprende el mundo al que esas jóvenes van a ser arrojadas —dijo con cierto resquemor; en parte porque ella misma pensaba que esas normas eran, no ridículas, sino claramente opresoras, y no le gustaba que le recordasen que se veía obligada a perpetuarlas—. En ese feliz y despreocupado lugar del que viene no deben abundar los cazafortunas, ni las matronas crueles, ni los rumores que pueden destrozar la vida de una jovencita incauta, ni...

—Valery —la interrumpió—, no estoy diciendo que no comprenda por qué son necesarias esas indicaciones, o que no respete el trabajo que desempeña con estas jóvenes. Solo es que a veces usted parece tan decidida a instruir las y ellas tan ajenas a cualquier límite que se les imponga, que me hace gracia.

—Pues a mí no me hace ninguna —protestó, con el corazón otra vez acelerado por el simple hecho de que la había vuelto a llamar por su nombre de pila.

—Sí, eso ya lo veo —respondió él con la resignación muy palpable en su voz—. Perdóneme de nuevo. No hago más que molestarla.

—No, no —respondió, desazonada—. Soy yo quien debe pedirle disculpas. Siempre parezco estar en pie de guerra, y usted no merece ese trato por mi parte.

—Cualquier cosa es mejor que su indiferencia, Valery.

¡Otra vez! Su corazón no tenía la fortaleza suficiente para soportar el modo en que ese hombre pronunciaba su nombre. Indiferencia, ¡ja! Como si eso fuera posible. Estaba a punto de salirse el corazón por la garganta.

—¿Vendrá el domingo a la excursión? —lo escuchó decir.

—¿Qué excursión? —preguntó, confusa.

—Las alumnas visitarán las caballerizas, ¿lo ha olvidado?

No. No lo había olvidado. La cita se había acordado tras la misa del domingo anterior, cuando Eleanor, Annie y Melinda se reunieron a la salida de

la iglesia con el señor Bissop mientras ella se autoimponía una conversación con el remilgado padre Ellis para evitar tener que enfrentarse de nuevo al hombre que la había besado.

—No. Claro que no. Sí, por supuesto que iré.

—Magnífico —respondió él con una inmensa sonrisa—. Me encantará enseñarle mi hogar. La casa aún tiene mucho trabajo por hacer; me he volcado por completo en las caballerizas y apenas he podido adecentarla para las visitas —reconoció con gesto disgustado—. Quizá podría darme algunos consejos para convertirla en un lugar más acogedor. Le hace falta la mano de una mujer, no cabe duda, y... usted tiene buen gusto, y... tal vez, si el lugar fuera de su agrado, podría invitarla alguna vez a tomar el té.

El nerviosismo del señor Bissop no ayudó a Valery a calmar su propia e inestable situación emocional.

—Puede. No sé. Tal vez. Iré a avisar a lady Noelle de que vamos a emprender la vuelta. Se hace tarde —anunció al tiempo que aceleraba su paso para avisar a las alumnas que iban a la cabeza de la expedición, sin entender muy bien qué acababa de ocurrir.

Media hora después, de vuelta en Minstrel House, Valery se topó con Eleanor y Melinda, que volvían de un paseo matutino, y se detuvo a hablar con ellas mientras el resto de la clase se adelantaba. La abuela Joan, a quien habían acudido a ver, se encontraba en perfecto estado de salud, le explicaron. Todos los habitantes de Minstrel House sentían un especial cariño por la anciana, pues había sido casi una abuela para lady Olivia Hale, la sobrina nieta de lady Acton. Melinda le contó que el día anterior había vuelto a venir cargada de pequeños palitos de madera que después le gustaba echar a la chimenea. Muchos habitantes de Minstrel Valley se los iban dejando por acá y por allá para que ella los encontrase. Valery le prometió a Eleanor acompañarla en la siguiente visita y continuó su trayecto para dejar a Viena en su cuadra.

Cuando entró en las caballerizas, comprobó que el señor Bissop aún

continuaba por allí. Estaba nerviosa por aquella cercanía tan crepitante que se había establecido entre ellos durante el paseo. Aquella propuesta para que le ayudase a darle un toque femenino a su casa le había parecido algo muy íntimo. Y su deseo de que fuera a tomar el té... En fin, que había sonado todo muy comprometedor. Eso, unido a la intensa atracción que no dejaba de sentir por él, la habían obligado a poner distancia. La situación comenzaba a desbordarla; no le avergonzaba reconocerlo.

El señor Bissop se acercó en cuanto la vio entrar y, tomando a su yegua por el bocado, la condujo hacia el cubículo.

—Puedo hacerlo sola —protestó.

Gracias al tocón que había en la entrada de cada una de las cuadras, podía bajar de la silla sin ayuda de nadie. Decidida en su terquedad, se precipitó en el afán de bajarse al suelo, lo que provocó un terrible inconveniente. La falda de su vestido quedó enganchada en la rapilla del estribo, dejando sus piernas al descubierto. Se dispuso a desengancharse con cierta urgencia y notó que él se ponía a su espalda.

—Déjeme a mí —repuso él mientras se colocaba detrás de ella y echaba las manos hacia la prenda enganchada.

—No quiero dejarle a usted. —Volvía a estar nerviosa. Estaba tan cerca de ella que podía notar la fuerza del pecho masculino presionando su espalda.

Valery forcejeó con la rapilla, que se le resbalaba de los dedos.

—Te vas a hacer daño —le advirtió él.

Valery levantó el brazo para tirar de la falda y acabar de una vez con esa intimidante cercanía; acto seguido sintió un golpe en el codo y escuchó un crujido y un gruñido ronco.

«Dios mío. Oh, Dios mío».

¡Le había dado un codazo!

Se giró horrorizada y se lo encontró encorvado sobre el travesaño de una cuadra, con un brazo apoyado sobre el madero y la mano contraria sobre la nariz.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —musitó mientras se le acercaba—. ¿Le he hecho daño?

—Mucho —gimió él.

Se inclinó frente a él y le tomo la cara entre las manos para ver los daños.

—Déjeme ver. Por favor, levante el rostro —Él hizo el amago de apartarse de su contacto, pero después bajó la mano y le dejó mirar—. No sangra. Creo. ¿Puede alzar la cabeza?

—Tranquila, no está rota —anunció con voz pausada.

—¿Cómo lo sabe?

—Me dolería más.

A Valery le temblaban las manos. Tenía los nervios crispados antes de herirle, pero tras ese desafortunado codazo sentía que le fallaban las piernas.

—Yo... siento haber sido tan obstinada —se disculpó en pleno apogeo de su angustia—. No tenía ningún motivo para rechazar su ayuda. Es solo que... usted siempre me pone nerviosa. No sé cómo lo hace.

—No se preocupe. —Bissop le sujetó una de las muñecas y apretó el pulgar sobre las finas venas del dorso, que acarició con pasadas lentas—. Ha sido un dolor pasajero. En realidad, estoy admirado por su destreza. Sería una gran pugilista si se lo propusiera.

—Menuda tontería —protestó mientras su pulso volvía a retomar un ritmo normal. Si se permitía bromear es que no le había causado demasiado daño—. ¿Por qué iba a querer yo golpear a nadie?

—Es un buen modo de dejar fuera de juego a una persona, ¿sabe? Suele ser terriblemente doloroso y, en determinadas ocasiones, podría ayudarla a librarse de un pretendiente demasiado cariñoso, aunque creía no haber llegado a ese punto de pesadez.

—Creo que no le entiendo —murmuró, mirándose las manos.

El señor Bissop se incorporó y sacudió la cabeza, como para librarse del dolor residual. Una de sus manos se levantó hasta su cara y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Claro que lo entiende —respondió con una sonrisa franca y tranquila.

—¿Le sigue doliendo?

—Solo un poco —admitió él con voz ronca—. Menos.

—Lo siento —susurró.

Él no se apartaba. Seguía acariciando su mejilla y creando una tensión en su pecho de la que querría escapar. Pero no se apartó. Permanecer allí, sentir la calidez de su mano, la cercanía de su cuerpo, y escuchar su voz ronca y pausada, le parecía la cosa más fascinante.

—Debería marcharse a almorzar, profesora Sherman, a no ser que quiera que la bese de nuevo. Porque eso es lo que me muero por hacer.

¿Irse? ¿Tenía que irse?

Sí. Sí, por Dios. Claro que tenía que irse o ese hombre se le metería bajo la piel y ya nunca podría sacarlo de allí. Dio un paso atrás sin dejar de observar aquellos ojos ambarinos y él dejó caer la mano con resignación.

—Siento haberle golpeado —musitó.

—Y yo lamento que haya decidido seguir mi consejo.

—Me voy —añadió, dando otro paso hacia atrás.

—Adiós —dijo él con una resignación palpable en su voz.

Valery se armó de fuerza, se giró y salió del establo. Por el camino, cayó en la cuenta de que sus manos temblaban y que el centro de su cuerpo palpitaba. De anhelo. Había querido besarla de nuevo, y por todo lo verdadero del mundo, que ella también lo había deseado; tanto que todo su cuerpo protestaba por la privación. Casi podía sentir el calor de esos fuertes brazos envolviendo el suyo, la fuerza y ternura de los labios de Dunhcan Bissop poseyendo los suyos. Gimió acongojada y apretó el paso hasta que se supo a salvo bajo el techo de Minstrel House.

Capítulo 13

—¿Y cómo, exactamente, han perdido el rastro a Lucy? —preguntó Valery, disgustada, mientras avanzaba por el pasillo en dirección al despacho de la directora.

Tras ella iban Rebecca Grant, Constance Catesby y Noelle Montague, esta última con la barbilla un poco más empinada de lo que debería, dadas las circunstancias.

—Ni siquiera nos dimos cuenta, señorita Sherman —alegó Becca con tono compungido.

En realidad, aquello no cuadraba mucho con lo que Lucy le había contado, si es que se podía dar credibilidad a sus explicaciones incoherentes y erráticas. Se había llevado un buen susto cuando la doncella había llegado a Minstrel House con visible nerviosismo, alegando que había perdido de vista a las alumnas. En ese divagar medio culpable medio asustado, la joven había estado a punto de confesar que la habían convencido para que se perdiese un rato; aunque luego había negado decir tal cosa cuando Valery le había preguntado de forma directa.

—Todo ha sido idea mía, señorita Sherman —aclaró Noelle—. No las castigue a ellas.

Valery se desentendió de las súplicas de Noelle, quien no tenía por costumbre rebajarse a decir un *le ruego* o *le suplico*. «No las castigue a ellas», había dicho; sin añadir un simple *por favor*.

Aun así, no estaba del todo molesta con ellas; sí disgustada, pues habían contravenido la norma de no salir solas al exterior de la escuela, y porque tenía la fuerte sospecha de que no se trataba de un despiste, como sostenía Rebecca.

A pesar de todo, las comprendía. Comprendía esa necesidad de libertad e independencia. Se acordó de Johnny, que podía ir y venir a donde le apeteciera sin que nadie tuviera que vigilar su conducta. Ella misma había ido y venido por Halt Brooden Court cuando era una jovencita de dieciséis años sin ningún tipo de custodia. Exigir ahora que sus alumnas estuvieran de manera constante bajo la celosa vigilancia de otras personas le parecía un tanto hipócrita, pero eran las reglas de Minstrel House y debían cumplirse a rajatabla.

Cuando llegaron a la puerta del despacho de Eleanor Harper, los rostros de las jóvenes lucían distintos grados de expectación. Constance estaba bastante preocupada, Rebecca mostraba un semblante resignado, y lady Noelle continuaba con aquella expresión mitad arrogante mitad indignada.

Le abrieron la puerta unos segundos después de que la golpeará con los nudillos, y le sorprendió descubrir que era Melinda quien lo hacía.

—Hola, Valery. Pasa —farfulló, apurada, y se giró para volver a la mesa de despacho sobre la que estaban inclinados Michael Loother y la directora.

Se volvió con extrañeza hacia las alumnas y ellas le devolvieron una expresión de perplejidad muy acorde con las inexplicables prisas de Melinda.

Con un gesto de su mano para que la esperasen en la puerta, se adentró en el despacho y fue hasta la mesa.

Su mirada se quedó anclada en un libro de aspecto avejentado que los tres profesores estaban observando con atención.

—Aquí dice... —decía Loother con aire dubitativo—. Creo que pone «níveo». ¡Señor! Esta letra gótica es imposible.

Eleanor carraspeó ante el juramento del profesor de Historia, pero Michael Loother estaba más allá de cualquier correctivo. Parecía absorto por completo

en lo que tenía ante sí. Agarró una lupa del escritorio de la directora y la pegó a una de las hojas apergaminadas.

—¿Qué se supone que es? —Se interesó.

—Es una especie de biblia familiar que ha encontrado el señor Loothe en el cobertizo de la iglesia —explicó Eleanor sin detenerse a mirarla. Los tres se hallaban encorvados sobre el documento como si fuera la piedra de Rosetta; todo admiración y curiosidad—. Está escrita en anglonormando. Creemos que perteneció a la familia de la Dama Blanca.

—¿Cómo?! —inquirió Valery, sorprendida, al tiempo que se hacía hueco entre Melinda y Eleanor para echarle un vistazo más de cerca. Por qué su corazón había dado un pequeño vuelco, era todo un misterio para ella. No le había interesado nunca la leyenda, pero... En fin, aquello despertaba la curiosidad de cualquiera—. ¿En qué os basáis para creerlo?

—Habla de una mujer llamada Anne Scott, hija de Alfred Scott y nacida en mil doscientos setenta y tres —explicó el maestro de Historia sin dejar de observar el libro a través de la lupa—, a la que apodaban Dama Blanca porque su cabello era casi níveo; es decir, muy blanco —aclaró, como si Valery pudiera desconocer el significado de esa palabra—. También tenía el cutis casi transparente, vestía siempre de colores claros y era muy querida en Minstrel Valley por los lugareños.

—Entonces... —musitó Valery— ¿fue Anne Scott quien se casó con aquel hombre que se fue a las cruzadas?

—Ay, Valery —protestó Melinda por su falta de rigor—. Era Edmund Scott, barón de Hertford y tío de Anne Scott. Y sí, la obligaron a casarse con él para arreglar un conflicto familiar que podría haber desembocado en una guerra, a pesar de que tenía veinticinco años más que ella.

A Valery le recorrió un escalofrío. Estar allí, descubriendo que todas las historias compartidas a lo largo de los siglos sobre la Dama y su juglar eran ciertas, dotaba al momento de una atmósfera de trascendencia.

—Aquí pone que ambos murieron en mil doscientos noventa y uno, sin

descendencia —concluyó Michael Loother mientras se incorporaba y se mesaba el pelo con aire de decepción—. No pone nada del juglar.

—Bueno —opinó Eleanor—, si es una biblia familiar tiene todo el sentido, ¿no? En fin, ¿qué familia querría que figurase algo así en sus legajos históricos?

—Tiene todo el sentido —corroboró Melinda—, pero hubiera sido tan espléndido que nos hubiera revelado la identidad del juglar...

El tono soñador de su amiga fue seguido por una serie de murmullos procedentes de la puerta. Valery se tensó como la cuerda de un violín al recordar que había dejado a las alumnas esperando en el pasillo y que habían escuchado toda la conversación. Se había dejado embobar por el descubrimiento de Michael Loother y había olvidado por completo su propósito allí.

Eleanor Harper, a quien raras veces se le pasaba por alto cualquier cosa, echó un vistazo hacia la puerta entornada y después fijó sus ojos en Valery con una expresión interrogante.

—Vine a verte con tres de las alumnas. —Acompañó su tono de desazón con una mueca de disculpa casi infantil—. Y con todo este descubrimiento... se me ha ido el santo al cielo.

Con decisión, la directora la tomó por el codo y se dirigieron juntas hacia la puerta. Al abrirla del todo, las tres jóvenes, que habían estado cuchicheando, se enderezaron de golpe y se colocaron en fila horizontal, como una perfecta formación militar.

—Está bien, ¿quién me cuenta lo que ha ocurrido? —Eleanor no parecía enfadada ni con ella ni con las jóvenes. Por el contrario, parecía dispuesta a despachar el incidente, fuera cual fuese su naturaleza, con bastante rapidez. Después del asunto del libro, y de su despiste hacia las alumnas, Valery también estaba dispuesta a no mostrarse muy meticulosa.

—Salimos a pasear por el pueblo —contó lady Noelle—, pero yo me empeñé en ver el atardecer desde el lago, señorita Harper. El problema es que

en algún momento nos despistamos y perdimos a Lucy de vista, pero no nos dimos cuenta hasta pasado un buen rato. Ella tampoco sabía dónde podíamos estar nosotras, y volvió bastante preocupada a la escuela. Cuando se lo contó a la señorita Sherman, ella también se preocupó, y ya salían a buscarnos cuando nosotras subíamos por el camino de entrada de Minstrel House.

Si había una fracción de mentira en lo que estaba contando la joven, Valery no era capaz de distinguirla. Puede que la verdad no se alejase mucho de lo que le habían contado en la puerta de la escuela, cuando ella las había recibido con cajas destempladas. En aquel momento se hallaban todas muy nerviosas, y habían comenzado a balbucear y a contradecirse. Valery había asumido que le estaban mintiendo, pero ahora ya no estaba tan convencida de ello. O eso, o lady Noelle tenía más experiencia de la que ella pensaba inventando historias.

Eleanor Harper pareció ponderar el suceso durante unos segundos, pues se quedó en silencio con expresión concentrada.

—Son ustedes las perjudicadas si se despistan de su carabina —concluyó la directora con firmeza—, pues es su reputación la que se pone en peligro si alguien las ve correteando por el pueblo sin la debida presencia de un adulto o de alguien del servicio. A mi modo de ver, este incidente no ha tenido consecuencias mayores, excepto por la preocupación de Lucy y de la señorita Sherman. Deberán disculparse con ellas, y también tendrán que quedarse estudiando la tarde libre del sábado como castigo.

—Lo siento, señorita Sherman —se disculpó lady Noelle.

—Lo sentimos —coincidieron Rebecca Grant y Constance Catesby.

—Acepto vuestras disculpas —respondió ella con gesto señorial.

No le pasó desapercibida la mirada escrutadora que Noelle le dirigió. Quizá se estaba preguntando por qué no había mencionado la conversación con la doncella, o sus sospechas acerca de que la habían convencido para que se *despistase*. La respuesta era sencilla: no quería perjudicar a las chicas, y tampoco a Lucy, quien podía ser despedida por una argucia como esa.

Antes de retirarse, la muchacha le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, y Valery le devolvió una sonrisa, a modo de ofrenda de paz.

Por su parte, Eleanor, como si hubiera estado contando los segundos para que las alumnas se marchasen, entró con cierta premura en el despacho, donde Melinda y Loother seguían inspeccionando el gran libro que reposaba sobre la mesa.

—Es fascinante el grado de preservación de este documento —dijo el profesor con aire meditabundo—, teniendo en cuenta lo mal protegido que estaba.

—¿Cómo fue que lo encontró? —preguntó Valery, pues era una cuestión que todavía le resultaba extraña.

—Oh, eso —Michael Loother podía llegar a parecer uno de esos eruditos despistados, pero era porque ponía verdadera pasión en todo aquello que tenía que ver con su trabajo, y el descubrimiento de unos legajos antiguos eran para él todo un acontecimiento—. El padre Ellis me dijo que querían cambiar la techumbre del cobertizo que se encuentra detrás de Saint Mary, y que necesitaba alguien con conocimientos para discriminar qué documentos podían eliminarse y cuáles se debían conservar. Encontré un poema que hablaba del juglar y se lo mostré; se enfadó conmigo por considerarlo relevante y puso en tela de juicio mi capacidad para el encargo, de modo que me guardé de comentarle el descubrimiento de este libro. Me lo traje a hurtadillas —confesó con cierto orgullo y aire de granuja al tiempo que se incorporaba para dedicarles un guiño a las tres profesoras.

Eleanor y Melinda le respondieron con sendas sonrisas y se acercaron de nuevo para observar los viejos legajos cosidos a unas cubiertas de cuero y con remaches de bronce.

—Anne Scott —murmuró Eleanor pasando los dedos por el papel apergaminado.

—¡Menudo descubrimiento! —añadió Melinda con una sonrisa exultante.

«¡Pomposos ignorantes!», pensó lady Mossling mientras sostenía la taza de fina porcelana y ofrecía una sonrisa tan hipócrita como convincente.

Odiaba que elementos de baja o media estofa como aquellos que la acompañaban se vieran entremezclados con personas de su estatus social e intelectual, pero, para su desgracia, esos en concreto estaban muy bien relacionados. Y por eso estaba ella allí. La situación económica iba de mal en peor y tenían que asegurarse de ser lo suficientemente adorables con aquellos arribistas para que les invitaran a sus fiestas.

—Su gracia sirviendo el té es admirable —elogió a su anfitriona.

—Oh, gracias. Al principio mi pulso era horrible, pero fue un arte que aprendí a perfeccionar —respondió la joven con una dicción pasable y una cándida sonrisa.

—Milady fue a una academia muy prestigiosa, un colegio de señoritas único en verdad. Allí la enseñaron a potenciar todas sus virtudes y destrezas. La convirtieron en una Dama Selecta —puntualizó la señora Downs, a quien nadie había pedido opinión.

—Se nota que le hizo mucho bien —coincidió. Era lo menos grosero que se podía permitir. Si aquel era el resultado de una *selecta* educación, no quería ni imaginar cómo era aquella chica antes de pisar la institución.

—La señorita Sherman era exigente, lo reconozco —adujo la aludida—. A decir verdad, convertía cada comida, almuerzo y cena en una clase de etiqueta. Y no había un solo día en que no sirviera el té una de nosotras —dijo con sonrisa melancólica—. El peor de los pecados era beber de la taza con la cucharilla dentro.

Rio con hermosa delicadeza ante el comentario que debía parecerle gracioso. Pero Gertrude ya no estaba pendiente de lo que hacía o decía lady Pensing.

Sherman. Sherman. Algo se le había removido por dentro al escuchar ese

apellido. Había leído las suficientes veces el testamento de Haltonshire como para pasar por alto ese detalle. La esposa del difunto conde se apellidaba Sherman. Ella había sido la única heredera de una adinerada familia burguesa, y su herencia, el único objetivo que ellos habían perseguido durante años. Pero... ¿podía ser cierto? Después de tantos años ¿estaba allí la respuesta?

¡No podía ser una coincidencia tampoco!

—¿Y su profesora era una de esas histriónicas matronas que se dedican a castigar a las dulces jovencitas antes de entrar en sociedad? —preguntó con estudiado desinterés, mientras el corazón golpeaba con fuerza en su pecho.

—¡Oh, no! En absoluto. No creo que tenga más de... —la joven dudó por un momento— ¿veinticinco? ¿veintiocho? No estoy segura. Aunque se empeñaba en parecer muy severa, su aspecto era el de una mujer bastante joven.

—¿Su aspecto, querida? —insistió.

—Eh, sí —confirmó la muchacha con aire dubitativo—. Me refiero a que vestía de un modo muy serio, pero tenía ese pelo medio rubio medio cobrizo y esos ojos tan grandes que la hacían parecer una muchacha.

—¿Y cómo ha dicho que se llamaba?

—Valery Sherman. Creo que la echo de menos, a pesar de que me pasé todo el curso esquivando sus normas. Como he dicho, era muy severa.

«Lady Grace Valery Clayden Sherman», rectificó Gertrude Mossling en su mente mientras una sonrisa complacida iba tomando forma en su rostro.

Lady Mossling llegó a casa con el corazón en la garganta. Había caminado todo lo rápido que una dama puede caminar sin que la tachasen de descocada. A su faetón, el que Gerard le había dejado en la ciudad, se le había roto un eje semanas atrás, y no se podía permitir su arreglo, por lo que además de salir poco, lo hacía del modo más humillante: andando.

La señora Messie, el único miembro del servicio en aquel miserable

apartamento con cierto aspecto respetable, estaba cambiando las flores del arreglo floral que ella siempre exigía que fuera fresco cada mañana. El resto de la casa muy bien podía caerse a pedazos, pero lady Mossling exigía que tanto el vestíbulo como la sala de recibo mostrasen siempre la elegancia que una mujer de su categoría tenía que ofrecer a sus visitas.

—Señora Messie. Necesito que me envíe papel secante y tinta a la salita, de inmediato.

—Pero lady...

—¡De inmediato! —exigió.

La criada tenía la desagradable creencia de que por vivir ambas solas bajo el mismo techo podía tomarse confianzas con ella a las que no tenía ningún derecho. A veces, lady Mossling llegaba a horrorizarse con las libertades que se tomaba, pero siendo sincera consigo misma, no podía permitirse contratar a nadie más, ni prescindir de los servicios de esa mujer que sabía muy bien quiénes visitaban su cama por las noches. Estaba condenada a soportarla, pero no le permitía que se tomara confianzas más allá de lo necesario.

Media insoportable hora después, tenía todo lo necesario sobre la mesa de despacho para escribir su misiva:

«Mi querido Gerard,

Nuestras plegarias al fin han sido escuchadas...»

Capítulo 14

Ofrecerle una tregua a Valery no había sido una de sus ideas más brillantes. Le dolía el cuerpo de desearla, le quemaban las manos por tocarla a cada instante que la tenía cerca. ¿Amistad? No podría mantener esa fachada durante mucho tiempo. Eleanor y el resto de los profesores empezaban a darse cuenta, como era obvio por las miradas que le obsequiaban en los últimos días.

¿Qué demonios iba a hacer con Valery?

No era la mujer perfecta, no tenía nada que ver con lo que él hubiera creído desear como esposa. Y, sin embargo, no dejaba de imaginar su vida con ella. Sus noches con ella.

Se había pasado todo el día dándole vueltas al asunto. Había almorzado en la posada para no tener que pasar el resto del día solo en su casa, creyendo que la compañía de la barra le serviría para distraerse de sus preocupaciones. Pero había terminado en una mesa, solo, preguntándose qué podría ofrecerle a ella para que abandonase esa distancia que quería mantener respecto a él.

Estaba empeñada en ello; no le cabía la menor duda. El constante tira y afloja en el que se hallaban inmersos no era más que una consecuencia del empeño que Valery estaba poniendo en protegerse de él, de los sentimientos que le despertaba. No podía alegar indiferencia o desinterés, no después de lo ocurrido entre ellos. Valery estaba luchando contra lo que sentía por motivos que él todavía no conseguía descifrar.

Entró en la caballeriza de un humor de perros, desmontó y desensilló a su

caballo, que esa noche tendría que esperar a que el mozo se pasase por allí para un buen cepillado; no estaba de ánimos. Aunque siempre —y eso era algo que le había demostrado el tiempo— podían empeorar las cosas.

Dunhcan no pudo articular palabra cuando se giró para salir y se topó de frente con su padre.

Lo miró sin dar crédito, hasta que este se acercó y le dio un abrazo como solo un hombre del norte sabía darlo.

—Te has quedado de piedra, muchacho —rio Nicholas Bissop, mientras él hacía poco más que boquear.

—¿Qué haces aquí? —consiguió decir al fin.

—Hemos venido a ver tu nuevo hogar, ¿qué sino? —respondió con aquel torrente de voz que le caracterizaba.

—¿Hemos?

Un atisbo de cautela cruzó por el rostro de su padre antes de que pudiera pasarle desapercibido.

—Tu madre no dejaba de insistir con que la trajera, y ya sabes lo blando que soy.

—¿Madre está aquí? —De repente, su corazón se llenó de júbilo.

Después de la impresión inicial, se dio cuenta de que había echado muchísimo de menos a su familia y que verlos era justo lo que necesitaba en ese momento.

—Por supuesto que está. Y Kristen también.

—¡Esas sí que son buenas noticias! —exclamó, feliz—. Me alegro mucho de verte, padre.

—Y yo, muchacho. Es impresionante lo que has conseguido aquí —comentó con orgullo—. Son unas caballerizas dignas de llevar el apellido Bissop.

—Y además he conseguido que empiece a sonar en Tattershall's y en otros establos importantes —presumió—. Ya han venido un marqués y un vizconde a comprarme algunos de los ejemplares que estarán listos y entrenados para este verano. Te dije que la aristocracia londinense sabría valorar la calidad de

nuestros animales. Cuando todos esos petimetres se vayan a cazar el urogallo rojo a sus fincas, tendrán una montura Bissop en sus establos de la que podrán alardear ante sus pares.

—Eso suena de maravilla.

—Vamos —le instó— tengo ganas de ver a madre y a esa cabezota de Kristen.

Charlaron sobre la yeguada y el programa de monta mientras avanzaban hacia la casa. Su padre le estuvo preguntando también por su línea de cría para carreras y Dunhcan tuvo la satisfacción de poder contarle lo avanzado que marchaba en ese asunto. Cuando entraron en el saloncito donde esperaba hallar al resto de su familia, se encontró, sin embargo, con una ingrata sorpresa.

«Elspeth».

Fue solo su mente la que articuló el nombre mientras todos los músculos de su cuerpo, incluida su lengua, se quedaban rígidos y paralizados.

Fue consciente de que todos se habían levantado y de que lo estaban saludando. Su madre se le había lanzado, de manera literal, contra el pecho, y su hermana andaba remoloneando justo detrás.

Pero, tras la imagen de aquel rostro bello de facciones aniñadas, que había creído amar, Dunhcan solo alcanzó a buscar el de su propio padre. Los ojos del viejo destilaban culpa y vergüenza. Ni siquiera lo había preparado, el muy cobarde. No solo su exprometida estaba allí, sino también los padres de esta.

—Señor Jemerson, señora Jemerson. Hola, Elspeth —atinó a decir.

Los tres se acercaron para estrechar su mano. El señor Jemerson lo hizo con un fuerte apretón.

—Son unas caballerizas espectaculares, muchacho.

El ambiente era tenso. Bueno, no exactamente, aunque tampoco podía calificarse de natural. Había una especie de cautela que flotaba sobre sus cabezas.

—Es un lugar encantador, Dunhcan —opinó la señora Jemerson, mientras él

depositaba un formal beso en el dorso de su mano—. El valle del juglar. Muy pintoresco y coqueto, diría yo.

—Dunhcan —murmuró aquella voz tan familiar, tan querida.

«Oh, Dios», Dunhcan estaba convencido de que podría vomitar hasta el primer alimento que había ingerido ese día en aquel mismo instante.

No había ni una onza de reproche en esos ojos azules como el cobalto y en la sonrisa, franca y encantadora, que tantas veces había estado dirigida a él.

—Bienvenida, Elspeth —dijo tomándole ambas manos y llevándolas a sus labios—. Estoy muy conmovido, me temo. Perdonad mi pasmo, pero este viejo granuja no me había advertido de tan grata sorpresa.

—Espero que no seamos un contratiempo para ti —respondió ella—. Papá quería visitar Londres, después todos insistieron en que sería un viaje magnífico y nos arrastraron a nosotras —dijo refiriéndose a su hermana.

—Oh, no digas bobadas. Me ha hecho muy feliz vuestra visita. Solo estoy... asimilando la sorpresa.

—¿Me vas a hacer caso ahora? —refunfuñó su hermana con un golpe de tacón en el suelo.

—Ven aquí, bruja. —La encerró entre sus brazos con un movimiento brusco y se quedó achuchándola más tiempo del que él mismo hubiera considerado necesario. Pero es que aún sentía que el suelo de la casa se movía.

Casi no podía mirar a Elspeth. Ni a los Jemerson, ya puestos. El último encuentro con ellos había sido más que incómodo, y aún no había tenido tiempo de digerir el nuevo estado de las cosas. Durante años habían sido casi su familia, la que iba a convertirse en su familia, y después... Después se habían convertido en unos muy preciados amigos a los que había ofendido más allá de los límites del perdón. Daba igual que hubiera sido honesto, que hubiera enfrentado a toda la familia con valentía y sinceridad; las circunstancias no cambiaban el hecho de que había roto un compromiso que haría felices a ambas partes. A todos menos a él, a decir verdad.

Dunhcan no se castigaba por su egoísmo, sin embargo. Creía con toda la

verdad de su corazón que hubiera sido un matrimonio infeliz, a pesar de lo mucho que Elspeth lo quería. A la postre, ella hubiera terminado sufriendo cuando descubriese que habían sido el compromiso y la amistad los únicos lazos que los unían.

Y, en esos momentos, allí estaban. Con sus sonrientes y afables rostros llenos de admiración por su nuevo hogar. Le perdonaban. Lo habían hecho desde el primer momento, aunque él no lo mereciera

—Esto está bastante destartado, cariño —le regañó su madre—. Yo creía que ya habrías amueblado toda la casa, pero el primo Wolden nos ha enseñado las instalaciones y te has centrado más en la comodidad de los caballos que en la tuya propia.

—Sí —reconoció rascándose la cabeza—. Aunque puedo alojaros sin problema. Había previsto que vinieseis en verano e hice amueblar las habitaciones de invitados. Al menos, no tendréis que alojaros en la posada.

Porque, claro, siendo casi de noche, era evidente que se quedaban a dormir.

—Ah, tranquilo, cariño. Ya he hablado con tu ama de llaves y hemos preparado una habitación para Morgan y Edith, otra para las chicas y otra para tu padre y para mí —anunció Adeline Bissop con una sonrisa afable—. Al menos, tenías ropa de cama decente. Creo que haré una gran compra en Londres y te la haré enviar.

—Wolden ya se está encargando de todo eso, madre —dijo, un poco abochornado—. No tienes de qué preocuparte. Supongo que tendremos que cenar en la posada, eso sí; mi cocinera y ama de llaves no habrá tenido tiempo, ni viandas, para preparar una cena en condiciones.

—Oh, pero sí que lo ha tenido. Yo le he ayudado —dijo con orgullo—. Hemos ido al establecimiento de una tal señora Gibbs y hemos comprado todo lo necesario. De hecho, si me disculpáis, tendría que meterme en la cocina.

—Pero ¿cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó incómodo.

—Llegamos esta mañana, hijo —explicó su padre—. ¿Y dónde andabas tú, por cierto? Wolden nos dijo que las clases en la escuela donde trabajas

terminaban a la hora del almuerzo.

Muy cierto, sus clases habían terminado a mediodía, pero toda la situación con Valery lo había desestabilizado y había decidido tomarse unas cervezas en la posada. Había almorzado allí, rodeado de tanto alboroto que lo lógico hubiera sido que los problemas se hubieran evaporado de su cabeza, pero no había sido así. En absoluto. Solo durante la tarde, y gracias a un encuentro fortuito con un vecino del pueblo, había conseguido librarse de aquella sensación por unos minutos.

«Valery».

¿Cómo iba a explicarle la presencia de Elspeth en Minstrel Valley? Ni siquiera le había mencionado que había estado prometido. Y al día siguiente ellas iban a verse las caras en la excursión a las caballerizas. Suspiró fatigado.

—He pasado la tarde con unos amigos y no me he dado cuenta de lo tarde que era —se justificó.

Y no era del todo mentira. Mucho después de comer, había escapado un rato al porche trasero de la posada, desde donde podía contemplarse Minstrel Lake. Allí se había encontrado a Wesley Catesby, un escritor del pueblo con buen carácter y una conversación adecuada a sus preferencias de ese día: tranquila y reflexiva. El hombre siempre parecía pendiente de todo y más inclinado a dejar hablar a los demás que a dar cuentas de su propia vida. Dunhcan se había despedido unos minutos antes de acabar contándole cuál era el motivo por el que se había ido a sobrellevar la tarde a The Old Flute.

Pero lo cierto y verdad era que se había pasado el resto del tiempo deambulando por la orilla del lago y recordando la tarde en la que había paseado por allí con Valery, días atrás.

¿Se había enamorado de ella en aquel instante en el que le dejó ver su vulnerabilidad? ¿O había sido la pasión del establo la que había encendido en su interior el anhelo de tener más de ella?

Fuera como y cuando fuese, esa tarde se había reconocido a sí mismo que

amaba a Valery Sherman. No solo anhelaba su compañía o su afecto, sino que había llegado a desarrollar una especie de necesidad por ella que era tanto carnal como emocional. Deseaba hacerla feliz, llenar su vida de sonrisas y curar todas sus preocupaciones. Dunhcan nunca había sido consciente de querer una esposa, en toda la magnitud de la unión, hasta que había conocido a esa mujer.

Y le había prometido ser su amigo, mantenerse alejado.

¡Condenación!

Para colmo de males, al día siguiente tendría sus caballerizas llenas de alumnas de la escuela de lady Acton, que pasarían la bucólica jornada que estaba prevista en compañía de su familia y de los Jemerson. Elspeth y Valery se conocerían, las presentarían. Y quizá alguien cometiera la indiscreción de hablar de la reciente ruptura de su compromiso de boda.

Dunhcan cerró los ojos y se mesó el cabello mientras los Bissop y los Jemerson se preparaban para la cena.

¡Mil veces condenación!

Capítulo 15

Era un espectáculo bastante majestuoso ver dar un paseo a todas las alumnas y profesoras de la Escuela de Señoritas de lady Acton por las calles de Minstrel Valley. El día de la excursión amaneció muy cálido y despejado, por lo que el uso de bonetes y sombrillas se hizo imprescindible. Ni siquiera un desfile de pavos reales con sus plumas de colores habría conseguido eclipsar a las hermosas jóvenes que avanzaban con gracia hacia la plaza en una sinfonía de muselinas de tonos pasteles.

Era domingo y, por tanto, la visita debía efectuarse después del oficio, por lo que aquella fue la primera parada del numeroso grupo. Esa mañana no encontraron allí al señor Bissop, y Valery imaginó que tendría que estar muy atareado preparando todo para que las alumnas disfrutaran del acontecimiento a plenitud. Incluso había mandado una nota esa misma mañana avisándoles de que se improvisaría un pequeño picnic para el almuerzo; cuestión de la que fue informada de inmediato la señora Witt, cocinera de Minstrel House, quien aquel día solo tendría que preocuparse de alimentar al servicio que quedaría en la mansión y, por supuesto, a lady Acton, que no se había sumado a la excursión.

Al salir de Saint Mary, las alumnas se amontonaron en torno a la puerta mientras el resto de los parroquianos terminaba de salir de la iglesia. Estaban entusiasmadas con la visita a las caballerizas y no dejaban de hablar del tema.

—¿Va a llevar a estas jóvenes damitas a un establo para caballos? —

preguntó escandalizada Mildred Cotton a Eleanor Harper.

La directora de la escuela, que había nacido de alguna aleación dura e inquebrantable, le sostuvo la mirada el tiempo suficiente como para que la gazmoña beata se sintiera incómoda.

—Hemos decidido aceptar la invitación del señor Bissop para conocer sus caballerizas —repuso pasados unos segundos con tono acerado—. Están llamadas a convertirse en uno de los negocios más prósperos de Hertfordshire, y además él ha aceptado dar clases de equitación a las alumnas de la escuela. Lo menos que dictaba la buena educación era que aceptásemos su invitación, ¿no lo cree así, señora Cotton?

—Señorita Harper, ¿no será un ambiente demasiado tosco para estas prometedoras señoritas? —repuso la mujer sin hacer caso de la advertencia implícita de Eleanor.

—Agradecemos su preocupación, ¿verdad, Valery? —Ella le dio la razón con un «por supuesto» que no ocultaba en absoluto el sarcasmo—. Pero estamos convencidas de que será una jornada amena y agradable para todas nosotras. He oído decir que son unas instalaciones muy innovadoras y majestuosas. Minstrel Valley tiene suerte de contar con empresarios de la talla del señor Bissop.

—Oh, sí, claro, por supuesto —admitió Mildred Cotton con aire remolón—. Ah, el reverendo Ellis me acaba de hacer un gesto. Enseguida vuelvo.

—Aquí me voy a quedar esperando —barbotó Eleanor en cuanto la beata señora se alejó dos pasos.

Ambas emitieron entonces unos bufidos que no llegaron a ser risa, pues no podían permitirse semejante derroche, pero que les alivió en parte la carcajada que les hubiera gustado soltar.

—¡Qué mujer más insufrible! —opinó Valery sin poder borrar la sonrisa de su cara.

—No da una sola puntada sin hilo —añadió Ellie, con un suspiro resignado—. Se ha pasado todo el oficio con un rictus de desaprobación grabado en la

cara porque ha escuchado a las chicas comentar cuál sería nuestro destino tras salir de la iglesia.

—¿Crees que siente un poco de envidia por nuestros planes? —sugirió Valery, entrecerrando los ojos.

—En un rincón oscuro de su mente, con el que ni siquiera ella habla... sí, está verde de envidia.

Ambas rieron ya entonces en un tono audible, justo en el momento en que las alumnas las rodearon con distintos grados de impaciencia en sus bonitos rostros.

—¿Ya ha pasado el tiempo de rigor?

Valery les insistía mucho para que no salieran espantadas de la iglesia y se tomaran un tiempo para charlar con los vecinos de Minstrel Valley. Era de lo más inapropiado mostrarse impaciente o arisca, y las muchachas desplegaban su amabilidad y simpatía del mejor modo que sabían. Pero esa mañana estaban impacientes por irse de allí.

—Sí, señoritas. Nos espera un largo paseo hasta nuestro destino —dijo Valery.

Aunque habían decidido acudir a pie a su excursión, varios carruajes habían sido enviados esa misma mañana con todo lo necesario para el picnic y algunos miembros del servicio de Minstrel House que lo servirían. Después, las jóvenes utilizarían esos amplios vehículos para volver a la escuela.

—En marcha —apostilló Eleanor.

De camino a las caballerizas se toparon con Marlene Mignon, con la que Annie Thompson se había detenido a charlar. Las alumnas continuaban avanzando, encabezadas por Melinda que, como siempre, alborotaba tanto o más que cualquiera de ellas. Valery saludó a la señorita Mignon con una amable sonrisa. Era una señora de facciones agradables y sonrisa encantadora. Siempre llevaba unas gargantillas muy originales y unos moños muy sofisticados. Pensó que sería su procedencia francesa lo que le aportaba ese toque tan extravagante y glamuroso.

—Buenos días, Marlene —saludó también la directora.

—Buenos días, Eleanor. Señorita Sherman —respondió ella con marcado acento galo.

—¿No os parecen los rosales más hermosos que habéis visto nunca? —preguntó Annie, entusiasmada.

—Tienes una mano excelente para la jardinería, Marlene —opinó Eleanor, que tenía una relación bastante fluida con la mujer francesa.

—Me gusta mucho y le dedico tiempo. No tiene otro secreto —comentó mientras hacía girar un anillo sobre su dedo, como si le hubiera incomodado el cumplido—. La señorita Thompson me estaba contando que hoy tenéis una excursión fascinante. Bueno, al menos debe serlo para las alumnas; yo me moriría si tuviera que pisar ese lugar.

—¿Usted también tiene reservas hacia el propietario? —preguntó Valery con cierto resquemor.

—¿El señor Bissop? —inquirió la francesa con gesto confundido—. Oh, no. Apenas hemos cruzado una palabra; no he podido formarme una opinión sobre él, ni para bien ni para mal.

—A Marlene le aterran los caballos —explicó Eleanor.

—Les aseguro que cuando pasa a la carrera con uno de esos demonios por mi puerta, casi siento la tentación de echar las cortinas —rió la francesa, que parecía burlarse de su propio miedo.

—Oh, debe ser una pena no poder disfrutar de unas criaturas tan fascinantes —se lamentó Annie.

—Las criaturas, en general, no son lo mío, señorita Thompson. Pero vayan, no quiero entretenerlas más. Estaba pensando en hornear un pastel de carne y dejarlo airear en la ventana para despertar el apetito de mis vecinos —apuntó mientras echaba una mirada a la casa de la señora Cotton.

Por un momento, a Valery se le ocurrió pensar que no habían tenido suerte ni la una ni la otra en aquello de la localización de sus viviendas. No podían ser más diferentes la beata del pueblo y la sofisticada francesa, aunque, para ser

honesto, tampoco había oído decir que hubieran llegado a las manos, hasta el momento.

Continuaron su camino y, aunque Valery había paseado por esa zona con Eleanor unas semanas atrás, tuvo que reconocer que la visión de las caballerizas Bissop la impresionó. La coqueta casa de piedra grisácea y tejado de pizarra era el primer edificio que se encontraban los visitantes, y el que mejor se podía observar desde el exterior del cercado de piedra que delimitaba la propiedad. Pero más allá estaban los dos inmensos establos de madera con tejas de barro rojo y sus amplias puertas abiertas de par en par. Anexado a uno de ellos, se levantaba una gran cerca de madera blanca donde había varios caballos sueltos. A Valery le produjo una sensación muy extraña adentrarse en los dominios de Dunhcan Bissop. Miró alrededor y observó el entusiasmo con el que las alumnas y profesoras manifestaban su buena impresión acerca de las instalaciones, mientras ella no dejaba de preguntarse si se habría sonrojado tanto como le parecía al observar la fuerte y dominante figura del dueño acercarse a saludarlas.

Decir que se sintió incómoda al descubrir que los padres del señor Bissop se encontraban de visita en Minstrel Valley habría sido un eufemismo.

Decir que se sintió traicionada habría sido una exageración.

Pero notaba un desasosiego latente en la boca del estómago mientras se hacían las presentaciones de rigor. El señor Bissop tampoco parecía encantado con la situación, y Valery entendió el porqué cuando les explicó que habían viajado por sorpresa junto a unos amigos y vecinos de toda la vida, los Jemerson.

Eleanor Harper se disculpó por las molestias que pudiera causar la visita, pero la señora Bissop y la señora Jemerson se mostraron entusiasmadas con el hecho de poder disfrutar de una encantadora velada, y ¡además un picnic!, con

las jóvenes.

Aunque intentó ignorarlo, Valery fue muy consciente del hecho de que una jovencita morena y voluptuosa estaba tomada del brazo de Dunhcan Bissop, y de que su sonrisa era tan radiante que sus dientes blanquísimos reflejaban la luz del sol.

Era la señorita Jemerson.

La otra joven presente era la hermana del señor Bissop, de quien él ya le había hablado. Por algún motivo incomprensible, sintió un afecto instantáneo por ella. Sus ojos eran del mismo color ámbar que también lucía el padre de ambos, y sus cabellos eran algo más claros, pero sin salir de la gama del castaño.

Fue ella quien organizó de inmediato una exhibición de equitación en el cercado, y también fue ella quien dio una calurosa bienvenida a todas y cada una de las alumnas y profesoras mientras se preparaban los jinetes que serían, a la sazón, los varones Bissop, la señorita Jemerson y su madre, la señora Jemerson, que eran las únicas con el atuendo adecuado para la ocasión.

Las alumnas, con distintos grados de interés, se situaron en torno al cercado para observar el espectáculo. La señorita Bissop, quien le pidió que la llamara por su nombre de pila, se tomó de su brazo y la condujo hacia la cerca mientras charlaban.

—Son unas chicas encantadoras —opinó Kristen Bissop sin apartar la mirada de las alumnas—, muy alegres y felices. Se nota que en su escuela reciben algo más que una buena educación, Valery.

—Oh, pero no es mi escuela —aclaró, apurada—. La propietaria es lady Acton, quien fundó la institución para damas hace un par de años. Y ya ha conocido también a la directora, la señorita Eleanor Harper.

—Sí, sí, claro. Me refería a que es la escuela en la que trabaja —adujo ella, restando importancia a la confusión con un gesto de su mano—. No he visto muchas academias de este tipo, pero siempre he tenido la sensación de que la educación en las instituciones es muy estricta, e incluso cruel. Veo en estas

jóvenes una vitalidad y una alegría muy distinta. Aunque también me he fijado en que son bastante mayores.

—Bien, no se puede decir que la escuela de lady Acton sea una institución al uso, supongo. Las jóvenes que acuden aquí —comentó— lo hacen motivadas por una aspiración superior de pertenecer a un grupo muy selecto de jóvenes casaderas. Es más, ellas eligen pasar parte de la temporada en la escuela y acudir a Londres solo para ciertos eventos que escogen con mucho cuidado.

—¿Y cómo pueden perseguirlas sus pretendientes? —preguntó divertida.

—Supongo que, dada la dificultad de aspirar a su atención, muchas de ellas se convierten en auténticas favoritas de la temporada —continuó explicando mientras llegaban al perímetro de vallas blancas—. Pero también es cierto que, para algunas, la buena sociedad resulta un entorno asfixiante para el que no se sienten preparadas. La escuela de lady Acton les ofrece la posibilidad de tener una presentación acorde a su estatus, con el patrocinio de grandes damas de la sociedad, y al mismo tiempo poder disfrutar del retiro y de una formación continua en la escuela.

—Tal y como lo dice, Valery, suena más aburrido de lo que me parece que es el resultado final.

A Valery no le quedó más remedio que sonreír por esa apreciación de la señorita Bissop. Sonaba muy elitista, pero en realidad se trataba más bien de una gran familia, de modo que su parecer era bastante acertado.

Ambas se repecharon sobre el primer pilote de madera y apoyaron los brazos sobre la cerca para ver las cabriolas con que les obsequió, en primer lugar, Dunhcan Bissop, que montaba al semental llamado Darcy, del que les había hablado días atrás. La visión de él subido a lomos de aquel hermosísimo animal negro como la más oscura de las noches, le resultó sobrecogedora. Lo hizo trotar en lateral, y después, sus patas traseras se elevaron en un salto que le encogió el estómago. Ya no había incomodidad en su rostro, sino satisfacción y concentración.

Los ojos de Valery se quedaron anclados en los gruesos muslos que guiaban al animal. Él había hablado de la importancia de dominar a través de las piernas en la equitación, y ella no pudo dejar de pensar que cualquier caballo se sometería ante semejante espécimen de hombre. Pero además sostenía las riendas con holgura y confianza, se erguía con una apostura que quitaba el aliento y ajustaba la camisa de lino blanco a su torso y a sus brazos, porque el chaleco suelto no cumplía el miserable intento de ocultar aquel cuerpo recio y entrenado.

—Es una amazona increíble, ya verá —explicó su acompañante inclinándose aún más sobre la cerca.

Se dio cuenta entonces de que el señor Bissop se había retirado hacia el fondo mientras ella elucubraba imágenes sugerentes de él, y que estaba intercambiando comentarios con la señorita Jemerson. Reían y bromeaban con una expresión de afecto y también de sobrada complicidad.

—¿La señorita Jemerson? —preguntó.

—Sí. Es como si se transformara cuando se sube a una yegua —comentó Kristen Bissop sin dejar de mirar en dirección a donde se encontraba su familia—. Eso fue lo mejor que siempre tuvieron en común Dunhcan y ella.

Su corazón se saltó un latido al escuchar los dos nombres en la misma frase. Eso, unido a la evidente intimidad que compartían en aquel momento, le oscureció el pensamiento. Cuando la joven alcanzó el centro del cercado, la temperatura aún pareció descender unos grados más, cosa que, ella sabía, era absurda.

—Desde luego, su postura sobre la silla es incuestionablemente perfecta —apuntó intranquila.

—No es solo eso. Puede saltar por encima de las vallas como el mejor de los jinetes. En las competiciones que organizábamos en Cumbria siempre ganaba ella, ¡incluso a los varones! —advirtió con entusiasmo—. Mi hermano Thomas siempre se ofuscaba porque no era capaz de batir su récord.

La admiración era palpable en cada palabra.

—Vaya, ¡eso es fascinante! Supongo que habrá practicado desde muy pequeña. Una amazona no consigue ese grado de ejecución si no es con la práctica continuada.

—Oh, desde luego nos pasábamos la vida en los establos. Montar a caballo y competir era lo que ocupaba todos nuestros veranos.

Un recuerdo de su propio tiempo en los establos con sus hermanos y con Bobby, se coló de manera fugaz en su cabeza, pero lo desechó con presteza. No quería añadir la pena a sus incómodas sensaciones de ese día.

—Suenan a infancia feliz. Son muy buenas amigas, ¿verdad?

No debería preguntar. ¿Qué hacía preguntando? Iba a terminar por escuchar lo que no quería.

—Nos queremos como hermanas, y siempre nos ilusionó la idea de serlo de verdad cuando Dunhcan y ella se casaran —contó la señorita Bissop con un tono melancólico, sin prestarle mucha atención a ella.

Valery cerró los ojos.

Sí. Claro.

Lo sabía.

Lo había sabido todo el tiempo.

Si no hubiera tenido esa premonición al ver la cara de circunstancia del señor Bissop durante las presentaciones, le habría llegado al comprobar cómo los ojos de la señorita Jemerson se llenaban de luz al mirarle, cómo le sostenía del brazo o cómo bromeaban juntos.

Lo absurdo era que se sintiese como si le hubieran arrancado las entrañas; una reacción del todo incoherente, pues ella no podía albergar ningún tipo de esperanza con respecto a él. Habían acordado ser amigos, porque no podían ser otra cosa.

De pronto se sentía bastante indispuesta y fuera de lugar. ¿Abatida? Humillada.

Por Dios, era una chica absolutamente preciosa y encantadora. Era jovencísima, además. Y estaba muy enamorada del señor Bissop. Se notaba a

la legua. ¿Cómo podría él no estarlo también de ella? Era evidente que ese era el motivo de la visita. Podía ser que no estuvieran comprometidos. No creía que la hubiera engañado en ese sentido, pero lo habían estado, o se esperaba que pronto lo estuviesen. No lo sabía. Y desde luego no iba a seguir preguntando.

Por suerte, la señorita Bissop estaba absorta con las cabriolas que su amiga, y futura cuñada, estaba obsequiando a los presentes, por lo que se vio liberada de tener que hacer uso del lenguaje en ese momento. No lo habría logrado. No con locuacidad. Tenía la lengua pastosa y el estómago revuelto.

—Mis alumnas deben estar muertas de envidia —dijo al cabo de un buen rato, con la firme intención de alejarse lo antes posible—. Tendré que acudir presta a convencerlas de que no se espera de ellas semejante despliegue de destreza y gracilidad.

Y con una sonrisa que habría convencido a la mismísima Circe, y un cariñoso apretón al brazo de la señorita Bissop, se alejó en dirección a donde estaban las profesoras y alumnas de la escuela, tan maravilladas por el espectáculo que ofrecían los Bissop y los Jemerson que ni siquiera repararon en ella.

Capítulo 16

Esa mañana podía identificarse con Sísifo mucho más que ningún otro mortal. Como si hubiera emprendido una misión destinada al fracaso, comprobó que, una vez más, Valery había pasado gran parte de la clase evitando su mirada. Había decidido proponer un paseo para ver si tenía oportunidad de distanciarse de las alumnas y ofrecerle una explicación, pero ella se había aferrado a la compañía de lady Noelle y la señorita Bowler, mientras que a él lo habían estado hostigando Tiberia Seymour, Hester Kaye y lady Margaret.

De vuelta a Minstrel House, Dunhcan sentía una presión horrorosa en el pecho por su incapacidad para encontrar el modo de dirigirse a ella. No sabía cómo abordarla y no estaba seguro de lo molesta que ella podía llegar a estar. No había presenciado ninguna conversación en la que alguien le hubiese contado a la joven que él había estado comprometido con Elspeth, pero la actitud de ella evidenciaba que había sido puesta al tanto. ¿Qué estaría pensando de él?

Tampoco era que le hubiese mentido, ni que hubiera tenido obligación de comunicarle cada aspecto de su pasado. Valery Sherman tenía el suyo propio, estaba convencido, y tampoco lo había compartido con él. Aunque, a decir verdad, todas esas justificaciones le importaban un rábano. Ella estaba triste y pesarosa. Eso era lo único que le importaba: el velo de amargura que velaba sus preciosos ojos castaños, y que él quería borrar para siempre.

Justo en la puerta, se encontraron con una de las hermanas Grenfell, hija del coronel de dragones retirado que conoció en el Baile de Primavera. Aunque las alumnas continuaron su camino a las caballerizas tras saludarla, Valery se detuvo a hablar con ella, y Dunhcan se dijo que ese era el momento para alcanzarla. Ya había iniciado el saludo cuando se paró junto a las damas.

—Señorita Grenfell, qué placer verla por aquí.

—Gracias, señor Bissop. Tanto gusto en verle. —Aunque no habían cruzado más que un par de saludos por la calle, en Minstrel Valley todos se conocían y no había un alma que pudiera pasar más de una tarde en aquel pueblecito sin que al menos se supieran su nombre y procedencia. Aunque Dunhcan tenía que reconocer que no conseguía recordar los nombres de pila de las dos hermanas.

Esta que se habían encontrado era la mayor de las dos. Tenía unos bonitos ojos verdes que brillaban con entidad propia dentro de un rostro bastante bronceado para los cánones de belleza. Su hermana pequeña era mucho más hermosa, aunque esa belleza angelical no concordaba con su actitud fría. La Grenfell que tenían delante era la simpática y encantadora. Eso sí lo sabía.

—¿Ha venido a la escuela a visitar a alguien? —preguntó para darle conversación.

Ella sonrió de un modo franco y un poco avergonzado.

—Vengo muy a menudo, señor. Me gusta ayudar en la cocina, y hoy tenía gran interés en compartir con la señora Randall la receta de un pastel.

—Edith es una excelente repostera —repuso Valery con notoria admiración hacia la muchacha.

—Y yo debo ser el hombre más goloso del mundo. Por casualidad no habrá dejado una porción de ese pastel en las cocinas de Minstrel House, ¿verdad? —preguntó sonriendo y echando un vistazo al capazo de mimbre que la muchacha llevaba colgando del brazo.

A pesar de lo olivácea que era su piel, Dunhcan observó que sus mejillas se sonrojaban, sin que ella perdiera la sonrisa.

—Solo me llevo una porción para el coronel. —Se refería a su padre,

Simon Grenfell—. El resto se ha quedado en la cocina, señor Bissop. Aunque no le recomiendo que tarde mucho en ir a reclamar su pieza, o la habrá perdido para siempre.

—Entonces, con su permiso, señorita Grenfell, creo que invitaré a la señorita Sherman a tomar un trozo.

—Vayan entonces, y buenas tardes tengan los dos —respondió la joven con un asentimiento de cabeza, antes de continuar su camino.

Ambos la despidieron y le dieron recuerdos para el coronel, pero Valery enseguida desvió la mirada de él y puso su yegua al paso.

—Es una joven muy voluntariosa —dijo con la intención de iniciar una conversación mientras llegaban al establo.

—Sí que lo es —coincidió ella.

—¿Le gustaría tomar esa porción de pastel conmigo? —inquirió con poca o ninguna esperanza.

—Tengo clase en unos minutos.

Dunhcan observó que el tono de voz de Valery no era belicoso ni desabrido. Si podía detectar algo en su voz monocorde, era precisamente la falta de emoción. Y esa era una distancia contra la que no sabía cómo combatir. ¿Qué podía decirle?

No se le ocurrió nada más antes de llegar al establo, donde Johnny ya había ayudado a desmontar a las alumnas, que salían por la puerta justo cuando ellos entraban.

—Vayan a cambiarse y las veo en diez minutos —les anunció la profesora.

—Sí, señorita Sherman —corearon varias voces.

Dunhcan les hizo un guiño a las jóvenes y se adentró en el establo. Desmontó tan rápido como pudo y se acercó a Valery, ya que Johnny había salido con las alumnas.

—Déjeme ayudarla.

—No necesito ayuda —manifestó ella.

—Pero tampoco le vendrá mal —sugirió al tiempo que rodeaba su cintura

con las manos.

—Pues yo creo que sí —protestó mientras intentaba zafarse de su agarre y bajar por sí misma.

Dunhcan la tomó aún más fuerte y tiró de ella, pero la muy testaruda se aferró a las riendas de tal modo que, entre el tirón y la resistencia, la yegua se sacudió y la lanzó contra él. Dunhcan perdió el equilibrio por el impacto y ambos cayeron sobre la paja del establo, que no estaba tan mullida como le hubiera gustado. Sintió el golpe en todos los huesos. La cara de ella estaba enterrada en su pecho y sus brazos aún intentaban apartarse de él. Una repentina ráfaga de mal humor fue sustituida de inmediato por una burbujeante carcajada. ¡Con aquella mujer terminaría en una cama de hospital!

—¿De qué se ríe? —bramó ella.

—Eres la mujer más testaruda del mundo —respondió—. Mira lo que has hecho.

—¡Ha sido usted! —protestó de nuevo.

Se puso de rodillas a horcajadas sobre él para levantarse, pero Dunhcan la tenía bien envuelta entre sus brazos. Sus caras quedaron tan cerca que el deseo de besarla lo invadió como un torrente y ella se quedó completamente paralizada. Por casi dos segundos.

—Suélteme —farfulló.

—Valery...

—¡No!

Con la rabia retratada en el rostro, ella se zafó de sus brazos y se puso en pie como pudo, pero al apoyarse sobre el suelo, algo ocurrió, pues se encogió sobre sí misma y su rostro demudó a una expresión de dolor. Sus ojos también se llenaron de lágrimas, aunque Dunhcan no estaba seguro de cuándo habían llegado allí.

—¿Qué te ocurre? —Se levantó de un salto y le rodeó los hombros con el brazo.

—El tobillo —gimió.

Debía habérselo torcido al caer, pensó. La cogió en brazos y la llevó hasta un banco de madera.

—Déjame ver. ¿Te lo has torcido?

—Se me quedó enganchado en el estribo... —Ella luchó por evitar que Dunhcan le levantase la falda—. Déjeme. Por favor, déjeme.

—Si no te estás quieta, te ataré a un poste, Valery. ¡Para de moverte! —bramó—. Tengo que comprobar si te has hecho daño.

Ella apartó el rostro con rabia, pero dejó de forcejear. El tobillo no parecía hinchado. La palpó con cuidado y se maravilló de nuevo con lo fino y elegante que era.

—¿Te duele ahora? —preguntó con el tono más dulce que pudo encontrar.

—No.

Por el tono de voz, Dunhcan supo que ya no estaba tan enfadada.

Lo movió hacia delante y atrás, lo giró sobre sí mismo hacia ambos lados y ella no hizo el más mínimo gesto de dolor. Había sido una sensación transitoria, supuso.

—Valery, me gustaría hablarte de Elspeth —soltó, sin preámbulos.

Ella se puso rígida como una tabla.

—No —respondió con voz ronca.

—Debí hablarte de ella antes. Quizá.

—Basta —protestó—. No he preguntado. No quiero saberlo.

Hizo el amago de levantarse, pero Dunhcan se arrodilló frente a ella impidiéndole el movimiento. Le tomó la cara entre las manos y la obligó a enfrenar sus ojos. Parecía dispuesta a empujarlo y salir corriendo, por lo que las palabras le salieron en tropel.

—Ella no importa. No importa.

—¿Cómo puede decir eso? —preguntó enfadada, al tiempo que intentaba librarse de su contacto—. ¿Ella no es nada? ¿No tiene el suficiente respeto para darle importancia a lo que siente por usted? ¿No espera todo el mundo que se casen? ¿No lo espera ella?

—No la quiero.

—Oh, Dios mío, eso es horrible —dijo casi en un sollozo. Al final, consiguió levantarse e intentó alejarse de él—. No quiero escuchar nada más.

Pero Dunhcan no podía dejarla marchar. Si Valery salía de ese establo en el estado en el que se encontraba y con el concepto que tenía de él en ese momento, dudaba que quisiera volver a escucharle nunca. Sabiendo lo que sabía ahora, no podía permitirselo.

—La quise —explicó. La sujetó por los hombros antes de que diera un paso más. Ella le daba la espalda, no le veía los ojos, pero supuso que eso lo haría más fácil para los dos—. Sí, es cierto, todos creían, incluido yo, que acabaríamos casándonos. Puede que ellos aún lo crean, pero hace meses que yo decidí que no era eso lo que quería. Y se lo comuniqué a todos, en una noche que querría poder olvidar. No engañé a nadie, no me escondí y te garantizo que no fue fácil. Me dolió romper nuestro compromiso, porque siempre hemos sido amigos, por encima de todo éramos amigos —confesó con las emociones presentes y pasadas tan latentes en su corazón que tuvo el absurdo pensamiento de que podría ponerse a llorar—. Y sé que la herí, pero no podía casarme con ella y hacerla infeliz. —Sacudió entonces la cabeza—. No. Eso no es del todo cierto. Ella tal vez hubiera podido conformarse con un matrimonio entre amigos, pero sabía que yo no lo soportaría. Escapé de ese destino, Valery. Vine aquí. Vine buscando otra cosa, otra vida. Y te encontré a ti.

—Es absurdo —murmuró con la voz pastosa de quien está derramando lágrimas—. Es absurdo. No puede preferirme a mí.

Dunhcan la hizo girarse. Sí que estaba llorando.

—Es a ti a quien no puedo sacarme de la cabeza —confesó—. Tu compañía, la que deseo a cada momento del día.

Se pegó a ella, lentamente. No quería asustarla. Ella comenzaba a ceder, pero aún podía echarlo todo a perder.

—No es más que un capricho —objetó ella con auténtica desesperación.

Dunhcan no estaba seguro de a quién pretendía convencer con aquello, pero no iba a permitir que enarbolase esa excusa para alejarlo.

—Te equivocas —musitó con los labios casi pegados a los suyos—. O te engañas, Valery. En cualquier caso, no permitiré que ignores lo que ocurre entre nosotros.

Ella no hizo nada por detenerlo cuando sus labios se abrieron paso sobre los femeninos. La sintió agotada, rendida. Y, junto con la necesidad de aplacar su deseo, se esforzó por reconfortarla, por demostrarle toda la ternura que guardaba para ella. La envolvió entre sus brazos y llevó una de sus manos hasta la delicada nuca. Escuchó un gemido de rendición, y acarició el nacimiento de su cabello cobrizo al mismo tiempo que la incitaba con su lengua a abrir la boca. La pasión que ella encerraba bajo llave a diario se abrió como una flor ante su toque. Dejó de ser la parte persuadida para formar parte activa del beso que compartían. Sintió los dedos frescos de ella colarse por el hueco abierto de su camisa, rodearle el cuello y enredarse entre su pelo.

Pegó ambos cuerpos con un medido apretón del brazo que envolvía su fina cintura y abrió la mano en torno a sus costillas. Quería fundirse con ella. Quería darle consuelo, pero también anhelaba desplegar toda su pasión. No podía, como bien sabía. No iba a desnudarla y tomarla en un establo, aunque Dios era testigo de la urgencia que le quemaba por dentro.

Pero podía besarla, vencer todas sus defensas. Podía acariciarla con su lengua, con sus dientes. Podía recorrer aquel precioso cuerpo con sus manos y demostrarle así cuánto la admiraba, cuánto la veneraba.

—Dime que no te he perdido —interrumpió el beso en aras de la razón, aunque no se vio con fuerzas para soltarla aún. Limpió con delicadeza los restos de lágrimas que aún empapaban sus mejillas.

—Yo no...

—Solo dime que no me evitarás —insistió, tozudo—, que no me apartarás de ti. Por ahora, me conformo con que me prometas eso.

Tardó varios segundos en contestar, mientras aquellos ojos, más verdes que

castaños debido a las lágrimas derramadas, escudriñaban los suyos.

—No le evitaré —prometió a la postre, con una mueca resignada.

Incluso aquella voluntad de resistirse a él le resultaba admirable. Creía que podía dañarla, y como la mujer inteligente y prudente que era, una parte de su cerebro la instaba a apartarse.

Respetaba eso, en el más amplio grado de la palabra, pero no podía consentirlo.

—Mañana viajaré a Londres con mi familia.

—Y con ... —añadió, desconfiada.

—Sí —admitió—. Aunque no los haya invitado, he de ejercer de anfitrión y creo que acompañarlos a Londres y alojarlos en mi casa de la ciudad es lo menos que puedo hacer.

Por toda respuesta, Valery le contempló con mirada inquisitiva.

—Aprovecharé el viaje para aclarar cuál es mi postura —añadió—, y traerme la nueva montura que Wolden ha comprado.

—¿Cuántos días estará fuera? —preguntó ella, cavilosa.

—¿Días? Sería un descerebrado si te abandonase durante días.

Eso pareció molestarla, porque sus adorables cejas se fruncieron en el centro.

—No sería un abandono, puesto que... —protestó

—Volveré en el día —interrumpió, poniéndole un dedo sobre los labios—. Aunque llegaré de noche, como es lógico. No te molestaré a esas horas; no considero muy digno que me corran a escobazos de la escuela por imprudente. Pero pasado mañana vendré a buscarte para un paseo. Y hablaremos, Valery. ¿Me acompañarás?

Sería absurdo creer que las tenía todas consigo. La mirada de aquellos bonitos ojos verdosos era desconfiada, como poco. Ella giró el rostro contra su mano para ahondar la caricia de la palma que tenía ahuecada contra su mejilla. El suspiro resignado volvió a hablar por ella. Se ponía muy bonita cuando se rendía y el ceño preocupado abandonaba su semblante.

—Está bien. Le acompañaré.

—También podrías tutearme... —sugirió.

Ella entrecerró los ojos y se apartó un poco. Dunhcan se lo permitió, aunque la tendencia natural de su cuerpo parecía ser la de retenerla.

—Dudo que eso ocurra en un futuro inmediato —observó con cierto humor. Le tocó a Dunhcan emitir un suspiro resignado.

—De acuerdo, Valery. Será como tú quieras.

El asomo de una sonrisa apareció en sus ojos, no así en su boca.

—Hasta el ¿miércoles?, señor Bissop.

—Hasta pasado mañana, Valery.

Valery caminó hacia Minstrel House con la mano apoyada contra el pecho. Observó las torres de tejados cónicos que presidían la fachada de piedra gris de la mansión, y decidió rodear la arboleda situada frente a la torre oeste para alejarse de las curiosas ventanas. Se dirigió al cenador, con la esperanza de no encontrar allí a nadie. Necesitaba calmarse; y el tobillo parecía no ser más que una leve molestia. Sus pasos, amortiguados por la hierba, eran apresurados, casi nerviosos. Había mentido al decir que tenía clases más tarde. Ese día, Eleanor le había pedido que le cediese la hora para hablar con las chicas de la celebración del fin de curso. No tenía que volver a la mansión hasta la hora del té.

«Es a ti a quien no puedo sacarme de la cabeza».

Bueno, pues en ese aspecto no podían estar más empatados. Ella también había perdido la cabeza por Dunhcan Bissop, hasta el punto de haber llegado a sentir auténtico dolor al creer que estaba a punto de prometerse con otra mujer.

Pero se había equivocado. Otra vez. Una burbujeante euforia quería brotar de su estómago hacia su boca. ¡La quería! No lo había dicho con esas palabras; no era que le hubiera confesado su amor, pero cada cosa que había

reconocido en el establo era casi como una declaración.

«Vine buscando otra cosa, otra vida. Y te encontré a ti».

Quería saltar de alegría. Y también sentía deseos de llorar; unas inmensas ganas de llorar. ¿Y si el señor Bissop le proponía matrimonio? ¿Cómo iba a rechazarlo? ¿Tendría él la paciencia y el interés para esperar durante más de un año? ¿Se atrevería a confesarle que no era más que una impostora?

Las preguntas se le agolpaban en la cabeza, sin encontrar ninguna respuesta para ellas. Había sustentado su vida sobre una mentira, con el pleno convencimiento de que ningún hombre podría atravesar las barreras que Gerard le había obligado a construir en torno a su corazón. Pero Dunhcan Bissop, con su encanto, sus sonrisas y su carácter burlón, había conseguido no solo traspasarlas sino quedarse dentro, al resguardo de cualquier erosión.

«¡Ay, Valery, Valery! ¿Cómo has permitido que ocurra? ¿Por qué no te mantuviste lejos?», se recriminó mientras elevaba el rostro al sol para ver si infundía algo de luz a las sombras que la rodeaban. Era una tarde muy cálida, tanto que el cuello cerrado de su vestido color aguamarina le producía cierto agobio.

—Tienes cara de haber sido besada, querida.

Valery dio un respingo y casi chocó con uno de los pilares de hierro forjado del arco que daba paso del cenador. Había llegado allí casi por inercia, sin ser consciente del tiempo que llevaba andando y sin mirar siquiera si había alguien en su interior.

Valery observó a Melinda Culier, que estaba sentada en uno de los bancos corridos de los laterales, con un libro sobre las rodillas, mirándola con divertida suficiencia. Podría haber discutido. Podría haberle regañado por semejante observación y la falta de educación que suponía. En cambio, suspiró y fue a sentarse junto a su amiga sobre los mullidos almohadones tapizados que cubrían los asientos con floridas telas. Aunque más bien se dejó caer con infinito cansancio, en un gesto que hubiera recriminado a cualquiera de sus alumnas.

El encanto de aquel lugar, además de su estructura de paneles enrejados y coronados por una cúpula a través de la cual entraba solo la cantidad justa de luz, era la privacidad que ofrecía. Aunque, en algunos casos, como el presente, no fuera así.

—Pareces disfrutar de mi desgracia —la acusó con desgana.

—Dudo que ser besada por ese espécimen de hombre sea ninguna desgracia —adujo Melinda con un pequeño suspiro arrobado—. Es más, te juro que siento una envidia insana por ti en este momento.

—Esto no era lo que yo quería, Melinda —confesó, enterrando la cara entre las manos.

En ese momento, escucharon el relincho del caballo del señor Bissop y ambas lo siguieron con la vista mientras desaparecía al galope por el camino de salida.

—¿Por qué no me lo cuentas, Valery? Llevas semanas con un desasosiego impropio de ti. Me recuerdas a la señorita Sherman que llegó aquí hace poco menos de dos años. Y yo creía que ya habíamos conseguido curar un poco a esa chica solitaria.

Valery dejó salir todo el aire de su pecho y se recostó contra el panel del cenador.

—Me he enamorado de él —confesó, con los ojos cerrados para no ver la cara de su amiga.

—Ay, cariño, revelas una información de sobra conocida. No hay más que ver el modo en que os miráis para adivinar que hay emociones corriendo en ambos sentidos. —Valery abrió los ojos cuando notó el tacto de la mano de Melinda sobre la suya—. Pero ¿qué tiene de malo, Val? El señor Bissop es un hombre encantador, de buena familia y, si se me permite apuntarlo, endiabladamente atractivo. ¿Por qué te quejas?

—No me quejaba... —respondió con el tono de una niña enfurruñada—. Pero no era lo que yo quería. Tú sabes muy bien que el matrimonio no entraba en mis planes.

Melinda saltó sobre el asiento y se llevó las manos al pecho. La miró con los ojos abiertos de par en par y contuvo la respiración, esperando una confirmación que no era tal. Valery notó cómo el color le trepaba por las mejillas.

—¡No me lo ha pedido! —clamó, abochornada como pocas veces en su vida.

—Pero algo te ha dicho —sostuvo la otra al tiempo que le volvía a tomar una mano con todas las esperanzas depositadas en sus ojos negros como el carbón—. Algo ha ocurrido para que creas que esas son sus intenciones.

—Bueno, tú lo has dicho, es un hombre honesto. —Valery sentía el deseo de unirse a la euforia de su amiga, pero la prudencia se lo impedía—. Después de las cosas que han pasado, cualquier caballero tendría en mente intenciones serias. Y cualquier dama, he de decir.

—Te refieres a... —Melinda acompañó sus palabras de un gesto elocuente, que intentaba emular intimidad entre ellos.

—Sí —contestó con brusquedad y cierto bochorno.

La expresión de su amiga demudó entonces en una de pura fascinación.

—Valery, ¿me estás diciendo que te has acost...

—¡No! —protestó con energía. Oh, por favor, ¿podía llegar a ser más vergonzosa toda la situación? Sí, pensó. Podría estar teniendo aquella charla con Eleanor—. ¡No hemos llegado a eso! Por Dios, Mel, ¿cómo puedes creer que yo haría algo así?

El rostro oliváceo que la observaba dibujó una mueca de horrorizada diversión. De las dos, Valery siempre había sido la más puritana, y Melinda quien se burlaba de ella.

—No te escandalices de ese modo. Yo no te condenaría por ello, como bien sabes. Si el señor Bissop te confiesa su amor y te propone matrimonio, tienes mi total aprobación para dar rienda suelta a la pasión —comentó con una sonrisa traviesa y un coqueto guiño.

Valery no fue capaz de sostenerle la mirada. Podía imaginar, con absoluto

realismo, cómo sería dejarse llevar por la pasión que despertaba en ella el señor Bissop.

—No podría... —murmuró.

—Valery, querida. —El tono de Melinda había adquirido un tinte serio y, al mirarla, comprobó que también lo estaba su semblante—. Sé que eres todo corrección y buenos modales, pero no dejes que tu educación te lleve a condenarte a ti misma por tener ciertas emociones. No serías humana si no las tuvieras.

—No es que me condene. —Se removió incómoda en el asiento, consciente de lo mucho que le costaba sincerarse—. Pero me sorprende la... magnitud de todo esto. Él hace que me olvide de lo correcto y sensato.

—Valery, el sexo es algo natural entre adultos —adujo Melinda con tono maternal.

No pudo hacer otra cosa que mirarla con los ojos como platos y jadear. Nunca habían hablado con franqueza de aspectos tan íntimos, porque nunca había sido necesario. Valery sabía que Melinda era más coqueta y atrevida que ella, pero no imaginaba que pudiera hablar con tanto conocimiento acerca de ese asunto.

—Caray, querida, parece que hayas visto un fantasma —opinó su amiga poniendo los ojos en blanco.

—¿Tú tienes... experiencia? —preguntó un tanto escandalizada.

Melinda chasqueó la lengua, con cara de desaprobación, y luego, cerrando el libro sobre su regazo, le dedicó una radiante sonrisa.

—Ay, Valery, eres tan inocente y mojigata como algunas de tus pupilas —declaró con una mueca desenfadada—. No es tampoco lo que estás imaginando. No soy una casquivana que vaya por ahí metiéndose en la cama de cualquier hombre que se lo propone.

—¡Yo jamás insinuaría eso! —protestó, azorada.

—Lo sé, lo sé —respondió ella con un apretón tranquilizador sobre sus manos. Después se levantó, dejó el libro sobre el asiento y se dirigió al arco

de entrada del cenador. Observó el perfil de la mansión durante unos segundos y se giró hacia ella, quedando apoyada contra el pilar del arco—. La verdad es que sentía mucha curiosidad sobre el acto en sí; sin embargo, estoy decidida a conservar mi virginidad hasta que encuentre al hombre indicado. Aunque a veces no lo parezca, creo en el amor verdadero y único. Mientras tanto, hay hombres a quienes no les importa coquetear y llevar un poco más lejos sus atenciones sin llegar a ese punto.

—Creo que no lo entiendo —dijo Valery, confusa.

—Angus McDonald y yo mantenemos una... amistad desde hace algún tiempo. No hemos llegado a acostarnos, como ya te he dicho, pero él me enseña cómo disfrutar de mi cuerpo y del suyo.

Valery sintió que la cara le ardía de vergüenza. La franqueza de Melinda la tenía escandalizada. Se llevó las palmas frescas de sus manos a las mejillas, pero se demostraron insuficientes para rebajar su sofoco.

—¡Melinda! —susurró con voz rasgada.

—Oh, de verdad, Valery. —Melinda desdeñó su horrorizada reacción con un gesto despectivo de su mano que dio paso a una expresión soñadora en su rostro—. Es algo estremecedor. Una experiencia que considero enriquecedora y muy divertida.

—¿Por eso te preocupaba que Deirdre estuviese enamorada del señor McDonald? —preguntó de pronto, recordando su reciente conversación.

—No, no... —respondió Melinda, con un gesto contrariado—. Lo que yo tengo con Angus no tiene nada que ver con eso, Valery. Tenemos un trato entre adultos, en el que no hay ninguna implicación sentimental. Pero, precisamente porque lo conozco, sé que no se mezclará con una jovencita tan soñadora e inocente. Y no quiero que Deirdre sufra. Le tengo verdadero aprecio a la muchacha.

Valery reflexionó sobre ello y se dio cuenta de que su amiga llevaba bastante tiempo manteniendo oculto ese secreto. No es que le molestase, porque ella también tenía los suyos, pero le parecía muy curioso no haber

notado nada en el tiempo que duraba esa situación.

—¿Y eres feliz con ese tipo de relación?

Se había despertado su curiosidad.

—Mucho —reconoció—. Sé que lo que yo comparto con Angus no es más que el preámbulo de algo mucho más íntimo e intenso, Val, algo que solo se debe compartir con la persona a la que se ama. Pero no sé si esa persona llegará un día a mi vida, y no quiero marchitarme en esta escuela y en este pueblo sin haber experimentado la pasión.

—Yo tampoco quiero marchitarme —murmuró, pensativa.

—Pero tú tienes a Dunhcan Bissop, cariño —respondió su amiga con alborozo—. Un caballero que está prendadito de ti y que ya hemos estipulado que es un hombre de honor. Por tanto, solo cabe esperar que haga lo más decente y te proponga matrimonio.

Sí, era de esperar, pensó Valery. Solo que ella tendría que responder que no. Y sería de lo más cruel rechazarlo sin darle una explicación del porqué. ¿Se estaba planteando confesarle su pasado al señor Bissop? Sí, comprendió al instante. Era lo más honrado. Al principio se había negado a esa posibilidad, pues no dejaba de tratarse de un desconocido. No era solo su anonimato el que peligrosaba, sino toda su fachada. Si la gente que quería, gente como Melinda, se enteraba de que los había estado engañando durante tanto tiempo, se sentirían traicionados. Eso, junto con la suposición de que Dunhcan Bissop solo estaba flirteando con ella, le había mantenido la boca cerrada. Pero ya no podía seguir alegando falta de confianza, porque él le había confesado lo que sentía por ella. Le había hablado de su pasado, de Elspeth. Y Valery seguía ocultando todo: sus sentimientos y sus secretos.

—Valery —La voz de Melinda interrumpió sus pensamientos—, no dejes que lo que sea que te ocurriera te impida ser feliz. —Estuvo a punto de negar esas palabras, pero su amiga se lo impidió con un gesto de la mano. Ahora ya no sonreía, sino que la miraba con aquellos ojos oscuros llenos de afecto y pesar—. No te digo que me lo cuentes. Tú tienes tus motivos, pero ¿acaso

crees que no reconocimos la muñeca rota que eras cuando llegaste aquí? Vuelves a tener esa expresión en la cara, y no me gustaría que dejases que el pasado se interpusiera en tu futuro.

Ambas se sostuvieron la mirada durante un largo instante. Valery sentía la necesidad de desahogarse con su amiga, pero había decidido mucho tiempo atrás que no le contaría a nadie su secreto hasta que tuviera la edad para librarse del peligro que suponía Gerard Clayden en su vida. Lo que sí podía hacer, comprendió, era agradecerle lo mucho que la había ayudado desde aquel primer día, y tranquilizarla respecto a la preocupación que acababa de manifestar.

—No dejaré que eso ocurra, Mel —declaró con solemnidad al tiempo que se levantaba y caminaba hacia ella—. Te lo prometo.

Cuando llegó hasta donde estaba su amiga, no lo dudó y la envolvió en un cálido abrazo.

—No lo consentiré —refunfuñó la morena respondiendo al abrazo.

—No. No lo harás —concordó—. Gracias por cuidar de mí, Mel. Por no preguntar y por comprender. Te quiero mucho.

—Oh, por favor —gimió Melinda al tiempo que estrechaba los brazos alrededor de ella—. Eres muy melodramática, Valery. No sé de dónde sale esa vena tuya tan teatral.

Se apartó de modo un tanto brusco y se enjugó unas imperceptibles lágrimas del extremo de los ojos. Fue a por el libro como una exhalación, volvió sobre sus pasos y la cogió de la mano al tiempo que salía del cenador.

—Si volvemos a llegar tarde al té, a Eleanor le dará una apoplejía —bromeó.

Eleanor Harper era la persona más cabal, comedida y menos susceptible de sufrir un colapso que ambas conocían. Pero la chanza entre ellas se había instaurado mucho tiempo atrás; aquellos primeros días en que Valery llegó a Minstrel Valley con la maleta llena de ropa recién comprada y el corazón vacío de ilusiones. Habían sido el humor y el afecto de Melinda los que la

habían ayudado a integrarse desde el primer momento.

Y allí seguían, intactos como el primer día.

Capítulo 17

A pesar de los años que llevaba ocultándose del mundo, Valery Sherman nunca se había sentido tan furtiva como aquella tarde de domingo en que recorrió a lomos de Viena el muro de piedra gris pálido que circundaba todo el perímetro de Minstrel House, esquivando la casa de los Randall —los guardeses de la finca—, y evitando pasar por King's Road y Rosebush Street para llegar a su destino. Avanzar hacia el centro del pueblo para luego girar hacia el norte en Town Hall habría sido la opción más juiciosa, pero en ese caso se habría expuesto a ser vista por los lugareños, ya que tendría que pasar por las viviendas del señor Catesby, un escritor afincado en el pueblo; el carpintero, Joseph Gambier; por la casa de Marlene Mignon y, lo que era aún peor, por el patio trasero de Mildred Cotton.

Puesto que aquello habría sido una receta para el desastre, Valery se encaminó hacia las caballerizas Bissop a través del campo y la arboleda que quedaba al norte de la escuela. Por suerte, ambos puntos estaban muy cerca, y no tardó más de diez minutos en llegar a la puerta del establo, donde ya la esperaba Dunhcan Bissop.

La había visitado un par de veces esa semana, al margen de las clases que compartían y en las que se comportaban como perfectos profesionales. El día después de su vuelta de Londres se había presentado con un regalo: una pequeña caja de madera con incrustaciones de nácar en las que se podía apreciar la forma de un caballo. A Valery le había emocionado tanto que había

tenido que fingir pillarse un dedo con la tapa para justificar el hecho de que se le hubieran saltado las lágrimas.

La tarde anterior, Valery había accedido a mostrarle al señor Bissop los enclaves más significativos de la localidad. Se habían reunido en las ruinas del castillo de los Scott, donde ella le había narrado la tradicional leyenda de los amantes de Minstrel Valley. Habían visitado también el Puente de las Ánimas y el Pozo de los Deseos, donde el señor Bissop había insistido en lanzar hasta cuatro peniques.

En todo ese tiempo compartido, Valery no había sido capaz de sincerarse con él, a pesar de que el lazo que los unía se estrechaba cada vez más. En la escuela, todo el mundo daba por hecho que el profesor de Equitación la cortejaba, y, mientras tanto, él no había vuelto a mencionar nada acerca de sus sentimientos ni había pretendido ningún tipo de acercamiento indecoroso.

Era esa cordial distancia la que hacía dudar a Valery de hasta qué punto era pertinente explicarle al señor Bissop los motivos por los que no podía casarse con él. Por no hablar del hecho de que sería muy pretencioso hacerlo cuando ni siquiera se lo había pedido. Ella sospechaba que no quería presionarla. Quizá pensase que Valery necesitaba tiempo para tomarle cariño, lo cual resultaba muy gracioso, pues ella no podía estar más enamorada de él.

Fuera como fuese, había tenido múltiples oportunidades de confesar, si no todo, parte de su pasado. La tarde anterior, cuando se acercaron dando un paseo hasta el Puente del Pasatiempo, el señor Bissop le había contado que, durante el viaje a Londres, volvió a sincerarse con su familia y con los Jemerson, quienes habían esperado que un reencuentro con Elspeth le hiciera cambiar de opinión.

—Tuve que explicarles que no había lugar en mi corazón para otra cosa que amistad, y, como siempre, lo aceptaron de muy buen grado. Casi me humilla lo comprensivos que son —había reconocido—. Siempre ha sido así. Incluso cuando anuncié la ruptura del compromiso, lo aceptaron con total aquiescencia.

—Tuvo que ser difícil.

—Mucho. Fue algo que casi estuve tentado de callar para siempre; pero al final me venció la lógica. No podía casarme con Elspeth. Y es curioso, porque yo ni siquiera sabía que tenía sueños en el plano emocional —le había contado—. Durante mucho tiempo creí que podría ser feliz con lo que se esperaba de mí, si es que acaso había llegado a plantearme el concepto de felicidad. De repente, un día, la idea de ampliar el negocio familiar en el sur germinó en mi mente. Yo sabía que Elspeth nunca querría abandonar Cumbria y... sentí alivio, porque si tenía que elegir entre ese incipiente sueño y casarme con mi amiga, podría elegir lo primero y librarme de lo segundo. Acto seguido, me sentí terriblemente culpable. Y así continué durante casi dos años. Alargando mis viajes a Londres todo cuanto podía. Me avergüenzo mucho de mi comportamiento, pero he de decir que entonces aún estaba dispuesto a casarme con ella. Hasta que un día... cedí. Me rendí y dejé de engañarme. Y afronté que tenía que comunicarlo a todos los afectados. Ese fue el verdadero motivo por el que mi padre dejó de hablarme, aunque también influyó mucho mi decisión de establecerme aquí.

—La abandonó —concluyó.

—Sí, Valery, lo hice. La culpa me ha perseguido desde entonces, aunque ella fue muy comprensiva y me perdonó al instante.

—Es una buena mujer. —Valery no podía opinar otra cosa de Elspeth Jemerson. Era una joven bonita y agradable que merecía encontrar a un hombre que la amase de verdad.

—La mejor amiga que he tenido y tendré. Pero no mi mujer. Me di cuenta de que no imaginaba mi vida despertando cada mañana al lado de ella. Le tenía mucho cariño, pero durante todos aquellos años había llegado a verla como a una hermana. Me sentía muy incómodo con la poca intimidad que habíamos tenido, y le había sido infiel de forma sistemática, por el amor de Dios. —Ella le había mirado con dureza ante ese reconocimiento—. No concibo un matrimonio sustentado sobre unas bases como esas. Necesito sentir algo más

que afecto por la mujer con la que voy a compartir mi vida. Necesito pasión, porque pienso respetar los votos del matrimonio contra viento y marea.

La conversación había terminado de manera abrupta en aquel punto, cuando el condestable, Nerian Worth, se había acercado a saludarles. Resultó que el señor Bissop y él ya se conocían de haberse visto en The Old Flute. Estuvieron conversando unos minutos, y, tras una mirada cargada de intención y dirigida a Valery, el señor Worth se despidió con una sonrisa y la promesa de ir a visitar las caballerizas cualquier día de esos.

Pero quien estaba allí, aquel domingo, mientras todos los habitantes de Minstrel House tomaban una pequeña siesta, era Valery Sherman.

Había prometido pasarse para dar ideas a Dunhcan Bissop de cómo pulir el aspecto espartano de su bonita vivienda. A cambio, él le había prometido una carrera por Mill Road, lejos de las miradas curiosas. El enclave de las caballerizas, al norte del pueblo, les garantizaba bastante privacidad, y si tomaban por la carretera del molino a esas horas, después del almuerzo, era improbable que alguien pudiera verlos.

Ella había aceptado encantada, porque hacía muchísimo tiempo que no podía galopar y tenía muchas ganas de poner a prueba ese brío del que le había hablado el instructor de equitación cuando le describió a Viena, la yegua que ella montaba desde que él se la eligiera.

—Buenas tardes, Valery. ¿Lista para perder? —le dijo él con una ancha sonrisa desde la altura que le confería la grupa de Marske, su purasangre inglés.

—Buenas tardes, señor Bissop. —Aunque él había decidido llamarla por su nombre de pila tiempo atrás, Valery se resistía a hacer lo mismo con él. Nunca había tomado semejante confianza con ningún hombre que no fuera de su propia familia. O con Bobby; pero entonces eran unos críos. Y en ese instante estaba frente a un hombre que ya la intimidaba lo suficiente con su sola presencia como para tutearlo y usar su nombre de pila—. Hace mal en subestimar al contrincante, si me permite que se lo señale.

—¿He hecho yo tal cosa? —Fingió horrorizarse y se llevó una mano al pecho, que estaba cubierto por una camisa blanca y un chaleco marrón desabotonado. Lucía un aire bastante informal que le resultó muy atractivo—. Permítame disculparme, entonces. —Se acercó hasta poner a Marske junto a Viena y se inclinó para cogerle la mano enguantada. La llevó a sus labios y la besó en los nudillos—. Perdone a este torpe ganadero, milady.

Dunhcan Bissop estaba bromeando. Lo hacía mucho en los últimos días. Lo que él no podía saber era que le había dado el tratamiento que a Valery le correspondía por nacimiento. Eso le hizo recordar que se había propuesto confesarle su pasado esa misma tarde. No podía seguir posponiéndolo, o él pensaría cuando se lo contase que le había estado engañando. ¿Cómo tomaría el señor Bissop que fuera la hija de un conde y una rica heredera? Esa era otra cuestión que le tenía muy preocupada. Él había mostrado interés por Valery Sherman, una sencilla maestra de escuela. ¿Seguiría interesado cuando descubriera la verdad?

Dejó a un lado sus tribulaciones y le dedicó una amplia sonrisa, dispuesta a seguirle la broma.

—Ahora piensa que me va a ablandar con lisonjas. Le advierto que seré implacable.

Dunhcan Bissop emitió una de esas carcajadas francas y graves que solo unos pocos hombres pueden permitirse. No imaginaba a ningún londinense riendo de ese modo tan completo y arrollador. No imaginaba a ningún otro hombre luciendo una belleza tan natural y despreocupada. Era tan varonil...

—En fin, tendremos que poner a prueba todas estas fanfarronadas, ¿verdad? —dijo al tiempo que daba la vuelta sobre Viena y tomaba las riendas para guiarla hasta el punto de partida.

Un olor masculino, a cuero y vetiver flotó cerca de su nariz. Le miró con detenimiento mientras él la conducía alrededor de la casa hasta encontrar el camino de Mill Road. Ya había pensado en otras ocasiones que el señor Bissop tenía un cuerpo modelado por el ejercicio. Cuando estaba montado

sobre su purasangre era una estampa digna de ser contemplada. Las piernas flexionadas contra los flancos del animal, las estrechas caderas moviéndose al ritmo del paso del caballo, la ancha espalda erguida y sincronizada con la cadencia del movimiento, mientras el brazo que sujetaba sus propias riendas rellenaba por completo la manga de la camisa.

Eso fue lo único de lo que Valery fue consciente mientras llegaban al punto de partida de la competición, motivo por el cual, cuando ambos caballos se detuvieron, él se vio obligado a carraspear para traerla a la realidad.

Valery se sonrojó con violencia y se disculpó:

—Lo siento.

—No debe sentirlo. Me encanta el modo en que me mira —apuntó con una sonrisa muy seductora.

Por suerte, el hombre no sintió la necesidad de refocilarse en su falta de decoro y la instó a iniciar una carrera que tenía como meta el mismo punto de partida.

Valery se inclinó sobre el cuello de Viena y la azuzó para que se lanzara al galope apenas escuchó la cuenta atrás del señor Bissop. Sintió burbujear una emoción intensa en la boca del estómago en cuanto las patas de su yegua torda ganaron velocidad y el aire se transformó en un elemento tangible que chocaba con su cara. Volvió a sacudir las riendas y apretó su botín contra el flanco para instarla a alcanzar una velocidad aún más vertiginosa, pero en cuestión de segundos, Dunhcan Bissop le tomó la delantera, a pesar de que Viena resultó ser tan briosa y competente como prometía. Consciente de que no tenía nada que hacer contra su rival, Valery se concentró en disfrutar de la increíble sensación de volar sobre la grupa de su yegua.

¡Hacía tanto tiempo que no corría en campo abierto! ¡Hacía tantos años!

Aminoró el paso cuando llegó al punto en que tenían que retornar y que el señor Bissop acababa de dejar atrás al cruzarse con ella. Hizo girar a Viena y se lanzó de nuevo a la carrera con el mismo entusiasmo con que había recorrido el primer trecho del camino. ¡Era glorioso!

Llegó a la meta riendo de pura felicidad. El señor Bissop la esperaba con el cuerpo inclinado hacia delante y el brazo derecho apoyado en el cuerno de la silla.

—No está nada mal —la agasajó.

—Pero me ha ganado —rezongó ella sin dejar de reír, con la respiración agitada por el liberador ejercicio.

—He intentado que Marske se controlase un poco, pero este viejo loco no sabe hacer otra cosa que correr en cuanto ve algo parecido a una pista —bromeó.

Mientras se dirigían de nuevo al establo, el señor Bissop le estuvo hablando de los premios que había obtenido su caballo en las carreras de Ascot. Procedía además de un linaje muy importante en Inglaterra, tal y como ya les había contado aquel primer día en el comedor de profesores.

Cuando entraron en las caballerizas, Valery apreció la perfecta organización y limpieza de las instalaciones. Olía a heno limpio, a pesar de los muchos animales que se hallaban en ese momento en sus cuadras. Las grandes ventanas apaisadas que recorrían la parte alta de las paredes de madera dejaban entrar muchísima claridad y creaban un juego de sombras con las vigas y jácenas de madera del techo.

En esa ocasión, Valery no discutió que él la ayudase a bajar de la yegua. Inspiró hondo cuando las manos del señor Bissop envolvieron su cintura y no apartó la mirada cuando él fue dejándola caer al suelo, con exquisita lentitud.

Estaba pensando que quizá conseguiría un beso en esa ocasión cuando el relincho de un caballo llamó la atención de ambos. Estaba en la cuadra frente a la que habían dejado a Viena, era blanco como la luna, brillante, hermosísimo. Le recordó mucho a Yue, la yegua blanca de Daphne Crown.

—Es precioso —susurró Valery, sorprendida por su tamaño y su perfecta morfología.

—Es Nacre —explicó él con voz ronca, muy cerca de ella todavía—. ¿No se acuerda de él? ¿Cómo ha podido olvidarlo?

Valery lo miró extrañada, pues no recordaba haber visto nunca a aquel animal. Él siempre acudía a la escuela con Marske; era el único caballo que le había visto montar hasta la fecha.

—No. Creo que no —sostuvo ella, muy consciente de que el señor Bissop aún no había retirado las manos de su cintura.

—Lo montó mi padre en la demostración del domingo, cuando vinieron de excursión con las alumnas.

Valery dirigió la mirada al ancho pecho que tenía frente a ella, intentando recordar el momento exacto que le estaba describiendo. Después de la aparición de la señorita Jemerson, no había estado pendiente de gran cosa.

—Oh —musitó—. Me lo perdí, supongo.

—Pero si estaba allí —insistió él con tono escéptico al tiempo que colocaba un dedo bajo su barbilla para que le mirase—. La vi desde el otro lado de la cerca.

—Pero la señorita Jemerson acababa de montar, y su hermana me había contado que... que ustedes...

El señor Bissop maldijo en voz alta y la envolvió entre sus brazos, que eran fuertes y confortables. En realidad, ya no sentía tristeza por aquello. Había llegado a aceptar que Dunhcan Bissop había tenido una relación con esa mujer y que habían estado a punto de casarse. Le ayudaba mucho el hecho de que hubiese reconocido tener sentimientos más fuertes por ella, para ser honestos.

—Lo lamento tanto. Ojalá hubiera tenido tiempo de advertirle antes de su llegada.

Valery arqueó la espalda para separarse sin interrumpir el abrazo.

—No se aflija, por favor. —Levantó una mano para acariciar su rostro recién afeitado. Había un ligero olor a jabón todavía sobre su piel—. Actuó de un modo honesto. Siempre lo ha hecho. Lo único que me importa es que...

—¿Qué, Valery? —murmuró él en voz baja.

«Que estás aquí conmigo. Que me quieres. Que yo te quiero».

En lugar de palabras, eligió explicárselo con su cuerpo. Se puso de

puntillas y pegó los labios a los suyos. Abrió la palma de la mano sobre su pecho y enredó la otra entre los mechones de cabello castaño de él. Paladeó su sabor tan masculino y suspiró encantada cuando la apretó contra su fuerte pecho. Retrocedieron con pasos lentos hasta que la espalda de Valery topó contra un poste de madera y continuaron besándose de un modo calmado y explorativo. Ella se atrevió a indagar con su lengua dentro de la boca masculina y él la recompensó con mordiscos lentos y perezosos sobre su labio inferior. Así continuaron, sin permitir que la escalada de pasión que ambos sentían les dominase, besándose con lentitud y minuciosidad, aprendiendo los sabores del otro.

—Deberíamos entrar en casa —opinó él, al cabo de unos minutos, deshaciendo el abrazo con evidente desgana—. Aún me debes unos consejos de decoración.

Él había pasado a tutearla, como le ocurría siempre que compartían un momento íntimo o discutían. A Valery, sin embargo, era una familiaridad que le costaba mucho asumir. Incluso en el rural entorno de Askett Abbey, su posición como hija de un conde le había obligado a ser muy escrupulosa en el trato con sus vecinos y conocidos. Y ahora le suponía un esfuerzo eliminar la formalidad con los hombres, pues con las mujeres le salía de un modo más natural.

Caminaron juntos hacia la casa y, aunque por un momento pareció estar a punto de hacerlo, el señor Bissop no le tomó la mano durante el trayecto, cosa que le hubiera encantado.

Era bastante curioso que le resultase complicado tutearlo y, sin embargo, fuera tan receptiva a cualquier acercamiento físico con él.

Cuando traspasaron el umbral de la vivienda, Valery echó un vistazo a la estancia principal: un amplio vestíbulo hacia el que daban varias puertas abiertas y una escalera de madera en el lateral izquierdo, que conducía al piso superior.

No había sido una exageración por su parte calificar la casa de espartana,

pues el lugar donde se encontraba solo lucía una amplia alfombra Aubusson y un aparador de madera de caoba que contrastaba con elegancia frente a la pared de tono amarillo lima. Lo curioso era que aquellos pocos elementos eran de una calidad y un coste muy elevados, lo cual demostraba que el señor Bissop no carecía de recursos, sino que, tal y como él mismo había reconocido, no le había prestado atención a cuestiones tan superfluas como la decoración.

Las paredes estaban frisadas hasta media altura, y recorridas por estrechos pilares de escayola hasta el techo.

—Yo colocaría unos cuadros en las paredes laterales —propuso desde su ubicación en el centro del recibidor. Giró alrededor de sí misma con lentitud para hacerse una idea de lo que le gustaría encontrar al entrar allí—. Pondría un jarrón con flores en el aparador; las plantas siempre hacen que un lugar sea más acogedor. Y pondría un gran espejo en esa pared. —Señaló el lugar donde se encontraba el mueble de caoba—. La alfombra es preciosa, señor Bissop.

—Mi madre me la hizo traer desde Cumbria. De hecho, casi todo lo que hay en la casa lo envió ella desde mi hogar —reconoció con una sonrisa un poco avergonzada—. Ya antes de marcharme me auguró que acabaría durmiendo con los caballos en el establo si ella no se ocupaba.

Valery le dedicó una sonrisa cómplice, pues estaba segura de que eso habría sido lo que habría ocurrido de no enviar la señora Bissop lo fundamental.

La cocina era un lugar encantador, cosa que, según él mismo, era mérito absoluto y exclusivo de los anteriores propietarios. Aquella debía de ser una de las muchas viviendas que se habían construido en Minstrel Valley cuando un nutrido grupo de aristócratas eligió la localidad como lugar de retiro durante la regencia de Jorge III. Cuando la tragedia golpeó a los Northcott y Minstrel House se convirtió en una mansión olvidada, muchos de ellos decidieron marcharse y vender sus propiedades.

El salón, al menos, contaba con todo lo necesario para un óptimo desarrollo de la vida social. Había una gran mesa de comedor con doce sillas, y un

rincón en el que se habían dispuesto varios sofás y sillones alrededor de dos mesas taraceadas, que eran casi una obra de arte.

—Esa composición debemos agradecerécela a mi primo Wolden. Trajo todos los muebles de Londres el mes pasado.

—Habla de él con afecto —opinó.

—Es un buen hombre, y un socio muy competente. Estoy muy satisfecho de que se viniera conmigo para iniciar el negocio, aunque tengo que admitir que fue el *glamour* y el entretenimiento de Londres los que lo atrajeron en primer lugar.

Avanzaron hasta el despacho que se encontraba justo al lado del salón. Nada más entrar, se dio cuenta de que él pasaba allí gran parte de su tiempo. Esa estancia tenía más personalidad, estaba más habitada. Había multitud de papeles y carpetas sobre una mesa de roble de gran tamaño que dominaba el centro de la estancia. Las librerías que quedaban detrás estaban llenas de libros de cuentas y objetos relacionados con caballos. También había una acuarela de una pareja, que reconoció como los padres del señor Bissop, y una miniatura de su hermana, Kristen. De las paredes colgaban cuadros de marco dorado, dos de ellos con sendas imágenes de caballos que muy bien podrían ser retratos de Marske y Darcy.

Se acercó hasta la escribanía y puso sus manos sobre la fría superficie.

—Y aquí es donde Dunhcan Bissop toma sus decisiones —comentó con voz baja y melancólica, más para sí misma que para él.

Estar en aquel despacho le hizo sentir que, por primera vez, había accedido a la vida privada de Dunhcan Bissop, que observando aquel lugar con detenimiento estaba atisbando un retazo de su alma. Allí había muestras evidentes del hombre empresario, familiar y alegre que era.

Escuchó sus pasos acercándose a ella por la espalda hasta quedar justo detrás, a un palmo de distancia. Las fuertes manos se posaron sobre sus hombros un instante para después acariciar sus brazos hacia abajo. Cuando llegaron a sus codos, la acercaron a él, y Valery pudo notar el aliento

masculino pegado a su oreja. Un escalofrío delicioso la recorrió entera y le hizo cerrar los ojos, justo antes de que él depositara un tierno beso en su cuello. Y luego otro, y otro más.

Valery se dejó envolver en un abrazo tan deseado como reconfortante. Sentirse arropada de ese modo por el cuerpo de un hombre, de ese hombre, era una sensación indescriptible. No quería moverse, ni desprenderse de él jamás. Pero, tras casi un minuto entero, el señor Bissop se separó y la hizo girar para ponerse de frente a él.

—No imaginas lo que siento al verte aquí —le dijo con voz grave y pausada—. Este lugar, esta casa, son muy importantes para mí. Son todo lo que he soñado poseer, o al menos así era hasta que te conocí. Ahora solo pienso en tenerte aquí para que mi dicha sea completa.

Porque ahora también soñaba con poseerla a ella, entendió. Valery tragó saliva mientras contemplaba aquellos ojos del color del ámbar, sin ser capaz de imaginar cómo contestar a eso.

Los dedos de él comenzaron a recorrer su rostro y su cuello, mientras miles de estremecimientos la recorrían. Era una sensación que se veía incrementada por el característico olor que flotaba ante su nariz, cuero y jabón, mezclado con ese matiz que solo proporcionan los establos y el heno. Valery quería enterrar la nariz en su cuello para impregnarse del aroma de Dunhcan Bissop, y no halló un motivo de peso para no hacerlo.

Se aproximó a él y lo envolvió con los brazos en torno a su cintura, se pegó a su cuerpo y llevó el rostro a aquel lugar cuyo olor quería aprender. Tuvo incluso la osadía de besar la piel de su garganta, que era cálida y curtida por el sol.

—Valery... ese es un juego peligroso —murmuró él, poco dispuesto a dejar de ser objeto de sus atenciones, en realidad.

—¿Los besos en mi cuello no lo son? —preguntó a su vez, mientras depositaba otro más en la unión con su clavícula.

—Esa boca tuya podría volverme loco en un solo segundo —dijo con voz

temblorosa y seductora—. Haces que un hombre sueñe con más de lo que puede tener.

Valery se apartó un poco para poder observarlo. Él había tenido los ojos cerrados, pero los abrió en ese momento y le sonrió con ternura.

«No quiero marchitarme en esta escuela y en este pueblo sin haber experimentado la pasión».

Recordó las palabras de Melinda aquella tarde en el cenador. Ella tampoco quería marchitarse, y no lo haría, pues lo que Dunhcan Bissop representaba en su vida no era efímero ni informal. No tenía miedo a perder su oportunidad, ya que estaba convencida de que él permanecería a su lado pasara lo que pasase; tanta confianza había depositado en él.

El problema era que no quería esperar, que no quería darle tiempo a la vida para que se interpusiera entre ellos. Era el hombre al que amaba, el único al que amaría siempre. No necesitaba una declaración de amor ni el anuncio de un compromiso para sentir que se pertenecían, porque él imaginaba aquel pequeño hogar junto a ella, y Valery no imaginaba ya el mundo sin él.

—¿Qué hay arriba? —preguntó, con la garganta repentinamente constreñida.

—Habitaciones —dijo él, perdiendo la sonrisa—. Mi dormitorio.

Valery le sostuvo la mirada, sintiendo que podría ahogarse en aquellos ojos de color ámbar. Quería aquello, lo deseaba con toda su alma. No titubeó ni albergó la menor duda mientras se apartaba de él y le tomaba la mano para salir del despacho.

Dunhcan Bissop dejó salir un jadeo bastante elocuente y le apretó la mano en el vestíbulo para que se detuviera. Ambos volvieron a mirarse: él, con una pregunta implícita en sus ojos; ella, con una invitación en los suyos.

—Vamos —murmuró mientras lo conducía hacia las escaleras.

Capítulo 18

No había luz más hermosa que la del atardecer cuando se filtraba por el tenue organdí de una cortina blanca.

Cuando Valery accedió al dormitorio, asida de la mano del señor Bissop, le pareció que toda la calidez del verano había penetrado en aquella estancia y lo había bañado todo de un halo dorado que le confería un aspecto de ensueño.

Se le ocurrió que no había un mejor momento del día para lo que iban a hacer. Esa era la hora perfecta, porque la luz era perfecta. Convertía la belleza ruda del señor Bissop en algo suave; los rayos de sol veteando de dorado su cabello, las luces y sombras de la habitación proyectando cada uno de sus músculos y contornos. Todo parecía dotado de un matiz surrealista, y, sin embargo, todo era muy real.

La mirada decidida y cargada de deseo, las manos de carne y hueso que la sujetaban bien firme frente a él por los hombros, el tibio calor que desprendía su cuerpo. Todo eso estaba pasando, en ese mágico y único momento.

—Valery, debes estar... debes estar segura de esto —dijo él, dubitativo—. Tú mejor que nadie sabes que es un paso irreversible.

—Pero es lo que yo quiero —respondió con voz firme.

Se dio cuenta en ese instante de que no estaba asustada ni avergonzada por lo que iba a hacer. Se entregaría a ese hombre una y mil veces, aunque fuera la más tremenda de las locuras.

—También es lo que yo quiero —murmuró él mientras arrastraba sus labios

sobre los de ella.

El beso llegó al mismo tiempo que las manos del señor Bissop se elevaban hasta su cabello cobrizo para deshacer el moño que él siempre calificaba de «cruel». Cuando enterró los dedos en la melena suelta, Valery sintió estremecimientos por todo el cuerpo, placenteras punzadas de algo poderoso que la incitaron a pegarse más a él.

—No imaginas cuánto he soñado con ver tu pelo suelto —confesó—. Como hilos de cobre...

Aquella boca se detuvo un momento para mordisquear y succionar su labio inferior con devastadora lentitud. El gesto tuvo tal eco en su vientre, que Valery se apartó y lo miró con atención a los ojos, los suyos ardían con algo muy similar a lo que había visto en el establo minutos antes, solo que en ese instante tenía un matiz más urgente.

—Santo Dios. —Las manos fueron a sus caderas, y los pies la arrastraron hasta uno de los pilares del dosel de la enorme cama que presidía la habitación—. Eres como un sueño. No puedo dejar de desearte ni un solo minuto del día.

Después de eso su boca la arrasó, sin gentileza ni meticulosidad.

El corazón le latía en los oídos. Su sangre se había espesado tanto que ella podía notarla en las venas. Él era tan grande, tan inconmensurablemente dominante y viril, que la dejaba sin habla.

Le gustó volver a sentir aquellos labios sobre su cuello y en el hueco detrás de su oreja. Era una sensación apabullante, que viajaba desde ese punto tan sensible hasta la planta de sus pies. Mientras se ocupaba en eso, las manos del señor Bissop fueron desabrochando los botones que se encontraban en la espalda de su vestido, y Valery resiguió con los dedos el nacimiento de su pelo, la forma de sus orejas y la piel suave de su nuca. Notó cómo se estremecía también, y sonrió con deleite por ser capaz de compartir aquella ternura tan inusitada.

El vestido cayó al suelo, las fuertes manos la agarraron por las nalgas y se

sintió impulsada y elevada sobre él. La depositó con cuidado en la cama y se incorporó junto a ella para desprenderse del chaleco y de la camisa.

Después se sentó a su lado y, sin apartar la mirada, se quitó las botas, que cayeron con un fuerte «clop» al suelo.

Cuando se tumbó, ambos se colocaron de costado para poder mirarse a los ojos. Los suyos, tan dorados y brillantes, escondían una alegría contenida que se veía casi engullida por el evidente deseo. Valery no fue consciente de todo el proceso hasta que ambos quedaron desnudos, pues el señor Bissop no dejó que su mente lograra hilar más de dos pensamientos seguidos. Apenas iba liberando la piel del corsé, la camisola y las medias, la acariciaba con su boca o con su lengua en esos lugares. Los zapatos habían caído al suelo justo cuando había estado besando sus muslos; eso sí lo había notado. Supuso que los pantalones de él habían desaparecido en ese inenarrable momento en que había sentido los labios posarse sobre sus pechos.

¡Qué sensación tan devastadora!

Una marea de calor le había inundado el vientre y cada porción de piel al notar cómo esa boca cubría y succionaba primero un pezón y después el otro. Valery había tenido que sujetarle el cabello y retorcerse sobre sí misma para combatir la ansiedad que le había producido la desmesurada caricia. Había tardado varios segundos en llegar a disfrutarla, en descubrir lo placentera y erótica que le resultaba.

Si solo pudiera pedir un regalo en la vida sería ese. Sentir su cuerpo desnudo frotarse contra el del señor Bissop mientras él besaba su piel de aquel modo tan tierno y sensual.

—Eres tan hermosa —murmuró él mientras le apartaba un mechón húmedo de la frente.

El olor de aquel hombre era único, terrenal, y a la vez limpio, amaderado. Lo inspiró en el hueco de su cuello y le prodigó los mismos besos que antes había disfrutado ella. Él ronroneó como un gato satisfecho ante el gesto y enredó los dedos entre su melena.

Valery se envalentonó y continuó bajando por el cuello, y después por el torso hasta llegar al pezón. Lo besó primero con los labios fruncidos y después con la boca abierta, repitiendo los movimientos de succión que él le había mostrado antes.

—Cariño... —la animó.

Con la ayuda de él, Valery le envolvió las caderas con la pierna, y se pegó más a toda aquella piel desnuda. Sus manos tampoco se quedaron quietas, sino que lo exploraron a placer, recorriendo cada ángulo de su anatomía.

Él también la acariciaba sin ninguna prisa, acá y allá, demostrándole cuántos lugares sensibles había en ella. Todo parecía sencillo e incluso inocente hasta que esa mano inquisidora se internó un poco más arriba y un poco más adentro de sus muslos. El señor Bissop acarició la entrada de su cuerpo, y Valery detuvo los besos sobre su pecho para tomar una gran bocanada de aire, aunque eso no lo detuvo. Continuó palpando y horadando la mojada superficie mientras ella jadeaba, hasta que la penetró con uno de sus dedos.

Valery gimió y estiró el cuello, pero él le rodeó el rostro con la otra mano y la pegó a su pecho con delicadeza al tiempo que la tranquilizaba con murmullos ininteligibles. Depositó besos en su frente, mientras aquel dedo continuaba explorándola e internándose dentro de ella.

Al cabo de un largo instante, que le pareció infinito, comenzó a acostumbrarse a la sensación y a disfrutarlo con toda su intensidad. Se calmó y se apartó para buscar sus labios. Le tomó la cara entre las manos y lo besó con fruición y con entrega, demostrándole cuánto lo amaba y cuánto disfrutaba de aquella intimidad que ambos estaban creando.

—¿Estás preparada? —le preguntó al cabo de un rato, con la voz cargada de deseo.

Valery sintió un miedo irracional por un efímero instante, pero no dejó que se apoderase de ella. Le sonrió y asintió, a lo que el señor Bissop respondió abriéndole las piernas y colocándose encima.

Fue tierno y delicado como jamás hubiera esperado que un hombre pudiera serlo en esas circunstancias. Le susurró palabras de aliento y de admiración que mitigaron sus nervios e inflamaron su deseo. Valery notaba una especie de tensión entre sus piernas, en el lugar donde poco a poco él se iba adentrando con movimientos lentos y perezosos. Debería doler más, o al menos así lo creía, pero nada estaba resultando como podría haber pensado.

En cierto momento, comenzó a sentir un placer excelso, una expectación deliciosa que se veía incrementada por las caricias de aquellos dedos que recorrían sus pechos de manera errática pero firme. Cerró los ojos y se entregó a esas sensaciones, impulsó sus caderas para ayudarle, para conseguir la unión completa que su cuerpo estaba necesitando. Se aferró con fuerza a sus hombros, que estaban perlados de sudor, como lo estaba ella entera, y se meció de un modo instintivo hasta que sintió un dolor lacerante y absolutamente catártico.

—Ay, Dios —gimió, alzando las caderas sin control—. Ay, Dios.

Aquello dolía. Dolía mucho. No sabía qué hacer para detenerlo. Pero entonces, una risa ronca, que dejó salir el cálido aliento de él sobre su oído, la sacó de esa especie de negrura.

—Tienes que relajarte, cielo —le susurró con voz ronca y sensual—. Baja ese bonito trasero al colchón. Lo estás haciendo más doloroso.

Ella volvió la cara hacia la suya, procuró concentrarse en lo que le decía y obedeció. Tenía una sonrisa hermosa en los labios y una mirada llena de ternura que la calmó todo cuanto era posible en aquellas circunstancias.

—Eso es, preciosa. Deja que tu cuerpo se adapte al mío —susurró al tiempo que iniciaba un suave balanceo que le quemaba las entrañas—. Deja que te enseñe el modo.

Pasados unos segundos de aquella ardiente caricia en su interior, Valery sintió una oleada de placer nacer de su vientre y bañar las zonas doloridas de su cuerpo y las preocupadas en su mente. Sonrió a su vez y se mordió el labio inferior con deleite.

—Creo que mi cuerpo empieza a entender el modo —gimió tras una pequeña acometida por parte de él.

—¿Cuánto sabe exactamente una maestra del decoro sobre la seducción? —inquirió con un aire burlón que dio paso de inmediato a otra expresión más cerrada e intensa—. ¿Cuánto sabes del placer, Valery?

«Nada, al parecer», pensó cuando inició una serie de penetraciones rápidas y superficiales. Su carne ardía allí donde él la tomaba, se abría para darle cabida y lo abrazaba con tal fuerza que no era capaz de distinguir si era dolor o era otra sensación igual de extrema. Aquellos ojos dorados estaban fijos en ella, la estudiaban.

Valery perdió un poco el control cuando una mano subió por su torso y se llenó con uno de sus pechos. Él acarició el borde de la areola con la yema áspera de su pulgar, y ella se arqueó en respuesta. Eso lo enterró más adentro, y ambos gimieron de placer.

—Es tan bueno —dijo él con voz ronca.

Aquella mano exploradora se empleó a fondo en desquiciarla, acariciándola de un modo que le resultaba casi insoportable. El deseo de alcanzar algo parecido a la paz la desbordaba, pero aquellas acometidas rápidas y superficiales solo conseguían aumentar sus ansias.

—Por favor... —gimió mientras sus caderas se lanzaban de nuevo hacia arriba por voluntad propia.

—Lo sé, mi amor —gimió él a su vez, con una dura embestida.

Entonces sí. El señor Bissop dejó de castigar sus pechos y enterró la mano entre sus cabellos, que estaban desparramados por la almohada. La sujetó con fuerza y se lanzó a explorar su boca con labios, lengua y dientes al mismo tiempo que incrementaba la profundidad de sus acometidas con fiereza.

Valery gritó dentro del beso la primera vez que sus pelvis chocaron y cada una de las siguientes veces. Era increíble, demoledor. ¿Cómo podían soportarlo?

—Me haces perder la cabeza —barbotó él cuando terminó uno de esos

besos intoxicantes—. No tengo suficiente de ti. No estoy lo suficientemente dentro de ti.

Era imposible que pudiera estarlo más, pensó Valery, quien juraría que se habían fundido en un solo ser.

Se quemaba a un nivel profundo, como si una lengua de fuego la recorriera por debajo de la piel. Se sentía empapada en sudor y la presión que ejercía él entre sus piernas se tornaba insoportable.

—No puedo más... —gimoteó.

—Dios, qué hermosa. Qué hermosa eres, mi amor.

La tensión se resquebrajó, y un latido desgarrador explotó en el lugar donde él machacaba con una violencia tal que le hizo abrir los ojos, arquear el cuello y cerrar las piernas con mucha fuerza.

—Valery...

Por un momento perdió toda noción de su cuerpo y de sus sentidos. No sintió sus manos ni sus piernas ni su piel, no pudo escuchar nada ni ver ninguna cosa. Todo se volvió blanco como la luz del sol mientras un placer devastador se desplazaba desde la unión de sus piernas a su cerebro, que al fin pudo descansar de la agobiante necesidad de... eso; eso que acababa de ocurrir.

Él se había detenido, pensó Valery instantes después, cuando su mente volvió a conectar con la realidad.

«Hummm, no. No del todo».

Notaba el vaivén de las caderas del señor Bissop dentro de ella. Abrió los ojos y lo encontró observándola.

—Eso ha sido glorioso —le dijo él con una sonrisa franca, pero llena de tensión.

—Diría que sí —ronroneó ella al tiempo que sus manos volvían a la vida y se arrastraban por los glúteos de él. Le pareció muy erótico que continuará dentro de ella y le gustó que después de semejante placer volviera a besarla con ternura.

Pero él solo había hecho una pausa. Sus caderas retomaron las embestidas, que dejaron de ser lentas. Valery jadeó y se arqueó contra su pelvis, cuando una nueva oleada de placer la embargó. El señor Bissop siguió penetrándola con vehemencia, con estocadas rápidas y muy profundas. Gimió su nombre repetidas veces, y soltó un gruñido antes de salir de ella. Sujetó su cara entre las manos y la obsequió con un último beso cargado de necesidad antes de estirar el cuello y soltar un gemido que pareció un lamento. Se estremeció con violencia, con sus cuerpos muy pegados y ese delicioso vaivén de caderas, aunque ya no estaban unidos. Casi perdió la noción de la realidad de nuevo, pero, poco a poco, unidos y abrazados, ambos recuperaron la cordura lo justo para volver a besarse.

Valery aún seguía conmocionada.

—Nunca creí que pudiera ser así —explicó con la cara apoyada contra el pecho masculino.

Con una risa ronca, el señor Bissop la pegó aún más y le pasó una pierna por encima de las suyas.

—Eso suena muy halagador. ¿No te arrepientes entonces?

Valery se apartó para buscar su mirada y la incertidumbre que encontró le pareció adorable.

—Creo que... —reflexionó lo que iba a decir—. Creo que no recuerdo un momento más glorioso en toda mi vida.

El alivio del señor Bissop fue evidente y el modo en que le besó la frente, las sienes y la punta de la nariz, con aquella sonrisa radiante de felicidad y seguridad que tanto había llegado a apreciar, fue tierna y muy elocuente. Si no estuviera enamorada de él sin remedio, habría caído presa en ese mismo momento.

Él se sentía tan satisfecho como ella, y eso la hizo sorprendentemente feliz.

De algún lugar, salió una camisa que él utilizó para eliminar los restos de la unión de sus cuerpos. La metió entre ellos y eliminó la humedad, haciéndole cosquillas en el proceso. Valery rio, dividida entre el pudor y la diversión.

—Gracias por eso —musitó, cohibida—. Yo ni siquiera lo había pensado.

—Un criador de caballos nunca olvida las consecuencias de la cópula, cariño —comentó, pasándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Aunque te confieso que he sentido deseos de no hacerlo.

—¿Por qué? —Lo cierto era que no se le ocurría ningún motivo para ello.

—No importa —respondió con aire pensativo—. Debes estar agotada. Descansa.

Después de esa confusa conversación, la abrazó muy fuerte y ella enterró la cara en la piel cálida y cubierta de vello de su pecho. Tan en paz se sentía, que al cabo de un rato estaba dormida.

—¿Qué hora es? —preguntó sobresaltada cuando salió del sopor en que la había sumergido su apasionado encuentro.

—No lo sé —murmuró él mientras le mordisqueaba un hombro. Ella estaba tumbada sobre su espalda y el señor Bissop la envolvía con su cuerpo. Un hormigueo la recorrió entera—. No lo quiero saber. Quédate a cenar. Quédate a dormir. O, ya que estamos, quédate para siempre.

Valery creyó que se le había parado el corazón, pero al instante siguiente estaba latiendo a toque de degüello. De modo que no, no se había parado, sino que estaba a punto de explotar.

—¿Qué? —susurró tan insegura como una colegiala.

Él se echó a reír y la envolvió entre sus brazos, mientras ella sentía que todo se volvía de gelatina excepto él, la roca de su pecho, de sus piernas, de sus brazos.

—Dios mío, te has quedado blanca como la cera. —Dejó caer un beso en su coronilla. La cabeza de Valery descansaba en el hueco de su cuello, por lo que ya no podía ver lo turbada que la había dejado. El pecho masculino se hinchó con una profunda respiración que dio un cariz más serio a sus siguientes

palabras—. Pero lo he dicho de corazón.

—Yo...

—Shhhh. —Le hizo alzar el rostro con el nudillo de su dedo índice hasta que pudo verle los ojos. Otra vez reían burlones—. ¿Solo a dormir, tal vez?

—No puedo —respondió con voz poco firme—. Se preocuparían si no vuelvo. Jamás faltó a la cena.

—¿A qué hora se cena? —inquirió con fastidio.

—No antes de las seis y media y no más tarde de las ocho.

—¡Maldición! —masculló.

—¡Señor Bissop! —le regañó por jurar. No pudo evitarlo.

De pronto, él entrecerró los ojos y acto seguido giró y se colocó sobre ella. Le llevó las manos por encima de la cabeza en un movimiento repentino y sorprendente. La miró con aire provocador y pegó más sus caderas.

—¿Te parece apropiado seguir llamándome así?

Valery lo miró sin comprender. Él estaba de nuevo sobre ella. Sus piernas estaban enredadas, los centros de sus cuerpos pegados sin un gramo de aire que los separase. Le costaba concentrarse.

—¿Qué? —Aquello no fue más que un susurro.

—Debes tutearme. —Mientras lo sugería, fue dejando caer besos sobre su frente, sus párpados, su nariz—. Me muero por escucharte susurrar mi nombre mientras estoy dentro de ti. Mientras alcanzas uno de esos preciosos y fascinantes orgasmos que he tenido el honor de proporcionarte.

—¡Oh, señor! —gimió Valery, que estaba casi tan excitada como escandalizada por la franqueza con la que le hablaba.

Empezó a contonearse contra él, mientras aquella boca ardiente recorría su cuello, su clavícula y... oh, sí, casi llegaba a sus pechos. Casi. ¡Por favor, un poco más abajo!

Y entonces, él se detuvo, se apartó de ella y se tumbó de espaldas con absoluta despreocupación y con los brazos flexionados bajo la cabeza.

—Claro, que si no podemos gozar de la intimidad de tutearnos en la cama,

quizá lo más correcto sea volver a nuestro anterior estatus de compañeros de enseñanza.

Ella se quedó mirando el cielo raso del dosel de la cama sin dar crédito al vuelco de la situación. ¡De su seducción!

Se incorporó sobre un codo y lo fulminó con la mirada.

—¿Está bromeando a mi costa? ¿O es un chantaje?

—Estás —dijo de modo despreocupado.

—¿Yo?

—¡Que me tutees! —gruñó al tiempo que se incorporaba de nuevo sobre un codo. Su rostro mostraba tal picardía que, contra su mejor criterio, tuvo que reírse.

—¿Tan importante es?

—¿Acaso no has oído que me muero por ello? —preguntó mientras cogía un mechón de su cabello suelto y lo enredaba entre sus dedos.

—Creo, señor, que solo pretende sacarme de mi civilizado comportamiento porque es su caballo de batalla desde que me conoció —dijo a su vez, mientras paseaba los dedos por su pecho salpicado de vello. Su mente divagó un instante por aquellos músculos que conformaban un torso que parecía la obra de un escultor. Volvió a concentrarse—. Pero estoy dispuesta a claudicar si, y solo si, me promete que será discreto respecto a lo que ha pasado hoy aquí.

Él iba a protestar, lo supo por el modo en que frunció el ceño y perdió la sonrisa. Valery le tapó la boca con su mano antes de que pudiera hacerlo.

—El respeto y la educación no son para mí un vestido que me pongo y muestro al mundo. Es lo que soy. No puedo, en conciencia, pretender que mis alumnas muestren decoro y decencia en sus vidas y sus corazones mientras ellas me ven flirtear con un hombre con el que no me une ningún lazo. —La expresión de él se suavizó y supo que la dejaría terminar. Retiró la mano y le acarició la ceja y después la sien—. No soy una mojigata ni una gazmoña, soy lo que ve. Lo que *ves* —corrigió—. No pretendo fingir que no deseaba esto o

que no lo sigo deseando, pero no podré vivir en paz si pretendes hacer pública y notoria nuestra... situación. —Tomó aire y le dio un ligero beso en los labios—. ¿Tenemos un trato?

—Vuelve a besarme —pidió él con voz serena.

Valery se acercó y le lamió el labio inferior, después la comisura. Le había desnudado su alma por un efímero instante, le había revelado algo que era muy importante para ella. Lo consideraba un momento trascendental, pero también era consciente de la cercanía de sus cuerpos, de la desnudez de sus pieles, del deseo que crepitaba entre ellos. Dejó que la mano vagase por su torso mientras su boca volvía para buscar otro beso y aprender su sabor.

—Dilo —ordenó él sin interrumpir el beso.

—Dunhcan —susurró.

Su mano le envolvió el rostro y su lengua la exploró con más voracidad, en una clara reproducción del acto sexual.

—Otra vez.

—Dunhcan —dijo de nuevo con una sonrisa pícaro.

—Sueno de maravilla —respondió él con entusiasmo.

La abrazó con fuerza, se subió encima y comenzó a hacerle cosquillas y darle dulces besos por todo el rostro. Valery rio y gritó todo el tiempo hasta que terminó suplicando que dejase de torturarle.

Con una sonora carcajada, Dunhcan la liberó de sus traviesas manos y la arrebujó contra su cuerpo, tan pegados el uno al otro que Valery ni siquiera comprendía esa postura. Sin embargo, era perfecta. Cerró los ojos y suspiró.

—Esto es la gloria, Dunhcan.

—Sí. Sí que lo es.

—Pero tengo que volver —anunció al cabo de unos minutos.

Un suspiro resignado abandonó aquel fuerte pecho y se aflojó el abrazo sobre ella.

—No creo que sea buena idea que montes ahora —opinó con expresión circunspecta.

—Ay, Dios —susurró, entendiendo que podría ser doloroso volver a caballo.

—Tranquila. Te acompañaré andando —ofreció con dulzura, mientras le pasaba otro mechón rebelde por detrás de la oreja.

Eso la inquietó. Aunque su mente no estaba muy lúcida, sabía que nadie debía verlos juntos después de lo ocurrido o por Dios que lo sabrían.

—No —dijo, taxativa.

—Está bien —suspiró él, consciente de sus preocupaciones sin ser necesarias las palabras—. Haré que te preparen un carruaje.

—¿Qué pensarán si me ven llegar en tu carruaje?

Otro suspiro resignado.

—Les diré que te dejen cerca, en el camino de Minstrel House. Sigue a pie con Viena hasta la casa.

—Eres muy amable —le dijo levantando la cabeza para ofrecerle una sonrisa agradecida.

—Soy un hombre complaciente, amor mío. Y testarudo —le advirtió—, muy testarudo, que no se te olvide.

Capítulo 19

Aquella tarde lo había mirado de otro modo, pensó Dunhcan con una sonrisa socarrona mientras desensillaba las yeguas de las alumnas y la de la propia Valery.

Al verlo salir del establo, cuando ella se dirigía hacia la clase de equitación seguida de todas las jóvenes pupilas, su paso había vacilado, para después obsequiarle con una tímida sonrisa y avanzar decidida hacia él. No habían dejado de lanzarse miradas en toda la tarde, y Dunhcan se había prodigado en el tiempo a la hora de ayudarla a montar sobre Viena, al colocarle las piernas que el día anterior habían envuelto sus caderas, y al volver a depositarla en el suelo. Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano por no besarla en ese instante, ante toda la clase.

Nunca se había sentido tan cohibido y desorientado ante una mujer, aunque para ser honesto, tampoco se había visto en la situación de enfrentar a la mujer con la que iba a casarse tras haber tomado su inocencia.

Porque iba a casarse con Valery Sherman, por mucho que ella se empeñase en mantener oculta la relación que les unía.

Del mismo modo que aquella tarde en el lago le prometió su amistad, el día anterior se había visto obligado a darle un periodo de gracia para que asumiera lo ocurrido entre ellos. Ella le había pedido discreción, como si fueran a convertirse en amantes secretos.

Tuvo que reírse de la situación: Valery Sherman, la muy recatada, decorosa

y puntillosa maestra del decoro de la escuela de Damas Selectas de lady Acton proponiéndole una relación de tipo licencioso.

No lo había dicho con esas palabras, como era obvio, pero ambos sabían que no podrían mantener las manos alejadas el uno del otro, o al menos Dunhcan sí lo sabía.

—La señorita Sherman se ha convertido en una alumna avanzada, ¿no cree?

No era la primera vez que Jarvis Bonder soltaba algún comentario casual sobre la profesora de Etiqueta. Era algo a lo que Dunhcan ya se había acostumbrado. Al parecer, el jefe de establos era un hombre observador que lo había «calado» desde el primer día.

Se giró hacia él con un gesto entre cómplice y resignado. Bonder era un hombre de unos sesenta años, delgado pero con una abultada panza que él achacaba a la fantástica cerveza de la zona. Aseguraba que su frugal alimentación no podía haber dado lugar a tal abultamiento. Dunhcan sospechaba que comía más de lo que reconocía, pero era una pérdida de tiempo intentar discutir con Bonder sobre cualquier cosa; era terco como una mula.

—Hay personas que tienen una predisposición natural para la práctica de la equitación —dijo a modo de respuesta.

—También hay quienes ocultan sus aptitudes e intenciones —repuso con un tono que intentó parecer despreocupado, pero que era una indirecta clarísima para él. El hombre nunca estaba ocioso. Mientras hablaban, se dedicó a reparar el pasador de cierre de una de las cuadras.

—¿Acusa a la señorita Sherman de mentirnos, señor Bonder? —inquirió con una ceja enarcada, mientras se preparaba para cepillar a Viena.

El jefe de establos se pasó la mano por la barba bien atusada y le dedicó una sonrisa de suficiencia.

—No. No estaba pensando en ella, a decir verdad.

Sí, claro, eso Dunhcan ya lo sabía. Estaban hablando de él.

—¿Qué es lo que quiere, entonces? Sería de gran ayuda que me lo dijese del

modo más directo posible. La gente de norte no solemos entender los subterfugios como lo hacen aquí, en el sur.

A pesar de la advertencia, el tono de Dunhcan era resignado, pues no solo intuía lo que Bonder iba a decirle, sino que estaba bastante de acuerdo con su motivo para decirlo.

—Mañana me voy con mis chicos a Meryton. Mi hijo Joseph se casa con Betsy Ridder este viernes...

—Enhorabuena —interrumpió.

—Sí, muchas gracias —dijo, restándole importancia con un gesto de la mano—. De modo que estaré fuera unos días. Johnny puede encargarse de ayudarlo en lo que necesite, pero el chico anda en muchas cosas a la vez y a veces se le pasan por alto algunas importantes.

—¿Como vigilar a las alumnas y profesoras? —Dunhcan fue al grano, porque si no el pobre hombre iba a estar dando vueltas sobre ese punto toda la tarde.

—No son ellas las que necesitan vigilancia —adujo con una expresión condenatoria—. No me gustaría descubrir a mi vuelta que ese modo... particular suyo de tratar a la señorita Sherman, nos ha ocasionado algún problema.

Se habría reído a carcajadas si no fuera porque el señor Bonder estaba a punto de agarrarlo por las solapas y estamparle un puño en la cara. A su pesar, tenía que reconocer que respetaba, y mucho, el modo en que aquellas gentes se protegían; desde Thomas Barry, el portero, hasta el ama de llaves o el jefe de establos, pasando, por supuesto, por la propia directora, Eleanor Harper.

Si ese era el grado de protección que establecían para una mujer adulta e independiente como Valery Sherman, no le quedaba otro remedio que compadecer a los pretendientes de las alumnas de aquella escuela. Decidió sincerarse, al menos en parte, con su interlocutor. Habían compartido muchos ratos agradables en las caballerizas y mucho de esos almuerzos no tan frugales de los que hablaba a veces el señor Bonder.

—Cuando vine a Minstrel Valley, no solo lo hice pensando en fundar aquí un negocio, ¿sabe? —Por toda respuesta, el jefe de establos le frunció el ceño y le hizo un gesto con la barbilla para que continuase. Dunhcan suspiró y se dio la vuelta para cepillar el otro costado de la yegua—. Quiero establecerme en este pueblo, formar una familia, ¿entiende? —El hombre asintió, aunque su rostro aún mostraba desconfianza—. Y ya sé con quién quiero formarla. Todo lo que ha visto y lo que verá, está encaminado a lograrlo.

El hombre mayor se llevó una brizna de heno, que tenía en la oreja, a la boca y le echó una mirada que no era la que él había esperado. Seguía pensando si le concedía la absolución, imaginó, porque su ceño seguía fruncido y sus ojos quietos no mostraban la menor muestra de simpatía.

—Pues procure no formarla en mi establo, señor Bissop —dijo a la postre.

Después de semejante lindeza, el hombre le dedicó un último gesto de advertencia, se dio la vuelta y salió por la puerta. Dunhcan no pudo hacer otra cosa que mirarlo con sorpresa. ¿Había sido testigo el señor Bonder de más de lo que él creía? No podía olvidar que gran parte de los acercamientos que había intentado con Valery se habían producido durante las clases, y que la primera vez que los besos les llevaron a algo más, fue sobre el heno de aquel establo.

Se encogió de hombros con resignación y pasó a la siguiente cuadra. Nada de aquello tendría importancia una vez que se hubiesen casado. Era cierto que no había respetado ninguna regla de decoro ni de cortejo con la señorita Sherman, pero la cercanía entre ellos, junto a las reticencias de Valery, había precipitado todos los acontecimientos. Y él no podía estar más satisfecho por ello.

Ahora estaban en un punto en el que tendrían que formalizar su relación lo antes posible. No solo por la dignidad y el honor de Valery, sino por respeto a Eleanor Harper, que con tanta amabilidad lo había acogido en Minstrel House, y a lady Acton, que lo había permitido. No podía poner en riesgo la reputación de su futura esposa y tampoco la de la escuela. Si los buenos vecinos de

Minstrel Valley se enteraban de que Dunhcan Bissop andaba haciéndole la corte a la profesora Sherman de un modo inapropiado, se lo comerían en un caldo para el almuerzo.

Puesto que Valery tenía clase en ese momento y que Dunhcan se había decidido a darle un tiempo para reflexionar, optó por pasar la tarde en la posada.

Angus McDonald le había comentado esa mañana, cuando fue a herrar a tres de los caballos, que iba a pasar un rato por allí cuando cerrase la forja para echar una partida de naipes. Dunhcan no era muy aficionado al juego, pero le agradaba la compañía del herrero. Era un tipo sencillo y alegre, sin grandes preocupaciones ni conversaciones complicadas. Compartían cierto espíritu pragmático y esa preferencia, tan arraigada en Dunhcan, de disfrutar de los momentos agradables tras una larga jornada de trabajo.

Su día comenzaba a las cinco de la madrugada y ya eran las cuatro de la tarde. Sí, le vendría bien despejarse un rato y dejar de pensar en cómo iba a convencer a Valery Sherman para que se casase con él.

Dunhcan llegó a la posada con una sensación de cansancio producida más por la situación con la profesora de Etiqueta que por el trabajo físico desarrollado. El señor Wesley Catesby estaba apoyado en la barra con una pinta de cerveza; lo saludó con un gesto de cabeza, pero no hizo el menor amago de acercarse a saludarlo. Era un hombre bastante solitario, y ese día la taberna de la posada estaba bastante concurrida.

Echó un vistazo alrededor por el amplio comedor dotado de, al menos, media docena de mesas, y sus ojos se abrieron ligeramente al observar la presencia de un sujeto bastante particular: lord Mersett. Aquel debía ser el chino del que le habían hablado, sin duda. Dunhcan jamás había visto a un oriental, y le sorprendió mucho el aspecto tan diferente que presentaba; aunque, a decir verdad, tan solo se trataba de sus ojos. Todo lo demás era bastante similar a cualquier otro ser humano. Estaba acompañado por otros dos tipos. Uno moreno y otro rubio; uno con pinta de simpático, el otro de

reservado.

En la mesa de Angus McDonald también estaba sentado Rudy Hobson, su ayudante en la forja, y también el condestable, Nerian Worth. Estaban charlando con dos aristócratas de la mesa de al lado, que se presentaron como lord Arthur Ashbourn y Andrew Kaye, vizconde Ditton. Dunhcan recordó al punto que ya se había cruzado con Ditton, en el Baile de Primavera, cuando le robó a su pareja de baile. Al parecer, los hermanos de la señorita Kaye y lady Margaret eran tan amigos como lo eran ellas.

A Dunhcan no dejaba de sorprenderle el alto índice de aristócratas que pululaban por Minstrel Valley, aunque, teniendo en cuenta la presencia de una distinguida escuela de señoritas, no era de extrañar.

El posadero se acercó a servirle una jarra de su excelente cerveza mientras se repartían cartas en ambas mesas.

Dunhcan no tendía a fijarse en la apostura de otros hombres, pero por la mirada de fascinación que se dibujó en el rostro de Dorothy Smith, la hija del posadero, cuando salió de la cocina, la taberna estaba bien surtida esa tarde.

—Minstrel Valley tiene pinta de ser un lugar tranquilo, señor Worth — comentó para sacarle algo de conversación al condestable y también para evitar la incomodidad de sentirse observado.

—Ha habido tiempos convulsos, no crea, pero lo cierto es que en las últimas semanas no hemos tenido más incidentes que los de la pobre abuela Joan requisando madera indebida.

—¿Madera indebida? —preguntó divertido.

—¿No conoce a la abuela Joan? —preguntó McDonald con un gesto elocuente—. Tiene auténtica obsesión por tomar trozos de madera de cualquier sitio y llevárselos a casa para encender la lumbre. Solemos dejarle retales por ahí, para tenerla surtida. Pero ella no atiende a razones. Si se le antoja coger un palo de madera que forma parte del carro del padre Ellis, pues le desgracia el carro para llevarse el bendito palo. Y se queda tan a gusto.

Todos se echaron a reír ante las ocurrencias de la señora que, por lo que

pudo comprobar, era muy querida por los parroquianos.

—¿Vas a casa de Begonia Gambier? —inquirió el posadero con tono desabrido mientras rellenaba los vasos de la mesa de lord Mersett.

La pregunta iba dirigida a su hija, Dorothy, que había vuelto a salir de la cocina con una cesta de mimbre y su papalina puesta.

—Solo será un momento —respondió la muchacha con aire compungido.

—No me gusta que andes con esas mujeres de ideas revolucionarias, Dottie. ¿Cómo tengo que decirlo? —continuó Tom Smith con el semblante cada vez más disgustado

—Pero padre...

—Ese tal Joseph Gambier es un carpintero excelente —comentó lord Mersett, como para rebajar la tensión.

—¿Eh? Ah, sí, sí, es un buen profesional —respondió el posadero, quien no tenía ánimos para soltar a su presa—. Te quiero aquí en menos de media hora, Dottie. Tienes que ayudar con la cena.

—Sí, padre —confirmó la muchacha con una sonrisa de alivio—. Tardaré incluso menos. Solo quería llevarle un trozo de bizcocho a la señorita Gambier. Enseguida vuelvo.

La jovencita salió como una exhalación, con toda probabilidad, temiendo un cambio de opinión por parte de su padre.

—Esas mujeres le llenan la cabeza de pájaros a mi Dottie —se quejó el posadero de barriga oronda y aspecto bonachón, con un tono resignado—. Le hablan de no sé cuáles derechos y ella llega a casa con ideas absurdas sobre cómo debo comportarme yo.

—¿De qué mujeres habla, señor Smith? —preguntó uno de los acompañantes de lord Mersett. El moreno de expresión jocosa—. No puede ser tan malo como lo cuenta.

—¡Ja! Y mucho peor, señor Turner, se lo aseguro. Esa chiquilla mía insiste en que tengo que pedirlo todo por favor y en que no tengo que protegerla tanto. ¿Cómo pueden decirle que no debo cuidar de ella? ¡Están todas locas!

—¿Has oído, Wadlow? Hay que pedir las cosas por favor, estoy cansado de decírtelo... —bromeó el joven con su otro amigo, el rubio que estaba sentado a la mesa del chino.

Los tres caballeros se echaron a reír y las mesas de alrededor los secundaron. Dunhcan tuvo que reconocer que había encontrado una conversación más amena de lo que esperaba en la taberna.

—La liga de mujeres no hace daño a nadie, Tom —opinó el condestable—. Solo buscan ciertos reconocimientos que...

—Yo ahí no me meto, señor Worth —interrumpió el buen hombre, quien empezó a mostrarse receloso respecto a su público. Los presentes estaban más por la labor de bromear que de tranquilizar al posadero—, pero que dejen en paz a mi Dottie. Ella tiene mucho trabajo entre manos para andar en reuniones y asambleas.

—Vamos a necesitar que nos rellenen estas jarras, señor Smith —terció Dunhcan con el afán de cambiar de tema.

El posadero ya no estaba de muy buen talante, pues no había encontrado el apoyo masculino que esperaba, y, si la cosa seguía como hasta el momento, iba a acabar despotricando de quien no debía.

—Claro que sí, señor Bissop.

De ese modo se dio por zanjada la polémica, y el dueño de la posada volvió al cabo de un rato, en religioso silencio, para llenarles las jarras. Mientras tanto, McDonald había preguntado por las clases de equitación, cuestión que había atraído la atención de los parroquianos de la mesa de al lado.

—¿Qué tal se desenvuelve Hester? —Quiso saber su hermano, lord Ditton—. Con lo miedosa que es, debe andar todo el rato haciéndose la remolona.

—He de decir que me han sorprendido bastante, porque tienen un nivel admirable de destreza. Hester incluida.

—¿Y qué hay de Margaret? —Eso también lo preguntó el vizconde, en lugar del hermano de la propia alumna.

El tono quería simular aburrimiento, pero Dunhcan sabía que estaba más interesado de lo que quería aparentar. El modo en que se la había robado en la pista de baile era sintomático de un apego mayor.

—Bueno —titubeó. En aquel caso no sabía hasta dónde llevar la sinceridad. Le dio un trago a su cerveza, la cual se deslizó por el gástrico con un sabor intenso y refrescante —, el caso de lady Margaret es bastante peculiar...

—Ah, ¿sí? —preguntó entonces lord Arthur Ashbourn, más interesado.

—Es un tanto temeraria, no sé si me entienden. Desde luego, le pone mucha ilusión y ganas, pero a veces le puede la impaciencia.

—Esa es mi hermana, sí —comentó el aristócrata con resignación—. La ha retratado a la perfección.

—No obstante —añadió con la intención de mejorar la imagen de su alumna —, se ha esforzado muchísimo y, gracias a los consejos de la señorita Sherman, ha conseguido un estilo bastante elegante.

—¿Tienes a la señorita Sherman en las clases? —preguntó McDonald, incorporándose en la silla con interés.

—Sí —respondió del modo más sucinto al tiempo que entrecerraba los ojos.

—Es un hueso duro de roer, ¿eh? —observó el otro con una sonrisa perezosa.

—Te agradecería que no te expresases en esos términos sobre ella —interpeló, molesto.

—No me digas, Bissop —respondió el herrero con evidente interés— ¿Y a qué se debe ese futuro agradecimiento?

—A que no me gustaría tener que llevar a herrar mis caballos a Meryton —observó con un tono que no admitía réplica.

Angus McDonald rompió a reír y le dio un sonoro golpe en la espalda que Dunhcan encajó con absoluta parsimonia. No había sido demasiado rudo, pero, aunque lo fuera, Dunhcan se había llevado topetazos más serios que ese.

—Tenemos aquí a un hombre interesado, Rudy —apuntó con desenfado—.

Ya le has oído, nada de comentarios acerca de la profesora.

—Pero si yo no he dicho nada —respondió el joven, que, en efecto, no había abierto la boca hasta el momento.

—Otra ronda. —Oyó decir a Lord Mersett con aquel extraño acento, en dirección a la barra, mientras observaba a Dunhcan con una sonrisa cómplice.

Hablando de retratarse, él acababa de hacerlo de un modo bastante contundente. Aunque, tenía que reconocer que no le importaba lo más mínimo que Minstrel Valley al completo supiese de su interés por Valery Sherman. Si todo salía según lo previsto, pronto todos la llamarían señora Bissop.

Le devolvió la sonrisa al extranjero y elevó su jarra en un brindis silencioso.

Capítulo 20

No podía seguir posponiéndolo.

La tarde anterior, el señor Bissop le había pedido que hablasen.

Dunhcan, se recordó. Habían empezado a tutearse. En fin, ella había empezado a hacerlo, pues él llevaba varias semanas haciendo uso de esa confianza.

Sabía que tenía que afrontar esa conversación, y aún le extrañaba no haber sido capaz de tenerla, a pesar de que hacía varios días que había decidido hablarle a Dunhcan de su pasado. Fue tras aquel encuentro en los establos de Minstrel House, al día siguiente de la visita de las alumnas a las caballerizas. El día después del «huracán» que había supuesto Elspeth Jemerson para ella.

«Es a ti a quien no puedo sacarme de la cabeza».

Aquella declaración había sido para Valery una especie de revelación, pues había comprendido que, con su aliento o sin él, Dunhcan Bissop había adquirido unos sentimientos por ella, que además eran recíprocos. Y si ambos habían asumido esos sentimientos mutuos, no podían cimentar ningún tipo de relación sobre una mentira. De modo que ella había decidido renunciar a sus secretos, contarle quién era y arriesgarse a quedar al descubierto ante los demás. Aunque eso era absurdo, como bien sabía, porque Dunhcan nunca la traicionaría ni la expondría a ningún peligro.

¿Cómo había llegado a tener semejante confianza en él? Aún le sorprendía la celeridad con la que ese hombre había entrado en su vida y se había ganado

su corazón. Pero, claro, Dunhcan Bissop no había escatimado esfuerzos desde el primer día para deslumbrarla con aquella sonrisa de chico del norte y su encantador modo de perdonar todos los ataques que ella le había obsequiado.

Ella no pretendía tener una relación *impropia*, como él había insinuado con nerviosa cautela la tarde anterior. Tan solo le había pedido que no difundiera lo ocurrido entre ellos, ni diese pie a murmuraciones acerca de la confianza que habían establecido. Pero en absoluto estaba pensando en continuar con aquel devaneo sin un compromiso formal. Sonrió para su coleteo al pensar en la conversación que habían tenido después de la última clase.

—Valery, tenemos que hablar —había farfullado él cuando consiguieron alejarse un poco del grupo de alumnas durante el paseo en que se había convertido la clase de equitación.

—Sí, por supuesto. Soy consciente de ello.

—Por tu actitud, cualquier diría que eres muy ajena a ese asunto y que lo evitas. —Aquello había sonado al enfurruñamiento de un niño pequeño.

—No te he estado evitando, Dunhcan —había respondido ella con tono maternal.

—No, no lo has hecho, pero hay cierta conversación que se supone después de lo que ha ocurrido entre nosotros. Al principio pensé que necesitabas tiempo para recapacitar, pero ahora empiezo a temer que pretendas ignorarla.

En ese punto, Valery lo había mirado con culpabilidad. ¿Eso era lo que había estado haciendo? ¿Fingir que no había pasado nada? No, desde luego que no. Jamás podría ignorar o negar que ahora estaban unidos de un modo indisoluble.

—No te ignoro. No sé por qué dices eso.

—Me refiero a la conversación que debemos tener, Valery. No me conoces ni un ápice si piensas que voy a conformarme con tu propuesta de discreción.

Al principio, Valery no había entendido lo que Dunhcan decía, pero en cuanto hizo memoria, se dio cuenta de que le había pedido que no hiciera pública su *situación* y que él, en lugar de entender que no quería que la

acompañase ese día pregonando al viento lo que habían hecho, había dado por supuesto que se refería a la naturaleza de su relación. Las palabras le habían brotado de la boca antes de pararse a pensarlas.

—¡Yo no quiero ser tu amante! —había barbotado en voz baja pero escandalizada.

—Y ¿qué demonios significa eso? Si puede saberse.

Por un momento, había parecido que estaban hablando distintos idiomas, pero la casualidad no les permitió ahondar en una explicación, pues justo en ese momento apareció el primo de Dunhcan, Wolden Bissop —a quien Valery nunca había visto— y le pidió que fuera de inmediato a las caballerizas porque una de las yeguas se había puesto de parto. Dunhcan había murmurado que era demasiado pronto y se había despedido de ella con un gesto preocupado, pidiéndole además que volviera de inmediato con las alumnas a la escuela.

Valery desconocía la gravedad del asunto, pero le extrañaba que él no hubiera hecho el intento de volver a lo largo de la tarde anterior, después de parecer tan interesado en tener con ella *esa* conversación.

Andaba pensando en eso cuando Nancy, una de las criadas, vino a decirle que lady Acton ya se había levantado y que Sally Findlay, su doncella, le había dejado el periódico en la mesita de noche de la anciana para que subiera a leerse. El desayuno ya habría sido servido, y la anciana debía estar esperándola, pues había quedado en que ese día subiría a charlar un rato con ella.

Subió las escaleras hasta el segundo piso y viró hacia el ala oeste. Recorrió el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación y llamó. No esperó respuesta, pues sabía que lady Acton estaría sola y no tendría la potencia de voz necesaria para hacerse oír. La puerta daba a una zona privada y muy saturada de objetos, que tenían un gran valor sentimental para la condesa viuda.

Lady Acton estaba sentada en la terraza de su habitación, de cara hacia el

interior, imaginó que para que no le molestase la tenue brisa matutina. Sería un día cálido, pero aún soplaban un poco de viento a esas horas de la mañana.

—Buenos días, querida.

—Buenos días, milady. Tiene las mejillas un poco sonrosadas, ¿lo sabía? No habrá estado tomando el sol a escondidas, ¿verdad?

La anciana ensanchó su sonrisa y palpó la silla junto a la suya para indicarle que se sentase. Antes de hacerlo, Valery tomó el periódico recién planchado de la mesita adyacente, y lo abrió para extenderlo.

—Ayer estuve hablando con la señorita Chatham más tiempo del recomendado, cierto. A mi edad ya no me preocupa mucho lucir algunas pecas o incluso un ligero sonrojo permanente, pero Melanie se disgustó muchísimo en nombre de ambas.

—Dios mío. Ay, Dios mío —barbotó Valery con los ojos como platos nada más desdoblar el periódico.

—¿Algo interesante, querida? —inquirió entonces lady Acton.

—Yo... esto... —Fue en ese momento cuando se sentó—. Ay, madre mía.

—No quiero preocuparme, Valery —comentó la anciana con un gesto contrariado—, pero me lo pones muy difícil.

—Ay, lady Acton, ha muerto —susurró.

—Oh, querida —añadió con tono maternal—, ¿algún conocido tuyo?

—El rey, lady Acton, ¡el rey ha muerto! ¡Victoria es reina! —proclamó.

La anciana no hizo ningún comentario al respecto, pero se llevó una frágil mano al pecho. Si hubiera podido sostenerle la mirada y expresar algo con sus ojos, Valery supo que habría sido estupor. No era una noticia esperada.

—«Nuestro amado rey, Guillermo de Hannover, ha fallecido esta noche a la edad de setenta y un años. Su sobrina, Victoria de Kent, le sucede en el trono británico. La princesa ha sido proclamada reina como Alejandrina Victoria I de Inglaterra...» —citó—. También cuenta que el monarca falleció pasadas las dos de la madrugada, pero no especifica qué es lo que ha podido ocurrir —siguió explicando, con el periódico temblando ligeramente entre sus manos.

La noticia ya debía haber corrido como la pólvora por todo el reino, pues había ocurrido dos noches atrás. Los periódicos tardaban en llegar a Minstrel Valley, cuestión que siempre había traído de cabeza a lord Northcott.

—Pobre Adelaida —musitó lady Acton—. Solo puedo compartir su dolor. Esa mujer ha soportado más cargas de las que corresponden a varias vidas.

Valery estuvo de acuerdo con esa apreciación. Si bien el rey había tenido varios hijos ilegítimos antes de su matrimonio, desde su enlace, la reina Adelaida de Sajonia había concebido cuatro veces, y ninguno de esos bebés habían superado los meses de vida. Además, habían tenido que soportar los desaires de los duques de Kent, los padres de la princesa Victoria, durante los últimos años de reinado de Guillermo. ¡Incluso les habían impedido el contacto con ella, que era su legítima heredera!

—Lo lamento por Adelaida, sobre todo por ella —concordó—. Ha sido una reina admirable, y ahora no creo que la duquesa de Kent le permita abrigar algún tipo de relación con la princesa Victoria. Bueno, en fin, ya no es la princesa. Me cuesta mucho hacerme a la idea. Ojalá le permitan una salida digna.

—Espero que Victoria no haya heredado el talante de su madre —suspiró lady Acton—. Adelaida no merece los desaires que esa mujer le ha obsequiado toda la vida. Ha sido una consorte ejemplar, y es una persona a la que tengo en muy alta estima.

—¿La conoce personalmente, lady Acton?

—Sí. Somos buenas amigas, creo. Es una mujer muy atenta y cariñosa, para ser alemana. Siento su dolor, en verdad. ¿Cuándo se celebrará el funeral del estado? Debo mandar mis condolencias, claro. Y Marcus y Olivia deberán asistir en mi nombre.

—No lo dice, milady.

—Por favor, dile a la señorita Chatham que venga cuando te retires. Tendremos que redactar varias cartas.

Valery se levantó, dando por terminada la reunión. Si había alguna otra cosa

interesante en el periódico, no podía imaginar que nada de todo ello les resultase relevante en un momento como ese.

—No, querida, no es necesario que te vayas aún. —Lady Acton era muy intuitiva para adivinar los movimientos de sus acompañantes, claro que el frufú de la falda ayudaba, debía reconocer—. Me gustaría tomar un té. ¿Me lo acercas, si eres tan amable?

Valery se inclinó para servirle una taza a su anfitriona y después volvió a sentarse con el periódico entre las manos, sin dejar de observar las imágenes parejas del monarca recién perdido y de la joven promesa de cambio, el rostro inmaculado de Victoria, en la página principal del documento.

Un rayo de trascendencia la golpeó entonces. ¡Tenían una nueva monarca! ¡Una jovencísima monarca! Y no es que Valery no hubiera experimentado antes un cambio de corona. Desde su nacimiento habían gobernado tres reyes en Reino Unido, pues ella había nacido en tiempos del loco Jorge III.

—Esto lo cambia todo, lady Acton —comentó con el corazón un poco exaltado—. Todo. Nuestras jóvenes habrán de esperar un tiempo prudencial para la siguiente recepción en la corte. ¡Señor, la propia reina será de su misma edad cuando sean presentadas! Algunas incluso serán mayores que ella. Ojalá no sea tan estricta como su madre, la duquesa. La reina Adelaida no se tomaba muy en serio la rigidez del acto, pero Victoria, quiero decir la nueva reina...

—Querida —la interrumpió lady Acton para ahorrarle el apuro—, creo que la laxitud y excesos de la regencia van a sufrir un duro revés. Si en algo tienes razón es en que todo va a cambiar. No estoy segura de que sea algo negativo, por supuesto. Veo en Victoria una fuerza y una inteligencia que quizá, con suerte, hayan escapado a la manipulación de la duquesa, pero habrá que esperar a ver cómo se desenvuelve. Es solo una niña, por el amor de Dios.

—Qué complicada puede llegar a ser la vida —musitó, pensando en sus propias circunstancias y en cómo el azar podía emponzoñar el futuro de una persona.

—Valery, te noto un tanto... afectada en los últimos días. ¿Ha ocurrido algo?

Tan suspicaz como siempre, lady Acton elevó la barbilla en un gesto inquisitivo.

—Estaba pensando en la joven Victoria.

—¿Y quizá un poco en tu propia situación? —Valery permaneció en silencio un segundo y la anciana continuó—. Sé que debe parecerle muy injusto haber sido arrancada de tu vida y de la posición en la sociedad que te corresponde, pero nunca es tarde para hacer público lo ocurrido.

—Sabe que no es eso lo que quiero —le recordó con tristeza.

—Sí, sé que rechazaste esa posibilidad cuando Marcus y yo te la propusimos, o cuando la propia lady Redcliff te instó a ello, pero ha pasado mucho tiempo. Sabes que tienes nuestro respaldo si quieres denunciar lo acontecido. No tienes que aguardar aquí encerrada durante más tiempo si no es lo que deseas.

Valery la miró con afecto, y aunque la anciana no podía ver la expresión de su rostro con exactitud, le sonrió. Se equivocaba al pensar que la vida en Minstrel Valley la hacía infeliz, y se había esforzado muchas veces por sacarla de ese error. Pero quizá su talante de los últimos días había hecho que su protectora se replantease las decisiones que habían tomado en el pasado. Se inclinó hacia ella y le tomó una mano entre las suyas.

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho en mi vida, lady Acton. No pude tener mayor suerte que terminar en este lugar maravilloso, con usted, con todas estas mujeres y niñas que le dan sentido a mi vida. Ya se lo he dicho en alguna ocasión, y lo mantengo —declaró con solemnidad—: mi vida está en Minstrel Valley, y mucho más ahora que...

Se detuvo al darse cuenta de lo que había estado a punto de decir.

—Continúa, querida, por favor... —solicitó la anciana con una expresión expectante en su rostro ajado por los años.

—Yo... me he enamorado, lady Acton.

La anciana se llevó la mano libre al pecho con verdadera alegría en su rostro, y entonces supo que no se había equivocado al confesárselo. Lo menos que podía hacer por aquella mujer que la había protegido y dado un hogar, era compartir con ella su propia ilusión.

—Oh... pero eso... eso es maravilloso, querida. ¿De quién se trata?

Valery rio con auténtica diversión, pero pensó que sería un peligro darle a la anciana más datos para que anduviese tras ellos, obligándolos a caminar hacia el altar.

—Es demasiado pronto para hablar de él. —Aunque, llegado al punto que ellos habían alcanzado, eso no era ni exacto ni cierto—. Lo que sí puedo decirle, lady Acton, es que él me corresponde y que nuestra vida, si es que lo conseguimos, está en Minstrel Valley.

—Mi querida niña —añadió ella con la voz afectada—, jamás pensé que esto fuera para ti algo más que un refugio hasta que pudieras recuperar tu libertad y tu posición. Sabes lo mucho que me empeñé en denunciar a ese canalla de Gerard Clayden y las ganas que tengo aún de encerrarlo en una prisión por lo que quiso hacerte.

—Pero no lo hizo, lady Acton, y no teníamos ninguna prueba contra él. Además, cometí la estupidez de alejarme durante demasiado tiempo. Nadie me hubiera creído. Y, además, él no deja de ser un conde de su majestad.

—Cierto —reconoció ella, dándole una palmadita caritativa en la mano—, muy cierto. Y, ahora, Minstrel Valley se ha convertido en tu hogar. No puedo estar más orgullosa de ello. Me alegra saber que siempre vamos a tenerte cerca. Estas niñas te necesitan, bien lo sabes.

—Y yo las necesito a ellas, lady Acton. Pase lo que pase, sea Valery Sherman o Grace Clayden, yo soy parte de este pueblo y de esta comunidad. No querría estar en ningún otro lugar del mundo —juró con solemnidad.

Horas después, se movía inquieta ante la puerta del establo a la hora de la clase. El señor Bissop, Dunhcan, no solía retrasarse. ¿Y si el parto de aquella yegua se había complicado? ¿Era posible que aún estuvieran afanados en las caballerizas Bissop por aquel asunto? Las alumnas pululaban de acá para allá, dentro del establo y en la pradera adyacente, formando grupos y charlando de sus cosas. Pero Valery no podía concentrarse en nada ni distraerse de algún modo. Tenía una especie de nudo inexplicable en la boca del estómago y solo sabía rezar para que él apareciera.

Se regañó a sí misma por semejante histeria. ¿Qué podía pasarle, a fin de cuentas? Aunque el parto hubiera resultado complicado, no era más que una yegua. A Dunhcan no le pasaba nada, no podía haberle ocurrido nada.

Se llevó un sobresalto cuando atisbó un movimiento parecido al de una persona por el rabillo del ojo. Miró en dirección a la casa del guardia, pensando que quizá era él, que ya llegaba. Pero allí, a lo lejos, no había nadie. La puerta de entrada seguía cerrada, y la figura que su mente había proyectado no se veía por ningún sitio.

Volvió a entrar en el establo y se dirigió a la cuadra de Viena. Cogió uno de los cepillos que había en las cajas de mimbre, distribuidas por el pasillo, y dedicó un momento a cepillarla. No es que le hiciera falta, pero Bobby siempre decía que era un modo efectivo de conectar con los animales, y la yegua parecía tan intranquila como ella ese día.

Con cada pasada, Valery fue olvidando parte de su preocupación y comenzó a recordar algunas de las tardes que habían pasado en la pradera de Askett Abbey. En los últimos días, o quizá semanas, los recuerdos de su infancia se habían vuelto menos dolorosos; habían adquirido aquella pátina melancólica que debían tener las remembranzas de una vida, y no el matiz doloroso que siempre los había acompañado.

Aunque la verdadera paz la halló cuando su oído captó el trote de un caballo que le resultó conocido al instante. Se giró para comprobar cómo el profesor de Equitación entraba en el establo a lomos de Marske, y su corazón

brincó de júbilo.

—Me tenías preocupada —le regañó en cuanto lo tuvo lo bastante cerca como para que nadie les oyese.

Dunhcan le sonrió con expresión burlona y se bajó de su montura con un ágil —y muy varonil— movimiento. Caminó hasta ella y, con una mirada en derredor para asegurarse de que nadie miraba, le plantó un beso fugaz en la boca.

—Esa es una frase que todo hombre desea escuchar alguna vez en su vida —bromeó, al tiempo que se apartaba.

Valery sintió una burbujeante risa subirle por la garganta, pero la contuvo en aras del decoro, porque había algunas alumnas en el establo, aunque estaban entretenidas contándole alguna *aventura* a Johnny, o al menos eso le había escuchado decir a la señorita Kaye unos segundos antes.

—Es que no sueles llegar tarde.

—Al contrario que tú —apostilló con un guiño.

—¿Eso ha sido una crítica a mi carácter? —Valery entrecerró los ojos en su dirección y se llevó las manos a las caderas.

—Como mucho, un recordatorio, porque no tengo nada que objetar a cualquier aspecto de tu carácter, como bien sabes —apuntó con ese deje de galantería que acompañaba algunas veces a sus palabras—. Siento haberla preocupado, señorita Sherman —continuó en voz más alta al ver que se acercaban Tiberia, Amanda y Noelle desde el exterior—, nos hemos pasado toda la tarde y la noche de ayer con la yegua sobre la que vino a advertirme mi primo Wolden.

—¿Todo ha salido bien? —preguntó Tiberia.

—Bueno... —Dunhcan pareció sopesar lo que iba a decir antes de emitir un suspiro y tomar una decisión—, las considero lo bastante adultas para no tener que suavizarles las cosas. Las crías han muerto, sin excepción, pero hemos conseguido salvar a la yegua.

Las jóvenes murmuraron sus reacciones en un tono muy afectado, en

especial lady Amanda, que era bastante más sensible que Tiberia o Noelle. Valery le pasó un brazo por los hombros, justo en el momento que el resto de las alumnas se acercaba a preguntar. Se montó un pequeño revuelo mientras todas las recién llegadas se ponían al día.

Dunhcan les contó que el parto se había adelantado muchos meses, porque la yegua padecía algún tipo de problema que ni siquiera el veterinario de Meryton había sabido detectar. Se habían pasado horas enteras asistiendo un parto que estaba destinado a no crear vida, pero, al menos, la yegua había conseguido superarlo y se sobrepondría en unas semanas.

—Venga, señoritas, no quiero verlas con esas caras largas —las animó el instructor—. Es la vida, aunque no lo crean. La naturaleza es implacable a veces, y no podemos entristecernos por procesos que son naturales. Esa yegua estará como nueva en unos días, y el año que viene volverá a afrontar la maternidad. Como ya les he dicho, así es la vida. ¿Qué les parece si organizamos una pequeña carrera para animarnos?

Aquello terminó de inmediato con cualquier mohín apenado o compungido. Las más arrojadas saltaron sobre sus pies de contentas, y las más rezagadas se llevaron las manos al pecho con horror.

—Síííí —opinó Jane con entusiasmo.

—¡Me pido el primer turno! —anunció de inmediato Noelle.

—¡La que gane se libra de servir el té durante un mes entero! —propuso Margaret, que tenía ciertos prejuicios contra el ceremonioso ritual.

—No, por favor, no me hagáis correr sobre esa bestia —rogó Christine, por su parte.

—Yo preferiría tener un poco más de práctica, la verdad—apuntó Lorianne.

—¿Podemos montar a horcajadas? —sugirió Becca por enésima vez, con un entusiasmo desbordante.

—Me parece muy vulgar. —Fue la aportación de Mariana.

Y así, una por una, manifestaron su acuerdo o sus reticencias, pero al final, el profesor tuvo que calmar los ánimos y asegurarles que no había ningún

problema en organizar tandas de dos, según el nivel de cada una de ellas.

Una vez que hubieron llegado a Mill Road, que era el lugar elegido por Dunhcan para celebrar las pruebas, les dio a todas una serie de indicaciones para que no cometieran ninguna imprudencia. Dispensó a lady Christine de participar y les advirtió a las demás que, si se extralimitaban en algún momento, las privaría de las clases por al menos dos semanas, que era lo mismo que decir que se quedarían sin clases por el resto del curso.

Los equipos quedaron del siguiente modo: Rebecca y Rose Mary, Tiberia y Margaret, Hester y Emily, Amanda y Lorianne, y Mariana y Jane. Al no participar Christine y haberse ausentado Constance para acompañar a la directora en su visita a la abuela Joan, Noelle quedaba sin pareja y pidió a Valery que compitiera con ella.

Así las cosas, se dispusieron los lugares de inicio y meta, y comenzó la competición.

Valery lo pasó de lo lindo viendo cómo las alumnas disfrutaban poniendo a sus yeguas al galope, algo que solo les habían dejado hacer hasta la fecha en contadas ocasiones. Todas ellas fueron muy prudentes, aunque Valery tuvo serio riesgo de padecer un síncope cuando les tocó el turno a Margaret y Tiberia.

—¿Cómo se nos ha ocurrido ponerlas juntas? —susurró a Dunhcan cuando ambas jóvenes, intrépidas como eran, se inclinaron sobre el cuello de sus yeguas para apurar las últimas yardas a una velocidad trepidante y entre gritos de euforia.

Dunhcan le había tomado una mano por debajo de las capas de su falda de montar y había sonreído sin mirarla ni demostrar de modo alguno que un gesto tan íntimo estuviera teniendo lugar allí, en medio de la pradera, en un recóndito lugar del mundo llamado Minstrel Valley. Sus monturas estaban pegadas la una a la otra, bastante separadas del resto del grupo, pues ellos debían observar el desarrollo de la carrera y actuar como jueces en caso de empate. La distancia y la posición les daban cierta privacidad, pero cualquiera

de las jóvenes alumnas podría apreciar el gesto si se fijaba lo suficiente.

—Serás una madre maravillosa —le soltó con la voz preñada de orgullo.

Por un instante, no supo si se había atragantado con una carcajada o con su propia congoja: ¿cómo se le ocurría decirle una cosa así delante de todas las alumnas? De acuerdo que no podían escucharles, porque estaban algo apartados del grupo, pero... pero era una observación muy íntima, muy... comprometedora. La impresión le duró solo un momento, pues al segundo siguiente se dio cuenta de que lo había hecho para embromarla y estudiar su reacción, que vigilaba por el rabillo del ojo, con la mano aún prendida de la suya. Decidida a no dejarse impresionar por aquel humor tan característico suyo, afinó todo lo posible la puya que le iba a devolver.

—Me pasaré el día vigilándote para que no los malcríes —sentenció con voz firme y segura.

Dunhcan perdió la sonrisa y Valery ensanchó la suya cuando se desprendió de su mano y avanzó hacia la línea de salida para su turno en la carrera.

Noelle y ella se pusieron la una junto a la otra, y cruzaron una mirada de complicidad.

No se llevaban más que tres años y tenían mucho en común, o al menos, Noelle tenía mucho en común con la joven que ella habría sido si no hubiera perdido a su familia y huido de su hogar, seis años atrás. Tenía temple y orgullo, era decidida y rebelde, pero tenía un gran corazón y una dulzura innata que desbordaba sus ojos de color castaño y su cabello rubio como el oro bruñido.

—¿Lista, señorita Sherman? —preguntó con una sonrisa de medio lado que iluminaba su cara. Estaba entusiasmada por la carrera, por la posibilidad de cabalgar y sentirse libre.

Valery también lo estaba. Deseaba correr, deseaba notar ese temblor en el estómago, esa percepción de estar flotando...

—Lista, lady Noelle.

Unos pasos delante de ellas, Rose sostuvo a la altura de los ojos el pañuelo

blanco que marcaba el inicio de la carrera. Tomó una honda inspiración y bajó el brazo.

Ambas jinetes se lanzaron hacia delante y azuzaron a sus yeguas con vehemencia. Viena tenía una respuesta muy rápida, y enseguida le sacó un cuerpo a su contrincante, pero Valery notó al instante que no se movía con seguridad. Empezó a virar hacia la izquierda y ella tuvo que obligarla a enderezarse con la baqueta. Viena se recondujo y Valery sacudió las riendas con firmeza para espolearla a correr más rápido. En ese instante perdido, lady Noelle le había tomado la delantera apenas una yarda, por lo que Valery se vio obligada a inclinarse hacia el cuello de su montura para reducir la fricción con el aire y aumentar la velocidad de ambas.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que no lo comprendió. Viena empezó a frenarse y a girarse hacia un lado. No, no era la yegua la que giraba sino ella, comprendió. Intentó sujetar las riendas con todas sus fuerzas y tensó las piernas en torno a la corneta y sobre el estribo tanto como pudo.

—¡Valery! —escuchó a lo lejos, un ínfimo segundo antes de comprender que su cuerpo se separaba del de Viena y se deslizaba sin remisión hacia el suelo.

Solo le dio tiempo a pensar que ojalá fuera césped y no grava lo que tenía debajo, antes de sentir el impacto de su cuerpo y el dolor atroz que la recorrió desde la cadera a la cabeza.

Capítulo 21

Dunhcan intentaba no perder la cabeza mientras abría la parte trasera del vestido para aflojar el corsé. Las alumnas musitaban cosas a su alrededor, pero no lograba entender nada de lo que decían.

Recordaba haber mandado a Noelle Montague a buscar al doctor Wilson, y también haber pedido a Lorianne Bowler que trajese agua y paños de lino. Sin embargo, el modo en que habían llegado a su casa, apenas lo recordaba. Durante el trayecto, no había podido hacer otra cosa que apretar a Valery contra su pecho y buscarle el pulso en la garganta con las yemas de los dedos.

Se había rozado la cara y las manos en la caída, amén de las lesiones que pudiera tener en su cuerpo y que no eran visibles a través del vestido de montar.

El corazón de Dunhcan latía de un modo errático, pero al menos sus manos seguían firmes y diestras mientras apartaban cualquier obstáculo para que ella pudiera respirar bien. El impacto podría haberle obstruido la respiración, o podía haber clavado las varillas del corsé contra su cuerpo.

Un sudor frío le recorría la nuca de forma constante, mientras se afanaba por liberarla de aquel engendro del demonio.

—Déjenos a nosotras, señor Bissop. —Escuchó la pausada voz de Rebecca Grant, al mismo tiempo que visualizó una pálida mano intentando detener su afanosa tarea.

Elevó la vista y comprobó que todas las alumnas le observaban con

distintos grados de preocupación y compasión. Ellas también debían estar conmocionadas por lo que había ocurrido, pero se comportaban con absoluta madurez y cabalidad. Él no podía, de ningún modo, manipular así la ropa de una mujer. Y aunque no había ni una pizca de reproche en aquellas miradas, sí que parecían decididas a velar por el decoro de esa situación tan extrema.

Se apartó despacio, contrariado y confuso. Aún no lograba asimilar lo ocurrido. El momento en que el cuerpo de Valery resbalaba de la montura e impactaba contra el suelo no dejaba de repetirse en su mente, impidiéndole pensar.

—Tal vez debería bajar a esperar la llegada del doctor Wilson —propuso lady Rose—. Nosotras nos encargaremos de acomodar a la señorita Sherman y de limpiar sus heridas.

En ese momento, Lorianne y Mariana entraban con sendas ollas de agua y paños limpios colgados del antebrazo. Lo miraron con una expresión interrogante y después se acercaron hasta la mesita de noche, donde depositaron su carga.

Dunhcan abandonó la habitación con una sensación de irrealidad que le sobrecogía por entero.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había podido suceder algo tan horrible?

Ni siquiera se atrevía a preguntarse cuánto podría ser el daño que había sufrido Valery en esa horrorosa caída. No lograba conciliar su ansia de conocimiento con su miedo a la verdad. Quería que llegase el doctor Wilson, pero temía con toda su alma lo que pudiera hallar en su reconocimiento.

Los segundos se le antojaron horas mientras esperaba la llegada del galeno y de lady Noelle. Deambuló por la cocina con el corazón encogido y el paso nervioso de quien no tiene ningún lugar a donde ir.

—Pase, doctor. —Oyó la voz de lady Noelle, al mismo tiempo que el sonido de la puerta al abrirse.

Corrió hasta el vestíbulo y los saludó de forma apresurada. Guio al doctor hasta la planta de arriba y entró con él en la habitación.

Las alumnas ya habían liberado a Valery del corsé, que descansaba en una silla junto a la cama, y la habían acomodado entre los almohadones.

Verla allí tumbada, tan pálida y con el rostro malherido, le provocó tal sentimiento de desconsuelo que se quedó clavado en el sitio.

«Ella va a estar bien, Dunhcan», se dijo con firmeza.

Había presenciado otras caídas a lo largo de su vida, y aún no conocía a ninguna persona que hubiera perdido la vida por una de ellas, aunque sabía que no era algo infrecuente. Valery Sherman era la mujer más fuerte y valiente que había conocido nunca. Ella no consentiría que una caída como esa le desgraciase la vida.

—Si es tan amable —le decía el doctor Wilson.

—¿Qué? —preguntó confuso.

—Que tiene que salir de la habitación, señor Bissop.

—¿Yo?

—Desde luego que usted —insistió el galeno con el ceño fruncido y una mirada de desaprobación—. No pretenderá que reconozca a mi paciente en su presencia.

—Yo no...

—Cada segundo que tarda en salir de esta habitación es un segundo que perdemos para ayudar a esta joven, señor Bissop.

Aquello le hizo poner pies en polvorosa como ningún otro argumento podría haberlo hecho. Se había quedado paralizado de nuevo, observando el rostro de su amada, rezando en silencio para que todo aquello quedase en un susto.

Varias de las jóvenes alumnas salieron detrás de él, por orden del doctor, que les había asegurado que eran demasiadas personas respirando un aire que la señorita Sherman necesitaba.

Con dulzura, le aconsejaron bajar a la cocina y preparar un poco de té.

—La señorita Sherman siempre dice que no hay nada que no pueda curar un buen té inglés —argumentó lady Jane—. Seguro que agradecerá que le demos uno cuando despierte.

Todas se miraron en ese instante, con una muda súplica en sus ojos. Una silenciosa oración se elevó de todos ellos para que aquello se cumpliera y la señorita Sherman despertase pronto de su inconsciencia.

Tomaron sus respectivas tazas en la cocina, sentados a la mesa de madera que quedaba en el centro de la estancia. No hablaron mucho entre ellos, o al menos Dunhcan no aportó mucho a la parca conversación que iniciaron lady Margaret y Hester para intentar aliviar la tensión.

Cuando el doctor Wilson apareció en la puerta de la cocina, todos se levantaron como impulsados por un resorte.

Dunhcan ni siquiera fue capaz de articular las palabras que su mente gritaba.

—Se recuperará —anunció el doctor sin necesidad de que nadie preguntase—. No tiene ningún hueso malgrado, aunque sí muchas contusiones por el impacto. Acaba de despertarse y siente bastante dolor. No ha querido tomar láudano, de modo que le he prescrito unos unguentos y una tisana que tienen que preparar con esta bolsita de aquí. —Se la tendió a Jane, quien la tomó presta y se acercó al fogón para poner agua a hervir—. Mientras tanto, pueden subirle un poco de té. Señor Bissop —dijo, dirigiéndole una mirada condescendiente—, ha pedido verlo.

Le faltaron segundos para salir despedido de la cocina, no sin antes agradecerle al doctor su intervención. Subió los escalones de dos en dos y se plantó ante la puerta de su propio dormitorio, donde ella guardaba reposo. Al llegar, se detuvo y tomó una honda inspiración para calmarse. Cuando entró, Valery tenía los ojos cerrados, y Noelle, Amanda y Mariana cuchicheaban en un rincón apartado de la habitación.

—Está despierta —le dijo la señorita Salisbury con una sonrisa comprensiva, en cuanto fueron conscientes de su presencia.

En ese momento, Valery abrió los ojos y también hizo el amago de sonreírle, pero el gesto se convirtió de inmediato en una mueca de dolor. Tenía pequeñas laceraciones en la cara, y debían tirarle al mover cualquier músculo.

Se acercó a ella con pasos lentos e inseguros. Rodeó la cama y fue a

sentarse en el lado izquierdo, donde había más espacio. Estuvo a punto de tomarle una mano, pero se acordó de que también las tenía magulladas, y entonces solo pudo mirarla. Aquellos ojos castaños mostraban una entereza y tranquilidad impropias para el momento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con voz ronca.

—Me duele todo el cuerpo, pero el doctor dice que eso es muy normal y que no hay nada que temer.

Dunhcan cerró los ojos por un instante para mantener a raya sus muchos miedos y preocupaciones y le devolvió, acto seguido, una sonrisa confiada y orgullosa.

—Por supuesto que sí. Es normal que te duela, porque te golpeaste muy fuerte al caer, pero no hay ningún hueso roto y eso es lo más importante. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco, pero no me la he golpeado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me dolería más —dijo con una sonrisa cómplice.

Ella debía estar recordando aquel golpe que le había dado en el establo de Minstrel House pocos días antes. Le había preguntado cómo sabía que no le había roto la nariz y él le había contestado esas mismas palabras. Se decidió a acercar su mano a la de Valery, aunque no era adecuado, dada la presencia de algunas alumnas en la habitación.

—Nos has dado un buen susto —reconoció, mientras su corazón y su mente se iban despejando cada vez más. Empezaba a creerse el diagnóstico del doctor. Valery lucía bastante entonada y tenía ganas de bromear. No podía estar muy grave.

—No sabes cuánto lo siento —musitó ella con una sonrisa maternal.

Varias de las muchachas, pues a las tres que ya había en la habitación habían empezado a unirse las que habían quedado en la cocina, comenzaron a carraspear y hacer ruido. Dunhcan no había sido consciente al principio, pero se estaban tuteando y demostrando una intimidad que sus jóvenes pupilas no

debían conocer. A pesar de ese conocimiento, le costó un esfuerzo apartar su mano de la de Valery y ponerse en pie.

—El doctor ha dicho que podríamos trasladarla sin problemas a Minstrel House, que de hecho debíamos hacerlo a la mayor brevedad posible —explicó Rebecca Grant con un tono que mostraba a las claras la preocupación que había llevado al doctor a hacer esa recomendación. Al fin y al cabo, la casa de un hombre soltero no era el lugar adecuado para el reposo de una mujer soltera—. No hemos querido alarmar a nadie, y por eso ninguna de nosotras ha acudido todavía a la mansión, pero ya es casi la hora del almuerzo, señor Bissop. Pronto empezarán a preocuparse.

Se giró hacia ellas y las contempló con auténtico orgullo. Habían demostrado una madurez y una entereza encomiable en aquel episodio. A decir verdad, se habían comportado de un modo más admirable que él mismo. No solo habían mantenido la calma y el aplomo en todo momento, sino que lo habían guiado y consolado cuando él no había sabido ni qué hacer.

—Señoritas, permítanme que les diga que se han comportado de un modo admirable esta mañana. Han demostrado ser personas muy diligentes, además de valerosas. No las he visto flaquear en ningún momento y he de decir que estoy muy orgulloso de todas.

—Gracias...

—Muchas gracias...

Los murmullos de agradecimiento las volvieron tímidas de repente. A todas menos a lady Noelle, que además de no parecer capaz de apocarse en ningún momento de su vida, mostraba una expresión dubitativa.

—Señorita Sherman, si algo de lo que yo haya hecho...

—No, por Dios, Noelle —contestó de inmediato Valery—. No quiero que pienses ni por un instante que lo ocurrido pueda ser culpa tuya. Algo le pasó a mi yegua, o a mi silla... —Acompañó la explicación de un gesto de sus manos que mostraba su confusión al respecto—. No lo sé, pero el caso es que en ningún momento estuviste lo bastante cerca para ser la causante.

La joven cerró los ojos con evidente alivio y asintió.

—Lady Amanda, lady Jane, ¿podrían adelantarse a Minstrel House para avisar de lo ocurrido? —inquirió Dunhcan para disipar el momento de dramatismo—. Yo traeré el *barouche* hasta la puerta y me encargaré de bajar a la señorita Sherman con el máximo cuidado posible. El resto nos seguirá a caballo detrás del carruaje. Iremos despacio, para que el traqueteo no le provoque dolores innecesarios a su profesora.

Se giró hacia Valery para confirmar que estaba de acuerdo con todo lo que él había sugerido, y ella le devolvió una sonrisa orgullosa seguida de un asentimiento de cabeza.

—Pues bien. En marcha.

Capítulo 22

Con cada escalón que subía, Dunhcan procuraba templar su enfado. Se decía a sí mismo que poco podía conseguir con intimidación e intransigencia, pero le provocaba —y mucho— zarandearla por los hombros y exigirle a gritos una explicación a lo que acababa de descubrir.

Decir que se le había congelado la sangre en las venas al ver los cortes irregulares en los latiguillos de la cincha principal podía ser una exageración, pero era puro frío lo que le había invadido. Incredulidad también.

¿Qué sentido tenía que alguien quisiera provocar la caída de una sencilla y remilgada profesora de una muy respetable escuela de señoritas en el condado de Hertfordshire?

Incluso había llegado a decirse que podía no ser ella el objetivo del ataque, pero desde que había vuelto a montar, Viena se había convertido en la montura de Valery para todas sus salidas. Si alguien había cortado —de forma lamentable— las correas con la intención de hacer daño, el objetivo no podía haber sido más claro, pues las monturas no se intercambiaban entre unas jinetes y otras. Aun así, rezó para estar equivocado.

No, qué bobada. Sabía de sobra que habían atentado contra ella. Valery tenía sus secretos, bien que lo sabía. Secretos que acababan ese mismo día.

«Más te vale tener una explicación coherente», juraba mientras avanzaba por el pasillo.

Llamó a la puerta con impaciencia y, segundos después, Melinda Culier

abrió la puerta.

—Buenas tardes, señor Bissop —lo saludó con una sonrisa afable.

—Buenas tardes, señorita Culier —saludó al entrar en la habitación. Sus ojos volaron hasta encontrar los de Valery. Tenía mucho mejor aspecto y lo observaba con expectación—. ¿Podría dejarme a solas un momento con la señorita Sherman?

—Uy, me temo que ella no aprobaría semejante comportamiento —dijo con sorna.

—No es lo más adecuado, sin duda —terció ella desde la cama donde le habían ordenado guardar reposo.

—Tengo que hablar cont... con usted de un tema muy serio —le dijo a ella con voz un tanto enconada—. Solo serán cinco minutos.

Valery frunció el ceño y lo contempló con una seriedad muy a tono con la situación que se avecinaba. Dirigió una mirada resignada a Melinda y asintió con la cabeza.

—Está bien. Deja la puerta abierta, Melinda.

—Serán mucho más que cinco minutos —le susurró él a la joven—. Y cierre la puerta, si es tan amable.

Una sonrisa de bribona iluminó el rostro de la muchacha.

—Entraré si oigo una voz más alta que otra —susurró ella a su vez.

Sonrió a su pesar y le hizo un guiño. Era, sin duda, la persona que mejor le caía de toda la escuela. Su viveza y picardía la convertían en una de las mejores compañías de Minstrel House, y en una gran aliada para un hombre que gustaba de transgredir las normas.

—Valery, ¿hay algo importante que no me hayas contado? —preguntó mientras se aproximaba a la cama— ¿Has discutido con alguien en la escuela?

—No —respondió ella tras un instante de reflexión—. ¿Por qué?

—Alguien cortó la cincha de tu silla. Intentaron hacerte daño.

Al principio lo miró con más incredulidad que miedo, pero de inmediato su semblante se tornó más pálido y sus ojos bajaron hasta su regazo.

—Debe ser un error —musitó—. Un accidente.

Dunhcan combatió de nuevo el instinto de alzar la voz. Estaba muy ofuscado aún, asustado también. Y no iba a llevar muy bien que ella negara la evidencia.

—Fue premeditado. Alguien quería que te cayeras de la yegua —tronó— y empiezo a creer que tú sabes quién podría haber sido.

—Yo no... No lo sé.

Sus ojos seguían clavados sobre su regazo y la voz le salía inestable, como poco.

—¡Valery! No me mientas, por lo que más quieras —gruñó sin elevar el tono tanto como para que Melinda Culier se viera en la necesidad de entrar a salvar a su amiga—. ¿Crees que no sé que ocultas cosas? Finges no saber montar, las cosas que cuentas de tu familia, las que no dices... Es como si te colgaras un cartel de «se busca» del cuello. ¿Quién te quiere muerta?

Ella empalideció al escucharle y elevó el rostro hacia él. Tenía los ojos abiertos por la conmoción y acto seguido se cubrió la cara con las manos.

—Dunhcan, por favor...

Avanzó otro paso más y se sentó junto a ella en la cama. Le retiró las manos y la obligó a levantar la barbilla. Estaba más furioso que asustado en ese momento. Era más que evidente que no se había equivocado al pensar que Valery tenía enemigos y que ella los conocía de sobra. No había mostrado sorpresa ante lo que le había revelado. Conmoción, sí, pero preñada de un reconocimiento que no le había pasado inadvertido.

—¡Nada de por favor! Eres la persona que más me importa en el mundo, te amo más que a mi propia vida, y jamás podré perdonarte si no me permites protegerte.

—¿Qué has dicho? —susurró ella con los ojos brillantes.

—Ah, no. No me vas a sacar lisonjas ni declaraciones. Estoy muy enfadado contigo. ¡Empieza a hablar!

Para su sorpresa, Valery le sonrió. Fue un gesto más maternal o resignado que de auténtica alegría. Acababa de confesarle lo que sentía por ella y él

mismo había notado que el corazón se le oprimía al escuchar sus propias palabras. Pero la situación era demasiado seria, y quería explicaciones; por encima de todas las cosas necesitaba saber a qué se enfrentaba, para calmar el miedo atroz que había sentido minutos antes en el establo.

Valery cogió una de sus manos, se la acercó hasta la boca y le dio un beso sobre la yema de los dedos índice y corazón. Después, se dejó caer sobre los almohadones y suspiró.

—Está bien, pero no te va a gustar.

Haciendo caso omiso del ceño fruncido, los conatos de interrupciones y los «Valery, por Dios» que exclamaba Dunhcan, le contó con hartos detalles lo ocurrido desde que su padre falleció de escarlatina. Liberó una parte de su amargura por no poder compartir con nadie lo que había significado su familia para ella, por haber tenido que silenciarlos durante tantos años. Le explicó quién era Gerard, actual conde Haltonshire, y lo que había pretendido hacer con ella. También le habló de Londres y de la casa de mala vida donde había servido hasta aquella noche en que se vio envuelta en la bacanal de opio. Le detalló los planes de lady Redcliff y cómo la había ayudado a ocultarse hasta que cumpliera los veinticinco años y pudiera reclamar su herencia.

Y, por obvio que pareciera, le sorprendió el gran peso que sintió desaparecer de sus hombros.

—Grace —barruntó él—. No te veo con ese nombre.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Eso y que voy a matar a ese hijo de puta malnacido. ¿Mejor así?

Valery se horrorizó por semejante vocabulario, pero lo que brotó de su boca fue una carcajada. De repente, las palabras le habían sonado más grandes que la propia habitación y que todo Minstrel Valley. Por qué aquello le hizo gracia era un completo misterio. Supuso que, como todo lo relacionado con ese

hombre y los sentimientos que le despertaba, no tenía otra explicación que lo tontamente enamorada que estaba de él.

—De modo que tenemos todos los motivos para pensar que Haltonshire te ha encontrado y que pretende terminar el trabajo —concluyó él, pensativo mientras acariciaba su palma con el pulgar—. Pero hay algo que no cuadra. ¿Para qué librarse de ti cuando no puede acceder a la herencia a menos que sea tu marido?

—No tengo la menor idea, a no ser que le mueva la venganza o que sea la propia lady Mossling quien ha cortado las cinchas. Ella me odiaba sin remisión.

—Tal vez el testamento no contemplaba la posibilidad de que tú murieses. ¿Qué ocurriría en ese caso, si no estás casada?

—La herencia vuelve a manos de los Sherman, la familia de mi madre.

Dunhcan se quedó mirándola con un brillo de sospecha en los ojos.

—Valery, si todo lo que tenías que hacer para conseguir tu dinero era casarte, ¿por qué no lo has hecho hasta ahora? Eso habría evitado que Haltonshire tuviera cualquier motivo para hacerte daño.

Ella profirió un bufido impropio de una dama. Si se paraba a pensarlo, su padre había sido un soberano tonto al estipular ciertas condiciones en su testamento. No podía imaginar cuán impedida e indefensa la había dejado ante Gerard.

—Mi tutor tiene que aprobar al hombre que me despose. Era una de las estipulaciones del testamento de mi padre. Aún era muy pequeña cuando lo redactó, y creyó conveniente que un hombre de la familia, el futuro conde, que habría de ser mi hermano, tuviera cierto control sobre ese tipo de decisiones. Estoy segura de que su intención era evitar a los cazafortunas —lo defendió—, y probablemente pensaba que Albern heredaría el condado y se haría cargo de nosotras. Pero todo se precipitó, y él...

Las lágrimas pugnaron por desbordar sus ojos. Había conseguido mantenerlas a raya cuando le contaba a Dunhcan todo acerca de su familia,

pero en ese instante, al imaginar el sufrimiento de su padre si viera todo lo acontecido a raíz del testamento, se le hizo muy doloroso asumir su patente fracaso.

«Pobre papá», se lamentó. De haber sabido que toda la familia se vería arrasada por la escarlatina y que ella acabaría sola en el mundo con un hombre despiadado como Gerard Clayden, habría hecho las cosas de un modo muy distinto. De repente, le pareció injusto que alguien que había amado a su familia como lo había hecho Walter Clayden no tuviera el descanso eterno de haber dejado protegida a su hija pequeña.

Notó que los brazos de Dunhcan rodeaban su cuerpo, y la reclinaba contra él.

—Me temo que todo esto es muy doloroso para ti. Y yo no dejo de presionarte para recordar todos los detalles. Soy un completo bruto.

—Los echo tanto de menos —confesó entre sollozos, que habían comenzado a brotar de su pecho al poder reconocer ese duelo en voz alta.

Casi desde el primer momento en que supo que se había quedado sola en el mundo, construyó unas rígidas defensas en torno a su corazón. No tenía derecho a lamentarse, pues otros vecinos y amigos habían perdido tanto o más que ella. No había querido que la tristeza anidase en su corazón y que la transformara en una persona amargada. No se había permitido admitir ante nadie el profundo dolor que aún sentía en el pecho cuando evocaba los rostros de todos ellos.

—Tranquila, mi amor. Lloro. Te hará bien.

Y eso hizo. Se dejó mecer por los brazos de Dunhcan Bissop y por la pena contenida durante años. Se enjugó las lágrimas en la camisa blanca impoluta de él y se apretó fuerte contra su pecho hasta que toda la presión abandonó su corazón y su garganta.

Entonces, él se apartó y terminó de limpiar su rostro de la humedad de su tristeza.

—Estás terriblemente hermosa en este momento —musitó con un brillo de

deseo en los ojos—. Si no me produjesen tal congoja tus lágrimas, diría que jamás te he visto tan bella como ahora.

Valery se inclinó hacia él y alcanzó los labios con los suyos. Ahuecó las manos alrededor de su rostro y lo besó con un anhelo casi fiero. Él la tomó con cuidado por la cintura, la elevó y la dejó caer sobre su regazo mientras prolongaba el beso y la envolvía en el tierno calor de sus brazos. Sus manos se recorrieron el cabello, los hombros y la espalda con urgencia, con el imperioso deseo de tocar más, de llegar más adentro en la piel del otro.

—Ejem —carraspeó Melinda—. Tenéis que dejar eso, chicos. Viene Eleanor con lady Acton.

Valery se sintió helada cuando todo el calor que le proporcionaba el cuerpo de Dunhcan desapareció de repente. La había medio lanzado contra los almohadones, se había incorporado de un brinco y se estaba atusando el cabello y recomponiendo su camisa ante la mirada divertida de Melinda. Ella solo pudo boquear mientras sus manos aún quedaban suspendidas donde antes había estado el cuerpo que la abrazaba.

—No queremos precipitar las cosas —le dijo él con un guiño justo un segundo antes de que ella escuchara el característico chirriar de la silla de ruedas de lady Acton y se dejara caer sobre los almohadones con un suspiro complacido.

Aunque breve, el interludio apasionado con Dunhcan le había dejado el cuerpo con ganas de más, y también con la plena satisfacción de que él comprendía todo lo que ella había hecho en el pasado para salvaguardar su honor y su integridad. Aún la deseaba, aún la encontraba hermosa, y —estaba casi convencida— no dejaría que una herencia, o unos meses de espera, borrasen esos sentimientos.

«La paciencia es amarga, pero los frutos son dulces».

Lady Gertrude Mossling había respirado, masticado y digerido amargura durante demasiado tiempo. Y, al fin, estaba cerca de saborear los dulces frutos.

La vida no había sido justa con ella, o no siempre le había reportado los beneficios de sus desvelos. Casada a los veinte años con el acaudalado y avejentado barón Mossling, había soportado del modo más estoico la convivencia con aquel ser rancio y repugnante que, por otro lado, le había reportado la posición y riqueza que siempre había soñado. Su sueño de alcanzar la gloria aristocrática se había hecho realidad de un modo bastante sencillo, pero se había enturbiado casi de inmediato. A pesar de su sacrificio, no había podido concebir un heredero que le garantizase la perpetuidad de la posición que otorgaba la baronía. Sin un hijo varón, el título pasaría a un primo de Mossling en cuanto él muriese. Engendrar uno se convirtió en una obsesión que le llevó a buscar un amante joven y vigoroso. Quiso la casualidad que se topase con el atractivo Gerard Clayden, de quien por desgracia tampoco pudo quedar embarazada. Tuvo que asumir su infertilidad casi al mismo tiempo que la pérdida de todo su mundo, pues no pasaron muchos años antes de que el viejo barón finase.

Entonces, Gerard se convirtió en su benefactor, pues procedía de una buena familia y se había encaprichado con ella al punto de la adoración. Se alegró tiempo después de haberlo conservado, pues el destino volvió a soplar a su favor cuando él heredó de forma inesperada el condado de Haltonshire. ¡Gertrude había estado radiante de felicidad!

Pero el condado no era todo lo acaudalado que ella hubiera deseado. No habían tenido que sufrir estrecheces, pero nada semejante a los dispendios de los que una vez había gozado. Para recuperar esa vida, era necesario tomar una serie de medidas que Gerard se había negado a poner en marcha con esa debilidad tan característica de los hombres.

Durante semanas, Gertrude tuvo que hacer uso de todo su ingenio y paciencia para convencerle de que el único modo de gozar del respeto que

merecían era obtener la fortuna de la heredera de la familia del anterior conde de Haltonshire: tenía que casarse con lady Grace, e, indefectiblemente, ella tenía que morir para que Gerard pudiera ser el legítimo dueño de toda la fortuna de la familia. Y compartirla con ella.

Los acontecimientos que tuvieron lugar después, hicieron imposibles todos los sueños que ella había proyectado de manera minuciosa. La maldita mocosa había desaparecido, condenándolos de nuevo a la mediocridad.

Salió del establecimiento de la señora Isabella Gibbs con mucha más información de la que había esperado obtener con unas inocentes preguntas acá y allá. Ni siquiera había tenido que mencionar la Escuela de Señoritas de lady Acton. La respuesta a sus problemas inmediatos había surgido de forma natural a través de la conversación que mantenían las mujeres presentes en la tienda acerca de la leyenda local. ¡Era demasiado bueno para ser cierto!

Aún tenía que estudiar la manera de acceder a la escuela, pero, respecto al modo de deshacerse de Valery Sherman, aquellas mujeres le habían ofrecido sin saberlo una estratagema de lo más efectiva.

Abandonó la plaza con discreción, asegurándose de que el ala de su bonete la protegía de miradas curiosas y contrarrestaba de algún modo el riesgo que había corrido al visitar aquel pueblo. Dudaba mucho que alguien fuera capaz de recordarla, en caso de que llegasen a preguntar por ella, pero había tenido la precaución de decir que estaba de paso por el pueblo y que había venido con su esposo a estudiar la botánica de la zona.

Una vez en su carruaje, suspiró y se llevó los dedos a las sienes. ¡Cuánto odio había albergado hacia esa joven estúpida! ¡Cuántos años perdidos por su culpa! ¡Y cuán inútil resultaba Gerard para ejecutar cualquier sencillo plan!

No debería haber permitido que él se hiciera cargo del fallido *accidente* de caballo. Seguro que había estado tan nervioso y descontrolado que no había hecho otra cosa que rasgar la cincha de la montura sin llegar a completar el trabajo.

Había cometido errores imperdonables con él. Nada de todo aquello habría

ocurrido si no hubiese cedido a sus deseos de respetar el luto por la muerte del conde de Haltonshire y del resto de su familia. Debería haberle instigado a casarse con la muchacha de inmediato, con la excusa de ampararla tras haber quedado sola en el mundo. De seguro, nadie hubiera puesto el grito en el cielo por un suceso como ese en medio de la más absoluta ruralidad.

Cuando al fin llegó a Meryton y entró en la habitación de la posada donde se alojaban, pues hacerlo en Minstrel Valley habría sido peligroso, encontró a Gerard nervioso, paseando por la estancia como un animalillo enjaulado.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, exaltado.

Gertrude procedió con calma a desprenderse de sus guantes y de su bonete antes de contestar.

—He estado haciendo averiguaciones en Minstrel Valley.

—¡Por Dios, Gertrude! Has enloquecido —gimió él—. ¿Y si alguien te hubiera reconocido?

—Tranquilo, Gerard. No debes preocuparte por eso. He sido muy cauta y nadie ha sospechado ni lo más mínimo. Sin embargo, he obtenido información muy valiosa.

—¡Pero Grace podría haberte reconocido!

Si alguna vez una mujer había tenido que tratar con un hombre histérico, ella era esa mujer y ese era el momento. Por suerte, Gertrude había desarrollado una habilidad consustancial para aplacar las preocupaciones y desvaríos de aquel hombre en concreto.

—Mi amor, lo tengo todo bajo control —le dijo al tiempo que se acercaba y rodeaba su cintura con los brazos—. ¿Cuándo te he defraudado?

—Siento que en cualquier momento alguien va a localizarnos y...

—Lo he estado pensando —le interrumpió—. Corremos un riesgo innecesario con tu presencia aquí, querido. Lo más sensato en estas circunstancias sería que volvieras a Oxford y que te encontrases en casa cuando ocurra el desenlace. Yo puedo encargarme de todo.

—¿Tú vas a...? —La miró con sorpresa—. No. No, mi amor. No puedo

consentirlo.

Gertrude contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Desde el día en que Gerard heredó de modo inesperado el condado de Haltonshire, había sido ella quien había orquestado y dirigido todas y cada una de las acciones encaminadas a obtener la herencia de la familia Sherman, la rama materna de lady Grace, que ella tan convenientemente había honrado en su vida clandestina. ¿Acaso creía que le iba a temblar la mano a la hora de quitarle la vida a esa maldita mocosa que tanto sufrimiento le había causado? Por el amor de Dios, Gertrude nunca había dudado de que sería finalmente su mano la que ejecutase el plan. A Gerard le faltaba valor, siempre le había faltado.

—Me siento capaz de hacerlo. Lo haré por nosotros, mi amor. Y nadie podrá hacer recaer en ti la culpa, pues estarás en tu hogar, y habrá muchos que podrán atestiguarlo. Cuando se descubra la identidad de lady Grace, el albacea de su testamento no tendrá más remedio que hacerte llegar su herencia a ti. Entonces, tú y yo nos casaremos, mi amor. Yo seré tu condesa, y tú serás un hombre muy rico.

—A veces pienso si no habría sido mejor vivir con las rentas de Haltonshire y olvidarnos de la herencia de los Sherman —comentó él con la mirada perdida.

Le ocurría con frecuencia. Remordimientos... Y siempre conseguía distraerlo del mismo modo. Comenzó a desnudarse e inmediatamente los ojos de Gerard dejaron de vagar por la habitación.

Capítulo 23

—Debería haber hecho caso a lady Acton —reconoció Valery con una mirada de disculpa dirigida a la gran dama—, pero en aquel momento solo quería olvidar. Necesitaba algo de paz en mi vida, no una batalla legal de resultados inciertos, y me oculté aquí, en Minstrel Valley. Siento muchísimo haberos mentido.

En la habitación solo se habían congregado sus amigas más íntimas, aunque pronto todo el colegio sabría que ella era en realidad lady Grace Valery Clayden Sherman. Annie Thompson se había mostrado muy afectada por la noticia, o más bien por el relato de todo lo que le había ocurrido en su juventud. Eleanor había exhibido, por momentos, ciertos arranques de cólera contra Gerard Clayden, arranques que solo había manifestado con su incapacidad de permanecer sentada en la silla, por lo que llevaba media hora moviéndose inquieta alrededor de ella. Valery buscó entonces la mirada olivácea de Melinda. No había reproche en sus ojos, pero tampoco sorpresa, sino más bien un rastro de entendimiento. Su amiga solo estaba colocando las piezas en los huecos que faltaban.

—Había algo roto dentro de ti —observó Melinda con su atención puesta en algún punto a los pies de la cama donde Valery guardaba reposo—. No dejabas de asustarte por casi todo, y tenías una mirada vigilante. —Entonces, elevó el rostro hacia el suyo y le dedicó una sonrisa tristonosa—. Me parece que algo hicimos bien contigo porque hace mucho tiempo que no veo a esa

jovencita.

—Me hicisteis todo el bien que unas amigas pueden hacer a otra, aun sin conocerme de nada, aun sabiendo que guardaba secretos. —Empezó a notar un nudo en la garganta y un picor bastante elocuente de nariz—. Minstrel Valley me curó. Vosotras lo hicisteis, y yo no he hecho otra cosa que pagaros con mentiras.

—Bueno, querida —terció lady Acton—. No es momento para reproches ni para inútiles culpabilidades. Lo importante es que ahora has desvelado tus orígenes, por motivos que, además, me parecen muy acertados.

—Si Gerard Clayden ha tenido algo que ver con mi accidente, puede que lo intente de nuevo —añadió—, y es importante que todos en la escuela tengan los ojos bien abiertos. No dije nada porque me pareció una sensación absurda, pero ayer, antes de las clases, creí ver a alguien en la puerta exterior de la mansión, junto a la caseta del guardia. Fue un segundo, y no había nadie cuando miré con atención, pero ahora creo que él podría haber estado observándome.

—El señor Bonder está en Meryton para la boda de su hijo —recordó Eleanor—. Eso ha debido de darle muchas facilidades a ese malvado. Pero te garantizo que Johnny no se va a mover del establo hasta que esto se resuelva. Ha jurado que dormirá allí.

Valery tuvo que sonreír ante la entrega del jovenzuelo. Era un chico adorable, noble y afectuoso, que hacía que todo el mundo lo quisiese en Minstrel Valley. Era muy protector con las mujeres, incluso con las que eran mucho mayores que él.

—No pienso volver a montar a caballo hasta que aclaremos lo ocurrido...

En ese momento, llamaron a la puerta, con golpes suaves pero claramente masculinos. Valery sintió un revoloteo en la boca del estómago, producido por el conocimiento de que era Dunhcan quien estaba tocando. Había ido a buscar al condestable del pueblo, pues consideraba *inaplazable* denunciar los hechos ante la autoridad.

El señor Worth entró en la habitación con aire remolón y las mejillas sonrosadas. Presentaba una estampa bastante curiosa y atractiva aquel hombre grandullón avergonzado por pisar la habitación de una fémica, aunque Valery solo le dedicó un instante de sus pensamientos. Tras él entró Dunhcan, guapo a rabiarse con una chaqueta de color burdeos, a juego con el chaleco que se ajustaba sobre su abdomen como un guante. Aquel hombre no tenía una onza de grasa en todo su cuerpo, y había momentos en que la ropa se convertía en una ostentación silenciosa de su virilidad.

—Lady Acton... Señoritas —saludó Nerian Worth. Sí que estaba un poco cohibido, incluso su postura lo proclamaba—. Lamento tener que visitarla en estas circunstancias, señorita Sherman. Oh, lo siento, es lady Grace, ¿no es cierto?

—Buenas tardes, señor Worth —saludó ella, intentando demostrarle que no se sentía agraviada en absoluto—, y muchísimas gracias por acudir a mi llamada. No se sienta incómodo por el lugar del encuentro. El doctor Wilson ha sido muy explícito respecto a mi necesidad de guardar reposo y a no moverme de mi habitación en, al menos, una semana. Por favor, tome asiento.

—Prefiero quedarme de pie —sostuvo mientras sacaba una libreta pequeña y una de esas nuevas plumas metálicas que también tenía el profesor Lionel Hastings—, lady Grace.

—Por favor, llámeme Valery, o señorita Sherman, se lo ruego —dijo ella, un tanto divertida por el hecho de que el condestable no supiera qué tratamiento debía darle. Sospechaba que era algo que iba a empezar a ocurrirle a todo el mundo.

—Bien, señorita Sherman, cuénteme lo que ha ocurrido.

Con una mirada dirigida a Dunhcan, quien tampoco se había sentado, sino que permanecía apoyado contra la puerta de su habitación con una mano metida en el bolsillo de su pantalón y los pies cruzados en actitud relajada, se decidió a relatarle al señor Worth los detalles relevantes sobre su pasado para el suceso que les atañía.

—... y nunca he vuelto a saber nada de ellos en estos seis años. No puedo imaginar cómo han logrado encontrarme, porque en Minstrel Valley nadie conocía mi identidad. Lo que sí puedo garantizarle es que no hay otra persona que tenga algún interés en hacerme daño. Si han manipulado mi silla de montar, solo se me ocurre que puedan ser ellos.

Les había contado a todos acerca de lady Mossling, y de su complicidad con Gerard para intentar asesinarla después de que se convirtiese en lady Haltonshire. Eleanor había tenido que servirse un vaso de agua en ese momento preciso. Valery se debatía entre la diversión por verla en ese estado de incontrolada excitación, y el incommensurable afecto que despertaba en ella aquella ira solidaria. Allí donde Melinda era pragmática y despreocupada, Eleanor Harper era una especie de madre protectora. Ambas afrontaban la vida y los acontecimientos de un modo muy distinto. Las quería como si fueran sus propias hermanas.

—Esa herencia, señorita Sherman... ¿cómo la recibiría lord Haltonshire a su muerte?

—De ningún modo, señor Worth. Es algo que no nos explicamos —dijo en alusión a Dunhcan, que la observaba con aquellos ojos color ámbar preñados de orgullo—. El dinero de la familia Sherman lo heredábamos mis hermanos y yo a la muerte de mi madre. Mis herederas directas, puesto que no tengo hijos ni me he casado, serían mis primas de York. No tienen ningún sentido que quieran hacerme daño a cuenta del dinero. Creo que se trata más bien de venganza, ya que no consiguieron realizar sus planes.

El señor Worth apuntó eso último mientras negaba con la cabeza.

—Sea como fuere, esa gente es muy peligrosa, señorita Sherman. Tengo que pedirle que alguien se encargue de que siempre esté acompañada.

—¿Acaso cree que alguien podría intentar hacerle daño aquí? ¿En Minstrel House? —preguntó con cierto horror lady Acton.

—Es casi imposible, milady, pero no quiero correr más riesgos de los necesarios —argumentó al tiempo que cerraba la libreta y guardaba la

elegante pluma en el bolsillo interior de su chaqueta color ocre—. Hoy mismo comenzaré a indagar sobre cualquier hombre con la descripción que me ha dado o sobre una pareja con esas características. Antes de venir aquí hemos pasado por The Old Flute —añadió con una mirada a Dunhcan Bissop— y no hay ningún huésped nuevo que coincida con ellos. Tan solo un tal Farrell, pero es demasiado corpulento y moreno para ser nuestro hombre. Además, llegó esta mañana de Londres, tal y como ha confirmado el posadero. —Con un último vistazo a todas las presentes, efectuó una venia y se acercó hasta la puerta—. Las mantendré informadas, señoritas. Milady...

Lady Acton le dedicó un asentimiento de cabeza, y tanto Melinda como Eleanor lo despidieron con educación.

—Lo acompaño a la puerta —anunció Dunhcan, y salió con el condestable.

—Bueno, querida, ya lo has oído —comentó la anciana nada más salir ambos hombres—, debes estar acompañada y vigilar a tu alrededor. No creo que pueda ocurrirte nada en esta casa, pero en una semana estarás correteando por ahí de nuevo y el peligro aumentará de manera ostensible.

—Yo me encargaré de acompañarla, lady Acton —aseguró Eleanor.

—Y yo, en la medida en que lo permitan las clases —agregó Melinda.

—Hemos decidido que Eleanor imparta tus clases esta semana, Valery —le explicó lady Acton—. No queremos que las rutinas de la escuela se vean afectadas por este incidente.

—Por supuesto, lady Acton —coincidió. Lo que menos quería era causar un trastorno al resto de profesores.

—Tus alumnas han preguntado por ti. —Melinda se acercó a la cama y le tomó la mano—. Se quedaron muy preocupadas por el accidente y han solicitado permiso para venir a verte. Les he dicho que son demasiadas y que necesitas reposo, así que están organizando grupos de tres para no agobiarte.

Valery rio por aquello y le dio un fuerte apretón a su amiga en la mano. El hecho de que hubieran asumido con tanta naturalidad los secretos de su pasado, era algo que la llenaba de un inmenso alivio y gratitud.

—Van a ser unos días entretenidos en lo que las pongo al día de mi nuevo estatus.

—Se van a caer redondas de la impresión —opinó Melinda entre risas.

—¿Creéis adecuado ponerlas al tanto de todo lo ocurrido y del hecho de que Valery es la hija del conde de Haltonshire? —preguntó lady Acton con el ceño fruncido.

Todas se quedaron pensativas por unos instantes. Valery lo ponderó con mucha seriedad pues, aunque no era del todo necesario que sus alumnas conocieran cada detalle de la investigación que se había puesto en marcha, sí que debían ser informadas de que alguien intentaba hacerle daño. Los motivos de ello no tardarían en salir a la luz en cuanto dos o tres de ellas se pusieran a hacer preguntas. Temía en especial las dotes inquisitivas de Margaret, Noelle y Jane.

—No creo que podamos evitarlo, lady Acton —concluyó—. No se conformarán con explicaciones ambiguas, ya las conoce. Si sospechan, además, que les estamos ocultando cualquier tipo de información, toda la casa será sometida a *discretos* interrogatorios que no tendrán nada de sutiles.

Melinda se echó a reír y Eleanor la secundó.

—Son tremendas —añadió, sin poder evitar emular a sus amigas.

A decir verdad, se comportaron de un modo admirable, tuvo que concluir Valery cuando salieron las últimas. Sus pupilas no solo se habían organizado en grupos pequeños para entrar a verla, sino que habían racionado las preguntas y habían llegado al acuerdo de que las primeras irían poniendo al tanto de la situación a las demás para que «la señorita Sherman no tuviera que andar repitiendo lo mismo a cada rato».

Le conmovió mucho el modo en que Rose le relató aquel momento en que la habían visto caer del caballo, y las elogió por su magnífico comportamiento en

una situación de crisis como la que habían vivido. Dunhcan le había contado lo eficientes y maduras que habían sido durante todo el trance, cómo se habían organizado para avisar al doctor y acomodarla a ella en la cama, cómo habían preparado el té y acometido la tarea de comunicar en la escuela todo lo ocurrido.

—Estoy muy orgullosa de vosotras —les dijo a Lorianne, Jane y Tiberia.

—Debería estarlo de usted misma —opinó la señorita Walpole, siempre tan pragmática y directa—, todo lo que hicimos fue aplicar los valores que nos enseñan en esta escuela.

—El señor Bissop parecía fuera de sí, señorita Sherman —comentó Lorianne—. No es que hiciese aspavientos ni nada de eso, sino al contrario. Estaba blanco como el papel, y tan silencioso... No es frecuente verle sin una sonrisa en la cara.

A Valery, aquella observación le provocó una ligera angustia en el pecho. Lamentaba muchísimo que ellos hubieran tenido que observar impotentes cómo sucedía todo, pero no lograba imaginar el miedo que había tenido que sentir Dunhcan. Si algo así le pasara a él... se volvería loca.

—Creo que usted le gusta, señorita Sherman —apostilló Tiberia, con ojos soñadores—. Todas lo creemos.

Sus compañeras apoyaron ese juicio con un asentimiento de sus cabezas, y una tímida sonrisa, en el caso de Lorianne.

—Yo también lo creo —admitió ella sin ser capaz tampoco de ocultar la sonrisa.

Christine Bradbury le confesó que ella había tenido una caída de un caballo cuando tenía catorce años, y que desde entonces le daba pánico montar, aunque nunca había tenido un instructor tan paciente como el señor Bissop, motivo por el cual había conseguido un gran avance en las últimas semanas, reconoció. Lady Noelle la proclamó a ella vencedora de su pequeña competición y la convenció para que retomasen el «campeonato» de Minstrel Valley cuando estuviese recuperada. Por su parte, Amanda Etherington, esa joven dulce y

retraída de mirada inteligente, le dio un abrazo profundamente tierno y prolongado.

—No vuelva a darnos un susto así —musitó con la voz estrangulada.

Valery tuvo que parpadear para ahuyentar las lágrimas pero, al final de la tarde, tenía la maravillosa sensación de ser alguien muy querido en aquella escuela que se había convertido en su hogar. Ni un solo reproche había salido de la boca de sus compañeros o de sus alumnas. Nadie la había sometido a un interrogatorio acerca de sus motivos. Ni siquiera lo hizo Melinda cuando entró minutos después de que terminasen las visitas.

—Así que, lady Grace... —comentó con sarcasmo mientras colocaba una bandeja con su cena en la mesita de noche—. No pienso llamarte así.

—No espero que lo hagas —dijo Valery sin poder evitar una ligera carcajada—. A decir verdad, ya no siento que sea esa jovencita de Oxford. Me gusta mucho más la Valery que se ha forjado aquí, gracias a todos vosotros.

—No vayas a ponerte melodramática —suplicó su amiga con una expresión de fingido horror—, ¿o es que todas esas visitas te han ablandado?

Valery se arrellanó sobre los almohadones para que Melinda pudiera pasarle la bandeja que había estado preparando, y le lanzó una mirada que intentaba ser rencorosa pero que se convirtió en una llena de afecto.

—No sé si tendremos algo que ver en ello, Mel, pero son unas jóvenes maravillosas.

—Eso te lo he repetido yo innumerables veces —le recordó mientras le ponía una servilleta de lino sobre el pecho para que no se manchara al tomar la sopa fría de pepino que era su cena de esa noche.

Melinda lo hacía todo con un desparpajo que a veces provocaba cierto desasosiego en quienes la observaban. En ese instante, parecía como si se fuera a terminar el mundo y hubiera que hacerlo todo muy rápido antes de que ocurriese.

—¿No tienes preguntas? —dijo con cautela—. Te noto un poco... más impetuosa de la normal.

Melinda Culier se detuvo, como si no hubiera caído en la cuenta de que se estaba comportando de tal modo. Se miró a sí misma y luego gesticuló con las manos para quitarle importancia. Le acercó el vaso de agua y lo colocó también sobre la bandeja.

—Te refieres a si estoy molesta por todo lo que me has ocultado, ¿verdad? —Valery asintió por toda respuesta—. Siempre he sabido que había secretos en tu vida, y que algunos de ellos debían ser un tanto dolorosos por el modo en que llegaste aquí y por cómo te comportabas entonces. —Se encogió de hombros y se dedicó a doblar la manta de lana que alguien había dejado sobre los pies de la cama—. Pero... bueno, si quieres que te sea sincera, creo que fuiste un poco negligente al ocultar que alguien quería matarte, Valery. Todo el mundo tiene secretos, querida, pero me parece que la magnitud de los tuyos supera todo lo conocido hasta el momento.

—Soy un escándalo en Minstrel Valley —apostilló Valery con un suspiro resignado.

Melinda se volvió para mirarla con una radiante sonrisa.

—Eso solo hace que te quiera más —concluyó con un guiño travieso.

Capítulo 24

Dejó el libro sobre la mesa, hastiada de aquel encierro que ya duraba tres días. Necesitaba aire fresco, necesitaba... algún tipo de liberación. Tendría que hablar con Eleanor; con lady Acton, si era preciso. Alguien debía tener el poder de concederle una libertad provisional o transitoria, ¿verdad? La inactividad bien podría acabar con ella de un modo mucho más efectivo que la caída del caballo.

Había tenido innumerables visitas en esos días, desde luego. Ni las alumnas ni los profesores habían dejado de pasarse a cada rato para compartir unos minutos de charla con ella, o contarle alguna anécdota del día, pero lo que Valery necesitaba era más bien salir de su encierro, pisar el jardín, las calles de Minstrel Valley. En definitiva, recuperar su libertad. Apenas notaba ya dolores en su magullado cuerpo, aunque aún había un cardenal importante en su cadera y alguna laceración en su rostro. Tenía casi la misma agilidad que antes de la caída, por lo que se consideraba más que preparada para ir retomando sus actividades normales, incluidas las clases.

Sin embargo, el doctor Wilson insistía en que debía permanecer en reposo una semana completa. Y eso empezaba a agotarle la paciencia, sobre todo a ciertas horas de la tarde, cuando su cuerpo empezaba a sentirse adormecido por la falta de ocupación. Ya le habían servido la cena y no era momento para una rebelión, pero al día siguiente tendría que hacer algo al respecto.

De todo eso andaba despoticando en su mente, cuando los nudillos de

alguien golpearon la puerta. Sintió tal agradecimiento que soltó un entusiasmado «adelante».

—¿Puedo entrar? —dijo Dunhcan, entrando.

—Me parece que ya lo has hecho —apuntó ella sin ser capaz de disimular su alegría al verle. Estaba guapísimo, con unos pantalones de color tostado que se ajustaban con exquisita perfección a sus muslos, una camisa blanca y un chaleco de un tono marrón más oscuro—. Aunque... ¿vienes solo? —Se asomó por detrás de él—. ¿Vienes solo a ver a una joven soltera cuando ya está a punto de anochecer? ¿A su habitación? No puedo aprobar tal conducta, señor —agregó con fingida indignación—. ¡Exijo una carabina!

—Calla, tontita —dijo él con picardía mientras cerraba la puerta y echaba el pestillo. A lo que añadió después un guiño de su precioso ojo izquierdo—. Estoy aquí por un buen motivo. He venido a hablar de la fecha de la boda.

—¿Qué? —rio ella al tiempo que se ponía de pie y estiraba su acalambrado cuerpo.

Dunhcan se dirigía hacia ella con lentitud, como un felino abordando a su presa. La anticipación le resultó deliciosa y provocó sobre su estómago un revoloteo que ya empezaba a resultarle muy familiar.

—Creo que debería ser en verano —iba diciendo mientras avanzaba—. ¡Anda! Pero si ya estamos en verano. Eso me viene como anillo al dedo. Y hablando de anillos...

Al llegar a donde ella se encontraba, sacó una cajita de su chaleco e hincó una rodilla en el suelo. Las lágrimas no tardaron en inundar los ojos de Valery, y el revoloteo de su estómago se transformó en un profundo nudo de tensión. Atrás quedó la broma con la que habían iniciado eso, porque lo que en ese instante sentía no era diversión ni complicidad. Le temblaban las piernas y le dolía la garganta de emoción.

—Te necesito, Valery. No concibo cómo podría vivir sin ti. ¿Querrás ser mi esposa?

Abrió en ese momento la caja y le mostró un delicado anillo de oro con un

pequeño zafiro redondo como único adorno.

—Oh, Dunhcan. Es precioso —susurró con voz estrangulada.

—Ya sé que ahora eres una lady —recordó él—. Bueno, lo has sido siempre. Y que pronto serás una rica heredera. Yo solo soy un criador de caballos. Es una unión del todo injusta y perjudicial para ti. Sin embargo, creo que tendrás que condescender con este pobre ganadero a pesar de los accidentes de tu nacimiento y crianza —bromeó.

—¿Eso crees? —dijo emocionada, sin poder dejar de admirar la sonrisa de granuja que iluminaba aquel rostro tan amado—. ¿No es un poco arrogante dar por hecho un sí, señor?

—No en nuestro caso, porque me amas, Valery. —Las lágrimas ya le corrían por la cara, aunque también le empezaban a doler las mejillas por la amplia sonrisa que no podía evitar—. ¿Ves? ¿Por qué ibas a sonreír si no? Me amas. Y yo te amo. —Rodeó sus caderas y besó su vientre. La caricia y el calor de su boca tuvieron un eco profundo por todo su cuerpo. Era algo tan íntimo, tan conmovedor—. Cásate conmigo, mi amor.

—Sí que te amo, sabe Dios por qué motivo —respondió con fingida resignación.

Una de las cosas que le había devuelto Dunhcan, y que siempre le agradecería, era la capacidad de bromear, de reírse de sí misma, de volver a tener la picardía que había olvidado seis años atrás.

—Eso es un sí. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Un rotundo sí.

—Gracias a Dios —musitó Dunhcan, enterrando el rostro en los pliegues de su camisa.

Valery introdujo sus dedos en la densa melena de su amado y sintió nacer un deseo estremecedor cuando él comenzó a besarle el vientre.

—Dunhcan —susurró al tiempo que cerraba los ojos y se mordía el labio inferior.

De un momento a otro se vio privada de aquella gozosa sensación, pues

Dunhcan se había levantado con un rápido movimiento y la había cogido en vilo.

—Ven, voy a llevarte a la cama —explicó ante la mirada perpleja de ella—. Seguro que te has esforzado de más en tu ansia por salir de la habitación lo antes posible.

Echó la colcha hacia atrás, la depositó con delicadeza en la cama y se apartó para observarla.

—¿Qué haces? —gritó con voz ahogada cuando vio que él comenzaba a desabrocharse los botones del chaleco.

—Meterme en la cama contigo —soltó como si tal cosa, mientras continuaba concentrado en la tarea de desprenderse de su ropa.

Valery estaba dividida entre su necesidad de escandalizarse y su deseo de que aquel hombre tan atractivo y varonil le mostrase algo de piel.

—¡No puedes hacer eso! —dijo con muy poca convicción—. ¿Y si viene alguien?

Para ese momento, la camisa blanca ya había caído al suelo y había dejado aquel pecho maravilloso al descubierto. Valery creía muy seriamente que pocos hombres debían lucir aquella proporción de músculos y piel dorada tan admirable. Su prometido era un hombre muy viril y guapo.

—Melinda nos cubre —farfulló él mientras se iba desabrochando el pantalón—. Le he pedido el favor.

—No vas a meterte conmigo en la cama.

—Qué mala observadora eres —comentó él después de quedarse tan desnudo como su madre lo trajo al mundo. Valery ya no tenía ninguna objeción que poner: se había quedado muda al contemplar a su amado en todo su dorado esplendor—. Ya lo estoy.

Dunhcan no tardó ni medio segundo en arrebujarse con ella bajo las sábanas y envolverla entre sus brazos. Buscó con la boca la suya y se prodigó en uno de esos besos tan seductores y subyugantes en los que era experto. Las manos buscaron ansiosas el bajo de su camisón y comenzó a levantárselo, pero el

tejido de algodón no dejaba de engancharse por todos lados. Al cabo de unos segundos y con un bufido de impaciencia, Dunhcan echó las cobijas hacia atrás y se concentró en arrancarle el camisón de encima, hasta que ambos estuvieron desnudos.

—¡Dunhcan! —barbotó Valery al verse tan expuesta, sin un trozo de tela que ocultase sus cuerpos.

—Shhhh. Déjame amarte —suplicó él mientras comenzaba a besar cada porción de su cuerpo.

Valery no supo el tiempo que pasaron acariciándose y adorándose. Tampoco pudo contar cada palabra apreciativa que él le susurró al oído, ni las veces que le dijo «te quiero» mientras le hacía el amor. Solo supo que se dieron por entero, que sus cuerpos terminaron sudorosos y tensos por la expectación de entregarse al otro, y que Dunhcan, una vez más, la llevó al éxtasis más absoluto con devota ternura.

Se removió en la cama, con el camisón enrollado entre las piernas y con la sensación de que Dunhcan andaba por el cuarto. Habían pasado la noche juntos, pero le había prometido marcharse antes de que ninguna doncella pudiera subir a abrir las cortinas. «Tengo mis trucos para salir de Minstrel House sin ser visto», había dicho con aquella sonrisa socarrona que ella amaba. No obstante, cuando abrió los ojos, comprobó que había la suficiente luz en la habitación —debía estar a punto de amanecer— y se giró para buscarlo. Quizá todavía no había salido y ella podía obtener un beso de buenos días.

No fue a Dunhcan a quien encontró.

Tuvo que parpadear varias veces para dar crédito a lo que veía, pues la sensación de irrealidad que la invadió fue absoluta. Unos conocidos ojos azules la miraban desde el otro lado de la habitación. Había un presumido

desprecio en aquella mirada que le hizo recordar muchas mañanas y tardes de insufribles reproches y críticas. Se incorporó de golpe, con una tensión que atenazaba cada uno de sus miembros y que se incrementó diez veces cuando desvió la vista de los ojos azules que la observaban y la fijó en la pistola que pendía de la mano de su visitante.

—Gertrude —dijo, llanamente, aunque su corazón parecía haberse detenido por la impresión.

—Vaya, Grace, veo que no has aprendido mucho en esta prestigiosa institución. —Aquella voz sonó tan pagada de sí misma como había sido siempre, sobre todo al pronunciar su nombre—. Lady Mossling para ti, querida.

Valery apretó los puños por debajo de las sábanas, y tuvo el absurdo pensamiento de que ese nombre que Gertrude había pronunciado pertenecía a otra persona. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser Grace Clayden.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con un tono desafiante que no se correspondía con sus verdaderas emociones. Estaba muy asustada. Esa mujer había demostrado no tener ningún escrúpulo en arrebatarse una vida, aunque no podía imaginar cómo pensaba dispararle en su dormitorio y salir impune de ello.

—¿Acaso no es evidente? —respondió con sarcasmo—. Tampoco has desarrollado mucho tu inteligencia en esta escuela, ¿verdad, bonita?

La furia que empezó a querer brotar por encima de cualquier cautela hizo que se envalentonara. Aquella mujer no tenía ningún derecho a estar allí, en su escuela; como tampoco tenía derecho a volver a irrumpir en su vida. Y, mucho menos, a permitirse el lujo de ser ofensiva y grosera con ella.

—No soy la niña indefensa a quien quisisteis engañar, Gertrude. —Valery se obligó a templar la voz y el mal genio. Por muy ridícula que fuese la situación, ella llevaba una pistola—. Vamos, dime de una vez a qué has venido. No puedes pretender dispararme aquí. En un minuto tendrías a varios hombres aporreando la puerta.

—¿Aquí? —rio con desgana—. Claro que no voy a dispararte aquí. Esto es solo una garantía de que harás lo que yo te diga.

—Permíteme que lo dude —bisbiseó con un temor creciente en la boca del estómago.

—Levántate, Grace. —Gertrude parecía tan segura de sí misma, tan decidida, que Valery empezó a dudar de sus posibilidades. Por más rápido que intentaba analizar la situación, no veía cómo esa mujer pretendía obligarla a nada. Tal vez creyese que estaba más convaleciente de lo que en realidad estaba, cosa que, por otro lado, podía usar a su favor si la situación se presentaba propicia—. Nos vamos de paseo.

—No pienso ir contigo a ningún sitio —insistió tozuda, mientras ideaba un modo de advertir a los habitantes de la casa de lo que estaba sucediendo.

Su habitación estaba flanqueada por la de Annie Thompson y por una sala que, por el momento, estaba vacía. Frente a ella quedaban las de Eleanor y Melinda; y mucho más lejos, separadas por el recibidor de unas escaleras secundarias, las habitaciones de los profesores. Solo con pensar en implicar a alguno de sus compañeros en aquel suceso que estaba teniendo lugar, un hilillo de sudor frío le recorrió la nuca. ¡Ojalá la habitación de Goliath limitase con la suya!

—Claro que lo harás —comentó Gertrude con esa confianza que tanto la desconcertaba—. Gerard espera en el pasillo de las alumnas. Si no nos ve salir por la puerta trasera del muro de esta casa en quince minutos, entrará en una de esas habitaciones con la daga que le he dado antes de entrar aquí. —A Valery se le detuvo el pulso—. ¿Qué garganta preferirías que cortara, Grace? ¿Tienes alguna amiga entre esas estúpidas mocosas?

Casi no lograba dar crédito a lo que estaba escuchando, mientras un terror desconocido hacía presa en su pecho. No se explicaba cómo habían podido saber de la existencia de la puerta, ni cómo habían conseguido meterse en Minstrel House con tanta facilidad. El señor Randall tenía un oído muy despierto, y el portero no dejaba de deambular por la casa, pues tenía

insomnio desde que perteneció al ejército. Aunque dormía fuera de la escuela, en la casa del guardia, solía hacer rondas nocturnas para *llamar* al sueño.

—El tiempo apremia, Grace. ¿Qué piensas hacer?

No podía hacer otra cosa que obedecer, comprendió. No podía alertar a nadie sin que Gerard tuviera la oportunidad de hacerle daño a algunas de las alumnas. Con cautela, se levantó de la cama mientras barajaba sus opciones.

—¿Puedo vestirme? —preguntó con tono firme.

Se negaba a dejarse llevar por el pánico o por la frustración. No iba a permitir que Gertrude disfrutara de aquello. No le iba a dar la satisfacción de mostrarse como una jovencita asustada y amedrentada.

—Eso no será necesario, querida. Me viene muy bien tu atuendo de noche. Además, tardarías mucho tiempo y Gerard podría ponerse nervioso y adelantarse a lo acordado —explicó con impaciencia—. ¿Nos vamos?

—¿A dónde? —preguntó Valery mientras se ponía una bata de seda del mismo color crema que su camión y se calzaba sus zapatillas de dormitorio.

—Al río —puntualizó su captora con tono solapado.

—¿Por qué? —El modo en que lo había dicho no le gustó lo más mínimo. Las implicaciones de ir al río le parecían demasiado evidentes, pero, aun así, preguntó.

—Tengo entendido que las jóvenes aquí son muy propensas a arrojarse a las aguas a causa del mal de amores. Hay cierta leyenda que me va a ser de gran ayuda —explicó mientras se acercaba y estiraba un poco el brazo que sostenía la pistola.

—Estás loca si crees que voy a arrojarme al río. Además, la leyenda cuenta que la Dama Blanca se ahogó en el lago, no en el río.

—Ay, Grace, Grace... ¿Dónde crees que desemboca el río?

—Nadie lo creerá —barbotó con un matiz desesperado en la voz que no logró esconder.

—Por supuesto que sí —repuso ella, ufana—. Solo tengo que dejar caer en los oídos correctos que se ha escuchado el sonido de una flauta y que se ha

visto a una joven vestida de blanco lanzarse a las aguas. En este pueblo son tan ignorantes que están fascinados con su propia leyenda. Tuve una conversación muy interesante con algunas de estas gentes, y estoy convencida de que creerán haber escuchado la flauta cuando vean tu cadáver flotando en el lago.

—Gertrude, es absurdo —protestó Valery, en un intento de abogar por la razón—. Tienes que renunciar a esta locura. No te servirá de nada. Gerard nunca verá el dinero si yo muero. Tal vez él te haya engañado, pero el testamento especificaba que mi herencia solo podría pasar a mi legítimo marido o volvería a la familia de mi madre.

—Ya está bien de cháchara —interrumpió de modo abrupto—. ¿Acaso quieres que por tu ineptitud una de esas jóvenes acabe degollada en su cama?

Valery palideció al escucharla. Estaba tan concentrada en encontrar el modo de salir de aquella situación que había olvidado la advertencia sobre Gerard.

Con paso ágil cruzó la habitación, pasando por delante de Gertrude, y abrió la puerta con cautela. Se asomó al pasillo y comprobó que no hubiese nadie que pudiera verles. Había pasado de clamar en silencio por que alguien acudiese en su auxilio, a sentirse responsable de las vidas de todas las personas que habitaban allí. Si alguien las veía, no sabía qué clase de consecuencias podrían derivarse de ello, motivo por el cual fue silenciosa y cautelosa en su camino hacia la puerta del jardín trasero, en la planta baja.

Cuando la suave brisa se coló por sus finas ropas de dormir, Valery se estremeció. Contempló en la semipenumbra del amanecer los hermosos jardines de Minstrel House y un sentimiento de fatalidad la golpeó como un mazo. Quizá fuera la última vez que los atravesara, la última vez que respirase el aroma de sus rosales, plantados allí más de un siglo atrás.

Y entonces, todas las últimas veces que podrían ser esa noche comenzaron a atiborrar su mente de imágenes. Melinda, Eleanor, las chicas... Dunhcan.

No. No podía resignarse a ello. Aquello no podía suceder. Tenía que encontrar el modo. Tropezó en la escalinata que daba acceso al área

ajardinada, pero consiguió mantener el equilibrio.

—Aún estoy muy afectada por la caída —mintió para ganar tiempo e información—. Fuisteis vosotros, ¿verdad? Manipulasteis mi silla.

—Cállate y sigue andando —ordenó su captora con tono poco amigable.

Atravesaron parterres de peonías, lupinos y clemátides; y, a cada paso que daba, Valery sentía que se alejaba más de todo aquello que amaba sin que ninguna idea apareciese en su cabeza para librarse de aquello. Gertrude caminaba detrás, bastante alejada de ella y con la pistola en una posición que le permitía disparar en cualquier momento. Aún podrían escuchar el disparo desde la casa, pero eso era algo que Valery no quería. Giraron hacia la derecha, recorriendo uno de los senderos que atravesaba la arboleda para poder llegar hasta la puerta, que pudo abrir con facilidad.

—¿No le avisas de que ya estamos aquí? —preguntó entonces, al tiempo que se volvía hacia la casa.

El escozor de las lágrimas fue el único síntoma físico de la pena infinita que la invadió al contemplar la espectacular figura de Minstrel House en la distancia. Con los árboles, apenas lograba ver mucho más que sus hermosas torres cónicas, que le daban aquel aspecto romántico y afrancesado, pero ella conocía su apariencia y sus perfiles a la perfección.

—¿Cómo? —preguntó Gertrude, un tanto contrariada—. Ah, no te preocupes, él ya nos habrá visto.

—Gertrude —Un rayo de conocimiento la golpeó en ese instante. La había engañado—, desde aquí no se ve la ventana del pasillo de las alumnas.

—Te juro que si no llegamos al río antes de que se haga de día —respondió ella con auténtico odio en sus ojos azules—, volveré y cortaré yo misma alguna de esas gargantas.

No era mucho el trecho que había entre la puerta trasera de Minstrel House y el río Oldruin. La luz del alba comenzaba a despuntar ante sus ojos y hacía que el viejo molino del pueblo proyectase una sombra oblicua en dirección hacia ellas.

Las zapatillas de seda de Valery estaban bastante húmedas por el relente que la noche había ido dejando en todas las superficies verdes que ella había pisado. Se resbaló al pisar un canto y tuvo que detenerse. Echó una mirada atrás y comprobó que Gertrude también se detenía, sin acercarse más a ella. En esas circunstancias, le iba a resultar muy difícil poder tomar el control de la situación y reducirla, si es que tenía alguna posibilidad de lograr tal hazaña en caso de que pudiera tenerla a su alcance. Su captora era muy inteligente, a su pesar, y no se iba a acercar más de lo necesario, pues su privilegiada situación de mujer armada le ofrecía la ventaja de poder obligarla a hacer lo que quisiera sin el uso de la fuerza.

—No funcionará —le dijo, apelando a la razón como única posibilidad de defensa—. No podréis acceder al dinero de ningún modo, Gertrude. Solo yo o mi esposo podemos ser los beneficiarios de esa herencia.

—Oh, es cierto —dijo con sorna la voz burlona de lady Mossling por detrás de ella—. Qué cabeza la mía, lady Haltonshire.

Valery se detuvo en seco; estaba a solo unas pocas yardas del borde del río.

—¿Qué has dicho? —susurró con gran recelo al tiempo que se giraba para observarla. Ella lucía una sonrisa de suficiencia.

—¿De verdad me crees tan inepta, Grace? ¿Crees que vendría aquí a eliminarte de una vez y para siempre de mi vida si no hubiera atado cada uno de los cabos? —La carcajada seca y silenciosa fue tan condescendiente que a Valery le volvieron con más fuerza sus instintos violentos—. Tendremos la herencia, mocosa, no lo dudes ni un segundo. ¿Dices que solo tu marido podrá ser el beneficiario de ese dinero? Bien, pues entonces será Gerard quien la disfrute, porque ya es tu marido —anunció con tono sibilino—. Desde hace seis años.

—Eso no es posible —musitó Valery con horror al tiempo que la sonrisa de su captora se ensanchaba.

—En Gretna Green no pedían muchos documentos para casarse —explicó— y les dio igual que lo hiciera yo en tu nombre. Comprenderás que no podíamos

permitir que jugaras esa baza con algún tipo de subterfugio. Llevas seis años casada, querida.

—¡Pero ese matrimonio no es válido! —gritó desesperada.

Todas aquellas revelaciones la tenían conmocionada. Apenas era capaz de analizar las posibles consecuencias de todo ello. Aunque una cosa estaba clara: si existía una licencia matrimonial, por falsa que fuera, nadie la pondría en duda cuando Gerard reclamase su herencia.

—No solo lo es, sino que es un plan perfecto. Verás, he dejado algunos documentos personales que olvidaste en casa sobre la repisa de tu habitación. Cuando se conozca tu muerte e inspeccionen tus pertenencias, sabrán quién eras en realidad y tendrán que comunicarle a lord Haltonshire, tu marido, la triste noticia.

—¡Nadie creerá que yo me quité la vida!

—Eso no me importa. Lo que opinen estos pueblerinos ignorantes me trae sin cuidado. Nadie podrá relacionarlo con nosotros. Gerard denunció tu desaparición hace seis años y ha fingido muy bien su papel de marido desconsolado.

Sí que lo relacionarían con ellos. Dunhcan lo haría, como también lady Acton, Melinda y Eleanor, pero Valery dudaba que desvelar esa información fuera a serle de ayuda. Gertrude estaba dispuesta a matarla. Llegadas a aquel punto, nada podría hacerla cambiar de opinión.

—No te saldrás con la tuya —se limitó a decir.

—Claro que lo haré —respondió en voz alta, con desprecio—. ¡Deja ya de entretenerme! Camina hacia el río, Grace.

¡Oh!, allí estaba la clave. Gertrude contaba con su participación, con que ella caminaría dócilmente hasta las aguas y se internaría en ellas. Pero si no lo hacía...

Una inevitable sonrisa acudió a una de las comisuras de su boca mientras pegaba sus manos a los costados del cuerpo. Quizá Dunhcan Bissop terminara salvándole la vida.

—No pienso darte el gusto de completar tu fantasioso plan criminal. Si quieres acabar conmigo tendrás que disparar esa pistola o —sostuvo el final de la frase lo justo para dejarla en suspenso un instante— venir a empujarme tú misma. No voy a suicidarme para tu placer. No voy a obedecerte.

—He dicho que camines hacia el río —conminó en voz baja y amenazante.

Pero Valery ya no tenía miedo. Durante todo ese tiempo había estado conmocionada y asustada porque no veía el modo de salir de aquello, pero ahora tenía una posibilidad, y la euforia de ello había borrado por completo todo lo demás.

—No puedes obligarme —escupió con soberbia—. Aquí nadie nos ve, Gertrude. No puedes chantajearme con hacer daño a las personas que amo porque no tienes ningún modo de acceder a ellas en este momento. Y yo prefiero yacer en esta orilla con un tiro en el pecho que aparecer flotando en el lago dentro de unos días. Así que tendrás que obligarme, querida. —Acompañó aquel discurso con una mirada desafiante y con un último reto—: Oblígame.

Tal y como había esperado, la furia se apoderó de su atacante, y echó a andar hacia ella. Todos los órganos internos de Valery se convulsionaron y retorcieron, mientras ella se esforzaba por no temblar y calcular con precisión sus movimientos; su único movimiento. Cuando la tuvo a menos de una yarda, cerró los puños y después estiró sus dedos, tomó aire e, impulsando el brazo derecho con todas sus fuerzas, hizo impactar el talón de su mano con la nariz de la otra mujer.

«Suele ser terriblemente doloroso».

Recordó con meridiana claridad las palabras de Dunhcan al contemplar cómo Gertrude emitía un alarido sordo de dolor y dejaba caer la pistola para llevarse las manos a la cara. Se arrodilló entre jadeos y gemidos, con los ojos llenos de lágrimas, olvidada por completo de su presencia.

Valery no perdió el tiempo. Se abalanzó a por la pistola y, antes de que Gertrude tuviera tiempo de reaccionar e intentara detenerla, volvió a tomar

impulso con el brazo derecho y le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la culata del arma.

Gertrude cayó desplomada hacia adelante y se golpeó la cabeza contra el suelo de grava, cosa que hizo que a Valery la recorriese un escalofrío de temor.

Se agachó despacio, con el alma encogida de terror ante la posibilidad de haberla matado. Le tomó el pulso en el cuello y comprobó que había latido, a lo que se añadió, para su paz mental, un ligero quejido de lady Mossling.

Sintiendo como si le hubieran quitado toneladas de peso de encima, Valery se irguió sobre sus pies y se puso a mirar alrededor. ¿Qué debía hacer ahora? ¿La dejaba allí y volvía a casa? ¿Y si Gertrude no estaba cuando ella volviese de buscar ayuda? Porque tenía que ir corriendo a Minstrel House a comunicar lo ocurrido. Ya había amanecido del todo, y Doll, una de las doncellas, habría subido a llevarle el reconstituyente que el doctor le hacía beber cada mañana antes de poner un pie en el suelo —si el doctor pudiera verla ahora, le daría un patatús, pensó con cierto humor—, y se habría extrañado al no encontrarla en su cama. Sí, tenía que volver cuanto antes, pero no podía dejar allí a Gertrude Mossling para que huyese en cuanto recobrase la conciencia.

Se giró en derredor, buscando con la mirada algo que le ayudase a retenerla allí. Pensó en acercarse al molino para buscar algún tipo de cuerda, pero quedaba a unas cuantas yardas, y no se atrevía a apartarse. Dejó vagar los ojos por el suelo y se toparon con el ruedo de su propio camisón.

«¡El cinturón de la bata!», se le ocurrió de repente.

Valery lo utilizó para atar las manos de la mujer a la espalda. Era de seda, por lo que tuvo que entrelazarlo varias veces, pasando entre las muñecas y apretando muy fuerte para que no se deslizase con facilidad. Después, con varios tirones, arrancó la tira de puntilla de batista que remataba el bajo de su camisón y la usó para atarle los tobillos. Como estaba tumbada boca abajo, le resultaría muy difícil, en caso de que despertase, liberarse de las ataduras. Le llevaría bastantes minutos, sin duda, y entretanto, Valery tendría tiempo de

sobra de correr a Minstrel House y dar la voz de alarma. Tenía que ir con cuidado, pues no sabía qué papel había jugado Gerard en todo aquel plan maquiavélico y si aún permanecía en la escuela.

«¿Qué sentido puede tener esto?», pensaba mientras se apresuraba a entrar de nuevo a través de la puerta trasera de la mansión. ¿No habría sido más lógico que él las siguiera una vez que consiguieron sacarla de la casa? ¿Corría el peligro de encontrarse con él durante el trayecto de vuelta?

Las insignificantes zapatillas de seda no estaban facilitándole las cosas. Estaban empapadas y la hacían resbalar a cada dos pasos. Valery tuvo que guardar la pistola en el bolsillo de su bata y ayudarse de los troncos de los árboles que formaban un pequeño bosque entre el muro exterior de la propiedad y los jardines traseros para avanzar sin caerse.

No dejaba de mirar al frente a cada pocos segundos, por si su tutor aparecía en algún momento. Aunque lo dudaba. Gertrude había parecido sorprendida cuando Valery le había preguntado cómo podía verlas desde el pasillo de las alumnas. Aquello había sido una treta. Probablemente Gerard ni siquiera estaba...

—¡Valery!

La joven se detuvo en seco, con la mano apoyada en uno de los últimos troncos y el corazón en un puño al oír que la llamaban. Cuando alzó la vista, Dunhcan y el condestable, Nerian Worth, corrían hacia ella desde la escalinata trasera de la mansión.

Todas las emociones que no se había permitido tener minutos antes empezaron a aflorar de una forma avasalladora.

Dunhcan llegó hasta ella y la abrazó casi en un zarandeo que por poco los manda a los dos al suelo.

—¿Cómo se te ocurre salir al jardín a estas horas? ¿Sabes el susto que nos has dado? —musitaba él contra su cabeza mientras le besaba una y otra vez sobre el cabello.

Valery consiguió apartarlo un poco para mirarle con los ojos entrecerrados.

—¿Y tú de verdad crees que he salido a dar un paseo? —preguntó con poca irritación.

—¿Qué haces aquí, por el amor de Dios? —insistió.

Valery suspiró y se apartó un poco de su abrazo.

—Gertrude Mossling entró en Minstrel House, y en mi habitación. Me obligó a salir a punta de pistola.

Ambos hombres se miraron con una insinuación implícita de que algo por el estilo habían sospechado. Fue el condestable quien tomó entonces la palabra.

—Cuando la doncella no la encontró en su dormitorio, fue a informar a la señorita Harper. Gracias a la historia que nos contó el otro día, sospechó que esos malhechores podían haber vuelto a intentar algo contra su persona y mandó a Goliath a buscarme.

—Johnny fue a avisarme a mí —añadió Dunhcan—. Dios mío, Valery, podrían haberte matado.

—¿Han registrado la casa? —preguntó con énfasis nada más recordar la posible presencia de su tutor en la casa—. Ella dijo que Gerard intentaría hacer daño a las alumnas si no colaboraba.

—Fue lo primero que hicieron mientras nosotros llegábamos. Allí no había nadie, se lo aseguro —respondió Nerian Worth al tiempo que Valery dejaba salir con alivio el aire de sus pulmones—. ¿Cómo ha conseguido escapar?, por cierto.

—Lady Mossling está maniatada en la orilla del río, condestable, junto al molino —aclaró—. Le ruego que vaya a detenerla. Si les parece, me gustaría entrar en casa antes de contarles todos los detalles. Estoy helada y...

Antes de poder terminar la frase, los brazos de Dunhcan la izaron del suelo y se vio envuelta por el cuerpo fuerte y cálido de su prometido. Se permitió un suspiro de paz al sentir aquel calorcito recorrer su cuerpo, cuando el frío se le había metido hasta en los huesos. Le dijo adiós con la mano al señor Worth, que había partido raudo hacia la puerta trasera del muro para llegar hasta su agresora.

—De modo que la has maniatado... —dijo Dunhcan con tono orgulloso mientras se dirigía hacia la puerta de entrada a través de los jardines.

—Yo quería que vinieras a rescatarme, pero tardabas... —bromeó ella al tiempo que se arrebujaba más contra él y le rodeaba el cuello con los brazos.

—Y supongo que ese bulto que noto contra el abdomen es la pistola con la que te apuntaba.

—Ajá —susurró ella, aspirando el varonil olor que emanaba del cuello de Dunhcan. Después se apartó un poco para buscar sus ojos—. ¿Sabes cómo la detuve?

—No, mi amor, pero estoy deseando que me lo cuentes.

—Pues verás... sí que tuviste mucho que ver en mi rescate, ¿sabes? —Ante la mirada inquisitiva de Dunhcan, le recordó con diversión lo que él le había enseñado días atrás—: No hay nada tan doloroso como un buen golpe en la nariz.

Capítulo 25

La noticia corrió como la pólvora. Cuando llegaron a Minstrel House, Dunhcan la subió sin pérdida de tiempo a su habitación, donde ella se cambió de ropa con la ayuda de Doll, quien había estado frenética desde que había descubierto su desaparición. Mientras, él encendió la chimenea de la sala de profesores, y Eleanor pidió té y bollos. En cuestión de minutos, la estancia se llenó de gente para interesarse por lo ocurrido. Algunas alumnas, algunos profesores, parte del servicio y hasta la honorable Melanie Chatham anduvieron de acá para allá intentando reconfortar a la profesora de Etiqueta, preguntando cuantas cosas se les ocurrían y atosigándola para que se acercara más a la chimenea, o bebiera más té, o tomase otro bollo.

—¡Estamos en junio! —había recordado la pobre cuando alguien se había acercado a echar otro trozo de madera al fuego.

Eleanor Harper, que siempre había tenido el don de la oportunidad, les instó a dejarla descansar y solo permitió que se quedaran Dunhcan y Melinda, pues aún tenían que esperar a que llegase el condestable con noticias. De otro modo, Valery hubiera vuelto a la cama, aunque ella no parecía muy impresionada ni afectada por todo lo acontecido. Todos habían llegado al acuerdo de no informar a lady Acton de los hechos hasta que los ánimos se hubiesen calmado un poco. La anciana no gozaba de buena salud y su corazón podría sufrir una recaída si la hacían partícipe de aquel estrambótico secuestro e intento de asesinato ocurrido bajo su techo.

—Es increíble que esa gente pretendiera matarte, Valery —comentó Melinda con esa expresión de incredulidad que no la había abandonado desde que volvieron a Minstrel House y la pusieron al tanto de todo—. No acabo de entenderlo.

—En realidad ella quería que me lanzara al río para ahogarme y que mi cuerpo apareciera flotando en el lago dentro de un par de días —explicó ella, al tiempo que negaba con la cabeza ante lo absurdo de las intenciones de lady Mossling—. No sé cómo pudo creer que yo haría algo así, o que eso llegaría a convencer a alguien de que me había suicidado. Al parecer, había estado escuchando rumores acerca de la leyenda y creía que podría justificar mi muerte de ese modo. Me parece que desconoce el respeto que se siente en este lugar por *los amantes*, y lo bien que nos conocemos entre nosotros.

Dunhcan sintió otro escalofrío al escucharla relatar lo que podría haber sido y no fue. No dejaba de pensar en lo cerca que había estado de perderla, pues, al final, solo el valor y la astucia de Valery le habían dado la fuerza y la inteligencia para salir de aquel embrollo. Era muy consciente de que, sin ese afortunado golpe en la nariz, lady Mossling podría haberla ahogado ella misma, o incluso podría haberle disparado si llegaba a la desesperación, aunque no hubiesen sido esas sus intenciones iniciales. No dejaba de sorprenderle lo disparatado de su estrategia: esa demente había intentado usar la leyenda para obligar a Valery a que se ahogase ella sola y luego poder contar que había sido el mal de amores lo que la había llevado a cometer semejante pecado contra Dios. El plan era un completo despropósito y una memez de proporciones épicas que no hubiera tenido los resultados que ella esperaba. Aunque para Dunhcan el resultado habría sido igualmente irreparable. Con lógica o sin ella, lady Mossling habría asesinado a Valery, y él la habría perdido para siempre.

—¿Cómo pudieron acceder a la casa? —preguntó, de pronto intrigado por ese aspecto de sus maquinaciones.

—Eso tendrá que contárnoslo el condestable, si es que consigue obtener

alguna información de esa mujer —respondió Valery, levantándose para alejar su silla de la chimenea. Tenía las mejillas de un intenso tono rosado y la piel de su frente estaba llena de gotitas de sudor.

—Valery —intervino Eleanor, que se había quedado también en la sala con ellos tras despedir con amabilidad al resto de curiosos—, no acabo de entender por qué estaban tan empeñados en matarte. ¿No dijiste que no podían tocar tu dinero? Por eso quisieron engañarte, para que lord Haltonshire se casase contigo en primer lugar, ¿no? Nos explicaste que era el único modo de obtener tu herencia.

Valery se quedó contemplando a Dunhcan con una expresión de tristeza en los ojos. Él frunció el ceño, extrañado por ese cambio en su rostro, pero no se entrometió en la conversación. Esperó con paciencia a que ella se explicase. Cuando lo hizo, sus ojos castaños no le abandonaron ni un segundo.

—Ya tenían resuelta esa parte, Eleanor. Gertrude me contó que hace seis años, ambos acudieron a Gretna Green para casarse, pero Gertrude se hizo pasar por mí.

—¿Qué?! —exclamaron Eleanor y Melinda a la vez.

Pero Valery solo estaba pendiente de él, de su reacción. Y cuando volvió a hablar, solo lo hizo para él, con el rostro embargado por la culpabilidad y la decepción.

—Ese documento es legal, Dunhcan —le dijo—. Da igual quién lo firmara. Si le permitieron hacerlo, es tan legítimo como cualquiera que yo hubiera consentido. —Su nariz se removió de ese modo tan particular que ella tenía de esquivar las lágrimas—. Estoy casada con él.

Dunhcan, a quien el pecho le dolía con una presión a camino entre la compasión y el derrotismo, se acercó y se acuclilló frente a ella.

—No es legal, mi amor —le dijo con toda la seguridad de quien se encomienda a Dios para que cumpla sus palabras—, y lo demostraremos. Lady Acton tienen mucho poder en ciertas esferas. El conde de Redcliff y su esposa, que te ocultaron aquí, ya quisieron denunciarlo en una ocasión, así que no me

cabe duda de que, cuando sepan lo que ha ocurrido, le obligarán a confesar sus fechorías, y conseguiremos la nulidad de esa licencia.

—Lord Northcott es uno de los mejores abogados del reino —apuntó Eleanor con decisión—. Si alguien puede conseguir deshacer un entuerto como ese, es él. Además, su posición está muy por encima de la de ese lord Haltonshire. Bastará con que le dedique una de sus miradas graníticas, y él mismo irá a pedir que anulen esa barbarie.

—Lo siento, mi amor —insistió ella, con lágrimas en los ojos.

—Nada de esto es culpa tuya, Valery. —Se acercó un poco más y le tomó la cara entre las manos para darle un delicado y fugaz beso. No le importó que Eleanor y Melinda lo presenciasen—. Ahora te parece complicado e injusto, pero te prometo que lo solucionaremos, juntos. Y se demostrará que tú nunca has sido su esposa, y te convertirás en la mía.

Volvió a besarla, esta vez de un modo más rotundo. Tanto que, cuando la soltó, Eleanor y Melinda se habían girado hacia la ventana, con sus rostros bastante ruborizados.

—Lo siento, señoritas —se disculpó—. Mi prometida tiene la capacidad de hacerme perder la compostura con cierta facilidad —bromeó con una sonrisa llena de consuelo dirigida a su amada—. Aunque... ahora que lo pienso ¿No debo pedirle tu mano a alguien?

Valery le dedicó una sonrisa acuosa y negó con la cabeza, entregándose de nuevo a las lágrimas.

—No tengo a nadie... —susurró con la voz afectada.

—¿Cómo que no? —protestó Eleanor—. Tienes a lady Acton, que ha sido tu protectora durante todo este tiempo. —Entonces sus ojos grises se desviaron hacia Dunhcan—. Creo que a ella le encantaría que te presentases a pedir a Valery en matrimonio. Aunque parezca una persona distante y autoritaria, es una dama con una inmensa bondad, y estoy convencida de que quiere lo mejor para todas nosotras.

Dunhcan se limitó a asentir con solemnidad y después se dedicó a secar las

lágrimas de Valery con un pañuelo que sacó del bolsillo de su chaleco.

Justo en ese momento, el señor Thomas Barry, el portero de la escuela, tocó a la puerta y anunció la llegada del condestable, a quien hizo entrar de inmediato en la sala de profesores. El hombre lucía una expresión un poco contrariada.

—Buenos días, de nuevo. ¿Cómo se encuentra, señorita Sherman? Digo... lady Valery. No, tampoco era eso.

—Tranquilo, señor Worth —respondió ella—. Sigo siendo la señorita Sherman. Cuéntenos, por favor. ¿Qué ha podido descubrir?

Dunhcan se incorporó y se alejó de Valery. Se acercó hasta la puerta y escuchó con paciencia lo que el condestable tenía que contarles.

—Lady Mossling está en el calabozo. Creo que no he conseguido sacarle mucho. Lord Haltonshire no está en Minstrel Valley, ni estuvo aquí esta mañana. Lo siento, señorita, pero la engañó. Al parecer, el conde se marchó del pueblo tras su caída del caballo. Ella ha dicho que «ese bueno para nada no habría sido de gran ayuda esta noche». —Acompañó sus palabras de un encogimiento de hombros—. Pero, con lo poco que me ha contado, tenemos suficientes indicios para inculpar al conde por tentativa de asesinato.

—¿Cómo entró esa mujer en la casa? —preguntó Dunhcan, que no había dejado de darle vueltas a la cuestión.

—Oh, al parecer acudió ayer por la tarde, con la excusa de dejar una nota para lady Acton. Fingió marcharse y, cuando el señor Barry subió a dejar la misiva, ella volvió a entrar por la puerta principal y se ocultó en una sala vacía. Permaneció toda la noche allí hasta que hubo suficiente luz para cometer sus fechorías.

—Dios mío, no debería ser tan fácil acceder a nuestra escuela —se quejó Eleanor con una mano en el pecho que reflejaba su conmoción—. Si esto ha ocurrido cuando todos estábamos advertidos de un peligro, no quiero imaginar lo que podría pasar si nos cogen con la guardia baja.

—No te fustigues, Eleanor —observó Valery, quien ya había logrado

reponerse de su pasajera tristeza—. No se puede estar en alerta de forma indefinida y, Dios mediante, nunca tendremos que volver a pasar por una situación similar. ¿Cuál es ahora el procedimiento, señor Worth?

—He dictado una orden de detención contra lord Haltonshire, aunque... he de advertirles que no es tan fácil conseguir que alguien de su posición sea apresado. Puede que las autoridades de Oxford desoigan la orden.

—En este país la posición de alguien no lo exime del cumplimiento de la ley —protestó Dunhcan, quien sentía cierto resquemor ante cualquier privilegio de los que gozaba la aristocracia.

—Desde luego que no, señor Bissop, y lord Haltonshire tendrá que rendir cuentas ante sus pares. Puede que no tenga que someterse a la justicia penal en las mismas condiciones que cualquier plebeyo, pero la Cámara de los Lores no es laxa en cuanto a la aplicación de las leyes —coincidió el condestable con un tono que pretendía ser apaciguador—. Lo que no podemos obviar tampoco es que la autoridad no es igual de diligente en todos los rincones del reino, y que, a menudo, están poco dispuestos a enfrentar a los terratenientes.

—Entonces, tendré que ir a Oxford y traerlo para que rinda cuentas en este rincón del reino —propuso él sin poder ocultar del todo la furia que apenas conseguía mantener bajo control.

Esa maldita sabandija había huido con el rabo entre las piernas y había dejado a su amante para que terminase el trabajo sucio. Había que ser muy poco hombre para acumular la cantidad de actos execrables que ese individuo cargaba a sus espaldas. Dunhcan disfrutaría de aplicar por sí mismo la justicia. Pediría que le dejaran a solas con él en su celda, tan solo unas horas...

—Le garantizo que estos hechos no quedarán impunes —respondió el condestable con rotundidad, sacándolo de sus pensamientos—. No permitiré que ni la distancia ni su posición sean un óbice para que pague por sus crímenes. Ahora, si me disculpan, voy a dar parte al juez de paz del condado y a redactar un informe para solicitar el traslado de la detenida a Londres.

—Señor Worth —Dunhcan lo detuvo, sujetándolo por el brazo, antes de que abandonase la estancia—, necesitaríamos también una confesión de lady Mossling en la que reconozca que se hizo pasar por la señorita Sherman para firmar un acta matrimonial.

El condestable no pudo ocultar su asombro por la noticia y dirigió una mirada comprensiva a Valery. Con un asentimiento de cabeza que indicaba su total implicación con el asunto, se despidió y abandonó Minstrel House.

—¿Qué pasará si ambos niegan haber tomado parte en el engaño? —preguntó ella con aire inquieto.

Dunhcan se había apoyado contra el marco de la puerta y observaba en ese momento a su prometida. Estaba tan bonita con las mejillas sonrosadas por el calor de la chimenea... Él mismo empezaba a tener un poco de agobio por la temperatura que había adquirido la sala. Si Valery se había sentido helada en algún momento, eso ya hacía mucho tiempo que había pasado. Por tanto, se acercó a la venta para abrirla y restar un poco de caldeo a la sala de profesores.

—¿Sientes gran aprecio por esa herencia, cariño? —preguntó, y después se giró para mirarla.

Ante la negativa de ella, Dunhcan expuso algo a lo que le había dado vueltas en los últimos minutos:

—Entonces nos olvidaremos de ella, huiremos a un lugar donde no puedan encontrarnos, y viviremos en pecado.

—¿Y tus caballerizas?

—Puedo empezar de cero en cualquier lugar, Valery. Puedo vivir incluso en una cabaña perdida en el monte, si es preciso. Lo puedo todo —declaró solemne—, si tú me acompañas.

Melinda gimió encantada y Eleanor tuvo la delicadeza de tomar a su compañera por el codo y salir de la habitación. Allí dejaron a Valery y a Dunhcan, afanados en la tarea de planificar su vida de fugitivos y pecadores.

Epílogo

Londres.

Tres meses después.

El elegante despacho desprendía un agradable aroma a madera y papel, con quizá alguna traza de tinta en el ambiente. Podría ser un lugar oscuro y opresivo si no fuera por las grandes ventanas de palillería con forma de rombos que daban directamente a Fleet Street. Una inmensa librería de caoba recorría tres de las cuatro paredes, y un gran escritorio de robustas patas talladas presidía el centro de la estancia. Aunque todo ese escenario no era ni la mitad de intimidante que el hombre que estaba apoyado contra el borde de la mesa. Toda la elegancia de su traje tweed de color gris perla no conseguía minimizar ni un ápice la dureza de aquellos rasgos. Los oscuros ojos del marqués de Northcott la observaban con intensidad, los finos labios estaban apretados en una línea desaprobadora y sus brazos cruzados sobre el amplio pecho eran un reflejo muy evidente de su humor en esos instantes.

—¿Comprende, lady Valery, que si hubiera escuchado nuestros consejos hace dos años y hubiese denunciado a lord Haltonshire, nos habríamos ahorrado dos intentos de asesinato? —preguntó tras un largo y estudiado silencio.

Lady Northcott observaba la escena con el ceño fruncido, en señal de disconformidad. Su postura era un tanto defensiva, preparada para abogar por la causa de Valery en cualquier momento. Dunhcan Bissop, por su parte, estaba

apartado, en un extremo del despacho, pero sus labios fruncidos no conseguían ocultar el esfuerzo que estaba haciendo para no sonreír.

Mientras tanto, Valery permanecía sentada en el sillón frente al escritorio sobre el que estaba apoyado Marcus Hale. De la posición de ambos se podría inferir que el marqués era quien dominaba la situación, y Valery quien se encogía sobre sí misma de miedo. Pero no era así.

—Comprendo que me faltó valentía en aquel momento, lord Northcott —dijo con voz serena—, pero no puedo arrepentirme de esa decisión, porque de haberlo aceptado no habría terminado en Minstrel Valley ni habría conocido al señor Bissop.

La respuesta del marqués fue una sutil elevación de su ceja izquierda, pero las reacciones de Dunhcan y de lady Olivia fueron más elocuentes: ambos le dedicaron sendas sonrisas.

—¿Todas las mujeres en Minstrel Valley tienen esa tendencia al romanticismo? —preguntó el abogado con aire resignado.

—Es la leyenda de los amantes, milord: lo impregna todo —respondió lady Olivia con sorna. Una vez rota la tensión, se acercó a su esposo y apoyó una mano sobre su hombro—. Querido, creo que lo que debemos hacer es asesorar a lady Valery para solventar este entuerto del mejor modo y poder así normalizar su... situación.

—Le agradezco muchísimo todo lo ha hecho por mí, lord Northcott. No quiero que piense que soy una desagradecida...

El marqués la interrumpió con un gesto vago de su mano que pretendía restar importancia a sus palabras.

—Eso no tiene ni que decirlo, lady Valery —aclaró—. ¿Por qué no nos sentamos todos y les explico la situación tal y como está hasta la fecha?

Lady Olivia caminó con pasos elegantes hasta un pequeño banco alargado que había junto a la pared del ventanal y se sentó. Era una mujer muy bella, con los ojos y el pelo de un color oscuro y vibrante. Lucía un vestido hermosísimo de seda azul cobalto y un moño muy distinguido que realzaba sus

finos y delicados rasgos. Era la personificación de la elegancia y el buen gusto, hasta en su forma de tomar asiento.

Dunhcan caminó hacia el frente de la mesa, se sentó en la butaca que hacía juego con la que Valery ocupaba y le dirigió una mirada de complicidad que agradeció de un modo inenarrable. Estaban juntos en aquel viaje, fuera cual fuese el resultado y el destino. Ambos podían perder mucho, pero estaban dispuestos a afrontarlo, unidos.

Lord Northcott, por su parte, dio la vuelta al gran escritorio y se acomodó en un confortable sillón de cuero de un tono anaranjado. En aquel sillón se sentaba y recibía a sus visitas uno de los abogados más prestigiosos de Londres, aunque muy pocos supieran que era él quien manejaba los hilos del Bufete Oakes.

—La suerte de lady Gertrude Mossling está echada —aseveró el marqués tras un silencio reflexivo. Con un codo sobre el brazo del sillón y los dedos de esa mano en la sien, parecía intentar exponer todo lo que tenía que comunicarles de un modo ordenado—. Tenemos pruebas más que suficientes para conseguir una condena por intento de asesinato. El condestable Nerian Worth redactó de un modo admirable el informe de la detención, y no dudo de que conseguiremos una condena firme y ejemplar, a pesar del estatus social de la baronesa viuda.

—¿Qué hay de Haltonshire? —preguntó Dunhcan con tono desabrido. Cualquier rastro de mesura y alegría desaparecían de su semblante cuando salía a colación el nombre del tutor. Albergaba por él mucha más antipatía que por la propia lady Mossling.

«Su obligación era protegerte, Valery —le había explicado una vez—. Era responsable de ti y te privó de tu posición y de la seguridad que él mismo debería haberte proporcionado».

—Ahí tenemos algunas cuestiones que valorar, y que solo usted puede decidir —explicó, refiriéndose a Valery.

—Adelante —contestó ella.

No lograba llegar a entender por qué no estaba nerviosa. Todo aquello revestía una gran importancia para ella. Quizá, el hecho de encontrarse en un lugar donde se sentía segura y de estar rodeada de gente que la apreciaba y cuidaba de ella, le restaban algo de trascendencia al momento.

—Haltonshire alega que todo el plan fue orquestado y ejecutado por lady Mossling, y que él apenas tenía conocimiento de lo que ella estaba dispuesta a hacer.

—Maldita sabandija —bramó Dunhcan con los puños apretados.

Valery le puso la mano encima de la suya para intentar consolarlo. Había descubierto que su prometido tenía un carácter bastante explosivo en según qué ocasiones.

—Pero yo les oí planear mi asesinato —argumentó ella.

—Y podemos sostenerlo sin problema ante la Cámara de los Lores en caso de que decidamos denunciarlo. Pero, lady Valery, si decidimos optar por esa vía, ha de saber que tardaremos mucho tiempo en conseguir la nulidad matrimonial. Haltonshire no cooperará en ese aspecto, a no ser que dirijamos nuestros esfuerzos a incriminar a lady Mossling.

—Será bastardo... —añadió Dunhcan, removiéndose en su asiento.

—Entiendo —musitó ella, un tanto apenada.

—¿A qué se debe esa dificultad, Marcus? —preguntó lady Olivia con cierto resquemor—. Ese hombre hizo pasar a otra mujer por Valery. ¿Acaso no es suficiente eso para que le obliguen a firmar la nulidad?

—Pero habría que ir a Gretna Green y encontrar testigos de la boda, demostrar que falsearon los documentos y esperar a que el arzobispo se pronuncie al respecto. Mientras tanto, es la palabra de él contra la nuestra, contra la suya, lady Valery, incluso aunque Gertrude Mossling estuviese dispuesta a corroborar esa versión, que no lo está. Por otro lado, Haltonshire no deja de ser un conde, con una credibilidad que se le presupone a cualquier par del reino. —La postura del marqués indicaba que no le estaba gustando tener que comunicarles esas cuestiones. Estaba segura de que, como gran

defensor de la justicia que era, aquello le tenía que estar produciendo sarpullido—. Él solo está dispuesto a colaborar si lo dejamos impune de todo delito.

La mano de Dunhcan se crispó de nuevo bajo la suya, e incluso hizo el amago de levantarse del asiento, como si estuviera a punto de saltar sobre lord Northcott, cosa del todo absurda porque el marqués lo único que hacía era ayudarles; y porque, además, lo que les estaba planteando parecía el único modo posible de alcanzar un cierto nivel de felicidad sin enfrentar una batalla legal que podía durar meses.

En el corazón de Valery no había lugar para el rencor ni para el odio. Detestaba la idea de que Gerard saliera indemne de toda justicia por sus actos, pero era consciente de que la negociación que les ofrecía lord Northcott en ese momento era el modo más certero de dejar atrás el pasado y comenzar una nueva vida junto a Dunhcan. A fin de cuentas, todo lo ocurrido desde aquella fatídica tarde en que descubrió la traición de su tutor la había llevado a ese escenario, a esa vida, a Minstrel Valley y al hombre que amaba. No, no podía albergar resentimiento por lo ocurrido, pues, a la postre, las penas y pesares que había vivido la habían llevado directa a los brazos de Dunhcan Bissop.

Lo único que aún preocupaba a Valery era el hecho de que tendría que contar con el consentimiento de su tutor para poder completar esa felicidad. Lo expuso del modo más directo:

—¿Dará su permiso para que nos casemos? —preguntó con voz firme y sus ojos pendientes de la reacción de su prometido.

Él se giró para mirarla, con esa terquedad profunda embargando sus preciosos ojos dorados. Para un hombre con el orgullo y el sentido del honor que él tenía, debía ser complicado renunciar a darle su merecido a Gerard Clayden, pero la expresión de su rostro se relajó cuando ella le dio un apretón comprensivo en la mano y le obsequió con una sonrisa llena de esperanza. A fin de cuentas, le había prometido que solo ella tendría la última palabra en cuanto a sus problemas legales.

—Firmará el consentimiento. —Escuchó decir a lord Northcott.

—Entonces tiene mi permiso para aceptar sus condiciones —sentenció con solemnidad.

Dunhcan Bissop solo había pegado a otro hombre una vez en su vida. Tenía quince años, y el primo de su vecino, un irlandés pelirrojo y fortachón, había tenido la desfachatez de robarle un beso a la chica que a él le gustaba. Habían quedado después del almuerzo para pelearse, y habían invitado a un nutrido grupo de amigos y vecinos a presenciarlo.

La sensación de expectación y euforia no fue muy distinta entonces de la que sentía en ese momento.

Shein Dereford, conde de Redcliff, había sugerido que fuesen andando hasta el lugar designado para el encuentro, pues no quedaba muy lejos de su residencia en la ciudad. Les habían acogido de muy buen grado cuando llegaron a Londres, dos días atrás. Lady Redcliff, una mujer cercana y cariñosa que sentía auténtico afecto por Valery, les había reprendido por no haberla puesto al tanto de todo lo que había estado ocurriendo en las semanas anteriores. Valery tan solo había accedido a ponerse en contacto con la amiga de su madre cuando estuvo segura de que sería necesaria su intervención. Aseguraba que ya habían hecho demasiado por ella y que no quería ponerlos en más compromisos, argumentos que habían sido desmontados por la propia lady Hannah sin piedad.

«Si tu madre supiese que no he estado a tu lado en momentos tan difíciles, se revolvería en su tumba. Debiste enviarme una carta en el preciso instante en que supiste que habían descubierto tu paradero. Habría estado allí al día siguiente», había rezongado la gran dama.

Los condes de Redcliff vivían casi todo el año en el campo, al igual que lo habían hecho los padres de Valery. No les gustaba el ambiente de la ciudad, y

lady Hannah, debido a sus orígenes humildes, no era muy apreciada por las linajudas matronas de la buena sociedad londinense. Era algo que a ella «bien poco le importaba», según sus propias palabras. Solo acudían a Londres cuando alguno de sus hijos se empeñaba en ello o cuando el conde de Redcliff, quien había sido un importante consejero de su majestad, Jorge III, tenía que acudir a cumplir con sus deberes en el Parlamento.

La caminata le vino muy bien a Dunhcan para templar los nervios, pues fue lo bastante larga como para dejarle liberar parte de la tensión que sentía por el encuentro que se avecinaba.

Les acompañaba el marqués de Northcott que, en realidad, era el único con un verdadero motivo para acudir a aquella cita, pues era el encargado de comunicarle a Haltonshire la decisión de Valery.

Intentaron convencer a Dunhcan para que se quedase en la residencia de Redcliff junto a su prometida y a lady Hannah, pero no hubo modo humano de que pudieran privarle del placer de estrellar su puño en la nariz de ese bastardo de Gerard Clayden. Era el único motivo por el que acudía a la cita. Bueno, también tenía la intención de advertirle muy seriamente a Haltonshire que no volviese a respirar el aire a menos de un kilómetro y medio de su prometida.

Halton House era una pequeña y discreta edificación de dos plantas en pleno Mayfair. Valery le había explicado que las propiedades asociadas al título de su padre no habían sido nunca ni muy abundantes ni muy lujosas. Para más señas, solo tenían esa casa en Londres y la preciosa finca de Askett Abbey, donde ella había crecido.

Northcott levantó y dejó caer la aldaba de la puerta con un único y firme golpe. Acto seguido, le dirigió una mirada de advertencia. Le había solicitado, ya en dos ocasiones, que mantuviese las formas y se comportase de forma moderada. Dunhcan le había respondido ambas veces que era poco probable que eso sucediera.

Desde el día que observó el corte zafio en la correa de seguridad de la silla

de montar de Valery, había ido cebando un odio inconmensurable por aquel despojo de hombre que se había dejado manipular por las malas artes de una mujer. Lady Mossling lo había calificado de pusilánime en sus declaraciones, que Northcott le había dejado mirar la tarde anterior, y no podía estar más de acuerdo con esa apreciación. Ni siquiera se había atrevido a presentarse en el despacho del marqués, el muy cobarde. Había pedido una reunión privada en su mansión, donde se sentía más seguro. Iba a recibir, sin embargo, una pequeña sorpresa.

El papel del conde de Redcliff en todo aquello era el de adalid de los intereses familiares de Valery pues, según la condesa, ellos eran la única familia con que contaba su prometida. Se convertiría, además, en su tutor hasta que ellos pudieran casarse. De hecho, uno de los documentos que Marcus Hale transportaba en su maletín, era un poder por el que Haltonshire delegaba la tutoría de Grace Valery Clayden Sherman en Shein Dereford, conde de Redcliff.

La sugerencia para proceder de ese modo había sido de lady Hannah, quien esa tarde, durante el té, había considerado poco pertinente que el hombre que había intentado matar a su pupila fuera a consentirle que contrajese matrimonio con el hombre al que amaba.

«No se merece ese honor», había argumentado.

Valery había parecido aliviada con la sugerencia y lord Northcott había mandado redactar un documento en que se reflejase el traspaso de responsabilidades.

Un mayordomo abigarrado y escuálido les abrió la puerta de la calle. Cuando se presentaron y le explicaron que el conde los estaba esperando, los condujo hasta un despacho en la planta baja. Los ojos saltones de lord Haltonshire se abrieron como dos naranjas cuando observó entrar a tres hombres, en lugar de al único visitante que esperaba.

Miró a Northcott con extrañeza, pero luego su expresión se tornó recelosa cuando echó un vistazo a los otros dos acompañantes. Dunhcan imaginó que le

había reconocido, pues cuando posó los ojos en él dio un paso cauteloso hacia atrás.

—Esto no era lo acordado —barbotó con voz insegura.

—Verá, lord Haltonshire —repuso el marqués con toda la flema inglesa de un aristócrata de abolengo—, me trae sin cuidado si le parece o no adecuada la presencia de estos caballeros aquí esta noche. Ambos tienen motivos fundados para acompañarme. El señor Bissop como prometido de lady Valery, y el conde de Redcliff como futuro tutor de su actual pupila.

—¿Qué? —preguntó contrariado— ¿De qué está hablando?

Haltonshire era mejor parecido de lo que lo había imaginado. Era un hombre que rondaba la treintena, con buen porte y rasgos bastante anodinos: ojos marrones, pelo castaño y tez paliducha.

—Se lo explicaré —anunció Northcott al tiempo que depositaba su maletín sobre la mesa y lo abría para sacar los papeles en cuestión—. Lady Valery ha aceptado sus condiciones. Es decir, no habrá ninguna denuncia contra usted, siempre y cuando firme en este instante su conformidad para solicitar al tribunal eclesiástico la nulidad del matrimonio. Aquí tiene el documento. —Lo puso sobre la mesa y continuó—: Del mismo modo, habrá de firmar otro documento por el cual cede la tutoría de lady Grace Valery Clayden al señor Shein Dereford, conde de Redcliff...

—¿Cómo dice? —interrumpió Haltonshire, que había empalidecido.

—Lady Valery no quiere seguir estando bajo su tutela, cuestión bastante obvia, dado que ha intentado asesinarla, motivo por el cual ha solicitado la protección de lord Redcliff, y él ha accedido a convertirse en su tutor.

—Usted dijo que tendría que firmar un consentimiento para que pudiera casarse, no que tendría que renunciar a la tutoría —protestó, mientras su tez iba tornándose cada vez más roja.

Dunhcan consideró que ya había tenido suficiente de la arrogancia de ese estúpido petimetre. Se adelantó en dos zancadas y lo tomó por las solapas de su distinguida levita.

—Y ¿para qué quiere seguir siendo su tutor, maldita rata? No desde luego para protegerla. No para velar por sus intereses, ¿verdad? ¿Es que aún se cree que va a conseguir una sola libra de su dinero?

—¡Dígale que me suelte! —exigió a lord Northcott como si Dunhcan no fuera merecedor siquiera de que le hablase a él directamente.

—Va a firmar esos papeles —farfulló Dunhcan, controlando sus ganas de estamparlo contra la pared. Se limitó a soltarlo con un fuerte empujón que por poco no lo manda al suelo—. Y lo va a hacer ahora mismo, o le juro que no pararé hasta que vea cómo lo meten en una prisión y le arrebatan su título.

—Usted no es más que un miserable criador de caballos. ¡No tiene nada que hacer contra mí!

—Pero yo sí —terció lord Redcliff, quien había permanecido callado y observador durante toda la conversación, si es que podía considerarse como tal aquel intercambio de palabras—. Mis contactos con la Casa Real y con el servicio secreto son mucho más amplios e influyentes de lo que pueda llegar a soñar, Haltonshire.

—Y yo no tardaría mucho más de un mes en terminar con su reputación y permutarle esta casa por una habitación con barrotes en la prisión de Fleet —añadió lord Northcott, con una paciencia infinita que a saber de dónde sacaba—. Quizá no acabe de entender que el único motivo por el que se le concede esta gracia es el deseo de lady Valery de dejar atrás el pasado y poder continuar con su vida. No piense ni por un instante que nos faltan recursos para conseguir una condena por intento de asesinato y por instigar a otra mujer para suplantar a su pupila. Lo único que le separa de la cárcel son un par de rúbricas, Haltonshire. No sea estúpido y firme de una maldita vez.

El conde se reajustó la chaqueta con patético orgullo, se mesó el cabello y se acercó a la mesa, en la que reposaban ambos documentos; los miró con desconfianza durante varios segundos antes de tomar la pluma y decidirse a firmar.

—Y, ahora, márchense de mi casa —escupió no muy bien terminó de dejar

el último trazo sobre el papel.

—Enseguida —murmuró Dunhcan antes de acercarse en dos zancadas.

Estrelló su puño derecho contra la mandíbula de conde. Una, dos, tres veces; hasta que Haltonshire perdió la verticalidad. Una vez en el suelo se llevó las manos al rostro y empezó a mascullar cosas ininteligibles en medio de unos maullidos bastante patéticos, fruto del dolor.

—Si aprecia su vida, no se acerque jamás a Valery —le ordenó Dunhcan con voz templada—. La próxima vez no habrá nadie más que usted y yo, y le aseguro que no juego limpio.

—Vaya —dijo lord Redcliff nada más salir al fresco de la noche—. Acaba de recordarme el gran placer que supone estrellar el puño contra un miserable de esa calaña. No era consciente de echarlo de menos. Northcott, ¿le apetece que nos busquemos problemas esta noche en alguna taberna?

El conde de Redcliff había sido un agente de la Corona muy apreciado un par de décadas atrás. Ahora contaba con unos cincuenta años, si los cálculos no le fallaban, pero tenía un porte y una robustez que bien podían permitirle tumbar a un par de tipos rudos de los muelles.

Northcott respondió con una sonora carcajada mientras avanzaban por la calle. Un caballero que se acababa de cruzar con ellos dio un respingo y farfulló sobre la nueva aristocracia y su pésimo comportamiento.

—Nunca he tenido la necesidad de arremangarme los puños de la camisa por un motivo como ese, Redcliff, pero si necesita compañía, soy un gran observador.

—¿Qué dice, Bissop? —preguntó con aquel tono jocoso y animado—. ¿Se ha quedado con ganas de más?

—La verdad es que estoy deseando volver a Red Manor.

El conde rio por lo bajo al tiempo que lanzaba un codazo al marqués. Dunhcan cayó en la cuenta de que iba acompañado por dos grandes pares del reino.

—El chaval quiere volver a Red Manor, Northcott, tendremos que

aguantarnos. —Marcus Hale no era mucho mayor que él, pero era aristócrata y un hombre casado. A ojos de Redcliff, eso revestía tanto peso como la edad. Por eso el marqués era un igual para él, y Dunhcan era solo un muchacho—. He de decir que no es una actitud que menosprecie en el hombre que va a casarse con mi pupila.

Dunhcan se limitó a sonreír por toda respuesta. Tal y como acababan de recordarle, todas aquellas complicaciones, todo el papeleo, tenía una razón de ser, una de vital importancia para él.

Cuando llegaron a la mansión de los condes de Redcliff, ya sin la presencia de Northcott, que también había confesado sus ganas de volver a casa, se dirigieron al salón de las damas, donde lady Hannah y Valery los estaban esperando con gran impaciencia, aunque poco se notó en el semblante de ambas, pues se limitaron a erguir la espalda en las sillas en las que aguardaban tomando una copa de oporto. Dunhcan se preguntó en ese momento, al ver la similitud entre los movimientos distinguidos de ambas mujeres, cómo no se había dado cuenta de los orígenes nobles de su prometida desde el primer momento. Valery derrochaba elegancia por todos los poros de su piel.

—Los ha firmado. —Se limitó a decir con una sonrisa que hablaba por sí misma.

Entonces sí se levantó, y caminó hacia él. Su expresión mostraba un inmenso alivio mientras se acercaba, pero también dejaba traslucir el indicio de ilusión que ese hecho les permitía. Le tomó las manos en cuanto lo tuvo cerca, pero él no tenía suficiente con eso y la atrajo hasta poder envolverla en sus brazos.

—Libre, por fin —musitó ella.

—Ha sido mucho más sencillo de lo que cabría esperar —apostilló lord Redcliff mientras se dirigía hacia la silla donde estaba su esposa y depositaba un beso en su mejilla.

—No tenía opción alguna a negarse —recordó Dunhcan rompiendo el

abrazo, pero rodeando la cintura de Valery para mantenerla a su lado—. Redcliff y Northcott se encargaron de hacer ostensibles sus ganas de terminar con su vida y su reputación.

—Cariño, ha sido digno de ver —comentó el conde—. Hacía mucho tiempo que no tenía oportunidad de contemplar la caída de un villano, como bien sabes, y he de confesar que me he sentido rejuvenecido.

—Tú no necesitas una escaramuza para sentirte joven, Shein —opinó lady Hannah, que pasó a enfrascarse en una conversación muy animada con su esposo.

—No cierres el pestillo de tu habitación esta noche —le susurró Dunhcan a su prometida.

Los condes de Redcliff los habían instalado, no sabían si de forma intencionada, en el ala de invitados, en la que solo ellos ocupaban dos de las ocho habitaciones. Las dependencias de la familia estaban separadas por un vestíbulo y un amplio pasillo que les confería absoluta intimidad.

—¡Dunhcan! —protestó ella en voz baja, de un modo muy poco convincente.

Horas después, Valery se acurrucó contra el pecho desnudo de su prometido. Lo envolvió con un brazo alrededor de su cintura y se pegó todo cuanto pudo. No había una sensación más plena que la de hallarse unida a él de ese modo, sintiendo cada porción de su piel y notando ese calorillo interno que era en parte deseo y en parte satisfacción. Habían hecho el amor en absoluto silencio, con ternura y calma, sin ese frenesí que les poseía algunas veces y que los llevaba a un estado casi de locura. En ocasiones, Dunhcan podía ser dolorosamente dulce con ella, como si en lugar de tomarla para saciar su necesidad lo hiciese para paladear y aprender cada rincón de su cuerpo.

—Recuerdo que era una mujer muy honrada y decente antes de conocerte —

bromeó mientras recorría con las yemas de los dedos el vello que salpicaba su abdomen.

—Sigues siendo ambas cosas —opinó él con esa voz grave que tenía siempre en la intimidad, mientras sus propios dedos recorrían la espalda de Valery—. Lo único que ha cambiado es que eres un poco menos inocente y un poco más mía.

Ella rio por lo bajo y le dio un pequeño pellizco en el costado de la cintura.

—Yo diría que de mi inocencia no queda ni la sombra.

—Ay, mi amor, hay tantas cosas que tengo que enseñarte aún...

A Valery le recorrió un estremecimiento por el vientre al escuchar el tono de su futuro esposo. Él siempre le estaba embromando con insinuaciones de ese tipo, sosteniendo que era un amante experimentado y que apenas la había iniciado en la pecaminosa senda del placer. Ella solía sentirse un poco azorada y muy interesada cuando le decía esas cosas.

—Ya me has enseñado mucho —le dijo, apartándose para poder contemplar su rostro—. Y me has dado mucho, también.

Llevó una mano hasta su mejilla e inició un recorrido por su nariz, sus sienes y el nacimiento de su cabello.

—Ajá —musitó él mientras su mirada la recorría entera con indicios de hambre.

—Ni siquiera era consciente de que me había conformado con vivir a medias —confesó, llamando con eso la atención de aquellos ojos del color del ámbar—. Hacía tanto tiempo que había renunciado a tener ilusiones, que pensaba que aquello era la vida. Pero no. Tú me has demostrado que estaba equivocada, que había muchas cosas más con las que soñar y por las que luchar.

—Mi amor... —Él la atrajo para besarla y ambos retozaron por la cama en una sucesión de caricias y palabras de cariño que estaban matizadas por promesas sensuales.

—¿Me querrás siempre así? —preguntó al cabo de un rato.

—Mmmm —murmuró él con el rostro enterrado en su cuello mientras iba depositando tiernos besos por acá y por allá—. Te querré aún más, porque no tendré que quererte a hurtadillas. Y porque tendremos hijos preciosos, y te miraré y sabré que tengo todo eso, todo lo que siempre he soñado, gracias a ti.

—Aun así, yo salgo ganando —opinó al tiempo que pasaba sus manos por la espalda de él—, porque creo que tengo más de lo que nunca me atreví a soñar.

—Hagamos el amor, señorita Sherman.

—¿Otra vez, señor Bissop? —bromeó Valery.

—Mi querida maestra del decoro, tiene tanto que aprender...

FIN

Agradecimientos

Uno suele nombrar a la familia y a los amigos en estos apartados de su libro. No es lo que corresponde en esta ocasión.

Mi agradecimiento, inconmensurable y eterno es para mis compañeras de MV y para la editorial que nos cobija y nos da calor, ¡y nos infla las alas!

Pero, primero que todo:

Gracias, Bethany Bells.

Tú eres el *alma matter*, el espíritu y la esencia de Minstrel Valley. Todas nosotras no hemos hecho sino recrear un mundo que ha nacido de ese lugar maravilloso donde tejes historias y sueños. Gracias, compañera. Infinitas gracias por permitirme ser parte de este proyecto.

No me alcanzan las palabras para explicarte lo que ha significado MV para mí, para nosotras. Aunque a ti no hace falta que te lo explique, pues lo has vivido cada día a nuestro lado. Sin embargo, se lo explicaré a quienes leen estas líneas.

Minstrel Valley ha sido nuestro hogar durante el año y algo más que dura esta serie. Los lazos que se han formado entre las autoras de esta colección no creo que pueda romperlos ni siquiera el fuego de Mordor, porque han sido muchos los días en los que hemos compartido ideas, risas y sueños. No ha pasado ni uno solo sin que alguna tuviera una disparatada propuesta, ni tampoco sin que alguien aportase conocimiento, organización o coherencia al relato general. Todo esto no hubiera sido posible si en lugar de implicación y cariño, hubiéramos puesto celo e individualismo. La urdimbre de personajes

que estáis conociendo no es casual, ni arbitraria, es el resultado de una minuciosa organización y de muchas mentes trabajando juntas.

A vosotras, compañeras, no puedo deciros nada que no sepáis. Sobran las palabras. Solo os diré Eleanor Rigby, Christine Cross, Nuria Rivera, Ross Callum, Ana F. Malory, Elisabeth Urian, Alexandra Black, Sandra Bree, Ruth M. Lerga, Begoña Gambín, Brenna Watson y Marcia Cotlan, que me siento muy orgullosa de haber compartido este sueño con vosotras y que quiero a vuestros chicos como si fuera míos. Creo, que para nuestra fortuna, siempre serán de todas.

Pero no hemos estado solas en esta aguerrida gesta. Nuestra mami literaria nunca nos ha abandonado y ha compartido cada uno de los pasos. Ha disfrutado como una enana y ¡hasta se ha comprado una casa en Minstrel Valley! Gracias, Lola Gude. Por tu tenacidad, tu cariño, tu dedicación y tu alegría contagiosa. Gracias también por ser, junto con María Nevers, la embajadora de esta colección ante nuestras más altas instancias. No dudéis que todo cuanto consigamos será tan mérito vuestro como de cada letra que nosotras hayamos tecleado.

Tan bien avenida ha sido esta familia que hasta hemos tenido una madrina. Gracias, Nieves Hidalgo. Eres una de las personas más admirables que conozco, y yo admiro a muy poca gente. Tus palabras de ánimo siempre han sido un abrigo maravilloso.

Las preciosas portadas que acompañan a la serie son obra del equipo creativo de Penguin Random House. Han sabido captar el espíritu de Minstrel Valley y la particularidad de cada una de las historias que lo componen.

Del mapa mejor ni hablamos, ¿verdad? ¿Habéis visto esa obra de arte que ha creado Barbara? Casi sentimos que es un lugar real y que podemos ver a nuestros personajes paseando por sus calles y sus ruinas.

Posiblemente, nuestras historias contendrían cantidad de errores (a pesar de nuestro mejor esfuerzo) si no fuera por los vigilantes ojos de Juanjo y Laura, que han velado porque todos los relatos brillen con luz propia y sigan una

línea uniforme.

Un agradecimiento especial y un ¡hurra! para Almudena Muñoz, nuestra historiadora (sí, tenemos una historiadora en nómina), porque ha tenido que resolver las dudas e ideas más descabelladas y porque siempre ha sacado tiempo de donde no lo había para investigar nuestras ocurrencias. Si no fuera por ella, creed que habrían pasado cosas inimaginables en este pueblecito inglés en 1837.

Nuestras queridas Pilar Alonso y Ale Samaniego han sido designadas para comunicarle al mundo la feliz noticia de que la Escuela de Señoritas de lady Acton es el mejor lugar donde puede educarse una *dama selecta*. Gracias por vuestros desvelos y por acercarnos a los lectores.

Y, por último, gracias a Dunhcan y a Valery, por asaltar mi mente a cada rato y por ponerme las cosas fáciles. Habéis sido unos personajes muy complacientes y transparentes. No sabéis cuánto os lo agradezco.

Ah, que no se me olvide. Gracias a ti, lectora, por permitir que Minstrel Valley entre en tu vida.

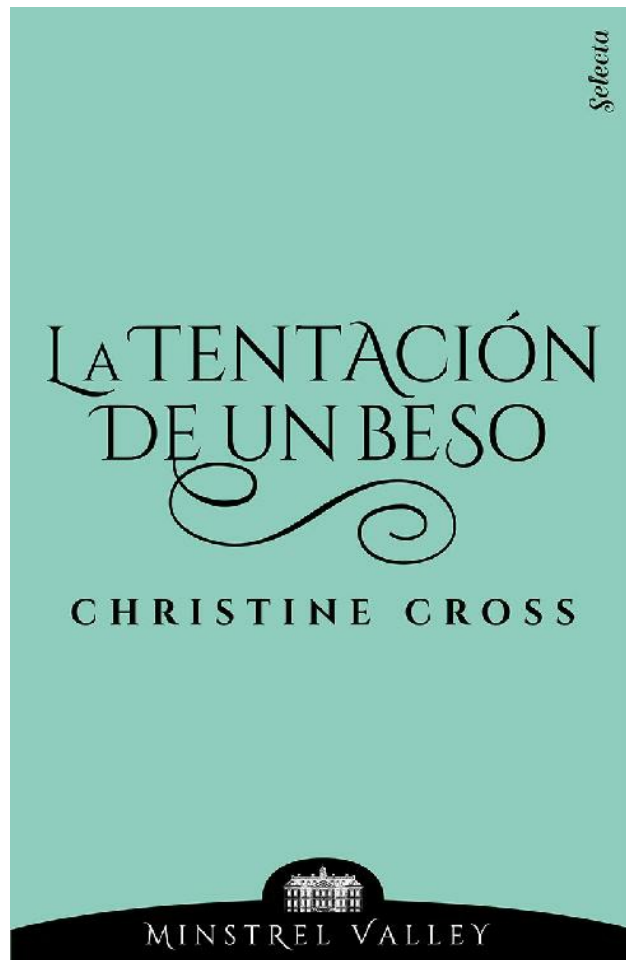
Si te ha gustado

Una impostora en Minstrel Valley

te recomendamos comenzar a leer

La tentación de un beso

de *Christine Cross*



Prólogo

Londres, Abril 1837

Nunca habían perdido ningún cliente... hasta ese momento.

Smith y Johnson, ubicado en Chancery Lane, era considerado uno de los más prestigiosos bufetes de abogados en Londres. Fundado por sus abuelos, hacía más de cincuenta años que se dedicaban a elaborar testamentos, arrendamientos de tierras, títulos de transferencias o ventas de propiedad. Muchos miembros de la nobleza les habían confiado sus propiedades para que se ocupasen de la administración financiera. Y nunca, en todos esos años, habían perdido a ningún cliente, hasta ese momento.

No se trataba además de una pérdida común y corriente, es decir, que algún cliente hubiese declinado sus servicios en favor de otro bufete —lo que constituiría ya de por sí un asunto grave—, sino de una desaparición. La joven dama había desaparecido sin dejar rastro.

Desde hacía años, Smith y Johnson ejercían como fideicomisarios de los Beaufoy-Scott, una familia de abolengo cuyos orígenes se remontaban a la baronía de Hertford en Minstrel Valley, Hertfordshire. Si bien era cierto que la familia había venido a menos con el paso del tiempo, aún conservaban en sus archivos un testamento que debían hacer efectivo bajo el cumplimiento de una serie de condiciones. Uno de los últimos descendientes directos de la familia había dejado sus últimas disposiciones antes de morir sin descendencia; su herencia —una agradable suma de unos miles de libras y una antigua joya de valor tanto sentimental como económico— debía ser entregada a aquella descendiente femenina que, al cumplir los veinticinco años de edad, todavía permaneciese soltera.

El señor Smith paseaba su oronda figura con nerviosismo por el elegante despacho, bajo la atenta mirada del señor Johnson que contabilizaba los pasos

que daba su compañero mientras calculaba cuánto tardaría en desgastar la hermosa alfombra que decoraba el suelo. Y es que el señor Johnson, desgarrado y larguirucho como era, poseía un cerebro privilegiado para los números.

—Esto puede costarnos una buena suma de dinero —comentó al tiempo que se frotaba la nariz en un gesto que delataba su disgusto.

—¡No es el dinero lo que me preocupa, sino nuestra reputación! —le espetó su socio visiblemente exaltado.

—Me refería a la alfombra —repuso lacónico el señor Johnson. Abrió su cajita de rapé y tomó un pellizco que absorbió por la nariz con ademán experto—. Es muy antigua y costará mucho reparar el surco que estás labrando sobre ella.

El señor Smith se detuvo y lo miró, primero con desconcierto, luego, como el agua en una tetera a punto de bullir. El señor Johnson contuvo una sonrisa y esperó el estallido. Resultaba demasiado fácil alterar los ánimos de su compañero, pero siempre le había asombrado la facilidad con la que lograba controlar sus arrebatos, una cualidad notable en su profesión de la que él, sin embargo, carecía. Tenía mucha paciencia, eso sí, pero cuando algo lo enfadaba de verdad, le resultaba imposible controlar su genio. Por eso habían decidido que el señor Smith atendería a los clientes, y él se ocuparía del papeleo y la gestión de las finanzas. Un acuerdo que a los dos les venía de maravilla.

El rostro de su socio tomó un alarmante tono rojizo y el señor Johnson creyó que en esta ocasión sus inocentes palabras provocarían una explosión. Sin embargo, esta no llegó. El aire escapó por la boca del señor Smith como si de un fuelle viejo se tratase, dejándolo algo desinflado y alicaído.

—No sé cómo puedes permanecer tan tranquilo, Oliver —se quejó al tiempo que se dejaba caer sobre una de las sillas tapizadas ubicadas frente al inmenso escritorio de madera de roble que ocupaba el centro del despacho.

—Como decía siempre mi padre, todo gran problema tiene una sencilla solución —declaró con tono solemne—, y no hay nada perdido que no pueda

ser hallado —añadió.

—¿Eso también lo decía tu padre? —Sacó del bolsillo de su chaleco un pañuelo de un blanco immaculado y se enjugó el sudor de la frente fruto de su nerviosismo—, creo que nunca se lo escuché.

—No, eso es de mi cosecha —aclaró el señor Johnson muy ufano. Unos sonoros golpes en la puerta hicieron que el señor Smith se elevase de su asiento con un sobresalto. Miró a su socio y se sorprendió cuando este le guiñó un ojo—. Ah, ya ha llegado la solución a nuestro problema. ¡Adelante!

La puerta se abrió tan solo a medias para mostrar la pulcra y redondeada cabeza del secretario, con su indomable mata de cabello rojizo y las gafas resbalando por su picuda nariz.

—Ya ha llegado el señor Farrell para su cita —anunció con una solemnidad muy apropiada a su cargo, ya que no para su edad, pues solo contaba quince años. Había entrado como aprendiz al bufete a los trece años y desde entonces había hecho grandes progresos. Ahora ejercía como secretario.

—Puedes hacerlo pasar, Percy.

Barnaby Smith se giró hacia su socio con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué diantres has hecho, Oliver?

—Contratar al mejor detective de Londres —repuso este con tranquilidad y un brillo astuto en los ojos. Sabía con certeza que el señor Farrell era el detective con la tarifa más económica de todo Londres; el hecho de que operase solo en el East End entre la peor carroña de los bajos fondos, no desmerecía a sus ojos, aunque, desde luego, no era información que compartiría con su socio.

La puerta se abrió de nuevo y el joven secretario dio paso al visitante. Los ojos del señor Smith se abrieron entre sorprendidos y fascinados ante la figura que penetró en el despacho. Más que un detective, parecía un estibador de puerto, con unos músculos bien desarrollados marcados por la ajustada chaqueta de paño negro. Aunque vestía pulcramente, se notaba que su atuendo había visto tiempos mejores.

El señor Thomas Farrell poseía un rudo atractivo y una edad indefinida, quizás cercana a la treintena. Su rostro de mandíbula cuadrada, nariz algo torcida —probablemente a causa de algún golpe—, y unos ojos oscuros y penetrantes bajo unas pobladas cejas negras, le habría conferido el aspecto de un malhechor si no fuese por la sonrisa burlona que curvaba en ese momento sus carnosos labios y que lo transformaba en un atractivo bribón. Su espeso cabello negro se ondulaba rebelde sobre las sienes y la frente.

—Señor Johnson —saludó con una escueta inclinación de cabeza mientras sus ojos, negros como el pecado, observaban todo con atención.

Oliver le devolvió el saludo con la economía de movimientos que lo caracterizaban, y señaló a su compañero con la cabeza.

—Señor Farrell, le presento a mi socio, el señor Smith.

El detective se tocó el ala del sombrero en un gesto de saludo y luego se dedicó a esperar, con las manos en los bolsillos, a que alguien le explicase para qué lo habían mandado llamar. Ya había hecho algunos trabajos para el señor Johnson, aunque siempre se habían reunido en una de las tabernas de Brick Lane, en el East End. Nunca había tenido la oportunidad de acudir a su despacho, y aunque no se sentía incómodo, prefería acabar cuanto antes con el asunto que lo había traído allí.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

Barnaby Smith entrecerró los ojos y lo observó con esa mirada que dedicaba a los legajos más oscuros y enrevesados que llegaban a sus manos, como si quisiera desentrañar su contenido, en este caso su alma. Pero como Thomas Farrel estaba convencido de no tener una, no le molestó el escrutinio del abogado.

—El señor Johnson dice que es usted el mejor detective de Londres —comentó en un tono de evidente incredulidad.

El detective esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros con indiferencia.

—Si él lo dice...

El abogado frunció el ceño y se levantó para reanudar su paseo por el despacho, sin hacer caso del molesto bufido que le dedicó su socio.

—¿Es usted discreto?

—Como una tumba.

Smith hizo caso omiso de su respuesta mientras continuaba con su perorata.

—Necesitamos un investigador que sea de fiar. Se trata de un asunto demasiado delicado y no queremos que haya rumores al respecto, ¿comprende usted? Sería demasiado perjudicial para nuestra reputación —señaló. Thomas cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro mientras Johnson ponía los ojos en blanco—. Por eso exigimos discreción y, por supuesto, eficacia. No contamos con mucho tiempo, y es esencial para nuestro bufete que...

—...que encuentre usted a una dama —lo interrumpió su socio ganándose así una mirada furibunda por parte de Smith.

Farrell arqueó una de sus negras cejas con una elegancia y precisión dignas de cualquier miembro de la aristocracia. Si le hubiesen pedido que encontrase a un ladrón, un estafador o un asesino, o incluso a una prostituta, no hubiera tenido ningún problema, ya que se movía como pez en el agua por el submundo de los barrios bajos de Londres, pero ¿dónde demonios podía buscar él a una dama?

Barnaby carraspeó para aclararse la garganta y se dirigió hacia el escritorio de donde tomó una gruesa carpeta que entregó al joven detective. Farrell le echó una ojeada y enarcó una ceja.

—¿De qué va todo esto? —preguntó mientras pasaba su mirada de un abogado al otro. Luego añadió con una sonrisa impenitente—: ¿Milady se ha fugado a Gretna Green?

Smith dejó escapar una exclamación ahogada mientras que Johnson disimuló una risa burlona con una tos.

—Por supuesto que no se trata de eso —protestó el señor Smith molesto—, hablamos de una dama.

—Me disculpo —comentó Farrell para nada arrepentido—, mi comentario

ha estado fuera de lugar. Le ruego me indique para qué requiere mis servicios.

Barnaby Smith tiró de las puntas de su chaleco, que enseguida volvieron a levantarse a causa de la prominente barriga que lucía, y se pasó la mano por la afeitada barbilla como si estuviese sopesando si seguir adelante o no.

Thomas Farrell maldijo por lo bajo. Necesitaba el trabajo y los ingresos que este podía reportarle, ya que andaba algo escaso de fondos en ese momento.

—Está bien —repuso finalmente el abogado—, el trabajo es suyo. Necesitamos que encuentre cuanto antes a esa joven —señaló los papeles que el detective tenía en su mano—, lady Eleanor Harper. No tenemos más datos sobre ella que los que encontrará en esos documentos.

Farrell frunció el ceño mientras contemplaba la escasa información de la que disponía.

—Esto puede tardar. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Debe encontrarla antes de que cumpla los veinticinco años. Eso será exactamente en tres meses.

Capítulo 1

Minstrel Valley, Julio 1837

El ruido proveniente del jardín la desconcentraba.

Eleanor Harper suspiró con resignación y trató de concentrarse de nuevo en los papeles que tenía ante ella. En unos días llegaría el señor Arthur Fields desde Londres, y aunque era un excelente administrador y llevaba todos los

asuntos de la propiedad con exquisita precisión, también era bastante exigente y meticuloso para los detalles. Las reuniones trimestrales para la revisión de la administración de la escuela se transformaban en ocasiones en una auténtica pesadilla, como en aquel momento. Por más que leía y releía los papeles, las cuentas no cuadraban.

Un agudo chillido penetró por las ventanas abiertas de su despacho y le hizo menear la cabeza. Seguramente se trataba de Margaret o de Tiberia. Era sábado, y las alumnas tenían clases de equitación. Una vez más se preguntó si había hecho bien en contratar a Dunhcan Bissop. No es que no fuera un buen instructor, de hecho ejercía muy bien sus funciones y tenía una mano extraordinaria con los caballos. El problema radicaba en su apostura. Para unas jóvenes tan impresionables y en edad casadera, el rudo atractivo de Dunhcan provocaba suspiros y otros comportamientos algo más impropios. Menos mal que él era todo un caballero y que su corazón parecía haber encontrado ya una dueña. Sonrió al pensar en Valery, bueno, en Lady Valery. Qué sorpresa había resultado descubrir que era hija de un conde.

El recuerdo veló sus ojos grises con una nube de tristeza. Ella también pertenecía a la aristocracia. Como hija de un conde, merecía el título de Lady por pleno derecho; un derecho del que nunca había disfrutado. Cuando apenas contaba dieciséis años, su padre, Lord Ronald Harper, conde de Belford, había fallecido en un lamentable accidente. Solía salir a pasear y a trotar con su caballo, un precioso purasangre negro. Aquel día, al intentar superar una valla, el pie se le había salido del estribo provocando su caída. Había muerto al instante, con el cuello partido. Como consecuencia, su madre se había sumido en una profunda melancolía y apenas había prestado atención a las cuestiones de la herencia, hasta que se habían visto en la calle. El nuevo conde de Belford, un hombre ambicioso y pariente lejano de su padre, no había tenido escrúpulos a la hora de despojarlas de todo aquello que venía ligado al título, dejándolas prácticamente en la miseria.

Unos suaves golpes en la puerta la distrajeron de los sombríos recuerdos.

—Adelante —dijo volviendo su mirada hacia los papeles.

La puerta se abrió silenciosamente para dar paso a una figura aún más silenciosa. Lucy trabajaba como doncella en la escuela. La belleza dulce que desprendía su rostro, contrastaba con la seriedad del mismo; en los casi dos años que llevaba en la escuela, casi nunca la había visto sonreír.

—Disculpe, señorita Harper, la señorita Bowler la espera en el vestíbulo.

Ella frunció el ceño y la miró con desconcierto.

—¿Lorianne?

Lucy se limitó a asentir con la cabeza antes de salir dejándola más confundida. Cuando la puerta se cerró tras la doncella, Eleanor se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó suavemente mientras intentaba recordar por qué motivo la esperaba la joven en el vestíbulo en lugar de hallarse en la clase de equitación con sus compañeras. ¡La abuela Joan! Dios mío, casi había olvidado que los sábados las chicas se turnaban para ir a casa de la abuela Joan a pasar un rato con ella y leerle un poco. Lo había hablado con las profesoras y a todas les había parecido bien, puesto que cuando las jóvenes se estableciesen en la alta sociedad, deberían de estar preparadas para colaborar en alguna obra social.

Recogió con rapidez los cuadernos de las cuentas y los sepultó en el fondo del cajón. Luego salió del despacho y subió por las escaleras de servicio hasta el primer piso donde se hallaba su habitación. Cuando entró, se dirigió de inmediato al tocador para revisar su aspecto. Poseía una abundante melena negra que caía en suaves ondas casi hasta la cintura, por eso necesitaba recogerse en un moño apretado. Algunas ondas habían escapado del recogido y volvió a colocarlas con cuidado. Su vestido, una prenda de muselina azul celeste con bordados de flores grises que hacían juego con sus ojos, era sencillo y discreto, así que decidió no cambiárselo. Tomó los guantes y el sombrero junto con el parasol y su limosnera, y bajó por las escaleras centrales hasta el vestíbulo.

—Lo siento, Lorianne —se disculpó mientras se colocaba los guantes—, me

he entretenido con unos asuntos.

—No se preocupe, señorita Harper —respondió la joven con una sonrisa sincera.

Eleanor le devolvió el gesto. Era imposible no encariñarse con Lorianne, con sus maneras serenas, sus ojos oscuros siempre chispeantes, su carácter dulce y conciliador. Su pelo negro como la noche, que llevaba recogido en un sencillo moño, hacía resaltar aún más su piel blanca. Si bien no era ninguna belleza y no poseía un título nobiliario, esperaba que hiciese un buen matrimonio, aunque necesitaría un hombre que la comprendiera y la hiciese florecer, porque la joven tendía a retraerse cuando se hallaba en un grupo numeroso.

Eleanor dejó escapar un suspiro mientras se encaminaba hacia la puerta. En realidad su cometido, y el de todas las profesoras y profesores que formaban parte de la *Escuela para Señoritas de lady Acton*, era lograr que las jóvenes hiciesen un buen matrimonio que les otorgase una cierta seguridad para el futuro. Bien sabía ella lo difícil que resultaba para una dama quedarse sola en el mundo.

La voz de Lorianne la sacó de sus tristes pensamientos.

—Señorita Harper, me he traído el libro de *Sensatez y Sentimiento* de la señorita Jane Austen, ¿cree que a la abuela Joan le gustará? —preguntó en un tono cargado de inseguridad.

—Seguro que sí, Lorianne —la tranquilizó—. Sus novelas han tenido mucho éxito.

La joven sonrió mientras asentía dándole la razón.

—Oí decir que cuando la princesa Carlota lo leyó, comentó que se sentía identificada con Marianne, una de las protagonistas, porque ella también era muy impulsiva.

—Lorianne, no hay que hacer caso a los rumores —la reprendió con suavidad—, y menos cuando se refieren a un miembro de la realeza que ya ha fallecido.

—Lo siento, señorita Harper —se disculpó enseguida. Agachó la cabeza, coronada por un gracioso sombrerito que hacía juego con su vestido mañanero de color marfil, y concentró su mirada en el camino que llevaba de Minstrel House al pueblo.

Eleanor sacudió la cabeza. Qué difícil resultaba educar a las jóvenes, se dijo dedicando una mirada pensativa a su acompañante. No podía verle el rostro porque Lorianne era menuda y ella más alta que la media, un rasgo heredado de su padre; de hecho, su altura siempre la había incomodado un poco.

—Yo creo que tú te pareces más bien a Elinor, la hermana sensata — declaró con la intención de suavizar la situación.

La muchacha levantó la cabeza y la miró con los ojos agrandados.

—¿Usted la ha leído?

El tono de sorpresa en su pregunta le hizo fruncir el ceño. ¿Acaso pensaban todas las alumnas que ella era un ogro o un bloque de hielo?

—Por supuesto, creo que es una obra con altos valores morales —aclaró.

—Y romance.

—Y romance —concordó ella con una sonrisa.

Lorianne tenía dieciocho años, y a esa edad, todas las jóvenes soñaban con el amor y con un príncipe azul; sueños de los que ella misma había tenido que prescindir al morir su padre tan repentinamente, y su madre pocos años después. La vida que le correspondía como hija de un conde, con sus bailes de sociedad, su presentación en la Temporada, sus picnics campestres y sus conciertos y *soirées*, se había evaporado el día que cumplió los dieciséis, dejando tan solo un pozo de tristeza en su corazón.

Aunque el trayecto hasta el pueblo no implicaba demasiado tiempo, con compañía se transformaba en un agradable paseo. La primeras casas que salpicaban el verde paisaje de Minstrel Valley, asomaron pronto en el horizonte. Luego solo tendrían que dirigirse a la que había sido la casa de Olivia Coombs, donde ahora vivía la abuela Joan.

—Yo no creo que me case por amor.

La rotunda afirmación en alguien tan joven la sorprendió.

—¿Por qué no, Lorianne? Cualquier joven debería aspirar a unirse en matrimonio enamorada de su esposo, o al menos, sintiendo un gran afecto por él.

La muchacha se encogió de hombros como si el asunto realmente no tuviese importancia.

—El amor es difícil de encontrar; me conformo con alguien que me respete.

Eleanor la miró desconcertada. ¿De dónde habría sacado la muchacha semejante idea? Iba a responderle cuando una voz la detuvo. Sin darse cuenta se habían internado ya en las calles del pueblo y casi habían alcanzado la plaza central. Resultaba inevitable encontrarse con gente; sin embargo, gimió para sus adentros cuando descubrió quién la llamaba. Dejó escapar un suspiro de resignación y esperó a que la mujer las alcanzara.

—Señorita Harper, se deja usted ver muy poco por el pueblo —le espetó sin siquiera un saludo de cortesía.

El tono con el que pronunció las palabras le recordó al de un predicador acusando a sus fieles de haber cometido algún pecado mortal. Por el rabillo del ojo vio que Lorianne agachaba la cabeza con gran recato, probablemente para ocultar una sonrisa.

—Dirigir una escuela es una tarea que exige mucho esfuerzo, señora Cotton, desgraciadamente no dispongo de mucho tiempo para mí misma —replicó con una sonrisa tensa.

Mildred Cotton bufó en señal de desacuerdo. Su figura delgada y espigada, vestida siempre de negro, le hizo pensar en un cuervo agorero.

—No hace falta que me mientas, jovencita. Tengo sesenta años y he visto nacer a la mayoría de los habitantes de este pueblo; sé lo que es el trabajo duro y te aseguro que educar a unas muchachas frívolas no lo es —declaró al tiempo que le dedicaba una mirada desdeñosa a Lorianne.

Eleanor contuvo las ganas de replicarle con acidez, puesto que se trataba de

una persona mayor y tenía que dar ejemplo a sus alumnas; además, no quería enzarzarse en una discusión con la mujer más cotilla del pueblo.

—Discúlpenos, señora Cotton, pero la señorita Bowler y yo tenemos algo de prisa.

Hizo ademán de continuar su camino, dando por finalizada la conversación, pero la mujer la retuvo por el brazo.

—Un momento, jovencita —Eleanor apretó los labios en un mohín de disgusto. Detestaba que la llamase así, puesto que ya había cumplido los veinticinco años. Si Mildred se dio cuenta del gesto, lo ignoró, puesto que continuó hablando—: el mes pasado, o tal vez fue en mayo, ya no lo recuerdo bien, vino un joven al pueblo. Era apuesto, aunque algo... —movi6 las manos como si el gesto le facilitase la tarea de hallar la palabra adecuada— rudo, y se dedicó a hacer muchas preguntas. ¿Y bien?

Se quedó mirándola fijamente y Eleanor se sintió inc6moda bajo el escrutinio de sus ojos astutos, aunque no comprendía bien qué pretendía la mujer.

—Y bien, ¿qué?

—No se haga la inocente —le reprochó con sequedad—. Ese joven andaba indagando cosas sobre la escuela y sobre usted.

Las delicadas cejas de Eleanor se enarcaron en un genuino gesto de sorpresa. Ella no tenía ningún pariente masculino, excepto el canalla que las había despojado a su madre y a ella de su herencia, pero no era un hombre joven.

—Quizás se trataba de algún caballero que deseaba información sobre la institución para enviarnos a su hija —comentó, aunque ella misma se preguntó por qué entonces no había acudido directamente a la escuela.

La mujer dio un respingo y frunció los labios en un mohín de disgusto, lo que unido a su extrema delgadez y a las arrugas de su semblante, otorgó a su rostro el aspecto de una vieja momia.

—¿Acaso cree que estoy mintiendo? —repuso furiosa.

—Por supuesto que yo no he...

La mujer extendió una mano huesuda y Eleanor se sobresaltó creyendo que iba a golpearla.

—Si no me cree a mí —la interrumpió con brusquedad—, pregúnteselo a él. ¡Señor Worth!

Eleanor y Lorianne se giraron a tiempo de ver al condestable que atravesaba la plaza como si quisiera pasar desapercibido —algo prácticamente imposible con su metro noventa de estatura. Al escuchar su nombre, el pobre hombre dejó caer los hombros con aire resignado, saludó a las mujeres que lavaban la ropa en el lavadero que había junto al pozo, en el centro de la plaza, y encaminó sus pasos hacia ellas.

—Buenos días señora Cotton, señorita Harper... —saludó, luego clavó sus preciosos ojos verdes en Lorianne y sus labios insinuaron una sonrisa—, señorita Bowler.

La muchacha le dirigió una leve reverencia y un suave rubor cubrió su rostro.

—Señor Worth.

—Para su conocimiento, la señorita Showy se encuentra en perfectas condiciones —comentó al tiempo que le guiñaba un ojo con disimulo.

Eleanor frunció el ceño al observar el gesto y ver que Lorianne se mordía el labio inferior con suavidad para evitar dejar escapar una carcajada. Abrió la boca para intervenir, pero la voz estridente de Mildred Cotton la interrumpió.

—Dígaselo usted, señor Worth —lo instó con exigencia.

El pobre hombre pasó su mirada confusa de una a otra.

—¿Decirle qué? —inquirió sin comprender.

La señora Cotton chasqueó la lengua con disgusto.

—Lo de ese hombre extraño que estuvo haciendo averiguaciones sobre la señorita Harper y sobre la escuela —señaló molesta—; como la señorita Harper no se digna poner a menudo un pie en este pueblo, no he podido decírselo antes.

Eleanor sintió que un rubor de indignación coloreaba sus mejillas. Aquella mujer insoportable no medía sus palabras, pero ella tampoco tenía por qué aguantarlas. Iba a replicar cuando el condestable se le adelantó.

—Ciertamente nadie está más atenta que usted a lo que sucede en Minstrel Valley, señora Cotton —repuso conciliador—, y sus observaciones son de inestimable ayuda para mí, como bien sabe. —Aquellas palabras, y el tono suave con que las pronunció acompañado de una irresistible sonrisa, tuvieron la virtud de hacer sonrojar a la mujer, una hazaña nada despreciable—. Le quedo muy agradecido por su colaboración. Ya me encargo yo mismo de poner al tanto de los hechos a la señorita Harper.

La señora Cotton recolocó algunos mechones de su cabello grisáceo dentro de la sencilla cofia negra en un pretendido gesto de coquetería y esbozó una sonrisa a la que le faltaba algún que otro diente.

—Usted es todo un caballero, señor Worth —le aseguró. Luego se volvió hacia ellas, soltó un bufido como el de un gato escaldado, alzó la cabeza con altanería y se marchó.

Nerian sacudió la cabeza.

—Lo siento, espero que la señora Cotton no las haya ofendido. A veces puede ser...

—No se preocupe, señor Worth. Ha sido usted muy amable al intervenir —le agradeció Eleanor.

—¿Van a algún sitio en particular? Tal vez podría acompañarlas —sugirió con cortesía.

—Vamos a casa de la abuela Joan —respondió Eleanor con una sonrisa agradecida—. Estaremos encantadas de aceptar su compañía.

Tomó el brazo que él le tendió con caballerosidad e indicó a Lorianne que aceptase el otro. Notó que la muchacha lo hacía con timidez, pero le sorprendió aún más la intensidad con la que Nerian Worth miraba a su alumna y la repentina tensión que pareció invadir su cuerpo cuando la joven depositó con delicadeza su mano sobre el fuerte antebrazo del condestable. Frunció el

ceño pensativa.

Mientras caminaban en silencio, se percató de que la muchacha tenía los ojos más brillantes de lo normal y su mirada volaba repetidamente del camino a la atractiva figura del hombre; pero no era la única, puesto que la de él hacía el camino inverso, aunque cuando sus miradas se cruzaban, ambos apartaban los ojos con rapidez. Quizás tendría que hablar con ella cuando regresasen a la escuela. Sabía que la joven había ido a casa del señor Worth en alguna ocasión para ver a Showy, la perrita que algunas de las alumnas habían encontrado abandonada, pero como siempre había ido acompañada y habida cuenta de la diferencia de edad entre ambos, no había pensado que hubiese ningún problema. Ahora ya no estaba tan segura.

—La señora Cotton tenía razón —comentó él al cabo de un momento interrumpiendo así sus pensamientos—; hace un par de meses apareció por aquí un hombre, uno de esos urbanitas londinenses, que se hospedó en The Old Flute, y se dedicó a hacer algunas preguntas discretas sobre la escuela y su personal. Se encontró con la señora Cotton y —se encogió de hombros levemente como si la consecuencia fuese obvia— se enteró de más cosas de las que quiso.

—Pero ¿preguntó directamente por mí? —se aventuró a interrogarlo—, es decir, ¿mencionó mi nombre?

Él sacudió la cabeza.

—En realidad no, se limitó a interesarse por el funcionamiento de la escuela y por el trabajo que desarrollaba la directora, pero no parecía un delincuente. Lo mantuve vigilado unos días, pero no vi nada sospechoso —le explicó para tranquilizarla.

—En la escuela todo sigue igual, no hemos tenido visitas ni inscripciones de alumnas nuevas, por el momento, claro.

Nerian sonrió y Eleanor tuvo que controlarse para no decirle a Lorianne que cerrase la boca; por suerte acababan de llegar a casa de la abuela Joan y el condestable liberó sus brazos con delicadeza.

—Señoritas, ha sido un placer gozar de su compañía —les dijo al tiempo que se inclinaba ante las dos en una leve reverencia, aunque sus ojos se demoraron un poco más sobre Lorianne.

—Muchas gracias por habernos acompañado, señor Worth —le agradeció Eleanor con una cálida sonrisa—, sentimos mucho haberle quitado tanto tiempo.

—Ningún problema, estoy a su servicio.

Se despidió con un gesto y se alejó con paso firme. Eleanor se volvió hacia Lorianne y sacudió la cabeza cuando vio cómo la joven seguía con la mirada al condestable. Llamó a la puerta y enseguida les abrió una mujer bajita de cabello plateado y aspecto maternal.

—Buenos días, señora Fandy, ¿cómo se encuentra hoy la abuela Joan?

—Como siempre —respondió con una sonrisa mientras se retiraba para franquearles la entrada—, ya quisiera yo llegar a los ochenta años tan bien de salud como ella. Pasen, por favor, las está esperando.

Eleanor sonrió. La abuela Joan había sido la partera del pueblo por más años de los que la gente podía recordar, y siempre había tratado a todos con amor y cariño, por eso todos la querían a pesar de que ahora, aunque gozaba de buena salud, había perdido un poco la cabeza.

Entraron en la salita donde la anciana las esperaba algo impaciente envuelta, como siempre, en su manto negro.

—Llegáis tarde —las amonestó con un deje cariñoso en su voz cascada.

—Lo siento, abuela Joan —se disculpó Eleanor—, nos entretuvieron por el camino.

—Pero le hemos traído un libro que le va a encantar —intervino Lorianne mientras tomaba asiento al lado de la mujer y depositaba un beso en su arrugada mejilla.

—¿Y de qué se trata, jovencita?

—Es una historia de amor escrita por la señorita Jane Austen.

—¿Una historia de amor? El amor es para los jóvenes, no para una anciana

como yo —se quejó. Luego, al ver la decepción pintada en el rostro de la muchacha, se apresuró a añadir—: pero me gustan las historias de amor. Yo podría contarte muchas, ¿sabes? He sido testigo de la unión de muchas parejas y he traído al mundo a sus hijos...

Las últimas palabras las pronunció casi en un susurro, como si le hubiesen traído recuerdos en los que su mente se acabase de perder. Eleanor le hizo un gesto y Lorianne comenzó a leer con su voz dulce y serena.

—La familia Dashwood llevaba largo tiempo afincada en Sussex...

La sonrisa que afloró a los labios de la abuela Joan fue la única señal de que estaba escuchando.

Cuando la puerta se abrió silenciosa y entró la señora Fanny casi de puntillas, Eleanor se percató de que había pasado casi una hora, y la abuela Joan parecía dormitar. Sin hacer ruido, se levantaron y siguieron a la enfermera al exterior después de que esta hubiese arrojado a la anciana con una cálida manta.

—Es mayor, y coge frío con demasiada facilidad —les explicó mientras les abría la puerta—. Muchas gracias por venir a leerle. Sé que espera con mucha ilusión los sábados... cuando recuerda que es sábado —añadió con un guiño.

Eleanor sonrió.

—Las alumnas están encantadas de poder venir, y yo también —le aseguró al tiempo que tomaba una de sus regordetas manos y se la estrechaba con cariño—. Nos vemos entonces el próximo sábado, señora Fanny.

—Gracias de nuevo, señorita Harper.

Era casi la hora del almuerzo y la plaza se encontraba vacía cuando volvieron a atravesarla. Eleanor vio cómo la mirada de Lorianne se desviaba hacia la hermosa estatua que adornaba el centro ajardinado de la misma; retrataba a dos amantes en un apasionado abrazo y a punto de besarse. Según la leyenda, se trataba de la Dama blanca y el juglar del que esta se había enamorado a pesar de estar prometida en matrimonio a otro hombre.

—¿Qué te ha parecido la lectura? —le preguntó.

La muchacha se encogió de hombros en un gesto delicado.

—La historia es bonita, pero no creo que Marianne pudiera enamorarse tan rápido.

—¿Por qué no? Mis padres lo hicieron.

Lorianne se giró hacia ella con viveza, sus ojos oscuros abiertos por el asombro.

—¿Se enamoraron nada más conocerse?

—Sí, aunque no es lo normal —declaró con una sonrisa—. El amor es un sentimiento complejo. Fíjate en Elinor, la hermana sensata de Marianne, cuánto le cuesta descubrir lo que siente o, quizás, admitirlo, porque el amor puede llegar a doler.

La muchacha se quedó pensativa y continuaron avanzando en silencio mientras Eleanor recordaba a sus padres, y cuánto había sufrido su madre tras el fallecimiento de su esposo.

—El señor Worth es un buen hombre —comentó al cabo de un rato.

Lorianne pareció sentir en ese momento una gran fascinación por sus propios pies, pues inclinó la cabeza con rapidez, aunque no antes de que ella se percatase del rubor que coloreó sus mejillas.

—Solo somos amigos —repuso con timidez repentina.

—La amistad puede dejar de serlo con el tiempo y convertirse en amor. Cuando Elinor conoce al señor Ferrars, nace entre ellos una amistad debido a intereses y gustos comunes; sin embargo, poco a poco sus sentimientos se van transformando.

—Pero eso solo ocurre en las novelas, señorita Harper, en la vida real no es así.

Eleanor arqueó una ceja y la miró con curiosidad.

—¿Y cómo crees que es en la vida real?

—Pues la gente se casa por conveniencia, y luego, solo tratan de llevarse bien y de que su matrimonio sea lo más agradable posible.

—¿Y dónde queda el amor? —le preguntó algo desconcertada por la forma

de pensar de la joven. Ella no era ninguna experta en ese tema, puesto que nunca había tenido un pretendiente, a pesar de tener ya veinticinco años y, por supuesto, nunca la habían besado, pero soñaba, secretamente, con vivir alguna vez un romance apasionado con un atractivo caballero. ¿No era eso con lo que soñaban todas las jóvenes? «Por lo visto no», se dijo mientras observaba el rostro sereno de Lorianne que respondió sin titubear:

—No estoy segura de que el amor exista.

Una impostora en Minstrel Valley



Cuando llegó a Minstrel Valley, la ficticia señorita Sherman creyó haber encontrado el refugio perfecto donde ocultarse de los peligros que la acechaban, pero halló mucho más que eso pues la escuela de señoritas de lady Acton le proporcionó un hogar y una familia. Como profesora de etiqueta su vida es pacífica y algo monótona hasta que aparece en el valle un nuevo profesor que no se dejará engañar por su disfraz de maestra severa.

El negocio familiar lo es todo para Dunhcan Bissop. Lo que menos había pensado era que la apertura de sus nuevas caballerizas lo lanzaría de cabeza a terminar como instructor de equitación ¡en una escuela de señoritas! Por suerte, encontrará en la muy estirada señorita Sherman un aliciente para acudir todos los días a la gran mansión y descubrir quién es la mujer que se oculta bajo capas y capas de decoro y secretos.

Mariam Orazal es el seudónimo de una autora nacida en Badajoz en 1982. Licenciada en Comunicación Audiovisual, se ha dedicado siempre a la redacción y locución de radio en distintos medios de comunicación. Actualmente presenta un programa en Canal Extremadura Radio y compatibiliza el trabajo con su pasión por la escritura.

Lectora empedernida desde muy pequeña, hace aproximadamente cuatro años descubrió la novela romántica histórica. Johanna Lindsey, Julia Quinn, Lisa Kleypas... leyó tantas historias maravillosas que al final no pudo evitar imaginar las suyas propias y acabó atreviéndose a escribir. *La noble ladrona* fue la primera obra que publicó a través de la plataforma Wattpad donde ha obtenido un premio Wattys en 2016 como escritora debutante.

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Mariam Orazal

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-18-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 1

[1] Twist es giro en inglés.

Índice

Una impostora en Minstrel Valley

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mariam Orazal
Créditos
Notas